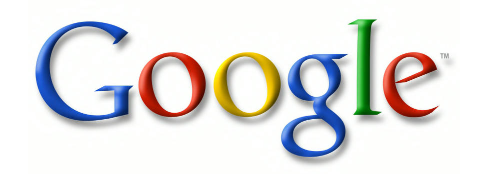


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

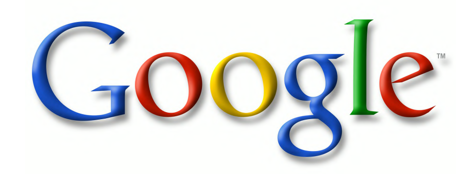
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

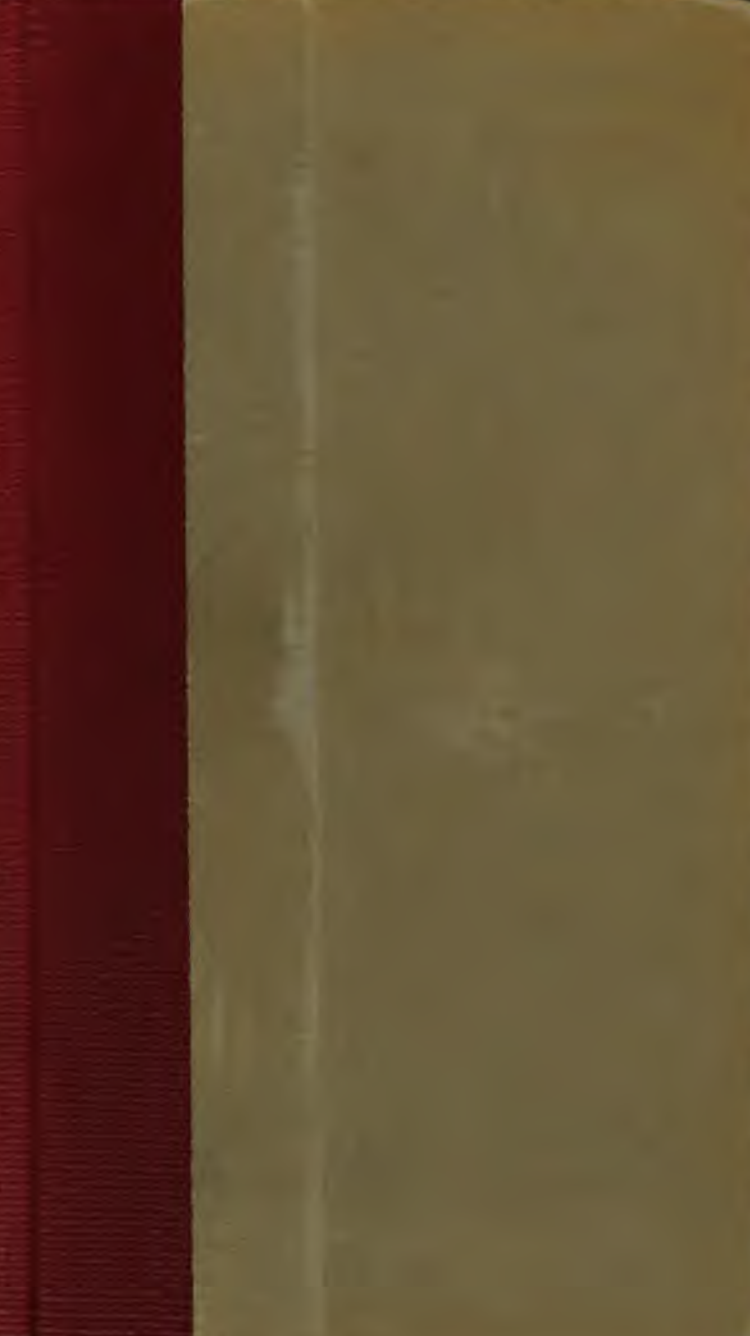
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



G868.73 F91T 1906 LAC

2
2



THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

THE
GENARO GARCÍA
COLLECTION
PURCHASED
1921

G868.73
F91t
1906



This Book is Due on the Latest Date Stam

Mch 9 '42

AUG 2 7 1964

DEC 5 1969

DEC 13 1969

JAN 6 1970

FEB 1 1971

AUG 3 0 1982

RET'D SEP 03 1982

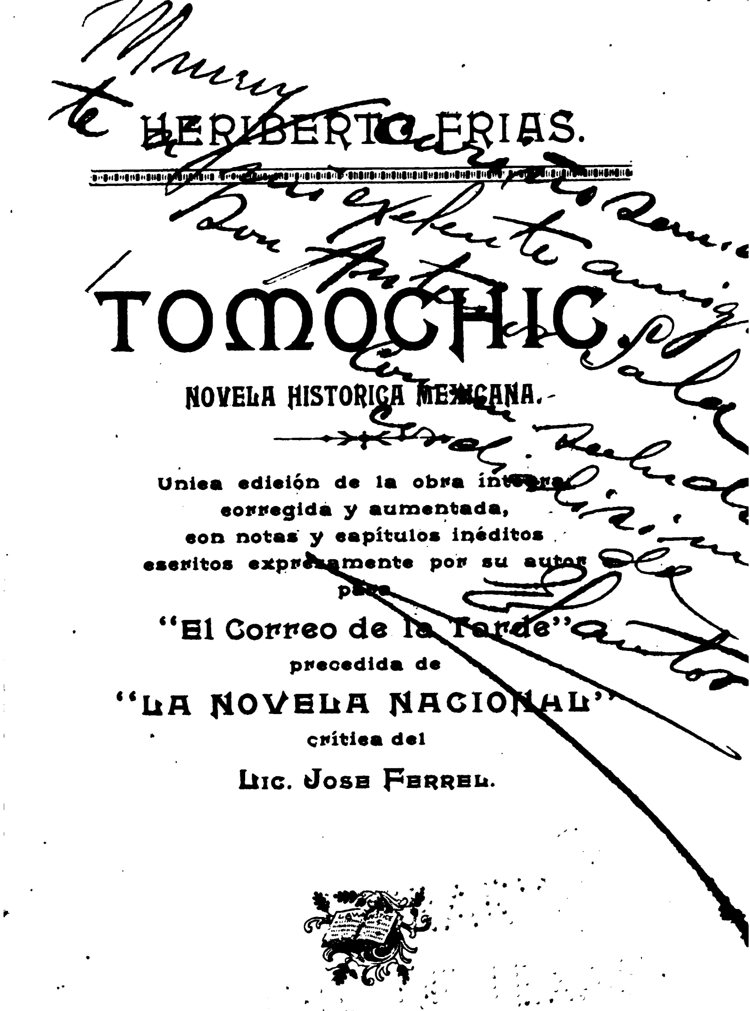
D-39

HERIBERTO FRIAS

TOMOCHIC

NOVELA HISTORICA MEXICANA





HERIBERTO FRIAS.

TOMOCHIC

NOVELA HISTORICA MEXICANA.

Unica edición de la obra íntegra,
corregida y aumentada,
con notas y capítulos inéditos
escritos expresamente por su autor
para

"El Correo de la Tarde"

precedida de

"LA NOVELA NACIONAL"

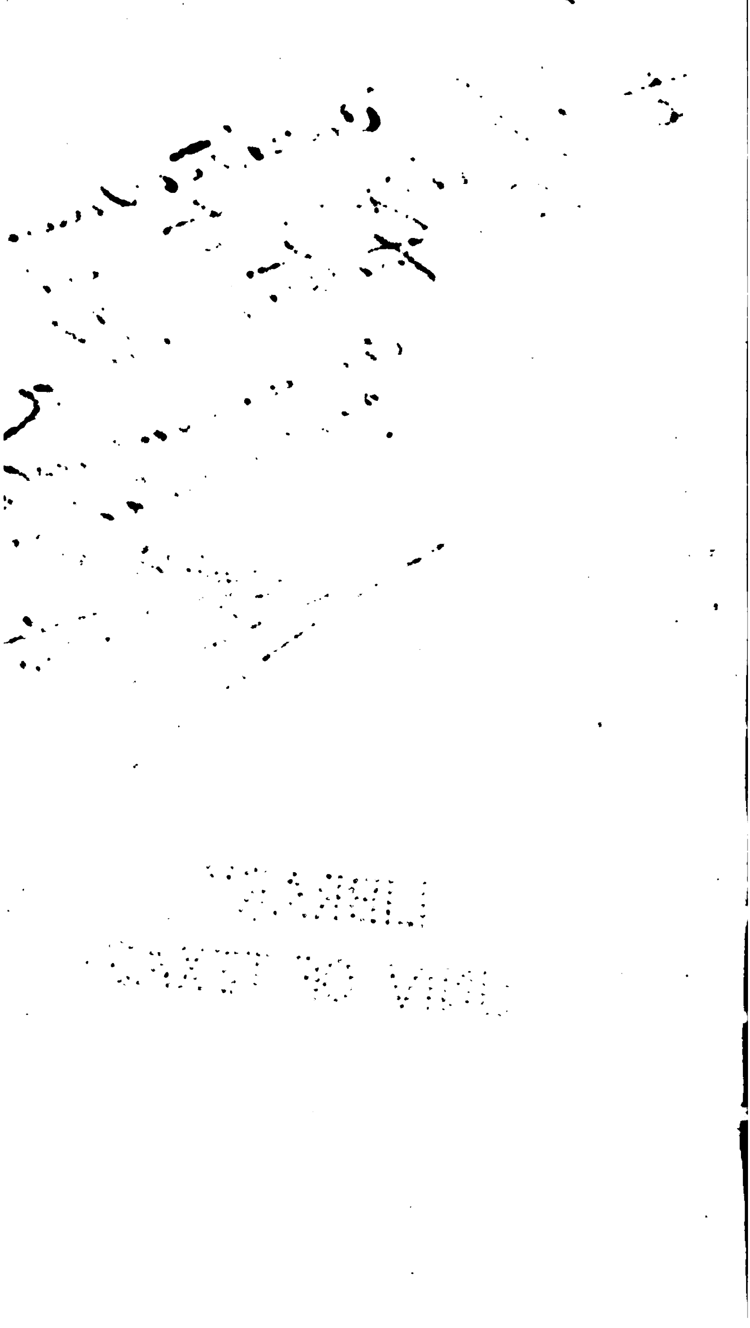
crítica del

LIC. JOSE FERREL.

MAZATLAN, SIN., MEX.

IMPRENTA Y CASA EDITORIAL DE VALADES Y CIA. SUCS.

1906



BOUND Feb 21 1940



Heriberto Frías

A los señores

Francisco Valadés

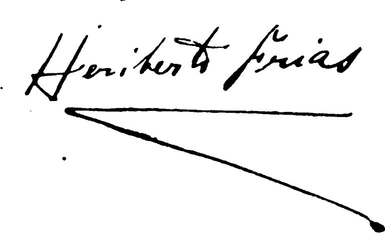
y

Andrés Avendaño.

......Grito de mi primer dolor y de mi primer amor; fruto amargo y terrible, empapado en lágrimas y sangre, intima primicia de mi juventud desventurada y borrascosa, reflejo de una inmensa tragedia épica en la que fuí actor y testigo, esta obra mia es la primera y la más espontánea. Por eso es, también, la más querida para mi alma de viejo bohemio taciturno.

Y, por eso, siendo la que yo más estimo, y no teniendo otra cosa mejor, la ofrezco y la dedico á quienes sinceramente me han tendido tan cordiales, tan francas, tan nobles manos amigas, abriendo á mi vida y á mi perenne contemplación el éxtasis milagroso del Océano, en esta tierra de trabajo, de paz y de alegría......

Mazatlán, Mayo 1º de 1906.



THE LIB...
THE UNIV...

LA NOVELA NACIONAL.

HERIBERTO FRIAS.

—¿Quién es este Heriberto Frías?,—nos preguntábamos entusiasmados en la redacción de "El Demócrata," luego que leíamos el folletín del periódico. ¿Quién es este novelista nacional tan mexicano, que parece que cada capítulo de su obra lleva como epígrafe un certificado del Registro Civil?

—Es un muchacho,—nos decía un compañero,—es un tenientito del Colegio Militar que ahora hace la campaña en Chihuahua,...... un jovencito, un niño al que no le apunta el bozo todavía.

—¿Pero es escritor?, preguntábamos.

—Ahí está su novela que lo diga!... .—replicaba nuestro informante, hinchando la garganta y como rehuyendo el compromiso de aducir otra prueba.

—¿Ha escrito antes?

—¡Quién sabe!......

—¿Y cómo es él?—¿Usted lo conoce personalmente?—¿Es usted su amigo?

II

- Sí; somos amigos; lo conozco personalmente......; es un imberbe, pero ya se bate como los hombres......Esos indios de Chihuahua son los más bravos del país! Al que cae en sus manos lo descuartizan...... son feroces!—Y contra ellos anda peleando Heriberto Frías!

Y cada folletín del periódico era una punzante excitativa á nuestro creciente afán de conocer á aquel muchacho, á aquel tenientito tan valiente, tan intrépido y tan observador, que recogía sus impresiones artísticas del campo de batalla, con una fidelidad que no palidecía ni al oír el rugido trágico del capitán que alzando la espada al cielo, como en altanero ademán de repudiar y devolverle la existencia, arrastraba á los federales á morir bajo la puntería salvaje de los indómitos tomochitecos.

La novela mexicana acababa de iniciarse en su época actual. Un escritor desconocido había lanzado, de pronto, en un insignificante volumen, una novela entre cuyos personajes nos empeñábamos todos en distinguir á gentes conocidas, populares, con quienes nos codeábamos á diario, cuya historia nos era familiar, y para quienes teníamos fogosas censuras atemperadas por esa curiosidad respetuosa que provocan siempre los hombres que han pasado, aunque sea en cuentos, por los torbellinos de fuego de la revolución.

"La Bola" se presentaba rompiendo violentamente con todos los convencionalismos de nuestra literatura, principalmente de nuestra novela; sus personajes se movían con claridad, con precisión, sin esas inseguridades de los títeres que personificaban la vida social en las novelas anteriores; vestían el traje de la tierra, y lo

portaban con la sencillez de sus viejas y hereditarias costumbres y no con el embarazamiento que denunciaba sin demora en nuestros tipos literarios la falsificación grosera del tipo europeo, regularmente del francés; tipos que bailaban de incomodidad por las calzoneras con las que se pretendía naturalizarlos; cegaban y ensordecían por el monumental sombrero de charros bordados que se les resbalaba hasta los bigotes; y, al expresarse, embarullaban su lenguaje pringando de dicharachos mexicanos una fraseología transcrita de los folletines ultramarinos.

Después de Emilio Rabasa que fué el fundador del realismo en la novela mexicana, porque la suya es la primera en que está aplicado con amplitud que le da carácter á la obra en la que no hay sino tipos nacionales, es Heriberto Frías el novelista que tiene la más potente pupila estética, el exclusivismo más mexicano, la fuerza de creación más extensa y la facultad de exactitud más completa. Estas virtudes artísticas lo colocan, sin más exigencia, en primer término entre los novelistas culminantes; y, desde luego, y no obstante las diferencias fundamentales que los distinguen en cuanto á la forma, al lado de Rafael Delgado, académico, estilista, que acicala sus libros y les da á las figuras que los populan una delicadeza ante la que todas las manos se contienen por no lastimarlas ni con una caricia. Delgado es de exquisita percepción; sus impresiones parecen recibidas en una tela de seda color de rosa que, al transparentarse, deja ver claramente cómo en cada una de las hebras de su tejido tenue y sutil, enriquece sus matices la luz que se filtra por ellas.

Sus páginas están llenas de verdad, pero

de una verdad que colora esa tela de seda de su percepción; interesan, conmueven y hasta convencen, pero todo con una finura que hace pensar en que el examen sería un atentado bárbaro, cual si se propusiese la investigación anatómica de un niño vivo, sólo por acallar la impertinencia de que no fuese el corazón su centro orgánico.

En la novela de Frías la verdad no pasa por ningún tamiz; entra con su crudo y sano esplendor original; y, sin más restricción que la impuesta por el decoro y la cultura, se esparce caliente y alegre dentro de los confines á los que el arte, buscándoles colindantes que violar con su invasión, va extendiendo hacia lo infinito ayudado por los siglos.

Sus personajes respiran un aire grueso, como marítimo; y, acaso á esa languidez de los pulmones cuando se sienten envueltos por una atmósfera oxigenada por el mar, que se ensanchan, se ensanchan hasta hacer creer que ha cesado la respiración, se debe la fugaz apariencia de cansancio que amortigua por un segundo, como con la amenaza de un vértigo, la exuberancia de salud y energía que agita á todos los tipos de la narración.

Tal vez en esa opulencia vital está el defecto mayor del novelista; el exceso es un daño hasta para la vida, porque el tenerla de sobra es casi siempre la causa de dejar de tenerla.

Reconocidos psicológicamente sus personajes, se encuentra en cada tipo un individuo á quien nos figuramos haber tratado con amistad proporcionada á las simpatías que le gane el relato; su verbo, sus ac titudes, sus actividades, corresponden precisamente al movimiento que les imprime su alma propia al funcionar con la regu-

laridad que le permiten las pasiones que lleva en combustión; viven sin artificio, sin la sorpresa que la vida parece producirles á los personajes de algunas novelas, sorpresa que los induce á vivir precipitadamente, como para convencerse de que es cierto que viven; su ingenuidad la acomodan en su círculo de acción de modo que no se atropellan aunque son muy inquietos, ni se desvían ó extravían aunque son muy numerosos; en sus frases palpita un nacionalismo de la más pura espontaneidad, y por la índole de sus inclinaciones morales, por lo que discurren, por lo que desean, por lo que aborrecen, se ve en ellos, y se conoce instantáneamente, al conterráneo, quizá al amigo, cuya ausencia habíamos notado ya, y cuyo encuentro ahora nos hace detenernos para estrecharle la mano y preguntarle de dónde llega.

Uno de los escollos más difíciles de salvar, en la novela, es el que constituye la propia personalidad del autor mezclándose con las novelescas, ora sea porque se exalte y caiga en la demencia con ciertas escenas de su descripción, y no pueda prescindir de figurar en ellas, de cualquier manera; ora sea porque, primeramente en los diálogos, le es imposible evitar que se vea su mano cuando necesita darles cuerda á los personajes que están obligados á decir algo y no saben qué decir.

Esta deformidad si no está colocada y como perdida entre altísimas prendas artísticas, es la que más cansa al lector, lo fastidia y lo enoja, porque es una defraudación que el autor, sin siquiera disfrazarse de fantasía, interrumpa por su cuenta la leyenda, con prédicas, consejos ó maniobras de bastidores que instigan á saltar las páginas y muy pronto á tirar el libro.

VI

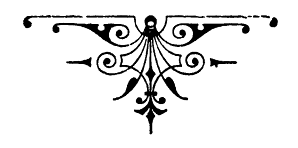
Ningún novelista mexicano gobierna con tanta habilidad como Frías el número de personajes que éste, sin esfuerzo, hace entrar en sus novelas; los anima de tal autoridad, de una iniciativa tan intensa y de un poder dinámico tan eficazmente computado, que la tarea del autor queda oculta tras este movimiento que no sólo disimula sino esconde la complicada trama por cuyos conductos inyecta y distribuye en la multitud, sin equivocación, sin retraso y sin arrebato, sangre, imperio, voluntad y resolución motriz.

Cuando Frías normalice la temperatura de su retórica, para que unos capítulos no fascinen como grandes piedras preciosas engastadas en una pequeña escultura de plata; y algunos no reverberen por el calor volcánico que los inflama, junto á otros á los que esa vecindad les da un aspecto de decaimiento enfermizo; cuando á su dicción deslumbrante y sonora que tiene timbres de clarín marcial la subordine un poco á la pauta académica, sólo para darles la sobriedad que requieren algunos pasajes en los que el toque de guerra puede romper los tímpanos débiles; cuando repula su obra y le quite imperfecciones que lo acusan de tener hacia ellas una indulgencia contra la que protesta su talento; cuando, antes de dar por concluida la obra, pase por ella una inspección general que comprenda y domine el conjunto, de modo que apreciando las partes gradúe sus relaciones de luz y lugar y por ellas las ajuste y acomode hasta que las señales de la soldadura se confundan, se disuelvan y desaparezcan en su afinidad artística, y el agregado ofrezca entonces una pulidez no turbada por líneas que fingen cicatrices en donde no ha habido heridas sino trabajo

genésico; cuando Heriberto Frías corrija esos defectos que, calificados en abstracto son enormes; pero que, relacionados á su obra, se reducen á obstrucciones muy fáciles de librar para sus prominentes aptitudes, entonces no habrá quien le dispute el primer puesto de novelista mexicano, y lo ocupará él por ser el primero y por estar á gran altura sobre el resto de los que en México escriben novelas.

MEXICO, 1906.

José Ferrel.




THE LIBRA
THE UNIVERS
OF TEXA

I.

Calumnia y verdad.

Un sol deslumbrante y abrasador caía á plomo sobre la destartalada plaza, completamente solitaria y silenciosa, en una gran paz de tumba, en un ambiente de horno.

Eran las dos de la tarde. En el extremo de una de las calles que desembocaban en aquel desolado recinto, Miguel Mercado, joven subteniente del 9.° Batallón, vistiendo ligero uniforme de dril, blancos de polvo los zapatos y flotándole sobre la espalda el *paño de sol*, contemplaba, perplejo, los portales que se extendían á la izquierda.

A su frente vió paredones viejos, muy viejos y muy tristes; á su derecha, la iglesia cuya tosca y fea torre chaparrona recortaba con quebrado perfil el azul obscuro del cielo. Al lado del atrio, pequeño y sucio, casas de claras fachadas, limpias, casi blancas.

Y en el centro de la solitaria plaza, una banqueta en cuadro resplandecía entre ocho ó diez arbolillos escuetos que alargaban tristemente sus varejones—¡el jardín!......

Miguel, erectó el entrecejo de su rostro imberbe, quemado por el sol, contempló con aire de aburrimiento y cólera la desolación de aquella plazoleta, única que existe en Ciudad Guerrero.

—¡Y á "esto" llaman ciudad!—exclamó.

Venía muerto de hambre y buscaba una fonda ó una tienda donde saciarse. Con movimiento rápido y brusco reemprendió la marcha hacia el portal, dando grandes zancadas y haciendo sonar su espada con un tintineo argentino y rítmico. En la sombra de aquél vió al fin muchos tendajos, cuyos armazones poblados de botellas lucían extrañas tintas.

Entró en una tienda de dos puertas, atestada de adustos hombres melenudos, con blusas blancas, pantalones de tela burda y calzando *teguas* [1] de gamuza.

Pidió una copa de *tequila*, que le sirvieron silenciosamente al lado de un vaso con agua, y antes de apurarla:

—Oiga, amigo, hágame el favor de decirme por dónde hallaré una fonda,—dijo á uno de aquellos hombres.

Y él, un gigantón de enmarañada cabeza y áspera barba eriza, le miró un minuto con desdeñosa curiosidad; luego, alzando los hombros y volviéndole la espalda:

—No sé,—contestó brutalmente, echándose á la bocaza un gran vaso de *sotol*. [2]

Apenas pudo contener Miguel un movimiento de desagrado al oír la respuesta.

---

(1) Calzado que usa la gente pobre y campesina de Chihuahua.

(2) Aguardiente del Estado de Chihuahua.

Encontraba la misma hostilidad elocuente de que habían sido víctimas los oficiales desde su llegada á Chihuahua; las mismas caras hurañas y el mismo gesto de desprecio, idéntica fiereza altiva...........

Cansado, como venía, de seis jornadas, durante las cuales no había comido sino *tortillas* de harina y carne asada, ávido de tomar caldo, frijoles, chile, los más toscos ó sencillos alimentos, aquel día que no se había desayunado sino con una "gorda," [1] sintió Miguel inmensa cólera ante la ruda contestación del *paisano*. [2]

No le quedó más remedio, sin embargo, que tomar su copa de un solo trago, con temblorosa avidez sedienta.

En aquel instante, el retintín de unos acicates resonando contra las lozas y el conocido golpeteo metálico de un sable, le hicieron volver el rostro.

Y vió á Gerardo, un simpático tenientillo del Estado Mayor, de aspecto infantil, á quien conocía desde México, un buen chico que apreciaba sinceramente, por franco, ingenuo y recto.

Chaparrón, de rostro sonrosado y ancho, llevando un kepis enfundado con blanco *paño de sol*, *dormán* negro, albo pantalón y duras botas de montar, arrastraba casi el sable. Reconoció á Miguel y se le acercó, gritándole con voz alegre:

—¡Hombre, Mercado, no esperaba que vinieras!

Se abrazaron, dándose grandes manazos sobre las espaldas, sacudiéndose el polvo del camino.

---

(1) – Tortillas gruesas de maíz.

(2) Designación, comunmente despectiva, de los soldados á los que no lo son.

—¿Qué tomas, hermano? ¿De qué *te la echas?*

—Ya no quiero tomar nada; dime dónde hay qué comer.

—Voy para la fonda precisamente; pero primero nos *echaremos un fajo de tequila......¡dos tequilazos*, don Pedro!

Gerardo, entusiasta, y desbordando un inagotable torrente de palabras, retuvo al oficial del 9. º, quien le escuchaba nervioso, reteniendo un principio de cólera.

—¡Ya sabes! Estoy en el Estado Mayor con el general Rangel: verás cómo ahora sí nos lucimos......ya verás, ya verás qué *zurra* les damos á esos demonios de *tomoches*......! ¡Son valientes.. ...hombre...... no se puede negar! Palabra de honor, yo creí que eran *papas* .....pero son, sí, muy valientes......parecen venados, les ves aquí, y de repente ¡zas! en la punta del cerro y "*¡Viva el poder de Dios y mueran los pelones!*" ..... y *rau*......¡caramba! si ni apuntan......al descubrir, hermano......te recontramatan. Con decirte que cada cartucho es un muerto; no yerran......¡imagínate cómo estaría yo ese día en que nos *amolaron* al general y á mí! .....¡Salud, hermano!

—A la tuya.

Lo peor fué que después de que tomaron las copas, Miguel algo excitado, extinta su cólera, las mandó repetir, sintiéndose consolado por el alcohol del abominable *tequila*.

Experimentaba grato alivio, en pie delante del mostrador, sucio y húmedo, y escuchaba la charla sonora del teniente, recordando la historia que de sus desventuras se refería en los corrillos de oficiales, entre bromas y carcajadas, allá en Chihuahua.

El día 2 de Septiembre, cuando intentó atacar el pueblo de Tomochic el general Rangel, después de ser herido el teniente

coronel Ramírez y muertos el Mayor Prieto y el teniente Manzano; en el momento de la derrota y de la confusión; mientras el general buscaba refugio en un *jacal*, á él le mataron su caballo; se le acercaron algunos tomochitecos; le desarmaron y le dijeron, insultándole y dándole de nalgadas. —"Nosotros no peleamos con muchachos: Usted debe estar con su mamá,"--y le dejaron desmayado de susto.

Mercado sonreía irónicamente al oficial de Estado Mayor, aunque comprendía que aquello que se contaba de él podría ser una calumnia, edificada no obstante, sobre la verdad de la derrota.

—Es que,—le dijo—cuentan que te dieron de *chanclazos* el día 2 de Septiembre.

—¡Mienten!.....¡qué me iban á dar! lo que pasó fué que, muerto mi caballo, repentinamente, de un balazo, caí yo hiriéndome la cabeza, quedando por muerto sobre los cerros......¡Me salvé por milagro!

—Pues no es lo que nos contaron en Chihuahua; pero ya ves cuánto se inventa...... en fin, vamos á comer, porque ya se me está subiendo este maldito *tequila*.

—¡Qué *tequila* va á ser! Es *sotol* vil y aguardiente! Bueno, vamos; nada más que allí han de estar comiendo también los del 11.° Batallón y del 5.° Regimiento..tú no les conoces, ¿verdad?......ya verás qué bien se divierten!

Y los dos salieron de la tienda, y charlando aún, ya reanimados, atravesaron la plaza desolada y reverberante de sol, bajo un cielo azul maravilloso.





II.

¡Que linda!

Detúvose Mercado en el umbral de la puerta del fonducho al oír una tenaz y confusa algarada de voces, gritos y carcajadas, mezclados á un agradable estrépito de vajilla removida y de cubiertos chocando con la loza de los platos y el cristal de las copas.

Mas no dejó de intimidarse un poco, viendo, ante larga mesa, instalados á quince ó veinte militares desconocidos para él, uniformados de dril, de rostros ennegrecidos y sucios, hablando los más, comiendo y bebiendo todos.

Era aquello más bien una tienda, lleno el armazón de botellas vacías, sirviendo de mesa el mostrador cubierto con un grasiento mantel, atestado de platos y cascos de cerveza.

Había allí oficiales del 5.° Regimiento, del 11.° Batallón y del "Cuerpo de Seguridad Pública" del Estado de Chihuahua, y pudo comprender Miguel, al momento, que eran jefes, por lo que, dijo á Gerardo:

—Oye, tú: aquí hay muchos superiores;— pero aquél lo arrastró, tomándole del brazo. Y como la mesa era extensa y había amplio hueco cerca de un extremo, se sentaron allí, gritando el tenientito chaparrón:

—¡Cuca, dos comidas!

Como la llegada de los jóvenes pasó inadvertida, Miguel, pensativo, prestó oído á la conversación que se animaba ruidosamente, á medida que el hambre se satisfacía.

Después de pasear su vista por los rostros plácidos reconoció á Castorena, subteniente también del 9.º Batallón, á quien juzgaba él su mayor enemigo.

Era un joven rechoncho, cabezota de ensortijados cabellos azafranados y voz cavernosa, á quien, sin motivo, odiaba cordialmente.

Ya se comía menos, pero se bebía y se hablaba más. Y Castorena, un poco ebrio, relampagueante, improvisaba brindis en verso, que unos cuantos oficiales aplaudían, en tanto que la charla continuaba entre otros camaradas menos alegres.

Y dos criadas,—altas y blancas, vestidas de percal claro y con *mascadas* rojas en el cuello,—iban y venían muy atareadas, llevando los platos ó botellas de cerveza.

—Lo que es ahora sí,—decía un teniente del 11.º Batallón, enormes bigotes grises y cara de corsario—ahora va en serio el negocio; todo está muy bien combinado; somos muchos; les vamos á hacer *pedacitos;* cuestión, á lo más, de una hora.........
¡ni el polvo nos ven!

—De veinte minutos, compañero,— acentuó un Mayor;—el Coronel Torres, que viene de Sonora con cien hombres del 12.

Batallón y con sus *pimas*, indios muy buenos para el *pleito* y que conocen muy bien la sierra, nos va á ayudar.

Y se puso á referir al capitán del 9. ○ que tenía al frente, las causas de la derrota del día 2 de Septiembre: ningún plan bien concebido; completo desconocimiento del terreno; y, sobre todo, la traición incomprensible de Santa Ana Pérez, quien con más de sesenta hombres de la fuerza del Estado de Chihuahua, se pasó cínicamente al enemigo.

—Pero oiga usted, mi Mayor,—exclamó Castorena, poniéndose grave —¿qué, son tan terribles esos hombres? En todas partes, desde Chihuahua, no nos hablan de otra cosa, al grado de decir algunos que no les entran las balas.

—Son terribles, compañero, conocen su carabina Winchester, á las mil maravillas; han sostenido desde niños un eterno combate contra los *apaches* y los bandidos; pueden correr vendados por la sierra sin dar un mal paso; pero son excesivamente ignorantes y altaneros. No se ha cuidado de ilustrarlos y quieren independerse de los dos poderes á los cuales hasta hoy han obedecido: el Clero y el Gobierno. Están bajo una obsesión imbécil......¿quién los sugestiona?... Desconocen toda autoridad; ya se ha querido tratar con ellos y piden imposibles. ¡Hay que acabar de una vez con ellos!.. Será cruel pero necesario: ¡suprimirlos!

En aquel momento, Cuca, una deliciosa mujercita, gorda y risueña, de ojos negros muy bellos, llevó á Miguel y á Gerardo dos platos de humeante y sabroso caldo, que ambos empezaron á tomar dando sorbos estrepitosos.

Y luego hubieron de esperar con paciencia los demás platillos, escuchando las palabras del Mayor, que seguía disertando sobre los enemigos á quienes iban á batir en Tomochic.

Encantóle al joven la manera razonable como se expresaba aquél; sin embargo, no se daba cuenta aún de la cuestión, no podía penetrar la causa del alzamiento obstinado de aquel pueblo ignorante, y el espíritu malicioso y desconfiado de Miguel, entreveía algo tenebroso y podrido....

Castorena, con el rostro purpúreo, escurriéndole la cerveza por el chaquetín empolvado, tomó un vaso lleno, y gritó, poniéndose repentinamente en pie:

Sí, señor, hay que acabar
Con el fanatismo necio,
Vamos á bailar de recio
¡A Tomochic á triunfar!

Tan chabacano brindis entusiasmó á todos, menos á Mercado, á quien los chistes del guasón de Castorena le irritaban por demasiado toscos y soeces.

Después se brindó por los que iban como valientes á defender al Gobierno, que significaba la causa del orden, la paz, la civilización....

El Mayor brindó respetuosamente por el General Porfirio Díaz, por el victorioso regenerador de la Patria....

Y Miguel seguía escuchando, taciturno, devorando ávidamente un trozo sanguinolento de carne asada.

Aun no se acostumbraba á aquellas reuniones alegres tan frecuentes entre camaradas, arrojados de aquí para allá, repentinamente, por el destino, tal vez en vísperas de una catástrofe.

Hacía sólo dos meses que Mercado se encontraba en las filas del 9.° Batallón, al que pasó del Colegio Militar, en donde cursaba su tercer año de estudios para ingeniero, á causa de un drama de familia que había sacudido su estudiantil existencia de bohemio melancólico.

Episodio sencillo y cruel que había truncado para siempre todo el hermoso porvenir que soñara, y fué que su madre, casada en segundas nupcias, se había separado bruscamente del esposo que la maltrataba. Enferma y sin recursos, iba ya á entrar al Hospital, pero Miguel lo impidió pasando voluntariamente al Ejército, y ayudándola en su miseria con el reducido sueldo de subteniente. Quería continuar sus estudios en el cuartel en las horas *francas*; pero fué imposible: cayó al vicio. En vez de libros: copas. ¡Se hizo borracho!

Sufrió el contagio mal sano de la pereza que engendra la existencia rutinaria y monótona de una guarnición, y no pudo abrir un libro en mucho tiempo. Sintió decaer tristemente su alto espíritu ante la rudeza de la disciplina y ante la vulgaridad de la vida del cuartel, y para resignarse se sumergió en el siniestro olvido del alcohol, solitariamente.....

Su inteligencia, su imaginación, su sentimiento, eran inútiles en las trivialidades de la vida militar. El, que resolvía con la mayor facilidad problemas de cálculo infinitesimal, ó debatía sobre cuestiones de Derecho de la Guerra, no podía mandar sin atrojarse un ínfimo *pelotón* de soldados, por lo que, en realidad, era un pésimo oficial.

Además, su constitución física era muy delicada. Extremadamente flaco, pálido y nerviosísimo, con su cara larga de viejo,

203608

que era un sarcasmo en sus plenos 20 años, y sus verdes ojos tristones, inspiraba lástima, una gran piedad despectiva.

Era una planta exótica, con su eterna melancolía entre la alegre oficialidad del batallón, compuesta de muchachos bulliciosos y "calaveras;" pero en general, cumplidos en el servicio, galantes, como marciales hijos del Colegio Militar.

En vano intentaba ser bromista y expansivo con ellos, que en el fondo le querían, pero que ostensiblemente le despreciaban. No podía congeniar con seres que lo satirizaban con ironías crueles y cuyas conversaciones banales le aturdían, aun reconociendo él su inferioridad como soldado.

Así fué que, aquel día, mientras la francachela subía de punto entre las detonaciones de los cascos de cerveza al destaparse, él contemplaba, siempre triste, en silencio, su plato ya vacío. Le pasaron un vaso desbordante de espuma, y tuvo que brindar poniéndose en pie, diciendo tímidamente, vaso en mano:

—¡Brindo, señores, por el triunfo de las armas del Gobierno, la derrota de los revoltosos y por el orden, que es la paz y el progreso!

Chocaron los vasos salpicando el tosco mantel. Y se hizo un grave silencio en la estancia humeante y calurosa, cruzado por nobles pensamientos.

En ese instante entró á la fonda una jovencita alta, cimbradora y ligera, con falda de lana guinda. Y chal á cuadros rojos y negros, caíale de sus hombros gentilmente. Sus cabellos obscuros formaban una gruesa trenza pesada, sobre el chal.

No pudo Miguel ver su rostro, porque con paso rápido cruzó la estancia y penetró en la cocina.

Una criada retiró el plato vacío del oficial, poniendo en su lugar otro con frijoles, y diciéndole al oído:

—Esa muchacha es de Tomochic, y dicen que es hija de San José.

Cuando Mercado iba á preguntar más, un oficial del Estado Mayor, que charlaba cerca de la puerta con la fondera Cuca, exclamó:

—Están tocando *llamada de honor* en el cuartel general: ¡vámonos!

Hubo un gran movimiento y ruido de sillas, y todos se levantaron limpiándose la boca con el mantel, después de echar el último trago de cerveza, pagando cada uno tres reales á Cuca.

Miguel, que fué el último, se acercó á la puerta de la cocina, mientras esperaba "el vuelto" de un billete de cincuenta centavos [1]. Pudo oír entonces una voz de un timbre melancólico y dulce y de inflexiones cariñosas llegando á sus oídos estas palabras, entre el ruido de los platos y cubiertos:

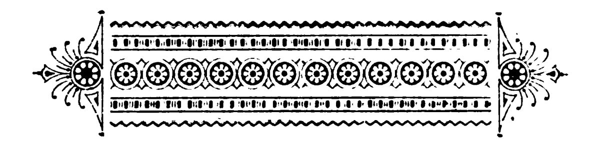
—Sí, don Bernardo dice que pasado mañana nos iremos á Tomochic, ¡María Santísima nos valga!

Y Mercado, *corriendo un punto*,—es decir, alargando—el cinturón de su espada, escapó, llevando la impresión luminosa y grata de la jovencita grácil, de la hija de San José, que debía marchar también á Tomochic.

Y al pensar en el ritmo de su paso, en sus fugitivas gracias y en su femenil adolecencia, una ráfaga de frescura ensanchó el oprimido pecho de Miguel bajo la hornaza de la siesta. ....y murmuró:

—¡Qué linda!

(1) En el Estado de Chihuahua circulaban entonces billetes de 25 y 50 centavos, de diversos Bancos.



III.

Tropa heroica.

Un día triste, el 3 de Octubre de 1892, en la tarde, Mercado terminaba, después de comer, elocuente carta á su madre, en una fonda del barrio de Peralvillo, en México, escribiendo sobre el mantel de pobre mesa.

Aquella á quien tanto quería y por la que él abandonó sus estudios en el Colegio Militar, pasaba una temporaba en Tacubaya, en casa de una amiga suya. Su segundo marido, que vivía perpetuamente borracho, estaba entonces entregado también al juego, arrastrando una vida de aventurero soez y cínico.......¡Y el subteniente pensaba que un hombre así poseía á su madre!

Así es que estaba melancólico, y como siempre pálido...y en un preludio de llanto, húmedos sus ojos, sus contemplativos ojos.

Dobló la carta y puso la dirección, permaneciendo—cruzados los brazos sobre la mesa—absorto ante vagas perspectivas su pensamiento. Llegó un cabo de parte

del Ayudante del Batallón, comunicándole que aquél le ordenaba se presentara al momento en el cuartel, que estaba casi enfrente de la fonda.

Cuando llegó, supo, estupefacto, que medio batallón partiría por el tren Central, esa noche, para Chihuahua. No indagó más, y algunas horas después, en un vagón atestado de soldados y maletas; caminaba á todo vapor, devorando kilómetros, escuchando atónito el trueno del rodaje férreo sobre los rieles, cuando abrían la portezuela, en una fría ráfaga de estrépito y sombra......

Nunca había viajado, y estaba contento de ser lanzado tan de improviso á nuevas sensaciones, á nueva vida.

Llegado á Chihuahua, después de un camino de dos días y dos noches, la última, á las ocho, se encontró formado en unión de sus dos compañías, por espacio de una hora, frente á la estación silenciosa.

Atravesó, al flanco de las filas, la ciudad, y durmió tranquilo. Al día siguiente, en conversaciones con oficiales del otro cuerpo, pudo reflexionar acerca de lo que pasaba en el Estado de Chihuahua.

Se había sublevado contra el Gobierno un pueblo lejano, clavado altivamente en el corazón de la Sierra Madre; se habían mandado reiteradas veces fuerzas militares, y habían sido derrotadas, muertos muchos oficiales y prisionero el teniente coronel Ramírez del 11.° Batallón.

—¿Qué rebelión era aquélla?

Además, la causa de los insurrectos parecía ser simpática, aunque nadie definía su bandera política. Su valor y destreza en el manejo de las armas de fuego era proverbial en todo el Estado......Eran ad-

mirables tiradores, heroicos, inteligentes, caballerescos, inauditos......

El pueblo chihuahuense, inculto entonces, pero valiente y altanero, mostraba á los oficiales una antipatía sorda que se declaraba en elogios estupendos á los hijos de Tomochic. No hablaban de otra cosa...

Eran unos semidioses; invencibles, denodados, audaces; unos tigres de la Sierra, que derrotarían todas las fuerzas que se les enviaran.—*¡Oh! sí. ¡Ah! ¡cómo eran buenos!*—exclamaban en todas partes sus admiradores de Chihuahua.

Sabía Miguel, en efecto, que eran verdaderamente temerarios, hasta lo inconcebible; que su táctica consistía en dirigirse exclusivamente á los oficiales y jefes. Comprendían muy bien que, muertos éstos, las tropas se desbandaban, y ya se había visto en el combate del día 2 de Septiembre tan dolorosa verdad.

Y, naturalmente, aquel triunfo los había hecho más orgullosos todavía, confiando desde entonces en su definitiva victoria.

Cruz Chaves, el Cabecilla, les predicaba una extraña religión, especie de catolicismo cismático que desconocía al Clero, mezclado con extravagantes ideas de santidad, propias de un estado inculto y de una ignorancia completa, candorosa y terrible.

Tal fué lo que hasta entonces pudo saber Miguel, aunque su pensamiento investigador y sutil intentaba profundizar la verdadera causa de aquella rebeldía inaudita, tan obstinadamente imbécil como heroica......

Y se preguntaba: ¿habría algunos ambiciosos que explotasen la indómita bravura de los serranos, protegiéndolos, cebando odios antiguos en sus almas fieras

y sencillas, azuzándolos luego contra el triste heroísmo de las bayonetas federales?

¡Demasiado se hablaba de ello, y se mencionaban nombres!......Nombres que corrían siniestramente á la sordina, en todo el Distrito de Rayón, en gran parte de Chihuahua y que hasta á la oficialidad inteligente y juvenil del 9. ○ Batallón llegaban, á veces.

En Ciudad Guerrero debería efectuarse la concentración de las fuerzas, ya respetables, que tras los últimos fracasos enviaba el Gobierno Federal contra el pueblo de Tomochic, á sesenta leguas de Chihuahua.

Doscientos cincuenta hombres del 9. ○ se enviarían allí con los piquetes de Seguridad Pública del Estado, 5. ○ Regimiento y una compañía del 11. ○ Batallón que sobrevivía al desastre del 2 de Septiembre.

Además, y por vía de ensayo, se había hecho venir de México un cañón de montaña sistema Hoskiss, de pequeño calibre, municionado con cien granadas y cien botes de metralla, y dotado de seis artilleros al mando de un teniente. Tomaría el mando de esta pequeña brigada el General Rosendo Márquez, y como segundo jefe, el General Coronel José María Rangel, jefe de la segunda Zona Militar cuyo Cuartel General radica en Chihuahua.

Ordenóse al Coronel Gómez, jefe del 5. ○ Regimiento, que suministrase caballos ensillados á los oficiales del 9. ○ Batallón, quienes recién salidos del Colegio Militar, no podrían por primera vez hacer fácilmente las seis jornadas que hay de Chihuahua á Concepción Guerrero.

El día 10 se emprendió la marcha, llegando las dos compañías á aquella ciudad

el día 15, atravesando terrenos solitarios é incultos y lomas ásperas y predregosas. Era todavía el desierto.

En aquellas jornadas tuvo que resentirse mucho la tropa, pues el 9.° Batallón hacía más de ocho años se hallaba inmovilizado en la Capital de la República, luciéndose en las formaciones de parada, en las columnas de honor, por su corrección en las marchas y alineamientos, y por su aspecto brillante y marcial......

Y había que ver á aquellos oficiales, que en los pasillos de Palacio y en las banquetas de Plateros, siempre abrochada la levita, acicalados y pulcros, paseaban los oros del uniforme, suspendida del cinturón la espada, sonora y nuevecita, la espada virgen; había que verlos por el árido y duro sendero, empolvados y sucios, maltrechos, ennegrecidos por el sol, ridículamente á caballo, al lado de los soldados que á *paso de camino*, calzando gruesos *huaraches*, remangado sobre el muslo el pantalón, flotantes los extremos de los calzoncillos, la aparatosa mochila á la espalda, al aire el paño de sol, y el fusil "*suspendido del hombro*," marchaban entre el polvo del camino, que se extendía hacia el Ocaso, interminable, nonótono y agrio......

¡Ni un solo árbol en aquellas mudas soledades! Apenas los dorsos inmóviles y escuetos de los cerros lejanos perfilaban el horizonte vasto, recortando con sus filos ondulantes ó dentados el azul intensísimo del cielo.

Y tras aquellas inmensas graderías, adivinábase la formidable, y alta, la trágica Sierra Madre.

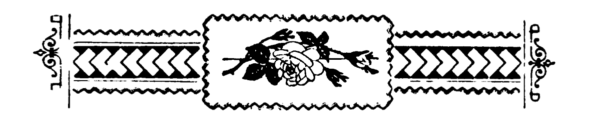
Y después de *rendir la jornada* en míseras rancherías escasas de víveres, pero

no de huraña altivez en sus moradores, se nombraba una guardia y se procedía á hacer el *rancho* para la tropa, la que se tendía en el suelo, feliz con la fruición voluptuosa de estirar los miembros fatigados, adoloridos y sudorosos......Los oficiales se dispersaban, entonces, ávidos y sedientos, en pos de carne, pan, queso, chorizos y *sotol*, que se les vendía—cuando se les vendía—de mala gana, con frías reservas, torvas miradas y negro gesto.

A veces, los pobres diablos de oficiales volvían con las manos y el estómago vacíos; mal humorados y frenéticos contra aquella gente inhospitalaria y adusta, en verdad, pero que había adquirido en otras ocasiones dolorosa experiencia con los abusos que siempre, casi inevitablemente, comete la soldadesca hambrienta y cansada.

¿Qué culpa tenían aquellos seres que sufrían y luchaban anónimamente por cosas tan vagas, tan altas, tan incomprensibles para ellos, como la tranquilidad del país, el Orden, la Paz, la Patria, el Progreso, el Deber; qué culpa tenía aquella mísera tropa, resignada y heroica, de ceder al hambre, y de tomar ó arrebatar donde encontraban?.........

¡Las rapiñas de la soldadesca!—¡valiente frase escrita por los ahitos desde el fondo de los cómodos gabinetes!—pensaba Miguel, indignado, al comprender que en nada desmerecía aquella tropa, al hacer francamente, por hambre, lo que otros en las ciudades ejecutan, de guante blanco, guardando las buenas formas, por maldad.



IV.

Las soldaderas.

Y se enfurecía, en lo íntimo, el melancólico oficial, al observar que mientras más se acercaban á la Sierra, más se reconcentraba aquel duro rencor, aquel desdén siniestro de los campesinos chihuahuenses contra los soldados, exaltando al propio tiempo su admiración por los hijos de Tomochic.

Las mujeres, las "soldaderas" que, esclavas, seguían á "*sus viejos*" y luego avanzaban para proveerse de comestibles, referían estupendas maravillas.

Aquellas hembras sucias, empolvadas, haraposas; aquellas bravas perras humanas, calzadas también con *huaraches*, llevando á cuestas enormes canastas repletas de ollas y cazuelas, adelantándose, al trote, á la columna en marcha, parecían una horda emigrante.

¡Las *soldaderas!*... Miguel les tenía miedo y admiración; le inspiraban ternura y horror..........

Le parecían repugnantes. Sus rostros enflaquecidos y negruzcos, sus rostros de harpías y sus manos rapaces, eran para él una torturante interrogación siniestra......

Las vió lúbricas, desenfrenadas, borrachas, en las plazuelas, en los barrios de México, donde pululaban hirviendo en mugre, lujuria, hambre, y *chínguere*, *y pulque*...........

Así las había visto; así le habían adolorido el corazón y asqueado el estómago: por sus tristes crímenes imbéciles, por sus tristes vicios estúpidos......

Y he aquí que ahora las contemplaba, maravillado, casi luminosas......Y sus toscas figuras adquirían relieve épico, por su abnegación serena, su heroísmo firme, su ilimitada ternura ante los sufrimientos de sus "*juanes*," de sus "viejos," de aquellas víctimas inconscientes que sufriendo vivían y morían......

En el camino daban gran quehacer á los oficiales, que les impedían diesen agua á los soldados. Mas no obedecían, y, obstinadas y tercas, burlaban su vigilancia, llevando á la tropa las ánforas llenas. Los pobres hombres bebían sudorosos y jadeantes, con gran envidia de los que no conseguían tan rico tesoro, bajo el sol implacable, entre nubes de polvo.

Ellos protestaban en sus conversaciones íntimas, ignorantes. Solían decir:—*que si á la misma máquina le daban agua para que siguiera andando, á ellos, ¿por qué se les prohibía?* ....

Ellas cumplían, en el cálido horror de las marchas, alta obra de misericordia, y desafiando las varas de los cabos y las espadas mismas de los oficiales, daban de beber á sus sedientos compañeros, quienes con sus ingenuos ojos negros de resignados indíge-

nas, daban su gratitud con el éxtasis de la sed refrescada, calmada. ¡Cada trago de agua fría era una bienaventuranza!

Miguel fingía no ver aquellas transgresiones á las severas órdenes de los capitanes, y sólo á hurtadillas contemplaba la fruición de la tropa y la obstinada impavidez de las *soldaderas* llevándoles las ánforas y los jarros llenos....

En los descansos, en las gratas siestas de los campamentos, de los campamentos sin tiendas, que más parecían aduares, apenas indicados por las filas de *pabellones* de fusiles en ramilletes simétricos de acero, entre maletas y humaredas, confundidas las soldaderas con los soldados, mezcladas con los hombres tirados á lo largo, á la sombra de los peñascales, el Subteniente Mercado gustaba de oír las charlas de los grupos.

—*Afigúrese* usted, don Chema,—oyó decir á una vieja alta y flaca, dirigiéndose á un mocetón de cara ancha y bronceada, que engullía como idiota enormes *gordas*, que ella le había traído por todo alimento,—*afigúrese quesque* Teresita *mesma* bendice las carabinas, y cada tiro que *avientan* es un muerto, y que los *gringos* han *regalao* muchísima artillería...... ¡muchísima! ¡Ay, mi alma!......

Don Chema dejó de mascar y reflexionó un rato sobre la gravedad de aquello; pero después continuó comiendo melancólicamente, como un fatalista.

—Claro......¿*paqué* hemos de ir?......nos mataran de una vez......no que, anda y anda......¡y luego á morir como chivos!

Pero otros se las echaban de incrédulos, ¡protestaban! Habían derrotado á los del 5.° ¡pero al 9.° era muy diferente! *no se*

dejarìan agarrar en el río bañándose, ¡ya verían si *defeicionaban* los del 9.° Batallón!......

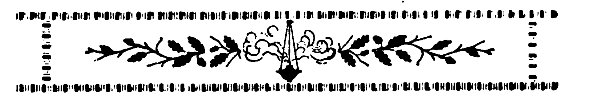
Una vez, al bajar dura cuesta que serpenteaba penosamente por la falda de una montaña, en marcado ángulo agudo, cuyo vértice era el fondo de un barranco, supo Miguel, que allí, hacía dos meses, estando parte del 11.° Batallón en Guerrero y creyéndose necesarias más municiones, se pidieron á la matriz del Batallón, la cual las remitió con una reducidísima escolta. Los *Tomoches* lo supieron, y en aquel mismo punto, cuatro ó cinco de ellos pusieron en fuga á la escolta, apoderándose de las municiones.

Más tarde, en el cuartel del 11.° Batallón se recibían, dirigidas al coronel, las cajas con los cartuchos....vacíos.

¡Cuántas veces en el camino, Miguel recordó esta anécdota, cuando se retrasaba la piececita que venía á retaguardia de la columna! Dada la audacia de los montañeses, era, en efecto, de temer un golpe semejante .....Desiertos, entonces, los caminos, ¿por qué no atacaban de improviso?......

Y en Guerrero acamparon las dos compañías del noveno Batallón, en la Alameda, prontas para internarse, á la primera orden, en la Sierra Madre, cuya obscura silueta, desde allí descubre sus ondulaciones gigantescas.





V.

LA MANO DEL GENERAL DIAZ.

Aquella tarde, cuando salió Miguel de la fonda, atravesando la plaza desierta, para incorporarse á su campamento, llevando en el alma el recuerdo de la gentil tomochiteca, llegó encantado á la Alameda, donde se habían hecho pabellones de armas, formando un cuadro dentro del que la tropa comía y descansaba.

Aquel paraje, poblado con unos cuantos pinos viejos y melancólicos, surcado por hediondos caños de agua sucia, con bancas de piedra en su perímetro rectangular, estaba rodeado de algunas casuchas bajas y su aspecto era triste y desolado, inmensamente triste como el alma de Miguel...

Los vientos fríos de la Sierra doblaban las vetustas ramas, que se lamentaban con sempiterno y monótono quejido......

Conocíase que sólo la llegada de las fuerzas federales había animado la desierta Alameda, y cerca de los *pabellones de armas*, al cuadro vivaz del campamento había afluido una multitud de vendedores de

carne, pan, tortillas de harina, gordas, duraznos. manzanas y dulces, en un insólito pululamiento.

Y en la noche, cuando todos los oficiales reunidos llegaron á cenar á la fonda, tuvieron una noticia de sensación: el teniente coronel José M. Ramírez, del 11. ° Batallón, que en el combate del día 2 fué herido y hecho prisionero en Tomochic, había sido puesto en libertad, incondicionalmente, por los valientes serranos.

Aquello era estupendo, inverosímil. ¿Qué significaba esa acción en los momentos en que se les preparaba un serio ataque? ¿No podía serles, el muy útil como rehenes en caso de derrota?

¿Era debilidad ó cobardía?

¡Eso no! pensaban cuantos conocían el valor de aquella gente indomable. ¡Eso no!......

Las noticias que traía el mismo jefe demostraban que estaban más decididos que nunca á esperar el ataque, bien armados y aumentando su número cada día con los descontentos de los pueblos de la Sierra, los perseguidos por las autoridadas políticas, y aun con los bandidos que, como Pedro Chaparro, se incorporaban, con gente y dinero, á la sola perspectiva del botín.

Luego, no podía significar otra cosa su actitud que un ademán muy noble y muy digno de arrojar el guante y citar al adversario, cual fabulosos paladines antiguos!

Y los detalles del suceso se comentaban de muy diversas maneras. Quiénes decían que los *tomoches* cedían por promesas de dinero; otros aseguraban que Ramírez había hablado á Cruz, arrodillándose ante la imagen de la Santa de Cabora, y permane-

ciendo en oración días enteros, había hecho creer milagro de ella su conversión, y que fué puesto en libertad para que pregonase el hecho.

La versión oficial era que, no pudiendo resistir el trato que se le daba, ni alimentarse con maíz tostado y agua, había llamado á Cruz y le había dicho que lo fusilara y no le matase así, y que Cruz, admirado, le había dado víveres y cuatro hombres armados que lo escoltaron hasta la entrada de Guerrero.

El hecho era que se encontraba allí, viniendo á confirmar las noticias que corrían respecto al aumento de los sublevados; á los que hacían subir á más de trescientos; pero todos convenían en que, sin ninguna exageración, cada uno valía por diez.

Una ráfaga glacial pasó por aquella atmósfera ardiente de hálitos varoniles. Algunos oficiales palidecieron. La conversación decayó; pero lo que más hizo aumentar el desaliento fué que Rendón, Teniente de Estado Mayor, contó que el General Márquez no tomaría el mando de la fuerza, sino que lo cedería al General Rangel, el cual sólo llevaba instrucciones vagas del primer jefe, quien permanecería en Guerrero á la expectativa, á veinte leguas de la escena de la tragedia.

—¡De suerte que es un General en Jefe honorario, un nombre decorativo en los partes de campaña y nada más!—se atrevió á decir un capitán, indignado, ante el silencio medroso de los circunstantes.

Y en verdad que era inútil la presencia de aquel jefe frente á Tomochic. El telégrafo funcionando hasta la Capital de la República permitiría al mismo General

Díaz ordenar desde su gabinete las operaciones de la pequeña campaña.

—Estas cosas las sabe hacer bien el mismo Presidente de la República, mientras toma su chocolate en Chapultepec,—afirmó Mercado.

—¿A qué, pues, mandar encumbrados generales al combate?—preguntó entonces Castorena.

—Claro, con eso y con el general Rangel, que ya conoce bien el terreno, basta, llevando precisas instrucciones superiores. No se necesita más, con tal de que se obedezca bien.

—Además,—agregó el Mayor que en la mañana razonaba,—Guerrero es el centro de una base de operaciones. En caso de una campaña formal, si se sublevasen, secundando el movimiento de Tomochic, algunos otros pueblos y minerales de la Sierra, la presencia aquí del general Márquez, defendiendo con la fuerza que les quede, la plaza, mientras llegan refuerzos de Chihuahua, sería utilísima......¡Abandonar Guerrero sería imperdonable!

—¡Pero qué, mi Mayor!—preguntó con aire de desdén el teniente Torrea, que era un altivo mozo, leal y gallardo oficial del 9.° ¿qué, sería posible que llegaran á tomar Guerrero?

—Teniendo al frente una persona inteligente, y uniéndose todos esos malditos, ¿por qué no? Lo bueno es que como no tienen planes, ni instrucción, se les destroza en un momento, aunque costando muy caro, porque son valientes *como todos los diablos*.

Mientras Cuca, muy atareada, llevaba platos á los oficiales, que ya aseados y cepillados cenaban con más calma, la con-

versación seguía un curso serio y tranquilo, sostenida por los más instruidos, en tanto que los demás escuchaban.

A veces, casi de súbito. había pausas de un silencio sombrío. Pasaban, entonces, dolorosos pensamientos por las frentes de aquellos jóvenes, que no se daban cuenta del confuso drama en que eran precipitados por el Destino; por el Destino y por la férrea mano del General Díaz, diestra y rápida en la acción, dura y eficaz en el castigo.

Al pronunciar el nombre marcial de quien desde México hacía sentir su pensamiento y su poder, pronto á apagar toda chispa trágica, á extinguir todo indicio de crujimiento, á evaporar toda gota filtrada fuera del cauce á que él había encarrilado el antiguo torrente revolucionario, al pronunciar el nombre de Porfirio Díaz, todos los ánimos, dominados, serenábanse, resignándose á su suerte de víctimas del Deber......

Comprendían vagamente que aquello era necesario, que aquello era fatal. Era preciso ir á donde se les mandaba, ir y morir, para que los demás, en la gran patria mexicana, viviesen tranquilos......

Era preciso sacrificarse, sin una protesta, sin un rumor hostil, prontos á dar su sangre, y su alma, y la sangre y el alma de los seres queridos y ausentes en los lejanos hogares......¡Tristes y obscuras, ignoradas y mudas víctimas del Deber......!

Y al pensar en estas melancolías amargas, los ojos del meditabundo subteniente se velaban de lágrimas, rebeldes lágrimas que no llegaban á brotar ni á caer, sino que se evaporaban silenciosamente, calcinando sus pupilas y su alma.

Castorena, el subteniente chaparro y fornido, de rostro y pelo azafranado, siempre de buen humor, el que bebía botellas de *tequila* con la misma facilidad que improvisaba malas cuartetas, que le valían aplausos y copas, echó todo á la broma y prendió al fin la llamarada de un jubilo insensato. ¡Era el payaso!

Era un calavera de veinte años; de una alegría á prueba de *arrestos*, fatigas y hambres; bufón mordaz en las *chuelas* y *raspas* oficialescas, en cuyas *chorchas y parrandas* se hacía indispensable.

Bebía constantemente, aunque pocas veces se emborrachaba, porque, como él decía, *tenía sesos de bronce*. Cínico, desbarajustado, satírico y pendenciero; un enamorado terrible y un trasnochador alegre, guitarrista famoso, cantante atroz y poetastro abominable. Hubiera sido un oficial excelente á no tener empeñado siempre el uniforme de gala, la pistola y la espada.

Y como el bufón que entra en escena á la hora en que el dolor se hace más denso y la catástrofe apunta, exclamó grotesco:

—¡*Cáiganse muertos* con sus *jolas*.....[1] ahora verán si nos damos gusto...¿con cuánto se cuotiza usted, mi teniente?...... ¡Magnífico!......A ver tú, Mercado......Cuquita, ¿en cuánto nos alquila su guitarra?

Señores, el frío os agarra...
No estará el alma tranquila,
Si no bebemos *tequila*
Y tocamos la guitarra...

Y Castorena, el oficial payaso de *sesos de bronce*, Castorena el bufón, se puso en

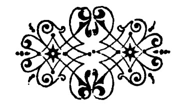
(1) Moneda de 1 y medio centavo. En general: dinero.

pie y fué recto á descolgar la vieja guitarra de la fondera, ante la admiración y regocijo de sus compañeros, que reían á carcajada abierta.

Jefes y capitanes habían salido ya, y sólo el grupo juvenil quedó,envuelto en el humo de los cigarros. Destaparon una botella de tequila, chocaron las copas, tornaron los brindis, gimieron melancólicamente exóticos amores y tristezas románticas las cuerdas de la guitarra, y se oyó á Castorena cantar desesperadamente:

"*Te acuerdas, niña,*
De aquella tarde"......

Y en tanto, afuera, en la desolada plazoleta, las ráfagas frías de la Sierra, pasaban, trayendo de lo alto de sus bosques, rumores de borrascas lejanas y presagios de próxima catástrofe......





VI.

Listo para matar......ó morir......

......En plena sombra todavía, en pleno silencio, arrancó de súbito la diana, despertando al campamento de la Alameda de Guerrero, la madrugada del 16 de Octubre.

No hubo redoblar de tambores. Sólo las cornetas de las dos compañías del 9.° vibraron sus fieras algaradas en una bélica sonoridad victoriosa; rápidas, ágiles, rebosando júbilo y bravura.

Apenas estalló la primer nota, imprevista y brusca como una estocada, como un relámpago en las tinieblas, soltóse un torrente de rumores, de toses, de risas......Tintinearon las ánforas de zinc contra el acero de los fusiles, y gritaron los "sargentos de rondín:"

—*Arriba!...... arriba! vámonos arriba!*

Las soldaderas—que habían dormido amorosamente con sus compañeros, tiritando y arrullándose en bestial abandono consolador bajo el mismo sarape, en un olvido voluptuoso de su ruda suerte,—desperezábanse, indolentes, mientras los soldados, en un salto estaban de pie, prontos á obedecer.

Los oficiales,—que habían dormido con el uniforme puesto, bajo rojos cobertores, en los intervalos de las filas de *pabellones de armas*,—despertaban, azorados un instante.

Pero, al escuchar la música de la diana, el hálito del Deber tonificaba su médula, y sacudiendo el sopor del sueño apenas iniciado, erguíanse, listos para el mando ó la obediencia.

Cruzábanse entre las sombras voces imperiosas, gritos potentes; y oíase el arrastrar metálico de las cubiertas de las espadas.

—¡Esos cabos, á formar!

—¡Fuera esas viejas!

—Con permiso de Ud., mi teniente.......

—¡Oigame, compañero!

—*Por la derecha......¡alinear!......*

—

Miguel estuvo, pronto, al frente de la 4.ª Compañía, presenciando el acto *de pasar lista*, cerca del sargento 1.º, quien rápidamente gritaba los nombres.

En el ambiente glacial y negro, bajo las estrellas que cintilaban entre las retículas de los árboles desnudos, el subteniente, todo encapotado, bajo el capuchón la bufanda enrollada al cuello, hasta la nariz; enguantadas las manos, se sentía agonizar...... .

Había bebido, la noche anterior, hasta embriagarse,—como casi todas las noches que *no estaba de servicio;*—y una vez más, al despertar de su negra borrachera, desaparecida la violencia tumultuosa de sus pensamientos ebrios, sentíase disminuido, medroso, avergonzado, infinitamente triste.

Pero en él, como en los demás, el alma de la Disciplina Militar anulaba toda resistencia y toda rebeldía.......

Y, requiriendo la espada, sacudiendo el cráneo adolorido, calcinado por el *tequila* de la noche, firme, se encontraba en su sitio de Ordenanza, dispuesto como sus camaradas, á mandar y á obedecer; listo para matar, listo para morir.

¡Morir!......No obstante la depresión de su ánimo en el hielo de aquella obscura madrugada, conocía que dentro de su ser, en lo más íntimo de su yo, existía,—y existiría siempre como un puñal inmóvil y terrible dentro de su vaina,—una intrepidez soberbia, dispuesta á todo, capaz de todo, en el momento preciso......¡Matar!

Cuando la *lista* terminó, corrió á *dar parte* al Capitán de su Compañía, Estanislao Tagle; y á su regreso, después de hacer desfilar la tropa frente á los calderos del *rancho* matinal, ya un alba lívida empañaba las estrellas.

Hacía un frío atroz. Y Miguel contemplaba con qué deleite recibían los soldados aquella hirviente agua turbia endulzada—*el café*—que como un consuelo engañoso se repartía á aquel mísero rebaño, en la penumbra de triste amanecer.

Ordenóse que la tropa lavara su ropa en el río; se repartió un jabón á cada individuo, y cuando marcharon *por el flanco derecho doblando*, iban muy contentos, haciendo encargos en voz alta á sus *viejas*, conversando y cantando, entre la bruma espesa de la mañana, mientras los oficiales, charlaban bromeando, *à los flancos* de la columna, encapotados aún, enrolladas al cuello las bufandas compradas en Chihuahua, y caladas las capuchas, cuidando del orden de la marcha.

Ante el río, poco ancho y nada profundo, que pasa al Oeste de la villa, se mandó *romper filas*, y los soldados se desbanda-

ron buscando piedras propias para lavar sobre ellas la ropa.

No cedía el frío intensísimo, y Miguel experimentó la imperiosa necesidad de tomar algo que calentase su estómago adolorido, irritado por el alcohol.

Débil y en ayunas, sintió desvanecerse al contemplar la corriente enturbiada por la espuma del jabón.

Los soldados, semidesnudos, al viento frío de la Sierra las tostadas carnes, cantaban, lavando sus ennegrecidos uniformes, sus camisas......Y *las viejas* alternaban con los hombres, ayudándoles en retorcer los viejos trapos, ó lavaban también sus enaguas......

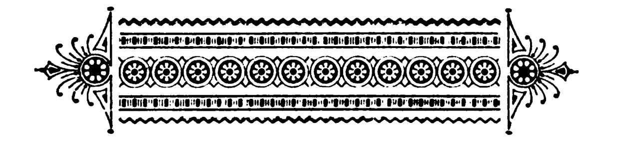
Una algazara rumorosa, un griterío confuso y radiante, entre carcajadas, piedras lanzadas de un *lavadero* á otro, canciones y silbidos, se levantaba de la ribera, antes mustia, salpicada de peñascos y pobres arbustos, una algazara tumultuosa como de villorrio del Bajío en plena feria......

Y no obstante el agua glacial que corría tranquilamente hostil, Castorena, desnudo, más bufonesco que nunca, erizado el cuerpo rechoncho de pelos amarillos, como un orangután rubio, se bañaba impávido, cantando, cual si le durase la embriaguez nocturna:

"Te acuerdas, niña,
De aquella tarde...."

Y Miguel, al verle así, tan contento, en vísperas de un combate sin misericordia con los tigres de la Sierra, extinto su odio al payaso del Batallón, pensaba:

—¡Él, lo mismo que yo, lo mismo que todos estos pobres, aun así, desnudo, aterido, inerme,idículo, está listo...para morir!



VII.

La "racion" del Ogro.

No pudiendo soportar más la sed, Mercado, acercándose á un *paisano* que bajaba á dar agua á su caballo, preguntó:

—Amigo, ¿no sabe dónde podré conseguir café caliente?

—Por allí—le contestó, señalándole, sin volver el rostro, una casucha mísera cerca del río, en lo alto de un montículo cubierto de enmarañados breñales.

Pidió, entonces, permiso á su capitán Tagle para separarse un momento de la margen y, tiritando, envuelto en su amplio capote, calada todavía la capucha hasta cubrir la frente, Miguel llegó al umbral de la choza, cuyo interior apenas vislumbrara.

Desde allí preguntó á una vieja que molía en un *metate* y *echaba gordas* junto á un gran fuego, en medio del humo,si le podían hacer una taza de café que pagaría á cualquier precio. Una voz áspera y ronca de borracho le contestó:

—¡Cómo no! á ver, Julia, ¡un jarro de café, mucho café, bien caliente!......pero...... ¡volando! ¡volando como un......demonio! —y una frase cruda y obscena terminó el mandato.

Entonces, ya acostumbrado un tanto á la obscuridad de la negra estancia, pudo distinguir Miguel, sobre una ancha cama de madera, entre gruesos sarapes, una melena encrespada y una larguísima barba gris que circundaba, en sucios mechones, un fiero rostro cachetón, de nariz ganchuda y ojos enrojecidos y brillantes; en tanto que la figura de una muchacha limpia y airosa se alzaba súbitamente del rincón opuesto.

Atravesó ella el cuarto; pasó junto á él; rítmica, con los ojos bajos, y de cerca de la chimenea tomó un jarro que llenó de agua y puso á las llamas, ante cuyo violento fulgor se iluminó espléndidamente su perfil de niña.

Miguel, estupefacto, abrió los ojos.

El hombre se incorporó, indicando con altanero ademán un taburete.

—Siéntese, jefe—dijo al oficial,—y mientras está el café, déle á *esa* para el *sotol.*

Pero, como á Mercado no le agradaba este rudo aguardiente de Chihuahua, respondió:

—Mejor *tequila*, no me gusta el *sotol*— y dió un billete de veinticinco centavos á Julia, que se acercó con timidez.

Y contempló, admirado y sorprendido cada vez más, la peregrina gracia de la mujercita, tan bruscamente maltratada por el viejo. ¿Quién era?......¿Dónde había visto aquella gentileza? Adivinó atrocidades en la obscura guarida de oso que apestaba á tabaco y *sotol.*

¿La linda criatura sería hija de aquel bandido?

De pronto, recordó con delicia la joven que viera en la fonda, la víspera, y que tanto le había interesado.

¡Era la misma! y volvió á murmurar, en loor suyo, la misma frase cándida:

—¡Qué linda!—Y luego agregó su íntimo pensamiento:—¡......y es la misma, la misma!

Sus pupilas, ya del todo habituadas á la penumbra, contemplaron de nuevo al barbudo hombrón.

La vieja, de aspecto estúpido, que molía con regularidad de máquina, preguntó:

—¿Ya se levanta, Don Bernardo? ¿Le llevo las *teguas?*

Y, tiesa, sin esperar la respuesta, le llevó el burdo calzado, aproximándose al lecho, con la cabeza baja......Arrodillóse entonces la anciana ante el ogro recostado, que extendió á ella las piernas, y le calzó respetuosamente las *teguas* en los pies negros y velludos.

Y ella, humilde como una esclava, se las ajustó lentamente, las palpó, cuidó de que la obra servil fuese perfecta.

Miguel desde su asiento miraba, sin pronunciar una palabra, más y más estupefacto.

Julia llegó con la botella del *tequila*, y en una taza de *peltre* sirvió el café, presentándosela á Mercado con el azúcar.

Sobre el agua negruzca que humeaba en el tosco tazón vació Miguel, tembloroso, el infecto aguardiente. Tuvo un instante de asco, pero, sacudiendo la cabeza como para arrojar vacilaciones y pensamientos sombríos, llevó á la boca, á dos manos, el brevaje, bebiéndolo, ávido.......

—¡Delicioso veneno!......—como dice Castorena, pensó, sintiendo después por todo su cuerpo la primer caricia tónica del alcohol.

Fué un milagro. La triste niebla que obscurecía su conciencia y pesaba, como un manto fúnebre y rígido, sobre su ánimo, se disolvió en una claridad límpida y tibia, tras de cuyo cristal sólo veía en la mísera estancia el fino escorzo tentador de la gentil adolescente.

Y ella fulguró entonces, ante los ojos deslumbrados del oficial, con otros encantos, con nuevos prestigios.

La vió ir y venir, fresca y vivaz, por entre cosas sucias y viejas, ante la estulta momia que trabajaba mecánicamente y cerca del ogro velludo, arrinconado en su inmóvil cachaza.

La vió atravesar, airosa y pura, entre nauseabundos harapos, y en un momento en que ella levantaba con gracia de pájaro la cabecita, vió esplender hacia él la magnificencia tímida y dulce de sus ojos negros......

—¡Qué linda! ¡qué linda, madre mía!—cantó su íntimo arrobo.

Y el oficial, en el fervor ingenuo de su pobre alma enamorada ya, adunó el éxtasis contemplativo de la mujer presente y el piadoso recuerdo de la madre ausente.

De pronto, escuchó su voz armoniosa vibrando con el acento encantador de las hijas de Chihuahua:

—Tía, ¿no ha visto usted mi pañuelo? ¡siempre lo pongo, al acostarme, debajo de la almohada!......hoy no lo hallo......¡Ah! *¡Cómo soy tonta yo!* (1)

---

(1) En Chihuahua son muy comunes estas construcciones en el lenguaje vulgar.

Y ella, rápida y airosa, fué hacia el lecho revuelto de donde se había levantado el viejazo hirsuto, y allí, revolviendo sarapes y cobertores, tornó á decir con argentino lamento:

—¡Pero si anoche, al acostarme, lo puse aquí! ¡Ah! Cómo soy yo tonta!......

Y......cosa estupenda: levantaba la almohada, la misma almohada que recibía la sucia melena del viejo bribón.

Y era indudable......reconocía él sobre el colchón la huella de las formas armoniosas de la gentil mujercita......Otra vez la realidad le agarrotaba.

Contempló tristemente á Julia y luego al Don Bernardo, que bebía, á su vez, con sorbos estrepitosos su café fuerte, cargado también de *tequila*.

Julia tornò á abrir sus ojos grandes y negros, y su mirada, como la de Miguel, parecía expresar melancolía y resignación.

Mercado no era un gallardo mozo,—era demasiado triste para eso—pero su juventud altiva,y los movimientos nerviosos de su cuerpo, y el ademán con que alzaba su frente noble y blanca, le hacían simpático, y enternecieron á aquel ser sufrido y mudo, á aquella resignada y adorable Julia.

No lo pudo ocultar. Soñó, tal vez confusamente, con placeres nunca experimentados, á la vista de aquel oficial que venía de tan lejos, que hablaba palabras cariñosas y que la miraba con ternura, como nadie la había mirado nunca. Y no, no pudo ocultar su emoción.

El fiero Don Bernardo había salido á calentarse al sol, á la puerta, y contemplaba con suma curiosidad y con un gesto de alto desdén á la tropa que blanqueaba en la lejana orilla del río.

—¿No quiere otra taza? Hay más café, todavía hay en el jarro,—dijo Julia llevándole al oficial otra taza, que él tomó de sus manos firmes y fuertes.

—¿Es su mamá la señora que está moliendo?—preguntó.

Ella movió tristemente la cabeza, y dijo, bajando los párpados:

—Mi madrastra, señor.

—Ah......yo creía......¿entonces, Don Bernardo será su padre?

—Es mi tío,—y suspiró, encendiéndosele el rostro intensamente.—Pero—dijo muy quedo;—es también......es decir......no estamos casados......porque ella es su mujer... Y no pudo decir más, sofocada al relatar, con dulce ingenuidad, tanta abominación.

¡Cómo!......¿Aquella adolescencia vívida y airosa era *la ración* del ogro?......¡Aquella dulce y humilde criatura, aquella rosa en plena gracia, fresca aún, era *su concubina!*—Y Miguel, consternado, palideció.

¿Qué enredo repugnante es éste? —se preguntó —¿esta víctima soportando su desgracia en silencio, la pobrecita entregándose pasiva y serena, sin goce alguno; sin resistencia, pero sin ardor, al amo que la maltrata con despotismo de corsario musulmán?......¿Aquello podía ser cierto?......¡La vieja momia es la esposa; y la fresca niña, la querida!

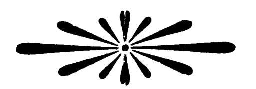
Y aspiró el aliento de aquella juventud vivaz y tímida, violada ya, pero sana y firme todavía, y anegó el alma bondadosa del oficial una inmensa piedad......

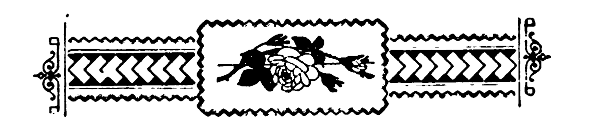
Y como Julia, sosteniendo la taza, hallábase inclinada y con el rostro aún muy cerca de Miguel, ambos confundieron sus alientos y cruzaron sus miradas enternecidas y elocuentes......

—¡Pobrecita!—Y al ver manchas violáceas en sus redondos brazos desnudos y en su fino cuello moreno:—El le pega, ¿verdad?......¿Sí?......¿Lo quiere Ud?......¿No?... Entonces, sepárese de él......déjelo......acúselo Ud......háblele al Jefe Político de Guerrero......

La muchacha, aterrorizada ante la indignación que fulguraron los ojos de Miguel, exclamó:

—No, señor......no; mi padre lo manda... y ¡mi padre es santo!......Teresita le hizo santo......le fusilaron y resucitó como Nuestro Señor; ¡figúrese! por eso, no vaya á Tomochic, no, porque lo matan......si va...... ¡Cruz va á acabar con todos!......rece mucho......¡No vaya Ud. á Tomochic!





VIII.

CAUSAS OSTENSIBLES.

He aquí algunos de los antecedentes, que más tarde supo Miguel, de la extraña rebelión de Tomochic:

Los pueblecillos de la Sierra Madre, al Oeste de Chihuahua, vivían en constante alarma por las excursiones bárbaras de los apaches, sosteniendo entre los montes y en el fondo de las selvas una constante guerra.

Todo el mundo allí tenía su carabina ó su fusil, que los montañeses descolgaban á cada paso para organizar batidas y arrancar á viva fuerza las reses robadas por los feroces indios, que tuvieron que ir cediendo lentamente hasta ganar el Norte.

Los serranos de Tomochic, caserío situado en el fondo de un valle, con unos trescientos habitantes, se señalaron por su valor y su audacia, y por ello bien pronto se hicieron célebres.

Pasado el peligro, volvieron á arar la tierra, á cuidar sus ganados y á tomar pa-

triarcalmente el sol, á la puerta de sus casas, limpiando sus carabinas y engrasando los cartuchos.

Los ricachos del lugar eran enterrados en el atrio de la única iglesia, la que á su lado tenía un convento fundado durante el Gobierno Colonial por los misioneros jesuitas que se establecieron en esa parte de la Sierra, cuando se empezaron á explotar sus ricos minerales.

Aquel pueblo perdido en la República, ignorado y obscuro, fué abandonado, por su aparente insignificancia, por el Gobierno del Estado de Chihuahua y por el eclesiástico, sin que ni uno ni otro, sin ilustrarlo, dejase—eso sí—de cobrar los impuestos.

De repente sopla una ráfaga de fanatismo religioso, y el nombre de la Santa de Cabora es pronunciado con veneración, y sus milagros narrados de mil maneras, con una exageración medioeval.

¡La Santa de Cabora!

Los viajeros que de Sonora pasaban por Tomochic, contaron maravillas; y los mismos tomochitecos, que con sus *recuas* se dirigían á aquel Estado, volvían como de una venerada Meca.

Entonces, la efervescencia comprimida de aquel pueblo se resolvió en fervor religioso y ambicioso, que mal dirigido y sin cauce alguno, se desbordó y estalló en explosión de volcán.

Un incidente aumentó entonces el disgusto contra el Gobierno local.

Habiendo el Gobernador, Lauro Carrillo, pasado por Tomochic, visitó la iglesia, y enamorado de la magnificencia y real mérito de algunos cuadros, trató de llevárselos para Chihuahua; pero aquella gente

altanera y valiente, al saberlo,se indignó á tal punto que el Gobernador tuvo que dejar los cuadros en sus sitios.

Desde entonces el Gobierno y sus empleados fueron considerados como enemigos, "por impíos é hijos de Lucifer."

Para colmo de males y para precipitar los acontecimientos, cierta autoridad de Guerrero al verificar una diligencia judicial en el pueblo, aprovechando algunas circunstancias, abusó del candor de una serrana, dejándola en cinta.

La mina estaba llena de pólvora y la mecha preparada; no tardó en llegar la chispa.

Se supo que en los pueblos vecinos se había declarado santo á José Carranza, nacido en Tomochic, quien pensaba residir en el pueblo natal para hacerlo feliz.

Naturalmente, los ánimos se excitaron, y el entusiasmo fué general, esperándose con impaciencia la llegada del "San José."

La más notable familia era la de los Chávez,quienes en realidad eran los que dominaban al pueblo,por ese ascendiente irresistible que en todas partes tienen el talento y el carácter unidos á la ambición.

Los tres Chávez salieron á recibir al "San Jose," un sábado.

El viejo llegó con Mariana, su mujer, acompañado de su hermano Bernardo,quien, carabina á la espalda. le seguía, proclamándose *soldado de Jesucristo*.

Al día siguiente, un domingo, hubo misa, y se llevó al "San José" á la iglesia, en devota procesión.

Terminada la ceremonia, el cura, que traía instrucciones de arrojar al "santo" y prohibir á aquellas gentes seguir en tan extrañas ideas, les exhortó á abandonar su fanatismo, regañándoles con dureza y echándoles en cara su estupidez.

Y he aquí que el ingénito orgullo de aquel pueblo protestó escandalosamente, y Cruz Chávez, muy popular y muy querido, y que hasta entonces les reprochaba sus exaltaciones místicas, tuvo un arranque que nadie esperaba. Llegando hasta el púlpito, gritó al sacerdote:

—En el nombre del Gran Poder de Dios, yo, que soy *policía* de su Divina Majestad, te echo!

—¡Que muera!—vociferó una vieja.

—Sí, sí... ¡fuera!—gritaron todos, contaminados, y exasperados por la rudísima alocución del cura, quien tuvo que huir, declarándolos "endemoniados."

Cruz tenía entonces cerca de cuarenta años de edad, y era alto y fornido. Su rostro, largo y varonil, estaba encuadrado en espesa barba negra; sus ojos grandes, negros también, miraban siempre con fiera tenacidad, denunciando un espíritu audaz y obstinado.

Se imponía por su palabra de mando, serena, enérgica y clara.

Bernardo Carranza, á los diez y ocho años había desaparecido del pueblo, robando algunos pesos á los Medrano, ricachos del lugar. Había vuelto varias veces, pero no era aceptado por su odio al trabajo y su amor al *sotol*.

Su hermano José, un hombre bonachón y estúpido, que tenía algunos terrenitos, le daba siempre hospitalidad, la que pagaba robándole algo. Julia, hija de éste, había sido mandada á Chihuahua con su padrino, de quien él fué peón cerca de Cusihuiriachic, en una hacienda de su propiedad.

En la crisis de aquella exaltación religiosa fué contagiado el viejo en Cusihuiriachic; abandonó sus tierras y su mujer y se

lanzó á Cabora, donde Teresa le curó de un tumor y le dijo, sonriendo, que se parecía á San José.

Una criada de la casa de Teresa Urrea, que oyó algunas palabras, pregonó que era el mismo San José; y algunos días más tarde, el viejo estúpido, convencido ingenuamente de que no era otra persona sino el santo, resucitado por Dios mismo, y que debía predicar y hacer feliz al mundo, se puso en oración y en penitencia constantemente, ayunó y ¡cosa increíble! mandó llamar á Bernardo, y le entregó sus terrenos de Tomochic y... su mujer, con quien había casado en segundas nupcias, y la cual pasó á serlo de su hermano......!

Bernardo Carranza y Cruz Chávez aquel domingo memorable, convinieron hacer de Tomochic la Capital de la Reforma, un lugar sagrado adonde todo el mundo peregrinase; se haría de su sobrina Julia, una virgen milagrosísima, y enarbolarían una gran bandera blanca con este lema rojo: "*¡Viva el Poder de Dios y mueran los hijos de Lucifer!*"

Tendrían "*Santos vivos,*" y, [1] carabina en mano, pasearían por todo Chihuahua su doctrina, sin más gobierno que el de Dios, ni más leyes que las de su Divina Majestad!

Corrieron los días, y ni un espíritu sereno llevó la luz, ni un maestro ilustró, ni un misionero de la religión predicó á los ilusos y á los obcecados, mientras que las autoridades políticas, también, se ausentaban.

La pequeña Julia fué devuelta de Chihuahua á su padre, en tanto que los Chávez, que habían fletado mulas, viajaban

(1)—Histórico.

por Sonora, vendían cargamento y acémilas, y compraban en la frontera carabinas Winchester de repetición, de á doce y dieciocho tiros.

Y sucedió que el encargado de la *conducta* del Mineral de "Pinos Altos" á Chihuahua, cuyo camino pasa por Tomochic, temió por su seguridad y comunicó seriamente al Gobierno la actitud belicosa del pueblo, y mientras tanto evitó pasar por él, dando un gran rodeo en la Sierra. Pero aquellos altivos montañeses no eran bandidos vulgares, y requirieron al conductor, asegurándole que no temiese nada.

Mas el grito de alarma se propagaba, se multiplicaba.

Se envió, al fin, un destacamento del 11. ° Batallón para que estuviese á la espectativa y contuviese cualquiera intentona, en tanto que se trataba de calmarles.

Pero los abusos de aquella fuerza les irritaron, y en definitiva no hubo más que sorda cólera, que estallaría en cuanto se creyesen fuertes.

Poco después, calmados aparentemente los ánimos, se retiró el destacamento, sin que se arreglase pacto alguno.

Y los Chávez regresan, proveen de municiones, carabinas y ropa, al pueblo; se apoderan del maíz y reses de un rico hacendado á quien todos odiaban; excitan y proclaman el augusto lema de "Religión é Independencia," y electrizan de nuevo á los buenos habitantes, resolviendo "*oficialmente*" *que no reconocerían más amo que Dios.* Jamás obcecación popular fué más negra y terrible.

Aquel puñado de fieros hijos de las montañas estaba poseído de una frenética demencia mística. Un vértigo confuso de libertad, un anhelo de poderío en aquellas

almas ignorantes, sopla bárbaro impulso sobre la tribu aislada extrañamente de la vida nacional.

Surgían salvajes atavismos; y sobre el cúmulo negro de cóleras, miserias y antiguas servidumbres, venían á caer aviesos atizamientos que maniobraban desde Chihuahua, desde México mismo.

Una rebelión dentro de la Sierra Madre de Chihuahua turbaría la paz laboriosa y restauradora de la República..... pero ¿qué importaba eso á las ambiciones sombrías, tan inermes como cobardes?

¿Qué querían, en concreto, aquellos serranos?...No conocían la Patria, ni sus gobernantes, ni la Religión, ni sus sacerdotes.....

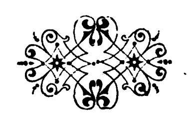
Y era lo más extraño que no constituían una tribu bárbara. No eran indígenas, sino criollos.

Sangre española, sangre árabe, de fanatismo cruel y de bravura caballeresca, circulaba en aquella raza maravillosa, *apache* y andaluza......

¡Tomochic daba á la República Mexicana el raro espectáculo de una villa que se había vuelto loca .....con locura peligrosa!

En efecto, el histerismo de los tomochitecos podía ser un foco de contagio para los demás pueblos de la Sierra.

Era preciso intervenir á tiempo.... resolver el tumor ó extirparlo, cortando por lo sano, con puño firme y ojo atento.





IX.

POR UN DIVINO MILAGRO.

Cruz Chávez envió á Guerrerro á Bernardo, con el objeto de que allí, viviendo con Mariana y Julia, espiase, sin causar recelos, las disposiciones militares del Gobierno en aquella villa situada en el arranque de la Sierra,—base necesarísima de toda operación estratégica.

La noche, víspera de la partida, Cruz dispuso una peregrinación de los suyos, escoltando al nuevo "*San José,*" por los pueblecillos cercanos, mientras varios "*soldados de Dios*" recibían á los filiados á última hora.

Y "San José," el viejo idiota, sugestionado por su mismo hermano Bernardo, llamó á su mujer y á su hija; les habló de "Dios su hijo" y de la otra vida.

—En el nombre de Dios - clamó — ya no son mi familia; mi mujer es la Virgen María, pero obedecerán á mi hermano; los tres serán esposos, para que yo sea el Padre de la Santísima Trinidad; tú, el Padre [y señaló á Bernardo]; tú, la hija y tú, el Espíritu Santo [é indicó á las dos mujeres]. [1].

---

[1].—Rigurosamente histórico.

Fué aquella noche, la noche lúgubre del atentado salvaje, del atropello de la virgen tierna; el estrujamiento del ángel, la inmolación de la niña en aras del estúpido fanatismo... ¡nupcias trágicas del ogro y la doncella!...

Julia tenía apenas catorce años; pero había adquirido un gran desarrollo, y ya era por su cuerpo una mujercita hecha y derecha, limpia y hacendosa, que desempeñaba todas las faenas domésticas en la casa de su padre, primero, y en la de su tío, después.

Ella molía, lavaba, remendaba los burdos pantalones de los dos hombres, daba agua á las bestias, y hasta en las noches glaciales del duro invierno de la Sierra, *rajaba la leña* y encendía trabajosamente el fuego de la chimenea, donde asaba la carne de la cena y hervía el café para que su padre no se durmiera, cuando Cruz convocaba á los principales vecinos á rezar el rosario, un rosario fantástico, donde aquella gente intercalaba oraciones extrañas, letanías estupendas, gritos de odio y bélicas proclamas, imprecando "*al gran poder de Dios.*"

En verdad que casi todas las mujeres del pueblo hacían lo mismo; pero aquéllas lo verificaban con la inconsciencia pasiva de las bestias de carga. Ella, no porque era soñadora y había conocido algo de la vida civilizada en Chihuahua, en la casa de su padrino, donde contrajo estrecha amistad con la hija de éste, una señorita que le había hablado de cosas encantadoras.

—Mira, Julia,—le dijo una vez—tú eres muy bonita; las muchachas como tú, pueden ser reinas.—Y nunca olvidó la frase.

En las noches en que había serenata en el jardín de la Plaza de Armas, en Chihuahua, cuando tocaba allí la música del 5.° Regimiento ó del 11.° Batallón, ella, niña

aún, llevada por lástima, había entrevisto la sociedad aristocrática, lujosa y altiva de Chihuahua; le habían deslumbrado los trajes de las mujeres hermosas y le había fascinado la harmonía de los valses, nunca hasta entonces escuchados por ella.

Vagos anhelos se despertaron en su ser, y su curiosidad infantil, no satisfecha, se enardeció ante el espectáculo de la vida confortable y moderna de una ciudad.

Había conocido al novio de su amiga, que era un capitán 2.° del 5.° Regimiento, un gentil mozo de bigotes retorcidos á lo mosquetero, de *dormán* ajustado, luciendo marcialmente el brillo de plata de los botones y de el acero del sable, y de los relucientes y argentinos acicates ..¡Oh! ¡Así debían ser los príncipes de los cuentos!

Y ella, la soñadora niña de catorce años, ya se había visto al espejo, preguntándose si podía merecer un hombre así.

Después, en Tomochic, lloró y suspiró por las horas tranquilas que había pasado y que nunca volverían. Comprendió vagamente que aquellos hombres estaban locos, pero se resignó y soportó sus dolores con heroísmo de mártir.

Su rostro se dulcificó, serenóse su mirada y tornó á sus finos labios la antigua sonrisa.

Después, el atentado sacudió su cuerpo, lo enfermó.......

Al día siguiente de la noche de aquel domingo tuvo fiebre, y sin saber cómo, desvanecida, delirante, ligada fuertemente al asno que la llevaba, después de tres días de marcha, llegó á Guerrero.

Quedó anonadada bajo el peso de su desgracia, y, lentamente, una sombra de melancolía inmensa obscureció su cerebro, don-

de llegaron á dormir,por fin, todos sus sueños y todas sus aspiraciones.

Sobre la concubina del viejo bandido, sobre la carne mancillada noche á noche, sin estremecerla, sin enardecerla, cintilaba, ignoto y solitario, un espíritu virgíneo.

Y allí, en la vieja casucha de adobes, en la margen del río, Julia pasaba tristemente su vida, minada por las brutalidades de su tío y dueño, soportando con irreductible resignación cándida el tormento diario de acostar su cuerpecito adolescente, al lado del velludo y nauseabundo cuerpazo de aquella bestia que, en las noches, cuando regresaba borracho, con pasos de hipopótamo, osaba acercar al rostro melancólico de la linda esclava, sus mechones hediondos, estrujándola sobre el mismo lecho de la tía Mariana, sobre el mismo lecho incestuoso!

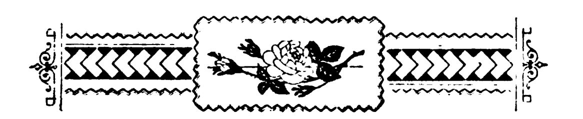
Y no obstante—¡consolador encanto!—la monstruosa violación apenas empañó la diafanidad inefable del alma de la niña.

El atentado dejó casi intacto el espíritu infantil, el crujimiento rojo de la carne no salpicó el alto cristal de su conciencia serena y triste, ni nubló sus pupilas—ni con deleite alguno, ni con ningún horror— ni ensanchó sus caderas, ni aflojó sus senos redondos, pequeños y firmes.

Pasada la fiebre primera, las vías de hecho, las violencias, no sacudieron ya su pensamiento, ni su sentimiento....

Su resignación inquebrantable, su fé en la Virgen María, y una perenne actividad, mantuvieron sano su cuerpo y vívida la frescura y la gracia melancólica de aquel lirio de la Sierra.

La linda Julia, la barragana del viejo borracho, la querida del bandido, la hija de "San José," era, en verdad, una niña santa, por un divino milagro.......



X.

Cruz de Tomochic, "Papa Maximo."

En Ciudad Guerrero, el viejo bribón, lejos del freno de Cruz, vivió en perpetua borrachera. Fué haciendo vender sus vacas, una á una, para pasar la vida, al par que cumplía su misión espiando las fuerzas que el Gobierno Federal, en el mes Agosto, envió decididamente á Guerrero, para atacar á Tomochic.

Componíanse dichas fuerzas de un piquete de veinticinco hombres de Seguridad Pública del Estado, al mando del capitán Antonio Vergara; otro del 5.° Regimiento, de treinta hombres, al mando del capitán segundo Lino Camacho, y 65 hombres del 11.° Batallón.

Como fuerzas auxiliares locales se reclutaron, como voluntarios, 60 hombres de los pueblos de aquel rumbo, conocedores expertos del terreno y valientes á toda prueba, encomendándose su mando á Santa Ana Pérez, muy conocido por su temerario valor y su popularidad en parte del Estado de Chihuahua. El mando en jefe lo tuvo el

General José M. Rangel, que llevaba tres oficiales de Estado Mayor, y al Mayor del Cuerpo Médico Militar, Francisco Arellano. Total: ciento treinta hombres.

Bernardo avisó de esto inmediatamente á Cruz, quien le envió un emisario, que hablò largamente con él. Los dos se dirigieron á ver á Santa Ana Pérez, jefe de las fuerzas locales. Este los filió y les dió armas y un grado nominal. ¿Sospechaba que eran espías?......

El 15 de Agosto partió una columna de ataque, internándose en la Sierra, y avistando á Tomochic el día 2 de Septiembre.

Cruz se aprestó á la defensa con cerca de sesenta y ocho hombres, en su mayor parte armados de excelentes carabinas, apostándoles en las cinco casas que limitaban al pueblo, al Este. Les mandó que aspillerasen de tal manera las duras paredes que pudieran convertir sus fuegos sobre el camino angosto, accidentado y duro que baja al valle, en el cerro del Cordón de Lino; ordenando que al escuchar un silbido agudo, tomaran los de la derecha por una ladera, remontándose hasta la cima, para allí cortar al enemigo su única retirada, descendiendo después sobre él, para aniquilarlo y dispersarlo en el monte.

La bendición de las carabinas fué solemnísima.

Cuentan que Cruz, irguiendo su alto y recio cuerpo,—cruzadas en el pecho dos cananas repletas de cartuchos metálicos que le formaban maciza coraza,—extendió los brazos hacia los tomochitecos prosternados que le presentaban sus carabinas, y dejó caer, una á una, sacramentales palabras.

—Hijos míos: yo, "*Cruz de Tomochic,*" *Papa Máximo* de Chihuahua y de Sonora,

en el nombre del "Gran Poder de Dios," os ordeno que matéis sólo á los jefes de los "*pelones*" hijos de Satanás. ¡Benditas sean las armas que "*guerrean*" contra los soldados del Infierno...!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y que el Gran Poder nos valga!

El General Rangel fraccionó su fuerza en dos columnas: una que debía bajar por el cerro de Cordón y atacar la iglesia, y otra por un monte que forma con aquél un ángulo agudo, bajo cuyo vértice se halla el cementerio. Esta fuerza lo debía ocupar y tomar después la casa de los Medrano, que se hallaba en la orilla del camino real.

Mientras unos y otros se avistaban, los rebeldes oraron con devoción y serenidad admirables, seguros de la victoria, ya que iban á combatir en el nombre del "Gran Poder de Dios"

Bajan las columnas, entre los pinos y las fragosidades de los cerros, dispersos los soldados en *tiradores*; son recibidos en la falda con certeros tiros. Trábase el combate á fuego nutrido.

Pero, cosa imprevista: Santa Ana Pérez, con sus *auxiliares* de Chihuahua, en el *Cordón*, permaneció sin recibir ni lanzar un tiro, en tanto que el General, en lo alto, se volvía loco de indignación y de rabia al ver que la confusión y el pánico lanzaban el desorden hacia el ala derecha de la segunda columna, que tuvo al fin que refugiarse en el cementerio.

Entonces, Cruz y los suyos, por la retaguardia, llegaron como tigres é hicieron prisioneros á los que ocupaban aquel punto, entre ellos el Teniente Coronel José M. Ramírez, que había sido herido en un brazo.

Cayeron muertos el capitán Vergara, el Mayor Prieto y el teniente Manzano, y derribado del caballo Vespaciano Guerrero, teniente de Estado Mayor, que bajaba á transmitir una orden.

La derrota fué completa y la catástrofe irremediable. El General se retiraba derrotado, llorando fieramente, refugiándose, audaz, en una de las casas desalojadas por el enemigo.

En la noche, acompañado por algunos dispersos, atravesaba, jadeante, el monte, negro y silencioso.

Recogió el vencedor un gran botín, pero sólo los caballos, armas y municiones utilizó; lo demás fué guardado sin tocarlo, hasta un pequeño barril de *tequila* y algunos de harina.

Ese mismo día, cediendo á un impulso de abnegación, el doctor Francisco Arellano, sin armas, sólo con su botiquín, entró resueltamente en Tomochic, con el humanitario espíritu de curar los heridos propios y los extraños.

Santa Ana Pérez había desaparecido, y únicamente Bernardo se presentó en Guerrero al General Rangel, diciendo que aquél, herido en una pierna, huía al Norte del Estado.

Más tarde, el Gobierno Federal encomendó el mando de una segunda expedición al General Felipe Cruz; y lo que pasó fué increíble, inverosímil.

Poco antes de llegar á Guerrero, las fuerzas del 5.° Regimiento cargaron, por orden suya, sable en mano, sobre una milpa. El destrozo fué horrible; las débiles cañas, hechas pedazos al filo de los machetes cubrieron el suelo de despojos....

En Guerrero, á un teniente del 22.° Batallón se le ordenó posesionarse del cerro

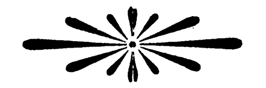
de la Generala, á diez y ocho leguas de Tomochic, lo que hizo, sin encontrar resistencia.

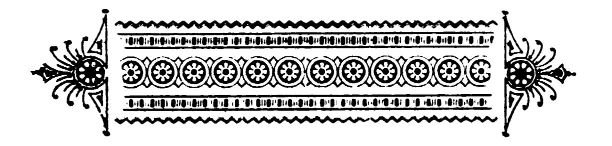
El punto estaba desierto, y aquel jefe, resto de la mala cepa "chinaca," telegrafió á México, dando parte de haber atacado al pueblo, triunfando tras sangriento combate, haciendo veinticinco prisioneros.

El peligroso histerismo de Tomochic, supurando y sangrando, como un tumor, iba á ser extirpado.

Mas sucedía que la mano firme y apta del General Díaz, veterana en estas operaciones, encontraba sucio y sin filo el instrumento—¿por la falta de uso?—lo que complicaba el caso....

Era preciso limpiar algo....





XI.

ALBOR DE IDILIO.

Las dos juventudes, desventuradas y solitarias, se aproximaron.

Miguel se sentía tiernamente atraído hacia Julia. Su infortunio la idealizaba á tal punto, que pensó seriamente en arrancarla de aquel hombre cuya historia no conocía aún, pero que adivinaba borrascosa.

La nube de misterio doloroso y extraordinario, casi fantástico, que flotaba en torno de los negros ojos de la airosa tomochiteca, prestigiaba tan espléndidamente á la víctima, que pensó libertarla.

¿Por qué no realizar un acto soberbio, un heroísmo caballeresco, arrebatarla de aquella guarida, y llevársela, de aventura en aventura, paseando su idilio apasionado, al flanco del 9.º Batallón?

El alma de poeta que dormía en el Subteniente parecía despertar.

Había dicho á Julia que regresaría; que dejaba dinero para que le hiciesen de comer, porque en la fonda del pueblo le daban todo muy escaso, y no le atendían, por preferir á los oficiales superiores.

Bernardo acogió esto con muestras de placer, y ordenó imperiosamente que matasen una gallina,para obsequiar *á su jefe*; le dijo que mientras llegaba la hora, le suplicaba que le llevara, él que podía, á ver la pieza de que tanto le habían hablado; tenía esa curiosidad,porque "la verdad,"*ya mero* se decidía á acompañarles para acabar con los fanáticos.

Miguel le contestó, ingenuamente , que fuese á las once del día á la Alameda;que lo llevaría para que la viera, aunque de lejos; sin sospechar que se las había con un espía de Tomochic.

Volvió á su puesto en el río, muy silen cioso, pensando en aquel golpe del Acaso que lo arrojaba tan lejos, enfrente de terribles acontecimientos,la víspera, tal vez, de su muerte, y en el día del amor y de la gracia.

Meditó tristemente. Pensó en su padre, humilde y honrado escribiente que pasara veinticinco años de su vida en una notaría, consagrando toda su actividad en hacer ricos, sucesivamente, á tres hombres que le abandonaron cuando fué inútil........... Pensó en su pobre madre, viuda, bella aún, vuelta á casar, infamemente maltratada!...luego:el escándalo horrible, la separación en que intervino la policía...¡y su salida del Colegio Militar para ser un obscuro subteniente que algunos días más tarde estaría en cualquier punto perdido en los desiertos de Chihuahua,á quinientas leguas de México......¡Qué vida la suya!......¡Y qué albor magnífico iluminándola de pronto!......

Meditó en el encuentro,no con una virgen ideal,no con una doncella de leyenda,ni con una Margarita pálida y rubia, sino con a-

quella pobre muchacha maculada vilmente, manceba de un bandido, ¡sér humilde y candoroso, que lo había mirado con sus ingenuos ojos negros, como demandándole auxilio, brindándole un amor sencillo como su alma pura!

Y Miguel, pensando en tantas cosas tristes y bellas, en el fondo de la suya, juró protegerla y aun amarla.

¡Lúcidamente, comprendía que amaba á Julia!

Pero, en suma, ¿qué podría lograr por ella?....¡Hacerla más desventurada! ¿Llevar su belleza á la brutal lascivia de sus camaradas? Hacer vivir la frase: *carne para los lobos!*

Y en tanto así discurría, sentado en una gran piedra, la tropa, desbandada en la orilla del río, lavaba, entre un clamoreo alegre de chanzonetas, ternos, risas y gritos, bajo el sol que, libre ya de brumas, esplendía en el azul del cielo, haciendo secar con sus rayos, los lienzos, cuya blancura resplandecía entre las agrias breñas. A trechos, los oficiales, formando corrillos, fumaban charlando, empinando, tras los árboles ó las rocas, á hurtadillas del capitán, las botellas.

Y el agua del río, fría y lenta, iba deslizándose ante los ojos absortos de Miguel, enturbiada por el jabón.

Cuando regresò al campamento tuvo que tomar su carabina é ir como los demás oficiales, al ejercicio del tiro al blanco, que el General había ordenado para que conociesen sus armas.

A la *Lista de doce*, cuando él cepillaba el capote empolvado en que había dormido, fueron á avisarle que le buscaban.

Era Bernardo, que venía á recordarle su

promesa. Tuvo que acceder, y lo llevó á ver el cañón, desde el viejo zaguán de la casa habilitada de Cuartel General.

Don Bernardo contempló con imbécil actitud despectiva aquella nuevecita máquina de guerra, destinada á barrer á Tomochic.

Poco después se separó del bandido, evitando su compañía; pero quedando con él de verse en su casa, donde había mandado preparar una comida *"como pa su jefecito."*

Cuando estuvo solo, vaciló en ir, considerando una estupidez tomar un pésimo almuerzo en el *covachón* de don Bernardo, y respecto á Julia ¿no era atormentarse á sí mismo, á la vista de aquella adolescencia desventurada, que sólo honda amargura podía inspirarle?

¿Salvarla?—volvía á preguntarse......¡Necio quijotismo!

Así fué que se encaminó lentamente á la plaza, resuelto á comer en la fonda Encontró á Castorena que regresaba de allí, contando que la oficialidad había dado fin con todo, y nada quedaba para nadie, pero que, en revancha, iba á beberse media botella de *tequila* y á comer una libra de queso, únicos víveres que pudo encontrar, amén de un montón de *gordas* de harina.

Miguel consideró que, puesto que en la fonda no había que comer ya, debía ir con Julia; tornando al fin, rumbo al río, después de haber conversado un rato con el poetastro, y bebido *algunos tequilas*.

Ella había improvisado cómoda mesa, con dos bancos y una vieja tabla. Extendió sobre ésta una servilleta muy blanca, orlada con toscos dibujos verdes, colocando, por toda vajilla, un plato de peltre.

En la chimenea,con un buen fuego,hervía en negra olla, la gallina, mientras dentro de una cazuelita chirriaban en un mar de manteca, dorados trozos de chorizo.

Mariana, de rodillas ante el *metate*, baja la cabeza, molía el chile, con monótona regularidad de trabajo más que bestial, mecánico, de una inconsciencia absoluta; mientras Julia iba y venía, muy activa, poniendo todo en orden, embelleciéndolo, iluminándolo todo con su gracia,con sus ojos..

Dos flacos y altivos gallos amarrados en un rincón del cuarto, cantaban alternativamente, en tanto que un perrazo amarillo, seco y peludo, dormía con las patas estiradas, en el rectángulo de sol que entraba por la puerta.

Julia vibró,encendida, cuando Miguel,saludándola, estrechó suavemente su mano. ....Y no pudo pronunciar una palabra, húmedos los ojos, apretada la garganta.

Al fin, dominando su turbación; se excusó porque aun no estaba la comida, y mirándole, con repentina audacia, añadió que quería que no se enojara con ella.

—¡Ah! cómo soy tonta...Pero deje, otra vez no sucederá lo mismo,—terminó.

—Don Bernardo no tardará mucho, ¿verdad?—le dijo cariñosamente el oficial, sonriendo ante la ingenua.

—Sí señor, *no ha de dilatar;* siempre come á estas horas; ahora verá usted cómo me regaña porque no está el almuerzo...... ¡Es muy malo, señor!...¡Ah! cómo es malo!

Había un acento tal de amargura en estas palabras, que el joven volvió á experimentar un sentimiento de infinita piedad hacia ella.

Una dulzura insólita se apoderaba de su ser......Sobre todo, lo que más le cautivaba eran sus miradas, francas, libres; de una magia encantadora, desprendidas, como por milagro, del misterio triste de sus ojos negros.

—Pero......¿cómo lo quiere usted?...oiga, Julia.......

—¡Cállese! ¡Mire!...—Y no pudo seguir la pobrecita.—Le indicó con un movimiento de cabeza á la vieja Mariana,quien, de espaldas á ella, vertía el chile molido, en una cazuela.

El subteniente, comprendiendo, permaneció silencioso. Entonces manifestó en voz alta querer obsequiar á don Bernardo con una lata de sardinas y un buen trago.

—¿No va, doña Mariana, mientras hago la sopa?...¡ah! también trae el *amasijo*,[1] porque con eso no alcanza—indicó Julia.

Mariana alzó taciturna, la cabeza, y con ojos empañados contempló un momento á los jóvenes; luego, lentamente, sin decir una palabra, tomó un desgarrado chal de sobre verde baúl,así como el billete que le alargó Mercado con un gesto de horror y asco.

Salió la vieja como una sonámbula, sin hacer ruido, sin la menor manifestación de voluntad propia.

Cuando quedaron solos, él se acercó á Julia, quien bajó la frente, y dejó de cortar un pedazo de queso.

—Mire usted, Julia, Dios es bueno y no quiere, no puede tolerar esas cosas; usted tan bonita...tan niña...con él...eso es malo ...No está bien......¡no!......

---

[1]. Pan.

Hubo un momento de silencio. El no se sentía capaz de continuar expresando su pensamiento atrevido, y ella, la pobre...... advirtiendo todo, en el despertar de su instinto femenil, tampoco pudo responder; y hasta después de unos instantes balbuceó:

—No, no......yo también digo eso... pero ¿qué hago?... ¿quién me va á creer á mí?... me mataría.. sí.—Y se puso á sollozar.

—No llores, no llores—y la voz del oficial cobró, de súbito, una ternura eficaz, un acento de caricia consoladora, sincera y elocuente ......—No llores; ¿quieres ser mi mujer?......Nos iremos de aquí, muy lejos, á Chihuahua, á México......... ¡serás mi esposa!............ No; no le hace que hayas vivido con él......¡si ya sé que no lo quieres, si ya sé que te está matando ¡pobrecita mía!......Oye, mira ¡te quiero mucho! porque has sufrido, porque sabes padecer, porque eres inteligente y buena, ¡y tan simpática, tan simpática con esos ojos tan tristes, tan negros; con esos ojos tan lindos!

Atónita y encantada, medrosa, temblando, Julia no sollozaba ya, dejándose arrullar por la música grata de las palabras de Miguel, sumergiéndose deliciosamente en la onda tibia de su ternura vehemente y juvenil, vivífica, heroica......Su dolor se disolvía en una voluptuosidad lánguida que abolía en ella todo pensamiento y toda acción......

Y, muda, vibrando un éxtasis íntimo, sentido por primera vez en su vida, se dejó arrullar, se dejó arrullar......

Los gallos, sacudiendo pomposamente sus alas, cantaron, uno tras otro; las moscas, revoloteando al sol, sobre el perro dormi-

do, zumbaban; sonó, de allá muy lejos, en el ambiente cálido, un toque de clarín. Después, cayó un gran silencio, una paz infinita.

—Vamos, Julia, dime, ¿puedes quererme? ¿Quieres vivir conmigo? ¿quieres que nos vayamos, juntos, solitos?......¿Quieres.....?

Y ella, desvanecida, anhelante:

—¿Solitos? ¿Juntos? ¿Por qué me dice eso?... por qué me lo dice, eh?...... Ah! cómo es Ud. malo, señor, cómo es Ud. malo!

Y, nuevamente, sollozó convulsa, pero ya sin encubrir su pena, franca, abiertos, muy abiertos sobre él, los ojos angustiados por las lágrimas.

—¡No llores, por Dios, que no llores!...... Te lo digo porque te quiero mucho.....porque vas á ser mi mujercita......¿verdad?.....

—No; no...... ¿por qué me dice eso?...... ¿No sabe, no le he dicho que yo soy de Tomochic?

Un relámpago hostil, de cólera y de orgullo, un relámpago solo, cruzó por sus pupilas húmedas al pronunciar el nombre heroico.......Pero la doliente actitud de Miguel, sumisa y acariciadora, la rindió más aún. Se serenó; se dulcificó; pasó una sonrisa sobre sus lágrimas, sobre su orgullo.... Tornó á ser humilde.

—No sabe!......Yo quiero irme......pero no así......¿Sabe?...... —Y la divina sonrisa que alboreaba en su rostro moreno y fino hizo más encantadores sus labios y más espléndido el fulgor de los ojos ya secos, febriles ahora.

—¡Si pudiera ir á Chihuahua ó escribir á mi padrino! puede que hasta me haya olvidado hacer las letras.....pero no..... no, déjeme, ¡déjeme!... ¿ve...? también es usted así...¡no!

Enternecido, arrebatado, Miguel le ceñía el talle, y trataba de besarla en la frente.

Ella, extinta su pena, encarnada de rubor, sorprendida por la audacia del oficial, temblorosa, extendía en el vacío sus manos, retrocediendo hasta la pared del fondo. Allí, Miguel, rápidamente, acercó su rostro al suyo, besándola en la mejilla, sin ningún ardor lúbrico, como hubiera podido besar á una hermana.

Julia suspiró, cubriéndose el rostro con el delantal, mientras él, un tanto arrepentido, la contemplaba en silencio, melancólicamente.

—¡Cómo te quiero, Julia!—le dijo más quedo, en pie, cerca de ella, aproximando á su encendida faz los labios candentes aún por el beso con que la había asaltado...

El ósculo juvenil, al realizar el maravilloso prodigio de disolver el dolor de la melancólica serrana, encendía en sus pupilas, en sus senos, en su vientre, una lumbre interna y dulce, que por primera vez la quemaba, voluptuosamente.

De pronto, el perro amarillo despertó, levantando la cabeza, recogiendo sus patas, olfateando, moviendo la cola.

—¡Allí viene!......¡Siéntese por el amor de Dios!

Furioso, el joven iba á dejarse arrebatar por la cólera, pero, cual siempre sucedíale, el pensamiento límpido venció en él al impulso ciego. Se dominó; y sentándose, fingió contemplar atentamente,como un buen perito, á uno de los gallos.

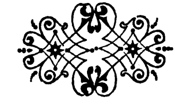
Don Bernardo, borracho ya, se detuvo en la puerta, dió un puntapié al perro que iba á lamerle la mano; miró de reojo al ofi-

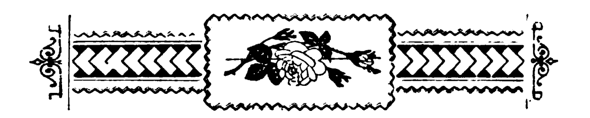
cial, pero, riendo, cachazudo, dijo, tendiéndole una botella:

—¡Ah!...*¡cómo es usted bueno*, mi jefe!... ¡mire *no más* qué *tequila* le traigo....... *¡Hepa!* Julia,un vaso! .. ¡pronto, condenada de Lucifer!

Julia, humilde y atónita aún, se acercó á Miguel, trémula, presentándole el vaso lleno de tequila.

Miguel lo tomó, apretando la mano de la muchacha. Ella abrió los párpados; y sus negras pupilas fulguraron una mirada impregnada de gratitud y de amor, en tanto que el don Bernardo, encorvado, apoyándose en la pared, tosía fatigosamente, jadeando y escupiendo, repugnante.





XII.

La trampa del satiro.

Insólita algarabía, júbilo rumoroso palpitaba en el campamento de la Alameda, aquella noche.

El paraje, antes desierto y triste, vibraba completamente transfigurado. Los vendedores hacían su agosto; el oficial de la guardia, que era el teniente Torrea, enérgicamente presenciaba el *registro* de las *viejas*, no dándose punto de reposo para vigilar el orden del *vivac*.

Más de sesenta mujeres, en torno de las fogatas, guisaban y gritaban, animando el cuadro de alineados pabellones de armas que encerraba la tropa.

Mientras los soldados *francos*, tendidos en sus sarapes descansaban de las rudas marchas, ellas habían acarreado leña, robado gallinas, comprado pan, queso y carne. Se elevaron durante el día, espesas columnas de humo que envolvían todo en una bruma azulada; relucían en los pabellones las bayonetas, agitábanse los grupos confusos de hombres y mujeres, entre las maletas regadas y los montones de leña empezando

á arder, rodeados de hambrientos que soplaban con los carrillos hinchados...... Y los oficiales atravesaban en todas direcciones, dando órdenes á gritos.

Algunos soldados cantaban, cantaban tristísimas canciones del Bajío, monótonas, y tan dolientes que parecían gemidos salvajes, lamentos que sollozaban las quejas de un bandido ó la muerte de un torero.

"Rosa, rosita,
Rosa morada,
Ya murió Lino Zamora".......

Parecía que en aquellas canciones vibraba la resignación sombría de una raza vencida y moribunda......

Las *chimoleras*, vendedoras de comida barata—platillos de á dos ó tres centavos, —andrajosas y sucias, despeinadas y con los brazos desnudos ante las enormes cazuelas y las negras ollas, tosían gravemente, gritando y gesticulando, disputando, con gran lujo de obscenidades, con las compañeras.

Pero esa noche había aún más motivos para la animación. La tropa estaba descansada y relativamente había comido bien, por lo que mostrábase alegre.

Las mujeres habían hallado carne y manteca barata, y no pedían más.

Soldados y soldaderas, sabiendo que la partida era al día siguiente, habían reforzado con suela nueva sus *huaraches*, y ya frescos, se sentían dispuestos á atravesar el mundo, si así lo ordenaban.

Aquellos pobres diablos que conducían allá, al fondo de la Sierra, á morir como ovejas ó á matar como leones, estaban

muy tranquilos, algunos casi patriarcalmente recostados junto á sus mujeres.

Y allá, á algunos pasos del campamento, en una casa aislada en la obscuridad de la noche,en un cuarto por cuya puerta rojizo cuadro de luz resplandecía, dos hombres paseaban, hablando lentamente, acalorándose á veces, á veces guardando silencio.

Eran el Teniente Coronel Florencio Villedas y el Capitán Eduardo Molina, que trataban de las disposiciones que tomarían, según el plan concebido por el General en Jefe.

Y en tanto que el campamento se animaba más y más, y que los dos comandantes de la fuerza, conversando fríamente, pensaban en sus responsabilidades, en una amplia tienda del viejo portal de la plaza, toda la oficialidad, jovial y expansiva á fuerza de beber, se mofaba del porvenir y entonaba un canto de triunfo anticipado.

Y otra vez, lo mismo que el día anterior, las tandas de copas de *tequila* se sucedían como descargas cerradas, en medio de aplausos y brindis.

Castorena, completamente roja la cara, revuelto y erizado el cabello, con frases cadenciosas y retumbantes, lanzaba décimas y cuartetas, á diestra y siniestra, tronando en aquella apoteosis de su genio.

—¡Que hable en verso Castorena! ¡Que brinde Castorena!

—¡Silencio! va á hablar el vate......¡que le den otra copa y brinde!—aullaban algunos.

—¡Ahora, *Sesos de Bronce!*...... ¿Quién quiere sesos en salsa de Castorena con jugo de tequila?

—¡Que le traigan un tonel para que brinde!

—¡Andale, cabeza de plumero colorado!

—¡Silencio!......¡Déjenle hablar!

Retemblaba la tienda con aquel vocerío de borrachera. Castorena irradiaba, feliz.

Y tomó la copa con mano nerviosa, vertiendo parte del tequila; y vociferó, dominando el tumulto que acrecía:

Aunque ahora es ya de noche,
La palabra humilde pido
Para brindar sin reproche,
¡Porque pronto sea destruido
El vil pueblo de Tomoche!

—¡Bravo, bravo!......¡Bien por el poeta!

Y una tempestad de aplausos se desencadenó; en tanto que afuera, en el portal, algunos *paisanos* envueltos en gruesos cobertores rojos, miraban, taciturnos, al interior de la tienda llena de humo de cigarros.

Rayó en delirio el entusiasmo, fué demencia aquello......

Un capitán auguró espléndido porvenir al que hacía quintillas semejantes; y, mientras un nuevo brindis preparaba el bardo, y los demás conversaban en dispersos corrillos, y un hombre de inmensa barba y descomunal cabellera roncaba, borracho, Miguel, sugestionado por la frenética alegría de aquella oficialidad ebria, bebía también; y ya excitado su cerebro débil, llevado por la misma avalancha, trataba en vano de demostrar que todo aquello era estúpido y que la poesía debía desterrarse del mundo, donde la realidad reinaba, horrible.

Monologaba tristemente, solitario, en aquella barahunda tumultosa.

Una vez más el alcohol le enloquecía, despertando en él recuerdos amargos, después de una alegría extraña.

En aquel instante estaba en el período de la melancolía, y filosofaba, entre el fragor de la bacanal.

—Pero, después de todo,—decía,—¿por qué no beber?......para aniquilar la pena.... ¡eh, Martínez! yo no he bebido toda mi ración, yo también quiero brindar!......¡una copa! ¡denme una!

—El fraile Mercado quiere beber, ¡una copa para el filósofo!—aulló Castorena.

—¡Que repitan las copas por mi cuenta! —dijo el teniente Ramírez—y que brinde Mercado.

Cuando el tendero colocó las copas en *línea desplegada*, como decía Castorena, sobre el mostrador, Ramírez, que era el obsequiante, fué dando á cada uno la suya, y todos, habituados á las formaciones tácticas, hicieron un círculo,en cuyo centro se colocó Miguel, quien, cuando se restableció el silencio, comenzó:

—No vengo, como Castoreña, á improvisar cuartetas......yo desprecio el verso, y la poesía también......porque es mentira y todo lo falso es despreciable. Sólo la verdad es hermosa, aun cuando mate......

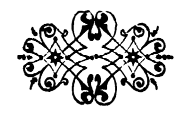
Yo vengo, lo mismo que mis superiores y compañeros, á demostraros lo noble de nuestra misión; somos las víctimas expiatorias de los extravíos sociales; somos los inmolados por el destino ó la casualidad en nuestra misión de soldados......cumplamos con ella annque reventemos......brin... brin...¡brindo por el deber y la milicia mexicana!

Nadie, ni aun él mismo, comprendió lo que había dicho; pero le aplaudieron, creyendo que eran primores.

La francachela seguía; y la luz de las tres lámparas que colgaban del techo de la tienda, alumbraba con reflejos amarillos los sucios uniformes de dril de los oficiales, que gesticulaban, excitadísimos, en aquel ambiente impregnado de alcohol.

Castorena, que tenía nombrado en el campamento un *rondín*, de nueve á once de la noche, se retiró, gritando á Miguel:

—¡No se te olvide, Mercado, que tú estás de *rondín* de once á una!





XIII.

La trampa del Satiro.

...Recostado de través sobre una banca, en un rincón de la tienda, Bernardo roncaba, la cabeza reclinada contra la pared, la boca abierta. El sombrero, un arriscado y viejo sombrero de palma, de ala corta, se le había caído sobre una mejilla, y la sucia y alborotada melena, y la áspera y luenga barba gris, daban al bandido un aspecto feroz.

Miguel bebió otra copa, con verdadero furor demente. Al dejarla sobre el mostrador se fijó en el ogro de la casa del río; y por su cerebro excitado pasó, entonces, una idea que le hizo erguirse y meditar.

Después, ya no vaciló, y, escapando de la tienda, atravesó la plaza silenciosa y obscura. Tomó por callejas desiertas, hasta llegar al río, y después de infinitos rodeos y algunos tropiezos y caídas, llegó hasta la puertecita baja de la casucha de Julia.

Tocó. Ladró el perro, pero fué acallado al instante; luego, sin preguntar, abrieron; abrieron silenciosamente.

No eran aún las diez; resonaban, á lo lejos,en las tinieblas, las aguas del río; cintilaban,extraordinariamente límpidas,las estrellas. Violentas ráfagas de cierzo glacial doblaban los secos arbustos de la orilla.

El frío intensísimo había calmado un tanto la embriaguez de Miguel, quien, al abrirse la puerta. entró de súbito. Una lámpara que ardía en un rincón se apagó,al momento; pero dejándole tiempo para distinguir,como á la luz de un relámpago, una visión arrobadora.

Vió á Julia en pie, descalza, en camisa, mostrando su seno y brazos desnudos; á Julia en actitud de salir de la cama, tiritando......

Después, la obscuridad irritante arrebatándosela, la sombra negra eclipsándola, en tanto que la muchacha se retiraba al fondo, asustada ante la aparición de un hombre que no era su amo.

—Soy yo, Julia, ¿dónde está usted?...... no tenga miedo......yo, Miguel. ¡Ven, ven, ven!......

Y ella, comprendiendo, balbuceó con expresión de máximo terror:

—¿Usted, señor? .....pero......¡cállese!...... mire...... pero ¡dígame, por Dios, dónde está don Bernardo, va á venir......¿qué?...... ¿qué quiere usted?...¿qué quiere?......Ah! no, no......le digo que no!......

Miguel no escuchaba, ni atendía nada. En un arrebato salvaje, dominado por el vértigo de la lujuria exasperada, la buscaba, á tientas, tropezando, más y más excitado y frenético cuanto menos la encontraba.

En vano ella trataba de inquirir, de saber ante todo de Bernardo... murmurando muy quedo:

—No, señor, le digo que no......¡ah! cómo es usted malo......¡no! Mire que va á despertar á Doña Mariana!

El subteniente la sentía próxima, por su calor, por su olor de mujer, por el jadear anhelante y medroso con que le huía en las tinieblas, viéndolo sin ser vista. La sentía próxima; pero ágil y lúcida, capaz de esquivarlo, mientras quisiera...... Apeló á la ternura, como una trampa, para cazarla.

—Ven, linda, mira, vengo sólo á decirte que te quiero, á decirte que te quiero y á darte un beso......un beso......Andale, tonta, un besito nada más, como esta mañana, un besito! Dame uno *no más* ¡y me voy!......mira, ven, ven acá, acércate......un abrazo y un beso......por favor! Anda, no seas mala......¿ves cómo tú eres la mala?... Me haces sufrir á mí que te quiero tanto, yo que soy el único que te ha querido para hacerte mi mujer en la Iglesia, ¡anda,ven!...

—¡Cállese, cállese, por María Santísima.. ¿no ve que va á despertar Doña Mariana, que va á venir Don Bernardo?....¡váyase!... no me diga esas cosas, no me las diga......, ¡váyase!

—¡Te quiero, te lo juro por el Gran Poder de Dios!......tú eres mi mujer......¡Dios lo manda!

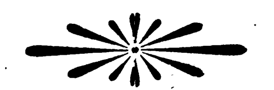
Al escuchar la invocación á la Divinidad, Julia, sacudida desde la nuca, en todos sus nervios, sollozó, y, abatiendo los brazos, no esquivó ya los de Miguel...

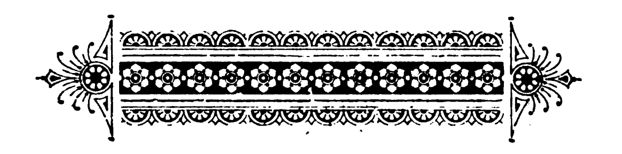
Y se dejó tomar.

¡Se dejó tomar!... Dejó que los brazos del subteniente borracho la estrujaran, y la apretaran, y la palparan, paseando sus manos rapaces y sus labios triunfantes, de la fina garganta y de los pequeños senos erectos,á los muslos desnudos, sacudiéndo-

la con caricias de una sensualidad brusca, precipitada, convulsa, pero que vertían en ella un deleite no gustado hasta entonces.

Se dejó tomar, sumisa, resignada......Resignada y feliz, abandonándose, sobre el mismo lecho del bandido; desvaneciéndose en un éxtasis de suspiros, de besos y de lágrimas, en una deliciosa agonía, en las tinieblas.





XIV.

"¡De frente!......¡Marchen!

A las doce y media del 17 de Octubre, la banda de cornetas de las compañías del 9.° Batallón, "*dió el primer toque de marcha* "

Y el subteniente, que había comido poco y de mala gana, después de un trabajo casi mecánico,de arreglo de papeles en el "Detall" de su compañía, aislándose un poco, con el pretexto de recibir una orden del Cuartel General, corrió hacia la casa de Julia.

La encontró cerrada Quedó consternado. ¿Habían partido?......

Meditó un instante. Recordó su noche de nupcias; recordó la locura que lo empujara, temerariamente, á la guarida del ogro, á robarle su ración; á violentar, él también, á la pobre Julia.

Con un relieve extraordinario, intensísimo, hizo vivir, en plena luz, lo que pasó en las tinieblas......

Tocaba á la puerta; le abrían silenciosamente, y veía, en un relámpago, á la núbil tomochiteca, semidesnuda, tiritando. Súbito eclipse......Y se arrojaba, frenético en pos de aquel cuerpo femenil cuyo olor y cuyo calor sentía tan próximo. Tornaba á oír el diálogo en la sombra, en tanto que él la perseguía, cazándola con furia y anhelo de sátiro borracho......

Después, el lazo; la trampa, la eterna trampa de la ternura, del juramento, de la invocación á Dios,para saciar un apetito, para aplacar la sed de la sangre febril.

¡El Gran poder de Dios!...... Dios lo quiere!......la frase sacra de todos los fanatismos y de todos los engaños, lo mismo para los pueblos que no se dejan embridar, que para las mujeres que se resisten á darse! Y recordó el desfallecimiento de la presa, los suspiros, las lágrimas. el gemido de amor, el grito del placer en el vértice del éxtasis, en la deliciosa agonía de sus cuerpos y de sus almas, en las tinieblas de la covacha...¡Nupcias inolvidables, purificadoras, luminosas, ¡pobre Julia!......

Recordó que ella le había contado, en unas cuantas palabras, después, su triste historia, su servidumbre en Tomochic, su paréntesis de vida culta en la ciudad de Chihuahua, donde aprendiera á leer y á pensar, y, luego, su brusco regreso, su esclavitud, y sus noches en los brazos del menguado Bernardo, sin placer, pasiva y fría.

—¡Es mi cruz!... Dios lo quiere!—como me lo dijo usted—había murmurado al terminar su historia.

Y en seguida,le dijo que al día siguiente, á las tres de la madrugada, partiría con Don Bernardo y Doña Mariana, para To-

mochic, adelantándose á la tropa, por los más intrincados vericuetos de la Sierra.

Entonces, ambos ingenuos, fraternizando como buenos camaradas en su confianza en el porvenir, no obstante su común infortunio, se citaron para verse y amarse, allá, en el mismo Tomochic

El subteniente, al recordar aquella aventura que pudo haberle costado la vida—si el viejo truhán lo sorprende en su mazmorra, ocupando su lecho, y teniendo en brazos á su esclava favorita—contemplaba, perplejo, la puerta cerrada y el corral vacío. Sólo una pobre burra flaca, gacha y tristona, vagaba en torno, abandonada por inútil.

Repentinamente, el lejano són de las cornetas del 9 °, batiendo "Asamblea,"—*segundo toque de marcha*,—le hizo volver á su puesto, frente á las compañías, listas para desfilar.

Los soldados, uniformados de paño azul, habían hecho ya sus maletas. Los oficiales sujetaban á los kepis los paños de sol, ó empacaban sus provisiones de boca, sabiendo que en todo el trayecto de la Sierra no hallarían ningunos víveres.

Algunos dragones del 5. ° Regimiento llevaron á la Alameda los flacos y mustios caballos de los oficiales del 9. °, quienes empezaron á colocar sus maletas y carabinas, fajándose las cananas, cada una con 100 cartuchos.

Por fin, á las tres de la tarde, con un magnífico sol, desfilaron las compañías. Los soldados atravesaron el río, arremangados los pantalones, y en la ribera opuesta, "*haciendo por el flanco izquierdo, alto.*" esperaron el resto de la fuerza, que se les incorporó á poco, fraccionándose todo en tres columnas.

La primera estaba compuesta de la segunda compañía del 9. ○ y una sección de "Seguridad Pública" del Estado de Chihuahua; la segunda, de la cuarta del mismo 9. ○ y una sección del 11. ○; y la tercera, de 20 jinetes del 5. ○ Regimiento y de los "auxiliares" reclutados accidentalmente entre los pueblos de la comarca. Aquellos aventureros vestían trajes de "rancheros," llevando como distintivo una ancha cinta roja, á guisa de "toquilla," en el sombrero.

Entre la primera y segunda columna iba el cañón, á lomo de mula. En suma: 500 hombres.

El General José María Rangel, seguido de su Estado Mayor, de algunos amigos de confianza y de otros aventureros, pasó, á caballo, ante la fuerza, que le *presentó armas.*

Después, hubo que esperar que viniese el General en Jefe, Rosendo Márquez, quien fué recibido con más solemnes honores, batiéndosele marcha.

El General Márquez, encendido el rostro, fiero el ademán, refrenando el caballo que se encabritaba, gritó:

—"*Secciones*"!—¡*Flanco derecho doblando!*

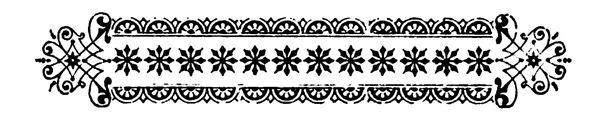
La segunda fila de soldados, que en línea desplegada, de cara al Sur, se dilataban hacia la Sierra, dió un "paso á atrás."

—¡"*Derecha*"—gritò, segundos después, el General.

La tropa giró instantáneamente á su derecha, de modo que se formó, al punto, una larga columna de cuatro hombres de frente.

—"¡De frente...... *Marchen!*"





XV.

A TRAVES DE LA SIERRA MADRE.

...Y principió la ascensión lenta hacia el Oeste, trepando las primeras lomas del arranque de los estribos de la Sierra, dejando, en el fondo, á la villa de Concepción Guerrero, cuyas casas albeaban á la orilla del río que serpenteaba bajo los últimos rayos del sol,del sol pronto á hundirse frente á la columna en marcha.

Era aquella, en verdad, una tarde espléndida, áurea y escarlata,de pompa otoñal;el río aparecía penumbroso, al Oriente; al Ocaso,el camino subía en espirales entre un terreno rojizo, cubierto, á trechos, de espesísimas malezas.

Una alta nube de polvo purpúreo circuía á la columna, á cuyo frente empezaron á alzarse los interminables bosques de la Sierra Madre. A los flancos, las grietas,en las faldas rojizas del monte, parecían inmensas llagas sangrientas.

Miguel se puso en pie sobre los estribos de su montura. Miró á retaguardia. Aun se veía la casa de Julia.

Luego, el valle desapareció tras las primeras hondonadas de la Sierra, que al fin mostró su austera majestad, ataviada con el esplendor de la selva, de la selva cuyos altos pinares, al sentir las ráfagas frías de la noche que ascendía, entonaban el himno del crepúsculo.

El joven subteniente iba absorto ante la belleza de paisajes nunca vistos. Infinitas veces tuvo que ser reprendido por adelantarse á su puesto, pues solía abandonar la brida del caballo, el cual subía tropezando por el sendero áspero y pedregoso.

El viento fresco de la tarde disipó las nubes de su pensamiento, y, ya sereno, se entregó á la voluptuosidad de una marcha lenta, al borde de los tajos por donde trepaba, dislocada, la columna.

Contemplaba, atónito, el ondular obscuro de los barrancos, de cuyo fondo emergían hálitos de nieve; y se extasiaba al ver surgir, entre los peñascos y los ramajes, el cielo violáceo.

El encanto de aquella Naturaleza potente, bravía y severa, tonificaba sus nervios enfermos.

—¡Esto es inmensamente bello!—murmuraba, de vez en cuando.

Y los camaradas que le oían hablar solo y levantar los brazos, extático y maravillado, se reían.

Al obscurecer acampó la fuerza, concentrándose en un gran claro en el monte, llamado "La Generala."

Esa noche aun hubo alguna animación. Se encendieron las fogatas, y sus altas llamaradas iluminaron á trechos las tinieblas, haciendo proyectar á los enormes pinos, sombras inmensas.

El 18 de Octubre la marcha tuvo que principiar muy entrado el día, á causa de un incidente curioso.

La caballada del 5. ° Regimiento, relativamente cercana á sus cuadras en Guerrero, burlando la vigilancia, en tropel y á galope, retrocedió por el camino recorrido en el día, hasta llegar á inmediaciones del pueblo, de donde la hicieron volver.

Ese fué un día alegre para el espíritu triste del joven oficial. Y era que encontraba verdadera fruición en aquella Naturaleza ruda, austera y vigorosa de la Sierra, que parecía hablarle de orgullo, de libertad y de amor.

Se abandonó á sus meditaciones solitarias; miró de frente á su porvenir; tuvo fé en la vida.......

¿Por qué había de morir tan joven, cuando aun podía trabajar, ser útil, cumplir una misión, y sentir el júbilo de la victoria?...

Saludable reacción se verificaba en él. Tenía el presentimiento de asistir á un drama terrible que templaría su alma con escenas épicas que no olvidaría jamás, y cuyo recuerdo le fortalecería en las duras crisis de la vida, en los futuros conflictos......

Y el prodigioso espectáculo de la Sierra Madre se desarrollaba, gravemente, á sus ojos contemplativos.

A veces era la subida penosísima por agrias cuestas, dejando, á los flancos, negros abismos que causaban vértigo; á voces, el descenso audaz por pendientes cortadas casi á pico, ó la marcha en una línea, soldado tras soldado, por desfiladeros estrechísimos, por largos cañones en el fondo de dos formidables paredes, desde donde se veía el cielo muy alto, muy alto y luminoso......

Miguel, aterrado, se preguntaba ¿por qué no los aniquilaba el enemigo en aquellos sitios,donde diez hombres podrían destrozar á un ejército?....

¿Por qué el adversario que iban á combatir, conocedor perfecto de aquellas montañas, por qué no los sorprendía, cuando,diseminados hasta en un espacio de una legua se arrastraban en el fondo de los barrancos, en un terreno guijarroso y abrupto?...

No se necesitaba, en verdad, mucho arrojo para tan poco. Pero se sabía de fijo que los valientes de Tomochic, esperaban, en su propia casa, la agresiòn, repugnándoles salir de su sagrada tierra, donde tenían la conciencia de ser invencibles.

Bien lo sabía el General, y por eso muy pocas precauciones tomaba.

A veces,los "auxiliares" eran destacados á los flancos, por donde trepaban con facilidad, para explorar el terreno. Pero era evidente que, en caso de ataque, sólo hubieran sido los fatídicos nuncios de la catástrofe.

A la una de la tarde,la columna hizo alto en "Peña Agujerada," donde, matada una res, se repartió carne y harina,por todo alimento del día, á la tropa.

A las cuatro, prosiguió la jornada, la cual no se pudo rendir sino hasta las once de la noche, habiéndose tenido que atravesar varias veces el río.

Aquella caminata nocturna, tan temeraria,en la obscuridad, produjo atroz impresión sobre el ánimo de Miguel.

Había que marchar casi á tientas entre los pinos y las rocas agigantadas por la sombra.

Los soldados,jadeantes de fatiga,cargando la maleta y las municiones,encorvados,

destrozados los pies, y sangrando, en las aristas de las rocas por donde caminaban, seguían silenciosamente en las tinieblas pavorosas, tropezando y cayendo, levantándose, volviendo á tropezar y á caer.

Habían cesado las risas, las bromas, las alegres charlas y las canciones con que la tropa, durante el día, transformaba en paseo la monótona aspereza de la marcha sobre la dura piedra

Ahora, en la sombras, ascendía de la dispersa y prolongadísima columna, un triste jadear, la angustia de una múltiple respiración difícil, entre el rumor de las pisadas y el persistente y monótono chocar de los fusiles contra el zinc de las ánforas......

—*¡No se cuelguen, no se cuelguen!*

—*¡Entren, entren!*—gritaban á los rezagados, los oficiales, por costumbre, pero, aunque á caballo, tan fatigados como los pobres infantes.

Unos cuantos "guías," pagados á precio de oro por el General, precedían la marcha.

Se subía y se bajaba, por rampas bruscas, ó se saltaba, de vez en cuando, ya en el fondo de las barrancas, por entre guijarrales, hundiéndose los pies, ensangrentados y adoloridos, en el agua glacial de los arroyos, en la linfa invisible que corría cantando cristalinamente dentro del abismo Algunos soldados se tiraban á beber, soportando, inconmovibles, los furiosos culatazos con que los sargentos intentaban levantarlos.

Los caballos se resistían, lentos y azorados, á bajar las cuestas; sus cascos arrancaban chispas entre los pedernales; fosforescían en las tinieblas sus grandes ojos. A veces, se detenían, extenuados, resoplando ruidosamente, tendiendo las orejas hacia el misterio de la noche rumorosa y terrible,

bajo el esplendor frío de las estrellas que palpitaban, arriba, entre la negrura de los árboles y sobre el brusco amontonamiento de los peñascales.

—*¡Entren! ¡No se cuelguen!*—volvían á gritar los tenientes, fustigando con innobles insultos á la tropa exhausta, dispersa y pávida, que se arrastraba, crujiendo, entre las revueltas gargantas de la Sierra, rumbo á la muerte......

—¡Ca...ramba!..... Pero ¿por qué no nos hacen pedazos aquí? Esos *tomoches* deben ser muy imbéciles, tan piedras como estas piedras, cuando no se les ocurre venir á barrernos!—decía Castorena á Miguel.

Al poetastro la falta del alcohol le hacía pesimista. Había agotado su botella de tequila, y empezaba á sentirse exasperado y un tanto medroso.

—¡Unos cuantos balazos que nos tiraran desde lo alto del monte, y ya estábamos hechos polvo!......¿te imaginas qué desorden?

—¡Ya lo creo!......Sería el pánico, la derrota!—corroboró Mercado, estremecido por el hálito de pavura que soplaban las frases de Castorena.

—"¡Ni á *melón les sabìamos!*"

Miguel no contestó ya. Comprendía lo espantoso de una sorpresa nocturna en la Sierra, al rendir una dura jornada, la tropa hambrienta y exánime, desorientada, sin saber á dónde la llevaban, ni por qué, ni por dónde llegaban los enemigos, ni cuántos eran.........

Evocó nuestros más tristes desastres nacionales, y se imaginó, aterrado, lo que pudo ser, lo que fué la catástrofe del Cerro del Borrego.

Y la ironía misma de este nombre era cruelmente trágica. ¡Unos cuantos auda-

ces sorprendiendo á la tropa cansada, que duerme, casi muerta; á la tropa mexicana, que bien dirigida es épica legión, y abandonada al acaso, mísero rebaño!

Mejor que nunca comprendió entonces Miguel las altas responsabilidades de un jefe, y la urgencia de que México tuviese una oficialidad instruida, disciplinada, honrada.

Surgió en su pensamiento, un panorama bellísimo......Del fondo de inmenso valle, amurallado por altas montañas azules, entre un vasto ramillete de espesas frondas, alzábase el Castillo de Chapultepec......

Chapultepec, con su alcázar presidencial y su Colegio Militar: el aula en que se enseña á ser culto y fuerte y á combatir; y el palacio en que se hospeda al que triunfa.

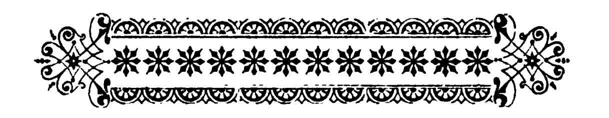
Y pensó que sólo de aquel moderno Chapultepec heroico podrían surgir los gérmenes de un ejército mexicano digno de su bravura y de su patriotismo......

Repentinamente, el caballo del meditabundo oficial se detuvo en firme.

—¡Río Verde!......Ya llegamos, ya llegamos......¡Al fin!—dijeron algunos.

Eran las nueve. Se rindió la jornada.





XVI.

Evocacion.

La Campaña contra los apaches.

En Río Verde se dictaron numerosas órdenes para prevenir una sorpresa. Tendiéronse dos líneas de puestos avanzados, cerrándose con núcleos de fuerza los puntos de acceso al campamento.

Miguel fué nombrado de servicio á retaguardia, con diez hombres de confianza, de su compañía, y dos "*auxiliares*" de Chihuahua.

Uno de éstos era un viejo de setenta años, alto, seco y fuerte, muy entusiasta, de ojos juveniles, extraños en su arrugado rostro.

El subteniente y el viejo "*auxiliar*," carabina en mano, pasearon juntos por entre las malezas y peñascales que circundaban el puesto avanzado, charlando con camaradería cordial.

Y el chihuahuense contó, entonces, algunas de sus campañas contra los indios bárbaros, y refirió una entrada triunfal á Chihuahua, cierta mañana de Abril.

El vibrante anciano hablaba con tanto relieve y color, que Miguel, enternecido, tuvo la visión clara de aquel cuadro.

Veía pasar, en la mañana primaveral, espléndida de sol, tibia aún, bajo el dosel de raso azul obscuro del hermoso cielo de Chihuahua, por la calle animada repentinamente, el desfile de la cabalgata heroica.

Veía los valientes que regresaban victoriosos de la feroz campaña contra los bárbaros *apaches*.

En las banquetas, la gente del pueblo forma valla; las familias asoman á las ventanas; los tenderos han saltado el mostrador para salir á las puertas de sus casas, y en el ambiente claro vibra el jubiloso repique de la esquila mayor de la Parroquia.

Aquella brava caballería desfila lentamente, *de á cuatro en fondo*. Sombreros anchos sobre rostros ennegrecidos de barbas hirsutas; blusas grises ó chaquetones de cuero; pantalones de gamuza amarilla y *teguas* altas; monturas improvisadas con pieles de venado y de animales de la Sierra....

Los caballos son pequeños y flacos, pero ágiles y vivísimos, tan tenaces y valientes como sus jinetes......Y recortan la claridad azul del espacio largas lanzas con puntas agudísimas y centellantes......

¡Sus lanzas!...Miguel, con el pensamiento, contemplaba en ellas toda la leyenda de la campaña bárbara y admirable.

A lo largo de las fuertes varas, desde la punta hasta el regatón, van prendidas largas cabelleras negras, salpicadas de sangre, ásperas y siniestras, pendientes del cuero cabelludo arrancado á los cráneos de los feroces indios.

Todas las lanzas de los vencedores de los *apaches* están lúgubremente festonadas con las cabelleras de los que han dado muerte en los combates, en los desiertos... y cada una es un glorioso trofeo de guerra; significa una hazaña del más abnegado heroísmo......

El viento agitaba las largas crines de las astas llevadas verticalmente, y mezclábanse los luengos mechones de una y otra lanza. Y aquella cabalgata transformábase en un ambulante y espesísimo bosque horrible de melenas ensangrentadas y negras......Un estremecimiento de hondo pavor flotaba en torno

En las grupas de sus cabalgaduras llevaban los jinetes altos maletines formados por las *pantaloneras* de los camaradas que habían quedado muertos en las inmensas soledades de la Sierra ó en las áridas llanuras del Norte.

......¡Ay! en los cráneos vacíos, y ya bárbaramente pulimentados, de las víctimas del deber, de los que habían caído en los combates con los terribles indios, bebían entonces su *tegüino* y su *sotol*, en las orgías, los jefes apaches que habían escapado y cuyas cabelleras aun no pendían de las lanzas de los bravos chihuahuenses!—pensaba Miguel.

Hacía algunos años que el Gobierno del Estado de Chihuahua había organizado una campaña contra los *apaches* que asolaban los pueblos y las rancherías, robando, entrando á sangre y fuego por todas partes, con toda la fuerza lúgubre de un desastre invasor.

El Gobierno ofreció 300 pesos por cada cabellera de apache muerto en la campaña. El Coronel Terrazas, astuto conoce-

dor de las regiones del Norte, de las costumbres de los indios, incansable y tenaz veterano, fué el jefe de ella.

Partieron más de 500 hombres, audaces montañeses de la Sierra, sedientos de vengar la muerte de seres queridos, ansiosos por exterminar las hordas bárbaras que llevaban el duelo y el espanto á los hogares de la gente laboriosa y pacífica.

¡Larga fué la campaña!...larga. y de una ferocidad atroz.

No; no fueron sólo los épicos combates cuerpo á cuerpo, lanza contra lanza, machete contra machete, audacia contra audacia, sino también las hambres que roían las entrañas, la sed febril, enloquecedora y sombría en las jornadas interminables, á través del desierto, bajo un sol africano.

Y en el invierno duro, el frío nocturno en el puesto de vigilancia, tiritando, sobre la nieve que cubre con su blancura implacable y hostil las anfractuosidades negras y los crestones de los abismos, cuando el viento mugiente de la Sierra corta, cruel, los rostros, con sus ráfagas de acero: y la fatiga, el insommio y el hambre...... Las marchas, trepando, resbalando, deslizándose, el oído alerta, las pupilas fijas en las rocas y en los árboles, tras de los que puede saltar la flecha del *apache*......

¡Pero qué felicidad cuando, al fin, se les envolvía en el fondo de una cañada y se caía sobre ellos,lanza en ristre, después de haberlos aterrado con una descarga cerrada! Con qué profunda rabia, con qué inaudito esfuerzo se lanzaban sobre ellos!.........

En vano aullaban los bárbaros,de la manera más siniestra, más espantosa; en vano sus rostros de bronce, pintarrajeados de negro y rojo, hacían las muecas más

feroces y los gestos más amenazadores, y saltaban, como tigres, haciendo resonar los colmillos humanos de sus collares...... En vano! sin salida ni escape en el fondo del barranco,caían atravesados por las lanzas de los valientes serranos chihuahuenses, que al cargar pensaban en el viejecito que cuidaba del rancho patriarcal.....

Hasta que,al fin,la gran batida terminó. El bravo Terrazas hizo retroceder las hordas salvajes más allá del Bravo, y una mañana, aquella mañana primaveral y espléndida, entraron sus jinetes á Chihuahua.

¡Habían partido más de quinientos y regresaban ciento quince!

Cuatrocientos habían quedado en los desiertos de las sierras abruptas y selváticas y en las inmensas y desoladas llanuras.

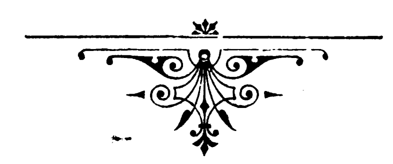
Y en sus cráneos vacíos libaban, ahora, los aguardientes del Norte, los bárbaros escapados de las lanzas......

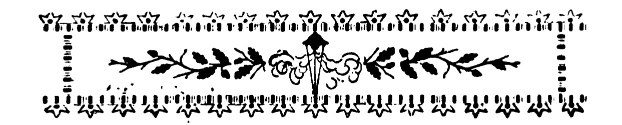
Pero los supervivientes, esos de las caras negras y las barbas hirsutas bajo los anchos sombreros, traían con las pantaloneras de gamuza de los héroes muertos, las cabelleras-trofeos que el Gobierno pagaría á las viudas y huérfanos................
....

Y al pensar en todo esto la gente de Chihuahua, al ver el bravo desfile, el viento matinal agitaba, mezclándolas, las cabelleras apaches, negras, largas, horribles y salpicadas de sangre,—selva ambulante de trágicas melenas.

Y de abajo de aquélla surgía un concierto lúgubre de alaridos quejumbrosos.

Eran los niños y mujeres prisioneros, pobres bestezuelas inocentes de la barbarie de los suyos, que llevarían á las casas de Chihuahua, donde serían recogidos, la nostalgia de la vida montaraz y nómada......





XVII.

¡Alli está Tomochic!

Al día siguiente, todos los aventureros paisanos, y los militares no uniformados, ataron, por orden del General, grandes cintas rojas á sus sombreros, para no ser confundidos en el combate.

A los oficiales de filas se les obligó á quitar las espiguillas é insignias de sus uniformes.

Se trataba, de esta manera, de evitar ser los principales blancos del enemigo, quien, como ya sabían, cazaba inexorablemente á los oficiales y jefes, distingiéndolos perfectamente entre la tropa.

La jornada del día 19, fué muy corta, de "Río Verde" á "Las Juntas," tres horas de marcha, á dos leguas solamente de Tomochic, frente al enemigo.

Esa jornada, muy breve en verdad, pero pesadísima por ser toda una gran ascensión en caminata, por no encontrarse agua en todo el trayecto y no haber los alimentos suficientes, fatigó aún más á la tropa, la víspera del ataque.

No obstante el hambre y la sed, no obstante el abrumamiento de haber trasmontado cerros y cerros, se notó satisfacción por aproximarse al desenlace, fuera cual fuese......

Después de que se repartieron á la tropa y oficialidad las raciones de carne y harina del pobre *rancho*, hubo en el campamento de Las Juntas, situado en una alta meseta,desde cuyos bordes podrían dominarse fácilmente todos los alrededores, una gran calma sorda que encubría la excitación de los ánimos, á la expectativa del asalto.

Nuevamente tornaba la angustia de la incertidumbre.

Se hablaba quedo y se conversaba poco. Los rostros, pálidos por la fatiga y el escaso alimento, miraban con ojos inquietos el horizonte limitado por las rocas y los pinos.

El General Rangel en persona, que era el primer jefe (pues Márquez había regresado á Guerrero antes de llegar á la Generala],ordenó y vigiló el servicio de avanzadas.

A las ocho de la noche se apagaron las fogatas y reinó el más profundo silencio.

Tan sólo allá, á lo lejos, una gran luminaria lanzaba fantásticamente resplandores rojizos. De allí partía un incesante murmullo. Era el vivac del Cuartel General.

—Se conoce que cenan y que aun beben algo,– decía Castorena, sentado á lo turco, con su carabina á un lado, á otros oficiales tendidos sobre la yerba.

—Pero tú ya cenaste; lo que te preocupa es beber, borrachón,—contestó el teniente Torrea, que procuraba colocar cómodamente su cabeza en una almohada de piedra.

—A mí, sí; de veras me preocupa beber; algo dierá por un trago de agua,—dijo Miguel, á quien la carne asada, único alimento que probaba hacía dos días, le producía una sed insaciable. Además, el agua había escaseado ya.

—Yo diera un poco más por un trago de *sotol*, hasta un verso,—agregó Castorena.

—Hombre...¡á ver si ahora puede hacer versos el poeta!—clamó Torrea ya tendido á lo largo.

—Mañana los haremos todos cuando nos chamusquen los *tomoches*.

Un silencio molesto siguió á esta conversación, que en un ángulo del campamento tenían los oficiales *francos*, después de una frugal cena de carne asada, una triste cena sin agua, ni sal......

Esperaban la hora de *rondín*, servicio que consiste en vigilar, paseando,los puestos de centinela y el orden general en el vivac ó en el cuartel, en las horas en que la tropa "franca" descansa.

—Bueno......¿y,por fin,cómo entraremos? —preguntó Miguel,—¿cual es el plan? ¿Vendrá el Coronel Torres ó es una *papa* nada más?

—Creo,—explicó el capitán Servín,—que la primera columna bajará por el Cordón, mientras nosotros entramos por el camino real, y el Coronel Torres,con las tropas de Sonora, ataca por la banda opuesta. El Hoskiss va á hacer pedazos la iglesia, primero, y ahora verán cómo salen las mujeres y se vuelven *bola* y... Sí......cuestión, cuando menos...cuando menos, de un par de horas...... Ya los veremos......¡los veremos!

—Al fin!...siquiera que comamos gallina al medio día. Una hermosa gallina tomo-

chiteca, cocida en la lumbre de la iglesia ardiendo!......qué sabroso platillo!

—¡Oh! quién sabe......quién sabe, muchachos......no sea que....

—Pero qué! mi capitán; si nos matan.... siquiera que comamos bien antes.

En aquel momento, entre la sombra, avanzó, envuelto en su capote, el capitán 1. ○ de la segunda compañía del 9. ○,quien en voz baja,pero firme y serena, les saludó, dándoles las buenas noches. Charló, animándoles con su conversación, y les recordó que eran oficiales salidos del Colegio Militar, que tenían que hacer advertir que tan bien sabían estudiar como batirse.

—Hasta mañana, señores......mucho cuidado...... voy á dar una vuelta...... ¡muy bien hechitos esos rondines! ¡eh!...

Se alejó, con pasos mesurados, alta como siempre su pequeña cabeza, mirando en torno con suma escrupulosidad, atento á corregir, pronto á imponer la disciplina y el orden.

Era el capitán Eduardo Molina. Todos en lo íntimo le querían, por su buen corazón, siempre dispuesto á salvar de cualquier apuro á sus oficiales, para quienes tenía los mejores estímulos.

Era, en cambio, muy severo, y por esto solían sus inferiores motejarle; y como cuando daba clases teóricas militares á éstos, en la Academia, se complacía en explicar toda clase de combates á fuego ó bayoneta, entusiasmándose y extendiéndose,le llamaban NAPOLEONCITO. El "capitán Napoleoncito" del 9. ○, era también de mínima estatura y también, como el Grande, amaba la guerra. ¡Era un esclavo del deber y un leal amigo!

—Ya veremos mañana *de qué cuero salen más correas*,—dijo el poetastro—y co-

mo nadie le contestó, fastidiado y sin sueño, se puso en pie, con el propósito de ver si *echaba la sierra* á algun oficial de Estado Mayor.

A las cuatro de la madrugada del día siguiente, 20 de Octubre, se hizo levantar la tropa á la sordina.

En la Sierra, á esa hora y en esa época del año, es aún plena noche, la obscuridad profunda y el frío intensísimo.

Se hablaba en voz muy baja. Era en la sombra un silencioso ir y venir de espectros.

Los sargentos primeros de las compañías no pasaron lista, sino contaron simplemente las *hileras*. Los puestos avanzados se incorporaron á sus respectivas secciones. A la luz de las estrellas, de cerca, hubiéranse visto bajo las caladas capuchas rostros pálidos y labios resecos.

Llevaban puestos sus capotes los soldados y sobre aquéllos iban cruzadas las cananas y las correas de las *bolsas de combate*.

Media hora estuvieron todos en pie, impacientes, tiritando, taciturnos, esperando la hora de marcha, media hora, y sin que el alba asomase tras los vértices de los pinos que limitaban la meseta del campamento, media hora de frío cruel, de angustia, de inquietud sombría.

El General recorrió varias veces las columnas, hasta que, al fin, los *nacionales* y *auxiliares* se desprendieron entre las sombras para formar los exploradores de la vanguardia.

Un oficial de Estado Mayor previno á los jefes de las secciones que se iba á principiar la marcha; los oficiales montaron en sus caballos y ocuparon sus puestos;

hubo un crescendo de rumores, de voces, choques de cascos contra las piedras, secos ruidos de las culatas de los fusiles.

De repente se empezó á marchar á través de la sombra espesa, bajo un cielo negrísimo constelado de espléndidos luceros que refulgían, maravillosos, entre los altos ramajes, y sobre los crestones de los peñascos.

Al principio fué duro y agrio, casi pavoroso, el descenso......¡la tropa, invisiblemente empujada, creía encontrar en lo bajo de la plataforma por la que descendía, bruscamente, al pueblo de Tomochic, y creía que iba á batirse allí, en plenas tinieblas!......

Bajaban los soldados, vacilantes, hacia un valle que no parecía tener fondo...bajaban tropezando......y se oía aquel singular ruido metálico de los cañones de los fusiles chocando, campanilleando contra las ánforas de zinc... Los caballos de los oficiales resoplaban, y sus cascos hacían saltar chispas contra la roca dura.

Un hielo de muerte, un lúgubre horror tenebroso congelaba la sangre, apretaba el corazón, adoloría el vientre vacío y poblaba de pesadillas rojas el cerebro anémico......

El rebaño iba en la tiniebla y el frío, despeñado por ignotos derrumbaderos ásperos, escurriéndose, rebotando, por entre erizadas y retorcidas gargantas negras, trotando, galopando, á veces, entre los pedregales invisibles, sin haber dormido, famélico, sediento, temiendo ser formidado de súbito por el trueno de una descarga enemiga.

¿Los tomochitecos, sagaces conocedores de los intrincamientos de aquellos montes, no podrían darles "un albazo"?......

¿No podrían impunemente aquellos fieros cazadores de las montañas, levantar en las tinieblas una hecatombe pánica, en el fondo de algún barranco, para mayor gloria de su Papa Máximo ó de la Santa de Cabora?

...Y la red trágica de hazañas fabulosas que de los *tomoches* se contaban en todo Chihuahua, volvía á tender rojas pesadillas en los cerebros débiles......

Al fin llegaron á un terreno plano por el cual siguieron, *oblicuando* ligeramente á la izquierda: atravesaron un arroyo casi seco, y cuando la columna remontaba otro cerro, albeó el cielo y palidecieron las estrellas.

Y al encontrarse, después de hora y media de jadear, en la nueva cima........la aurora esplendía, casi súbita, anaranjada y roja, tras los picachos de los montes que á su espalda dejaban.

Entonces, los oficiales echaron pie á tierra, entregando sus caballos á soldados del "Cuerpo de Seguridad Pública."

¿A qué horas llegaban? ¿Dónde estaba Tomochic? ¿Después de descender por segunda vez iba á principiar el ascenso á otro cerro?......

Repentinamente la columna se detuvo............Luego, hubo una evolución que equivalía á "*contra marchar*," y la fuerza se dirigió sobre su *flanco derecho*; mas como por allí las rocas se alzaban cortadas á pico, "*se hizo*" más á la derecha, y se remontó la misma altura por la cual habían descendido.

—¡Con un cara...mba!—gritó Castorena, —¿estamos jugando?

—Vamos á flanquear......

—No, mi capitán, *habrán* equivocado el camino.

Y se continuó la marcha. El sol empezó á calentar y el cansancio hizo cojear á algunos soldados, á causa de que el terreno se hacía asperísimo y se marchaba de nuevo en la piedra. Y no había ya ni un solo árbol, era una desolación de paisaje lunar.

—¡Entren! ¡Entren!—vociferaban los oficiales, aun cuando ya ellos iban jadeantes.

Mercado, que marchaba en la primera columna, cerca de una sección del 11 °, sentía una fatiga atroz.

De pronto vió correr en diferentes direcciones á los *nacionales*......La vanguardia se replegó al núcleo de la tropa.

En aquel momento se escuchó, lejano, muy lejano, á través de las montañas, el toque de *atención,parte y rancho*,—la contraseña de la columna del Coronel Torres que venía por el camino de Pinos Altos y que debía estar frente á Tomochic, al mismo tiempo que la fuerza del General Rangel.

A "paso veloz" siguió luego la columna hasta llegar á un claro en el monte....Se escuchó un rumor extraño, algo como un desgranamiento traqueteante.

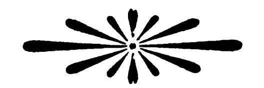
—¡El Coronel Torres se está batiendo ya!......¡muchachos, *nos quedamos sin tajada!*—gritó un oficial del 11 ° Batallón.

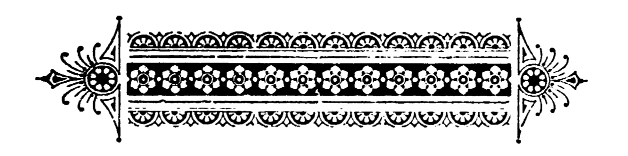
El tiroteo iba acentuándose más y más.. Algunos soldados se aproximaron al borde de altas rocas entre las que ya empezaban á erizarse pinos y arbustos pequeños. Inclinados sobre la cresta de aquel reborde, contemplaron el fondo de los derrumbaderos, y más allá, en las lejanías, un inmenso valle cruzado por la cinta serpentina de un río. Disforme cerro jiboso, cual gigantesco dromedario, alzábase en un extremo, y frente á él, extensísimo, ó

regular, salpicando de casitas grises y blancas las praderas desiguales, en torno de vieja iglesia, el pueblo de Tomochic

—¡Tomochic!......Tomochic! Ahí está Tomochic!—gritaron varias voces.

Tomochic! Tomochic!—Y el nombre bárbaro y heroico se propagó del alto reborde rocalloso á las filas compactas, corriendo por la tropa con un estremecimiento glacial.





XVIII.

Derrota de la primera Columna.

Los artilleros llegaron, entonces, á aquel mismo sitio, y mientras descargaban de las mulas el cañón, el teniente Méndez bajó por una pendiente abrupta, con el objeto de dominar el valle, y con su carabina hizo fuego sobre él para calcular la distancia.

Todos siguieron aquella operación con mucho interés. Ajustado el cañón sobre su montaje de cuatro patas, el oficial de artilleros apuntó minuciosamente, é hizo fuego. Sonó una detonación y el proyectil partió silbando en el espacio, describiendo una gran parábola. Segundos después se oyó la explosión de la granada.

Una gritería de entusiasmo acogiò en las filas el primer cañònazo asestado á Tomochic.

—¡Viva México, viva el General Díaz!— gritaron algunos, creyendo que aquel cañón era el triunfo, y la derrota del pueblo.

—¡Viva!...... ¡Viva!...... ¡Viva el General Díaz!

—A las filas...¡á sus puestos!...-clamaron los oficiales al ver que los soldados se separaban para presenciar los disparos del cañón.

La pieza, siempre apuntada por el teniente, continuó sus descargas, mientras las columnas, prolongando el "alto," esperaban órdenes, y mientras se oía más vivo el tiroteo, que parecía llegar de la otra banda de los montes, más allá de Tomochic, donde el Coronel Torres se batía, y donde su corneta de órdenes tocaba cada dos minutos, *atención, parte y rancho*, toque "contraseña" repercutido entre el lejano fragor de las detonaciones, por los múltiples ecos de las montañas.

El sol, á través de las altas ramazones de los pinos, bajaba ya caluroso y claro, sobre la muchedumbre un tanto ordenada de aquella tropa inquieta, á la expectativa del ataque.

La ansiedad había llegado al paroxismo; el terreno accidentado no permitía un orden correcto en las *columnas de compañía*, que se habían formado como si se tratase de maniobrar en terreno plano, por lo que era imposible que hubiese entre las fracciones las *distancias é intervalos* que para esta formación previene el reglamento de maniobras.

Así es que Mercado, en lo alto del cerro, tras la segunda sección de la segunda compañía— Primera columna – sofocado, después del súbito *alto*, tuvo la idea vaga de lo inconveniente de esta disposición, considerando que el enemigo, en *guerrillas*, los podía batir muy ventajosamente. Por otra parte, ni los capitanes sabían dónde

estaban, ni qué iban á hacer. Todos se sentían á ciegas en el monte.

Los oficiales de Estado Mayor, vestidos como paisanos, flotándoles tras el ancho sombrero la cinta roja, cual tropa chinaca, atravesaban entre las filas, apartando bruscamente á los soldados, llevando órdenes del General en Jefe, quien cerca del cañón, que cada dos minutos hacía fuego, rodeado de *nacionales* y soldados del 5.° Regimiento, se instalaba á retaguardia.

—¡Que avance la primera columna! gritó un ayudante, al Teniente Coronel Gallardo, que la mandaba.

La columna se puso en marcha, desplegando su primera sección en tiradores, después de cargar las armas.

El joven se estremeció, sintiendo como que se sumergía en un baño frío.

—¿Estaré pálido? -se preguntó, mientras descendía á saltos, por la falda rocallosa, detrás de su sección.

—¿Me verán los soldados?...... ¿Tendré miedo?......¡Mejor que me maten sin que lo sienta!... pero de una vez......¿qué sucederá?....¡Mejor que me muera!...¡Me duele el vientre!......¿será el miedo?...¡Qué frío!... ¡Si me vieran por dentro!...¿Qué importa la vida?.....¡Hay que aparentar valor!...... ¡adelante!

Y al pensar así, llevaba la cabeza erguida y los ojos muy abiertos, aunque sin ver nada, más ciego que sus compañeros.

Y continuaron bajando lentamente, en un silencio mortal. Allá á lo lejos, proseguían las detonaciones, con desgranamientos, como el continuo crujir tronante de un carro cargado de hierros, de un carro...... que se despeñara rodando, rodando por entre los guijarrosos pedregales de los derrumbaderos de la Sierra.

La segunda sección esperó en lo alto, para tener la distancia reglamentaria, porque seguían ajustándose estrictamente á los principios de la táctica.

En cuanto á la segunda columna, desplegó sobre su izquierda, mandada por el Teniente Coronel Florencio Villedas.

La tercera quedó como reserva y escolta de la pieza, la cual empezaba, al fin, á regularizar sus fuegos.

Al frente de esta fuerza se destacaron los *voluntarios* y auxiliares de la cinta roja, quienes, cautelosamente, y con la carabina preparada, se adelantaron, para explorar el terreno abrupto y boscoso. que mientras más descendía, más dificultades presentaba.

¡Y era aquella la parte más practicable!

El *cordòn*,—vereda—que desciende á Tomochic, no fué ocupado, pues allí harían al enemigo un buen blanco las tropas.

El cerro por donde descendían era el famoso del "Cordón del Lino," donde se verificó la derrota del 2 de Septiembre.

Los soldados, diseminados, bajaban con desconfianza, mudos, el oído atento y las pupilas dilatadas, explorando á través de los árboles y las rocas. Los oficiales se habían intercalado en la línea de tiradores y avanzaban resueltos, pero muy pálidos. Ya no hablaban, ya no gritaban.

Había cesado de oírse el tiroteo que se escuchaba del otro lado del valle. Sólo el cañón tronaba, á intervalos.

De repente, próximas, claras, con admirable precisión, y con estruendo que á todos hizo estremecer, se oyeron precipitadamente algunas detonaciones.

Entonces los "voluntarios" regresaron, corriendo, al puesto de la primera sección, la que se detuvo, repentinamente.

—¡Ahí vienen! ¡ahí vienen!—llegaban gritando los "Auxiliares."

Las detonaciones se multiplicaron al frente de la primera sección.

Corrió una orden en voz baja.

Los soldados, esparcidos en un gran espacio sinuoso tras de los pinos y de los peñascales llevaron al hombro las culatas de los fusiles.

—¡Muy buena puntería y mucha calma! ¡cuidado con desperdiciar el parque!—gritó al fin el capitán Alcérreca.

Empezóse á escuchar, á lo lejos, un gran murmullo en el que dominaban ásperos gritos, un rugir hirviente, confuso, y en amenazador crescendo.

Sin embargo, aun no se veía nada, y nadie disparaba, permaneeiendo la sección á la expectativa. Es decir, tomaban "*la defensiva pasiva*" en un terreno desconocido para ellos y conocidísimo del enemigo, que debía avanzar velozmente sobre los federales. Luego, los gritos pudieron, claros distinguirse.

—¡Viva el Gran Poder de Dios!......¡Viva María Santísima!

Por fin, la sección rompió el fuego á su frente, aun sin ver á nadie, sin apuntar, sino hacia allá, de donde venía la tumultuosa algarada.

—¡Conque aquí va á ser el combate, como quien dice en medio del bosque y en la falda de un cerro—pensó Miguel, aterrado, comprendiendo lo inminente del peligro y lo difícil de la situación......

...Y las primeras balas enemigas empezaron á silbar, de abajo á arriba, por entre los árboles. El combate principiaba.

El oficial preparó su arma, trémulo, esperando ver á los *tomoches* que se sentían ocultos y que redoblaban el fuego. Sus gritos

redoblaban, gritos salvajes que aterrorizaban á la tropa, desesperada de no ver á sus adversarios, sin poder avanzar ni retroceder, obligada á aceptar el combate en tan desfavorables circunstancias.

La espesura iba envolviéndose en humo blanco, de un olor acre y fuerte....

En la espesa neblina de la pólvora latían en breves relámpagos rojizos, los fogonazos de las descargas......

A cada momento los gritos se multiplicaban, acentuándose más, y las balas enemigas,con mayor puntería, tenían silbidos más agudos, empezando á pasar á la altura de los kepis.

—¡Viva el Gran Poder de Dios! ¡Viva la Santísima Trinidad!—eran las voces y alaridos que las ráfagas llevaban á los soldados, á veces muy distintamente.

Uno, herido de muerte en el pecho, abrió los brazos, dejó caer el *remington* y murmurando dolorosamente un *¡ay Jesús!* cayó cadáver,boca abajo, vomitando sangre. Era la primera víctima.

Y entonces, un cabo joven, que se inclinó para levantarle, lanzó un grito, rodando á su lado, herido en una rodilla.

Los vecinos á este grupo quedaron consternados; pero un grito del teniente Torrea les reanimó, y ya furiosos y exasperados siguieron haciendo fuego, hacia abajo, sin apuntar.

Miguel vió, entre la espesura, un hombre alto, de gran barba, con blusa blanca y pantalones obscuros; en su sombrero de palma flotaba un pañuelo blanco. El montañés levantó su carabina y gritó con voz estentórea y lenta, al tiempo que, casi sin apuntar, hacía fuego:

—¡Viva el Poder de Dios! ¡Mueran los hijos de Lucifer!

—¡A ese!......¡Allí, allí......cácenlo!—clamó un sargento.

A la derecha del subteniente otro cabo, herido en una mano, empezó á quejarse.

La sección se arremolinaba; no se veían ya unos á otros los soldados.

Muchos apuntaron hacia el claro en que el *tomoche* de rodillas, estúpidamente heroico, hacía fuego y acababa de atravesar con una bala la boca de un corneta, cuyo instrumento, rebotó entre las piedras. Un momento después, se desplomó aquel valiente serrano, cayendo de costado, la cabeza sobre el brazo y el brazo sobre su carabina, como si durmiera.

Ya la pólvora de los disparos había enturbiado la atmósfera, como una nube blanca y espesa, y su olor áspero y excitante cual un rudo aguardiente llenaba el espacio, donde resonaban desordenadamente las detonaciones,entre los gritos del enemigo que subía el cerro y las frases de mando de los oficiales.

—¡Viva la santa de Cabora! ¡Muera Lucifer!—y nutridas descargas acompañaban á estas extrañas palabras.

Veíase al capitán Molina ir y venir, corriendo, saltando, de un punto á otro, animando, animando á todos.

Gritaba enronquecido, para contestar dignamente á los "vivas" de los fanáticos:

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva la República Mexicana!

—¡Adelante, muchachos! ¡Adelante! ¡Viva el 9. ° Batallón!—rugía Torrea.

Un nuevo soplo de ánimo hizo avanzar atrevidamente las secciones; todos se entusiasmaron.

—¡Sí, sí, adelante para que vean que el 9. ° nunca pierde!.........¡Viva el General Díaz!

Hubo un momento de calma, la tropa, recobrando su bravura ingénita después del primer estupor, bajaba agazapada, sudorosa y jadeante; deteniéndose instintivamente ante los grupos de árboles y las altas rocas.

Un soldado, que iba á hacer fuego tras de una, soltó repentinamente su arma, rodando completamente ensangrentado. Era que el proyectil enemigo diera con el borde granítico de la piedra, hiriéndole el cráneo las astillas que hizo saltar. La sección continuaba bajando.

El fuego de las carabinas serranas menguó un poco, y al fin, encontraron el primer cadáver tomochiteco con dos anchas heridas en el vientre y la cabeza, la boca entreabierta, mostrando fuerte y blanca dentadura.

—¡Viva el 9. º Batallón!......¡Viva el Gobierno!—gritó un sargento entusiasmado al contemplar el cadáver.

Pero en el mismo instante cayeron heridos otros soldados.

El enemigo no se dejaba ver, sus balas hacían horribles destrozos; el relativo alineamiento que al principio llevaban las secciones, se perdió por completo en las asperezas del terreno; los tiradores, ya sin ninguna cohesión, extensamente separados, se hallaron abandonados á sí mismos. En vano varios oficiales, exasperados, intentaban ordenar otro avance; pero como no sabían á donde iban, ni qué veredas seguir, multiplicábase el desorden.

Lo peor fué que, súbitamente, á sus espaldas, sonaron descargas. Aquello heló de pavor á todos. ¿Qué sucedía?......

Les tomaban por la retaguardia! Pero, ¿cómo se había verificado aquello?

Estaban envueltos. Se encontraron entre dos fuegos, y un soldado herido en el hombro cayó muerto.

Y en la densa humareda que obscurecía la espesura hubo un terrible instante de indecisión,y muchos intentaron retroceder ¡Tenían al enemigo á su espalda!...... ¿A dónde hacer fuego?......

Los tenientes se esforzaban, conteniendo el principio de la desbandada; pero también á ellos se comunicó el pánico.

—¡No corran, no corran!...... ¡Cobardes, á dónde van!—gritaban á los soldados que retrocedían,remontando el cerro. A su retaguardia el tiroteo aumentaba. Algunos, volviendo caras, contestaron; pero Castorena, que venía de la cima á todo correr, bajando á saltos, les gritó:

—¡No tiren atrás, no tiren para allá; son los nuestros, es la segunda compañía que no sabe dónde estamos! ¡Que no tiren!

Pero como muy pocos oían sus palabras, perdidas en el estruendo loco de las detonaciones y los gritos, nadie atendió, y se empezó á tirar en todas direcciones, como si súbita demencia hubiérase apoderado de aquellos hombres, combatiendo contra enemigos invisibles en la Selva-Montaña.

Ah! lo que más angustiaba en aquella terrible situación,—más que la atroz incertidumbre del enemigo respecto á su posición, fuerza y número—era la falta de dirección y de órdenes superiores!

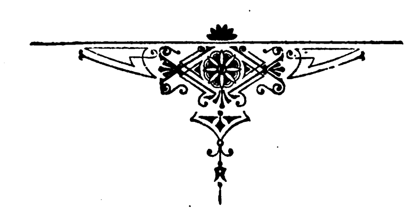
La vacilación en los oficiales subalter nos, atónitos y abandonados en aquella encrucijada horrenda, llegó á su colmo......

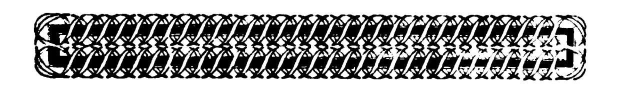
Y por fin, el pánico reinó, cuando se oyerón á la espalda aquellas malditas descargas que acabaron con el resto de moral que quedaba!

El humo de la pólvora, el estruendo de las disparos, el silbido de las balas y los alaridos feroces del enemigo, que por todas partes los rodeaba, hicieron de aquel rincón de la montaña el país del vértigo en un momento de pánico!

Y el subteniente Mercado en un relámpago de su razón, tuvo este pensamiento:

—¡He aquí la derrota de la primera columna!......





XIX.

PEOR QUE DERROTA.

Con razón Miguel sentíase estupefacto!......Creyó volverse loco ante aquel caso inaudito.

Cada soldado, oyendo silbar las balas en torno suyo y viendo caer compañeros á su lado, disparaba su arma sin saber adónde, creyendo tener al enemigo á su alrededor, en todas partes; y lo peor era que no había ni por dónde huir, perdidos como estaban en el fondo del intrincamiento del monte.

En tanto, á su frente, reaparecía el adversario y tornaban á alzarse feroces y terribles aquellos extraños gritos de guerra:

—¡Viva el Gran Poder de Dios! ¡El Poder de Dios nos valga!

Un joven recluta, apenas de dieciocho años, agazapado tras de un árbol, se batía y gritaba, también furioso y heroico:

—¡Viva el 9.° Batallón! ¡A nosotros que nos valga nuestra Señora de Guadalupe!

Los *tomoches*, ocultos perfectamente tras de los pinares, prosiguieron avanzan-

do de árbol en árbol y de roca en roca, saltando con una agilidad prodigiosa, precipitándose como tigres en medio de la granizada que tronchaba las ramas y hacía saltar en astillas las piedras.

Ya se empezaba á ver aquellos hombres altos y melenudos, de pantalones remangados, blusas blancas, cruzadas por cananas, y sombreros de paja con lienzos blancos signados de cruces rojas.

Se les descubría, saltando de un lado á otro; á veces sólo se veían asomar entre el ramaje los cañones de acero de las carabinas que envolvían el árbol en una nube de pólvora.

Aquel heroico soldadito, invocador de la Virgen Republicana, apuntó á un hombre que, á unos ocho pasos, hacía fuego; pero el tomochiteco, de un gran salto, quedó á su frente, y allí, á boca de jarro, le disparó en el pecho la carabina.

Cayó el bravo rapaz de espaldas; y en ese instante, una bala rompiendo la rodilla de su enemigo, le hizo yacer á su lado. Incorporóse éste preparando su arma; pero al ver que el moribundo, haciendo el último esfuerzo, le apuntaba aún, vagamente, sin poder tirar del llamador, le apuntó á su vez, descargando de nuevo sobre él en el momento mismo en que el otro lograba disparar también.

Los dos disparos no hicieron sino un solo estampido y una sola nube.

Y los dos héroes quedaron tendidos instantáneamente, uno al flanco del otro.

Y escenas semejantes se reproducían bajo de cada roca, dentro de cada hondonada, en torno de cada árbol......

Si hubiesen entonces seguido el movimiento de avance, los combates cuerpo á cuerpo hubieran seguido, con ventaja de

los federales;-por su número y por sus bayonetas,—pero ya la desorganización era absoluta.

Las tres secciones de la primera columna estaban mezcladas, sin frente, sin flancos, y ocupaban un gran espacio, por lo que no escuchaban las órdenes sino unos cuantos de los más serenos.

Era imposible seguir adelante en aquel caos, aunque se conocía que el enemigo, escasísimo en número, podía ser arrollado si se intentase un empuje; pero el desaliento y el cansancio eran inmensos, y sobre todo, hacían un inconcebible fuego sobre las secciones, á retaguardia,y las balas en todas direcciones silbaban.

En el momento en que el capitán Molina, jadeante de fatiga, el rostro enrojecido, con voz apenas inteligible por la cólera, gritaba dando órdenes, un sargento le comunicó muy conmovido, que el teniente Pablo Yepes, que mandaba la primera sección, estaba herido de muerte.

Casi al mismo tiempo se retiraba del combate el subteniente Delgadillo, con una pierna atravesada por una bala.

Este valiente oficial, heroicamente animaba á su sección, cuando fué herido al lado del cadáver de un sargento segundo.

Castorena, enfurecido, corría de un lado á otro, haciendo volver á su puesto á los que lo abandonaban, multiplicándose en medio del desorden, sublime verdaderamente en la ira noble que manifestaba.

—¡Pero, con una *caramba*, que no nos sigan tirando aquellos brutos!

—Oh! nos estamos fusilando nosotros mismos! ¡Qué sucede pues!—le contestó Miguel, al pasar, admirado de aquel valor que no le suponía.

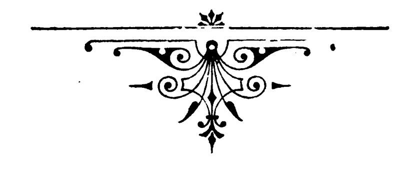
Aquello se convertía, de crescendo en crescendo, en una catástrofe espantosa.

El fuego á retaguardia aumentó, y como caían heridos y cadáveres, y como no se obedecía nada, ni á nadie, se hizo sentir más recio el terror pánico.

Los soldados en dispersión plena, incontenible ya, principiaron á huir, arrojando las maletas. La retirada se convertía en fuga.

¡Era el sálvese el que pueda!......

La consternación, contagiando á los más animosos, hizo retroceder á todo escape y sin rumbo fijo á todos los soldados, que se reunían temblando y azorados en los sitios más lejanos del cruce de las balas.





XX.

DERROTA DE LA SEGUNDA COLUMNA.

Miguel ante aquel caos hizo vibrar un arranque de suprema indignación y cólera.—¡Ah! conque así se perdían las batallas y era la explicación de las hecatombes! ¡No era esa la guerra con que había soñado al leer la historia de las grandes campañas históricas!

...Y sin embargo, tuvo al fin que retroceder, él también, contaminado otra vez por el miedo, en tanto que allá en lo alto, la sección que les hacía fuego se retiraba en desorden, suspendiéndolo.

Castorena, de pie sobre una roca, sin kepis, agotados sus cien cartuchos disparados pródigamente, blandiendo feroz su carabina, loco, amenazaba *romperles el alma* á los que corrían, quienes no le hacían caso, perdida toda moral y disciplina en el vértigo de la derrota.

—¡No corran, no corran! ¡Media vuelta y á ellos! ¡Viva el Noveno!

Enternecido y avergonzado, Miguel pasó junto al bravo camarada, abrigándose tras

de la peña que le servía de pedestal, tratando de convencerle de su inútil temeridad.

No le escuchó, y llorando de rabia:

—Vengan, vengan acá, en campo raso, ¡cobardes!—repetía, completamente ronco.

¡Había que ver á aquel indómito muchacho, desgarrado y polvoroso, de pie sobre su roca, descubierta la cabeza, en girones el capote, erizados los rojos cabellos, con lágrimas en los ojos, haciendo molinete con su carabina agarrada por el cañón, entre espesísima nube de pólvora!... ¡Había que verle!...

El capitán Molina había logrado reunir entre los que retrocedían, algunos valientes que formaban, tras compacto grupo de arbustos, un núcleo de defensa, una fortaleza heroica que acogía á los que quisiesen resistir.

—¡Eh! ¡Castorena, Mercado, por aquí, *agáchense*, *agáchense!*—les gritó.

Y al fin los dos, uno tras otro, con la carabina en la diestra, corriendo de abrigo en abrigo, remontaron el cerro, oyendo los gritos salvajes de "¡Viva Nuestro Señor Jesucristo! ¡Viva María Santísima!"

En el improvisado reducto en que se defendía aquel pelotón de soldados se hacía con ventaja muy dura resistencia. Cerca de él había tres cadáveres de *tomoches*.

Por entre las piedras y las rocas amontonadas en torno de los troncos de los pinos, se veían los kepis y los cañones de los fusiles que centellaban á los rayos del sol que penetraba á través del alto ramaje cuyas hojas descendían despedazadas por las balas enemigas.

Al fin lograron llegar, y Miguel, extenuado, se echó en el suelo, decidido á que le mataran allí, pero descansando un poco.

Sentía un calor de infierno y sudaba á chorros. Hubiera dado su porvenir en ese instante por un trago de agua.

Eran las once del día.

Allí, arrodillados, ó *pecho á tierra*, una veintena de soldados, cuatro oficiales y el capitán, hacían fuego, cazando á los enemigos que podían ver. Pero éstos, ó habían retrocedido, ó cargaban sobre la 2.ª columna que debía estar á un costado, pues hacia ese rumbo el traqueteo de las detonaciones redoblaba

Un grupo de hombres de aquélla pasó á lo lejos, huyendo entre los árboles; un oficial á la cabeza gritaba "vivas" en el estruendo de las descargas.

—¿A dónde va usted, compañero?—le gritó el capitán, corriendo á él, para ir á cortarle el paso.

—Señor, á tomar mejor posición á retaguardia, porque......

—¡Vaya usted á su puesto inmediatamente!

El oficial, avergonzado, regresó lentamente, agazapándose entre los árboles, incorporándose al improvisado reducto

¡Era el que en la mañana se lamentaba de *quedarse sin tajada!*

La segunda columna, que permaneció á retaguardia de la primera avanzó tomando la izquierda, dejando entre ambas un intervalo considerable. Recibió orden de desplegar en tiradores *únicamente* su primera sección; sus otras dos secciones perma-

necieron en lo alto, mientras aquélla adelantaba sus alas para proteger un ataque de flanco.

Y en efecto, mientras la primera columna era asaltada de frente, la segunda lo fué por la izquierda. Los tomochitecos parecían conocer la táctica.

Los mismos accidentes del terreno, la misma naturaleza del suelo, salvaje y abrupto, dió á este combate el mismo aspecto del que se librara á la derecha.

Aquellos valientes montañeses lanzaban sus gritos terribles, y con certeza prodigiosa repartían la muerte.

—¡Mueran los pelones! [1] ¡Viva María Santísima!—también gritaban por aquel flanco.

Las dos columnas, paralelamente, debían descender por el cerro y desde la base de éste dirigirse á tomar las primeras casas del pueblo, llevando como reserva la tercera columna, protegidas todas por los fuegos de cañón.

Los tenientes coroneles que mandaban cada una de aquéllas daban órdenes á retaguardia, recibiéndolas, á su vez, del general en Jefe,por conducto de los *nacionales*.

Pero el intervalo entre las dos primeras columnas fué demasiado grande, por lo cual sucedió que un pelotón de audaces *tomoches* logró intercalarse en él como una invisible cuña, haciendo fuego sobre sus flancos y tomando en parte la retaguardia de la sección desplegada, la que al verse batida por tres fuegos, desesperada, contestó en la angustia de su situa-

---

(1) Así suelen llamar en los pueblos de la Sierra de Chihuahua á los soldados federales.

ción en el bosque, disparando sus armas á todos rumbos.

Entonces, las secciones de retaguardia, sintiendo llegar á través de la espesura un huracán silbante de balas, desplegaron en desorden, y en desorden descargaron hacia abajo, aniquilando á las secciones del frente.

¡Aquello fué el caos de la muerte, el momento de una desesperación inmensa! Ni una voz de mando que se escuchara, nadie que se comprendiese......Todos hacían fuego de una manera loca. ¡Minuto de infierno!

Los fatídicos silbidos de las balas tomochitecas cruzándose con los de los mismos fusiles federales, tendían entre la niebla de la pólvora redes fúnebres......

Había heridos en la espalda, muertos con las sienes atravesadas, cadáveres con las frentes hechas pedazos......

La confusión era espantosa, la pólvora cegaba por completo, y los hombres rodaban entre las piedras; y, en tanto, los invisibles serranos de Tomochic, sin llevar las carabinas al hombro, sino colocándolas bajo el brazo, rápidamente, descargaban.

Mandaba la primera sección de la segunda columna el capitán Emilio Servín, joven delgado, de rostro huesudo, bigotito castaño y ojos pequeños y brillantes, sumamente bilioso y colérico......Estaba literalmente loco de rabia.

Al ver aquel disgregamiento y á su gente corriendo en todas direcciones, sin saber á punto fijo por dónde estaba el verdadero enemigo, aullaba, renegando y golpeando con su carabina á los que huían.

—¡Entren, cobardes!... ¡Viva el Gobierno!......¡No corran ca......nallas!—vocifera-

ba, rojo de ira y con los ojos saliéndose de las órbitas .....

—¡Síganme, no sean cobardes!

Y sin reflexionar, impulsado por una desesperación inaudita, avanzó temerariamente por entre los matorrales; llegó á un gran claro que se hacía en el monte, sin que nadie se atreviera á seguirlo, y allí, solo y á descubierto, soberbio, hizo fuego sobre uno de los enemigos que saltaba hacia lo alto del monte.

No tuvo éxito en su disparo. Su adversario, apuntándole apenas, le hizo caer, atravesado el pecho por una bala. Cuentan que al pasar junto al joven capitán moribundo, los tomoches, oyéndole blasfemar, le dispararon otro tiro.

Algunos soldados, tras de los árboles y rocas, vieron cómo, por último, el joven capitán levantó la carabina, tratando de incorporarse para hacer fuego; pero se desplomó boca abajo, muerto, con la boca abierta y espumeante mordiendo los guijarros de la Sierra, á la que con los brazos abiertos parecía abrazar en la última convulsión trágica......

Fatal coincidencia Domingo Alcérreca, capitán 2.° de la primera columna, lanzado por el huracán de dispersión que en ese momento también soplaba sobre ella. había llegado al mismo punto en que yacía Servín, y allí, junto á su infortunado compañero, cayó con el cráneo hecho pedazos por tres proyectiles.

También los tenientes coroneles de las columnas, Gallardo y Villedas, eran casi al mismo tiempo y en diferentes puntos, el uno atacado ferozmente de cerca y salvado por su asistente, y el otro, herido en la cabeza.

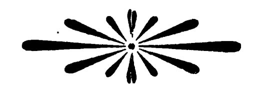
La dispersión total fué inevitable entonces, también, en la segunda columna. Cada uno escapaba por donde podía, sin rumbo fijo, sin dirección alguna, saltando por entre los cadáveres y abandonando los heridos, que retorcían los brazos, incorporándose, desesperados, en las más lamentables posturas.

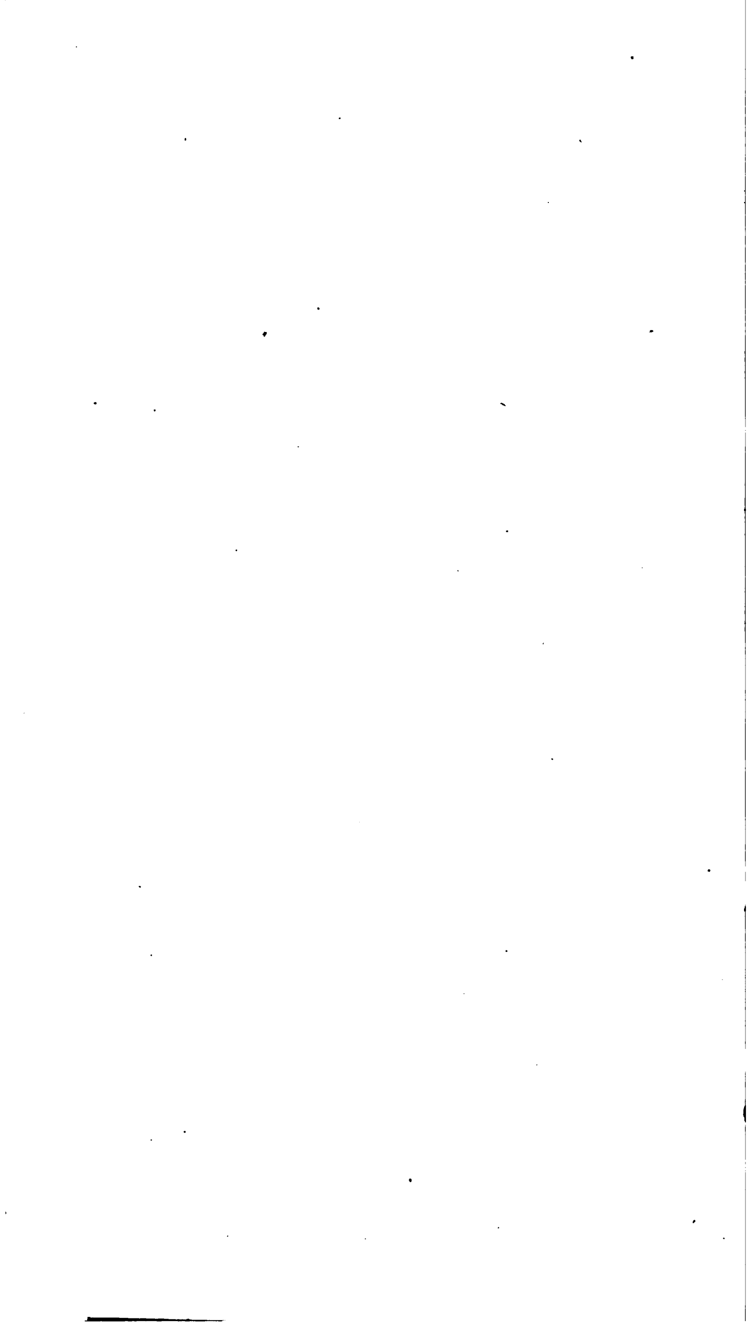
El campo erizado de rocas enormes, poblado de altos pinos, quedó regado de armas, cadáveres, heridos y maletas.

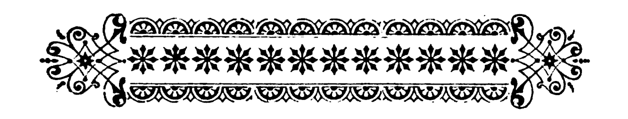
Un *guión* yaciente cerca del cabo que lo portaba semejaba con su lienzo rojo un gran charco de sangre escarlata, que hacia aún más pálido el rostro del cadáver que yacía á su lado, con la boca abierta y los ojos mirando inmóviles el cielo matinal resplandeciente y hermoso, ya limpio de horribles humaredas.

Cesó el estruendo de las descargas; solamente se escuchaba una que otra detonación que repercutían las ecos de la Sierra ó el estampido intermitente del cañón que aun escupía sus proyectiles sobre el pueblo.

Había terminado el combate.







XXI.

Tomochic se prepara.

Cuando aquella noche del 16 de Octubre salió Miguel dando el último beso á Julia, prometiendo verse allá en Tomochic, ella, temblando, se echó en la amplia cama,y allí, bien arrropada, esperó medrosa la llegada de Bernardo.

Sentía la candente impresión de las caricias de Miguel y le parecía un sueño aquella hora de delicias supremas, aquel despertamiento de su sér á las primeras impresiones del amor.

El recuerdo de todo el paraíso vivido prolongaba el éxtasis, apenas amargado por el temor de su partida para aquel Tomochic en donde tanto había sufrido.

Inquieta y febril, dió vueltas en el lecho, sobresaltada á cada momento por los ladridos lejanos de los perros, ladridos que llegaban hasta ella con fatídicos presentimientos

Después, la pobre muchacha, en su cerebro inculto, pero amplio y sólido, intentaba resolver el problema de su vida y medi-

taba sobre el porvenir, ya formando cuadros risueños de amor y de ventura, ó ya pintándose con negros colores panoramas sangrientos, escenas trágicas, cuadros de muerte.

Amaba ya con todo su corazón juvenil y virginal, á Miguel, á aquel joven que se le presentaba hablándola de amor y de ternura, realizando el mejor de los sueños de su vida y arrojando en la noche de su infortunio un rayo esplendoroso de esperanza.

Pero...... y precisamente por eso, también pensaba con terror en que ella iría á Tomochic con su padre, con Bernardo, con Cruz, quienes combatirían contra él; pensaba ella que le matarían indudablemente y que, acaso, á la puerta misma de su casa, vería su cadáver ensangrentado, con los ojos abiertos ligeramente como para mirar por última vez á su Julia adorada, á la que había prometido hacer su esposa en la iglesia, en nombre del Gran Poder de Dios.

Y en vano en aquella hora de fiebre y de impaciente espera, trataba de dormir...... ¡imposible! con tenaz obstinación tornaban á su mente las imágenes halagüeñas ó fatídicas que le presentaban y le volvían á presentar, arcángeles de gloria, á la Virgen misma protegiendo sus amores, ó espectros monstruosos señalándole cadáveres, al mismo Satanás mostrándole en sus garras á su amante condenado á las llamas del infierno.

Por fin, á las tres de la mañana empujó Bernardo brutalmente la puerta. Había desaparecido en él la embriaguez que le había postrado en la noche y venía á preparar la partida hacia el pueblo, para avisar la llegada de las fuerzas con un día

de anticipación, pues sabía que hasta en la tarde emprenderían éstas su marcha.

—¡Eh! ¡levántese, amiga, á qué hora piensa que nos vamos!

—Ahorita. Mande, señor.

Julia se incorporó de súbito. Y tiritando un poco con el frío duro de la madrugada, se puso las enaguas y el saco, y empezó á ayudar á empacar la ropa, mientras el viejo iba al corral á sacar las bestias y á amarrar las gallinas y gallos, que empezaron á alborotarse

Mariana, como siempre taciturna, mecánicamente hacía los trabajos más recios, yendo y viniendo con una vela en la mano, ó acarreando con costales y cajones

Después, cuando estuvo ya todo listo, los dos asnos cargados de ropa, ollas, algunos envoltorios de café *torrificado*, unas botellas de *sotol*, las gallinas sujetas de las patas y algunos cachivaches más, Bernardo mandó hacer fuego, quemando una tabla vieja, y los tres tomaron café hirviendo, con unos tragos de aquel aguardiente.

A las cinco de la mañana emprendieron la marcha, él en una mula y las dos mujeres en fuertes asnos.

Durante el camino, Julia, sumamente excitada, no pronunció ni una sola palabra, sometida como siempre á su destino de víctima, resignada y absorta.

Bernardo, que conocía perfectamente todos los caminos de la Sierra, atravesó con audacia los montes, tomando por atajos apenas transitables, bordeando los precipicios, silencioso en su mula, empinando cada cuarto de hora la botella de *sotol*, sin volver el rostro hacia las dos mujeres que le seguían, sentadas en los jumentos, los que con los cascos herrados, hollaban con fir-

meza las gigantes asperezas de aquellos cerros que se suceden unos á otros con la misma fiera majestad.

La infeliz muchacha, envuelta en un grueso *poncho* americano, á causa del viento glacial de la Sierra, sentada hábilmente en su cabalgadura, abiertos y sin fijeza sus grandes ojos negros, suspiraba de vez en cuando, saltándosele gruesas lágrimas que no enjugaba.

Ah! aquella criatura de precoz inteligencia, natural vivacidad y sensibilidad exquisita, no debía haber nacido en aquel ambiente de locura hostil en que se agitaba un pueblo semisalvaje del que no tenía sino el supremo heroísmo y el raro valor de saber soportar dignamente la adversidad, el triste heroísmo de saber morir......

El día 19, á las tres de la tarde, llegaron á Tomochic, adelantados una jornada á las fuerzas que al día siguiente intentarían el ataque.

Encontraron el pueblo en la mejor actitud de defensa; claraboyadas las casas de los extremos, lo mismo que las paredes de la torre , vetusta y de un solo cuerpo, que se erguía al pie del Cerro de la Cueva, el que á su vez la dominaba, situada á pico sobre el valle.

Tomochic en realidad pequeño en población, era sumamente extenso, por hallarse sus casas diseminadas, ligadas sólo por veredas que serpenteaban á través de las milpas y de terrenos donde pastaban los ganados.

Quince ó veinte familias desde hacía algunos días habían huido hacia los otros pueblos de la Sierra, lo mismo que los raros hombres que no quisieron tomar las armas.

La casa de Cruz Chávez, sobre todo, era una verdadera fortaleza, perfectamente atrincherada y con tres líneas de aspilleras.

En ella vivían, también, sus hermanos José y Manuel, con sus mujeres y cuatro niños.

Un gran cerco de empalizadas sólidamente revestidas de alambres con púas, encerraba dos grandes jacalones de adobe durísimo: en el intermedio de éstos había un horno, y á su lado, sobre un pedestal blanqueado, una alta cruz de madera de cuyos brazos pendían listones blancos.

Uno de los jacalones contenía cincuenta y uno de los prisioneros hechos en el combate del día 2 de Septiembre.

El otro, más grande y más sólido, era la casa habitación propiamente dicha, compuesta de tres cuartos unidos entre sí. Una sola puerta daba entrada al del centro, por el que se pasaba á los dos de los extremos.

En aquél vivían las familias de los tres hermanos; y de los otros,uno servía de bodega y depósito de municiones;y el otro de oratorio particular de aquel nuevo pontífice del desierto, *Sancta Sanctorum* al á que raros penetraban, el cual era,también,tienda del caudillo y alcoba del jefe de la familia.

Bernardo contó á Cruz todo lo que sabía de las fuerzas que en la mañana del día siguiente atacarían el pueblo, bajando por el Camposanto ó tomando el Cerro de la Cueva que dominaba á todo el valle.

Cruz, sentado cerca de la chimenea donde hervía una grande olla de café, meditó, bajando sobre el pecho su cabeza melenu-

da; después la levantó con fiereza digna y con los labios plegados por leve sonrisa, contestó:

—No importa!....los soldados de Jesucristo no pierden......las derrotamos de nuevo. Mira, hoy nos llegaron de Yopómare seis más, de suerte que tenemos, contando á los muchachos, 113. He formado cinco guerrillas; le he mandado matar su última res á Reyes Domínguez, y las mujeres ya están cociendo gallinas y maíz. Dios nos protege. ¡Vamos á la bendición!

Y, saliendo de la casa se dirigieron por una vereda á la iglesia, cuyo atrio cercado de paredes, estaba completamente lleno de hombres que lo esperaban, todos con sus carabinas y con sus cananas provistas de cartuchos.

Los que estaban sentados en las gradas que servían de pedestal á una gran cruz que se alzaba en el centro, se pusieron en pie, respetuosamente, á la llegada del caudillo.

En el atrio, cubierto de lápidas fúnebres y algunas cruces pequeñas, había más de noventa montañeses, vestidos con blusas blancas ó azules, pantalones de piel ó de pana y *teguas* altas hasta las rodillas; una *canana* cubierta de cartuchos engrasados les atravesaba diagonalmente el fornido busto, y otra les ceñía la cintura.

A los sombreros de palma, de alas recogidas, estaban atados pañuelos ó lienzos blancos, con cruces rojas, pañuelos que caían sobre las cabelleras incultas, sombreando rostros barbudos de ojos negros y centelleantes.

La alta talla de Cruz, sus anchas espaldas y su barba espesa, negra y encrespada, encuadrando su faz varonil de fren-

te espaciosa, no obstante los mechones de pelo que caían sobre ella, le daban un aire de majestad imponente y bravía.

Los grupos se abrieron,pasando á través de ellos. Entró en la vieja iglesia, sin quitarse el sombrero; subió al altar donde había un gran crucifijo; le volvió la espalda, y allí, en pie, esperó que entrase su gente.

Cuando todos estuvieron dentro, apoyando en las lozas las culatas de sus carabinas, en actitud de escucharle, Chávez, con voz sonora, clara y limpia, dijo:

—Hermanos, hijos de Jesucristo y de Nuestra Santa Madre María, prepárense mañana, confiados siempre en *el gran poder de Dios*, á destruir y mandar á los infiernos á los impíos hijos de Lucifer que quieren gobernarnos con sus leyes y quitarnos nuestra libertad!

Nos tratan como á bestias; nos quitan nuestros santos: nos quitan el dinero,y su Gobierno nos manda soldados que nos maten...... ¡Pero nosotros peleamos por el Reino de Dios!..... María Santísima nos ayudará.

Nosotros no moriremos, porque los que llevan la cruz no pueden morir; si caemos heridos y, al parecer, muertos, resucitaremos como Nuestro Señor, al tercer día, para poder acabar con los enemigos de Jesucristo.

¡Venceremos gritando: viva el Gran Poder de Dios!

Después,Cruz sacó de la bolsa de su blusa, amarillentos papeles, los desdobló, y continuó en un tono familiar:

—He dispuesto cinco guerrillas: la primera la mando yo y se quedará aquí, en la iglesia; la segunda la manda Manuel, aquí está la lista,—se la alargó á su her-

mano, que estaba á su izquierda,—y se va con la tercera y cuarta,que mandan ustedes—señalando á Carlos y Víctor Medrano, tendiéndoles las listas que éstos tomaron - al Camposanto; la quinta la manda Pedro Chaparro y tú,—y señaló á Bernardo, — y va al cerro de la Cueva. Ahora ¡á hincarse!

Todos se arrodillaron bajando las cabezas; él se irguió, puso el brazo izquierdo en jarra, echando hacia atrás, con un movimiento de hombros, el *poncho* á cuadros negros y rojos que llevaba como un manto y que cayó á sus pies; y contempló á todos con esa mirada irresistible,acerada y dura, que caracteriza las grandes figuras militares de la Historia.

Estaba imponente con su aire de conquistador y pontífice, excitando á los suyos al combate en el nombre de Dios y sus santos; resplandeciendo deslumbrante frente al fanatismo de aquella gente heroica, armada con aquellas carabinas Winchester, tan terribles en sus manos.

Sólo Bernardo permaneció en pie, sonriéndole maliciosamente; pero el pliegue que se formó en el entrecejo de Cruz afiló de tal manera el acero de su mirada, que, palideciendo un poco, se arrodilló y bajó también la cabeza.

Y entonces, el caudillo extendió majestuoso la diestra, y los bendijo en el nombre de Dios y de la Santísima Trinidad!

Todos salieron á hacer sus últimos preparativos, quedándose él solamente con los jefes designados, para explicarles su plan y darles instrucciones.

Este habíase hábilmente basado en la táctica, en la propia táctica, que conocía por intuición, por ladina astucia montañesa de cazador.

El fraccionamiento en guerrillas lo imponía la naturaleza del terreno: Cruz comprendía que el enemigo bajaría al pueblo por el cerro del Cordón de Lino y se apoderaría del Camposanto, ó tomaría el cerro de la Cueva, llave de la posición, para dominar la iglesia y el núcleo de las casas en cuyo centro se hallaba la de Cruz, que estaba convertida en arsenal y en depósito de víveres, dos únicos reductos que en caso apurado podrían tener.

Así es que el caudillo *tomoche* guarneció el Camposanto con tres guerrillas que destacarían algunos hombres inteligentes hacia el cerro, para anunciar la aproximación del enemigo, al cual en extensa línea de tiradores batirían en la espesura del monte, en tanto que la quinta guerrilla, establecida en el cerro de la Cueva, á la izquierda del cerro de Lino, mandada por Pedro Chaparro, atacaría á los asaltantes de flanco, mientras éstos se batían al frente.

La primera guerrilla, compuesta de veinticuatro hombres, se fraccionaría en dos, una ocupando la casa de Cruz y otra la torre, desde donde él observaría las fases del combate, trasmitiendo sus órdenes por medio de un Estado Mayor de quince ó veinte muchachos, vivos, audaces y agilísimos en correr y trepar por los montes.

Previno que en cuanto el enemigo se encontrase en la difícil bajada del cerro de Lino, se tomara la ofensiva, demostrando en esto una adivinación maravillosa del moderno arte de la guerra.

Comprendía perfectamente que allí podría aniquilarlo,en el instante de su perplejidad, entre la espesura y las rocas de la cuesta.

Encareció la importancia trascendentalísima de suprimir los oficiales y jefes, enseñando cómo debían reconocerse por sus rostros blancos y sus actitudes de iniciativa y mando.

A las mujeres impuso la dura faena de practicar aspilleras, clavar estacas, ahondar fosos, tender alambres puados, moler el maíz, hacer *tasajos* de carne y preparar hilas para los heridos, amén de rezar á la hora en que los hombres se batieran.

A las seis de la tarde se reunieron los *tomoches* en el patio de la casa de Cruz Chávez, dentro de la empalizada. Pasó revista, grave y sombrío. Se cercioró de que todos estaban listos, bien municionados y provistos de *pinole* [maíz molido] gordas y *tasajo* Reconoció con igual minuciosidad los escapularios é imágenes de la Santa de Cabora y las municiones y carabinas. Después, cada jefe seguido de su guerrilla, marchó á su puesto.

Entonces, las mujeres, algunos niños y siete ancianos enfermos y achacosos se trasladaron á la iglesia, donde debían pasar toda la noche orando. Solamente la familia, con la mitad de una guerrilla quedó en su casa, convertida en Cuartel General.

Visitó luego á los soldados prisioneros escogiendo entre ellos á cinco de los que manifestaron querer tomar las armas para defender "la causa del Gran Poder de Dios;" á los demás hizo que se les llevase carne, harina y tinajas con agua.

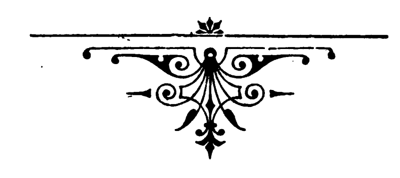
Y al fin entró á su casa, yéndose á sentar muy pensativo, cerca de la chimenea donde ardía un fuego que su mujer atizaba, en silencio, sin atreverse á mirar el rostro sombrío y huraño de su esposo el Papa Máximo de Tomochic.

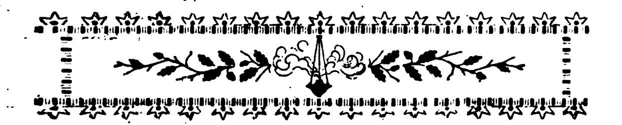
Sus cuñadas la contemplaban tristemente, sentadas en el borde de sus camas.

—¡Faltan tres minutos para las ocho!—dijo Cruz derrepente, viendo la carátula de su viejo reloj de plata, que llevaba en la bolsa de la blusa—rezaremos el Rosario.

Se arrodillaron delante de una sucia imagen de papel, clavada en la pared, y allí murmuraron el extraño rezo, compuesto por el mismo Cruz.

Cuando terminó, taciturno, pasó á su cuarto, cerrando tras sí la puerta, dejando á las mujeres inmóviles y absortas, contemplando vagamente el fuego chisporroteante de la chimenea, en tanto que afuera, en el valle negro de Tomochic, caía de las estrellas un silencio y un frío de tumba......





XXII.

La tristisima "retreta."

Sentada en un cajón forrado de cuero meditaba Julia, abrumada por la fatiga de una larga y dura jornada por el recio camino de la Sierra.

Más demacrada y pálida que nunca se alargaba su faz morena, sus hermosos ojos negros reflejaban los rojizos resplandores de la chimenea; tenía las manos caídas en pleno abandono y la boca contraída por un gesto de abatimiento total.

Mariana dormitaba acurrucada en un rincón sobre una piel de venado, en tanto que las otras cuatro mujeres, las tres de los Chávez y la hija de Cruz, sentadas dos en cada cama, intentaban contener los sollozos que les arrancaba secreta angustia.

Había un silencio profundo, ese silencio enorme que precede á las grandes catástrofes y que prepara el desenlace de todas las tragedias. Ni siquiera los perros ladraban, habiendo cesado ya todo movimiento nocturno. Paz de sepulcro.

—Tú estás cansada, hija, acuéstate,—dijo á Julia la mujer de Cruz, compadecida del dolor que la niña manifestaba; pero contestó vívamente:

—No, señora, tenemos que velar, así lo quiere el Señor—y después de suspirar, añadió:

—Tengo mucho que rezar á la Virgen,—y sus ojos preñados de lágrimas se dirigieron al cielo, como demandando misericordia.

Y de nuevo el silencio volvió á pesar fatídicamente sobre tanta amargura, cual una loza de hielo negro.

De pronto, llegó de afuera un áspero murmullo, ladridos feroces y vagos rumores mezclados con detonaciones que prolongó el eco de las montañas. Luego, todo cesó, y, pasados algunos minutos, llamaron á la puerta.

Julia abrió, por hábito de servidumbre, entrando un hombre envuelto en un gran cobertor rojo.

—¡El poder de Dios nos valga! ¿Está Cruz?—preguntó descobijándose y descubriendo su carabina cuyo pulido cañón centelló á los reflejos de la chimenea.

Entonces Cruz, sereno, asomó á su puerta, y con voz firme dijo al recién llegado:

—Entra, Pablo,—y éste pasó tras él, al oratorio.

Era Pablo Calderón, que venía de Pinos Altos, donde se hallaba en observacion de un destacamento del 11.° que guarnecía ese punto, cerca de la frontera de Sonora. Traía terribles noticias.

De aquel Estado venía una fuerte columna de más de quinientos hombres, al mando del Coronel Torres; llevaba más de 200 hombres de Guaymas y Navojoa, terribles ndios de la Sierra Taruhumara, y de las

tribus ópatas, muy temibles por su arrojo y su audacia; una sección del 12. ° Batallón; otra del 24. ° y el destacamento del 11. ° que guarnecía el Mineral de Pinos Altos, y que se le incorporó.

Debían atacar el pueblo á las siete de la mañana del día 20 de Octubre, bajando el camino de Pinos Altos.

Pero lo más alarmante era que *San José* había sido hecho prisionero, y fusilado, acaso, en aquellos mismos instantes.

Después que Pablo hubo enterado de todo á Cruz, éste le ordenó que de tales noticias guardase un absoluto silencio.

Y sin inmutarse, pues ya sabía la primera parte de las nuevas, aunqne no que el Coronel Torres atacase el mismo día, adivinando que el asalto sería simultáneo, cambió sus disposiciones, y él mismo, fajándose una canana y tomando su carabina, seguido de Calderón, á pasos de lobo, se encaminó por las veredas sinuosas del valle, rumbo al Camposanto, en el extremo del pueblo, despertando los perros de las casas, cuyos ladridos se multiplicaron á lo lejos en el silencio de la noche, repecutiéndo tristísimamente en la concavidad lejana de los peñascales.

Comunicó á su hermano Manuel y á Jesús Medrano, que con sus dos guerrillas ocupasen los núcleos de las casas próximas al río, poco ancho y profundo en aquella época,—que pasa al Oeste del pueblo.

Así se hizo, quedando al pié del cerro del Cordón de Lino sólo una guerrilla.

Las otras dos permanecieron tras el río, cuyo paso debían defender de las fuerzas que venían por el lado del Oeste, al mando de Torres.

Al rayar el alba extendiéronse las dos

guerrillas á lo largo de la margen, entre las milpas secas, hasta cubrir todo el frente de los cerros del Norte y Noroeste.

A retaguardia, Cruz, con la primera guerrilla, permaneció de reserva, dependiendo su actitud de las circunstancias en que se presentara el combate.

En tanto, los hombres acampados en el Cementerio se desplegaron al pie del cerro del Cordón del Lino, mientras Pedro Chaparro disponía, también en tiradores, los suyos en el cerro de la Cueva, á derecha é izquierda de éste, dispuesto á dar frente, por su derecha al General Rangel, ó, por su izquierda, al Coronel Torres, á quienes batiría de flanco.

A las seis de la mañana empezáronse á distinguir algunos hombres de las columnas que venían de Pinos Altos y ocupaban los cordones de los cerros occidentales. Después se detuvieron y esperaron, sin duda, la señal de las columnas que venían de Guerrero, por el Oriente.

Pero éstas no llegaban aún, y en vano se repetía por el corneta de órdenes del Coronel Torres la contraseña, '*atenciòn parte y rancho*," sin obtener al otro extremo del valle, más respuesta que el mismo toque contestado y multiplicado inmediatamente por los ecos, como una inmensa mofa.

Cruz comprendió al instante todas las ventajas que podía sacar de aquella situación, si se provocaba de cualquier manera el combate en el propio momento.

Así es que recorrió la dilatada línea de sus tiradores extendidos tras el río, en las milpas y tras una gran loma. Les hizo avanzar, ordenándoles que con el *alza* á 600 metros, apuntasen á los *cordones* ocupados por el enemigo, haciendo fuego con mucha calma, para obligarles á bajar, aniquilán-

doles en aquellos terrenos accidentados y cubiertos de sembrados y rastrojos, ó al pasar el río.

Principió un lento tiroteo, y media hora despues, las columnas del Estado de Sonora, ya casi en la falda, contestaban á los fuegos de los *tomoches*.

Al frente, en la falda del cerro de la Cruz, los bravos *pimas* de Sonora, armados de *remingtons*, apenas se podían contener, escuchando los gritos con que los tomochitecos los desafiaban enviándoles, de paso, algunas descargas.

Aquellos indios de Sonora, acostumbrados á la vida de la sierra, á la caza y á las interminables correrías entre sus pedregales, son terribles. Altos, fornidos y audaces, vestidos con blusas y pantalones azules y zapatones amarillos, se enardecían, dando también feroces gritos, haciendo fuego tras las rocas y los árboles.

Los de Tomochic, comprendiendo que eran los más temibles de sus enemigos, dignos adversarios suyos, los excitaban á bajar y á trabar el combate en el llano, gritándoles:

—¡Bajen esos *pimas!* ¡Bajen esos valientes de Sonora! ¡Aquí estamos, aquí los esperamos! ¡Viva el Poder de Dios! ¡Muera el Gobierno!...... ¡Muera Lucifer!

Sin embargo, había órdenes severísimas, bien justificadas, por cierto, de no llevar aún un ataque á fondo sobre el pueblo hasta que contestasen las fuerzas de Chihuahua, que, con gran desesperación del valiente Coronel Torres, que había sido puntual, no llegaban.

Pero el destacamento del 11.° que mandaba el capitán Castro y donde iba precisamente el mismo sargento Zavala,-quien con aquel capitán había derrotado hacía un

año á los montañeses irresolutos y aun débiles, había principiado, sobre la izquierda, el combate, atacando muy de cerca y ferozmente á los serranos. Los federales contestaron los gritos de reto haciendo fuego, animados un tanto con los clamores de:

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el undécimo batallón!

Por fin, se escuchó ya en medio de las primeras descargas, la ansiada contraseña que del otro lado de los cerros, débilmente repetía el toque de "*atención, parte y diana.*"

A "paso veloz" y "por tramos", fueron avanzando las columnas de las secciones del 24.°, "*Pimas,*" y 11.°, en tanto que las secciones del 12.° subían el cerro de la Medrano que con su alta cima domina perfectamente el valle, tanto como el de la Cueva.

Los tomochitecos, dispersos y agazapados, se retiraron con lentitud táctica haciendo un fuego vivo y certero que contenía á los asaltantes á buena distancia.

Sólo aquellos famosos indios de Sonora avanzaban audazmente, ansiosos por combatir contra tan terrible enemigo. Pero era desventajosísima la posición de aquéllos, quienes, á descubierto en lo alto de lomas peladas, eran cazados desde la torre de la iglesia por los tiradores ocultos en las milpas, ó por los *tomoches* que en el valle retrocedían por táctica, para anonadar al adversario ante las primeras casas.

Una vez en ellas, haciendo fuego por las claraboyas practicadas en las paredes, los de Tomochic contuvieron á los asaltantes, quienes después de pasar el río, viendo mayor peligro en volver la espalda que en arro-

jarse á vanguardia con ímpetu, jadeantes, arrodillándose á trechos para hacer fuego, y continuando después la carrera, tronchando las cañas y saltando por entre piedras, se estrellaron contra los fuegos certerísimos de las casas convertidas en *blockhouses.*

Un sargento primero del 11. ○, en el momento en que arrodillado apuntaba á una cabeza que á lo lejos sobresalía de una roca, cayó, herido de muerte en la frente; y lo extraño fué que en la misma posición quedó en el suelo, con el arma entre las dos manos, en actitud de apuntar, con las cuencas de los ojos vacías, el cañón del fusil salpicado de sesos......

El combate, generalizado ya en toda la línea, tomó en aquel momento un aspecto imponente. El humo de la pólvora excitaba, todos gritaban enronquecidos con gritos que dominaban el estruendo de las descargas. Y allá, del Cuartel General del Coronel Torres, partió el toque siniestro de *media vuelta*, y hubo que retroceder, tras el heroico ataque.

El capitan segundo Francisco Corona, del 12. ○ Batallón, de bigotes grises de verdadero veterano, tronaba, animando á su tropa, al aproximarse á las casas.

—¡Adentro, muchachos! ¡Adentro, muchachitos! ¡El que se muere, se muere! ¡No hemos de morir de parto! ¡Viva el Coronel Torres!......¡Viva el 12. ○ Batallón!

—Viva el Gran Poder de Dios! ¡Viva la Santísima Trinidad!—contestaban los serranos dentro de sus casuchas, cuyos adobes de un lodo duro como piedra, saltaban en pedazos al choque de las balas de los fusiles.

Cruz, seguido de la turba de muchachos que transmitía sus órdenes, iba y venía,

corriendo, agazapándose, gritando, dando órdenes, reanimando á todos y multiplicándose en todas partes.

Al amanecer, sus exploradores le habían advertido que las fuerzas que venían de Chihuahua estaban en marcha, por lo que la guerrilla que estaba al pie del cerro del Cordón de Lino seguía á la expectativa para atacarlas en cuanto intentasen bajar. Pedro Chaparro en el cerro de la Cueva cerraba el valle, por el Sur.

Esperaba también al enemigo para flanquearlo entre el monte.

Entonces fué cuando se replegaron los tomochitecos que combatían contra las fuerzas de Sonora, y fué cuando, tras las paredes de sus casas, continuaron disparando y haciendo estragos en las filas enemigas.

Los apostados en lo alto de la torre no erraban tiro alguno; era una cacería tranquila y espantosa, al grado de escoger las víctimas, tras de los gruesos muros.

La sección del 12.° Batallón que intentó llegar hasta el templo convertido en fortaleza, fué dispersada, diezmada.

Los *pimas*, más cautos, avanzaban á saltos de venado, trabando luchas terribles, cuerpo á cuerpo, al caer sobre algun tomochiteco, dando salvajes alaridos de apache, entre el estruendo fragoroso de las descargas crepitantes que se multiplicaban más y más por todo el Occidente del valle.

El Coronel Torres, en la falda del cerro de la Cruz, observaba con su anteojo de campaña el desastroso combate, trémulo de cólera, exasperado ante el hábil y épico prodigio de la resistencia de Tomochic.

Todo había concluido. Mandó repetir el toque de *media vuelta*, y empezó una la-

mentable retirada, más peligrosa y más cara que el mismo ataque.

Se dejó una huella de heridos y de cadáveres...... Los veteranos de Sonora volvían la espalda, estupefactos.

El capitán primero Luis Téllez cayó muerto; pocos momentos después el capitán Corona era herido en un brazo, y al poco tiempo lo fué en un pie.

Un subteniente era hecho prisionero, al mismo tiempo que un cabo que corrió en su auxilio fué atravesado en el pecho por tres balas. El teniente Cota había desaparecido con toda una sección de vanguardia......

Un sargento segundo, llorando de rabia, loco de furor, con el fusil tomado con ambas manos por el cañón, gritaba, sin que nadie le atendiera, temblando su *piocha* cana de escasos pelos plateados:

—¡Viva el 12.° Batallón, viva el Coronel Torres, viva el General Rocha, los que estuvimos en la Bufa no corremos, viva el Gobierno!

Una bala le rompió la pierna, y cayó de rodillas junto al cadáver de un corneta que tenía cuatro balazos en el pecho

Dos soldados que volvían corriendo á incorporarse con el resto que repasaba el río, bajo una lluvia de plomo, trataron de llevárselo, y entonces él, frenético, dió un culatazo con su fusil en la cabeza de uno de ellos, gritándole, enronquecido y ebrio de furor:

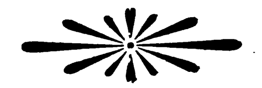
—¡Cobardes! los que estuvimos en la Bufa no *corremos*...... ¡Viva mi General Ro......

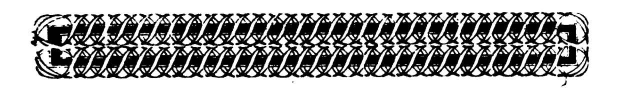
—En aquel momento, y antes de que acabara la palabra, cayó de espaldas, atravesado el cráneo de arriba á abajo por una bala que debió de haber venido de lo alto de la torre.

Entre tanto, el corneta de órdenes del Coronel Torres, después de transmitir la retirada, continuaba tocando sin cesar la contraseña convenida: *atención, parte y rancho*. Al fin se oyó en los cerros del Oriente, la contestación—*atención, parte y diana*.—El General Rangel llegaba cuando las fuerzas de Sonora se retiraban diezmadas por completo.

A la sazón, de allá venida, de los montes del Cordón de Lino, se oía la furiosa detonación del cañoncito asestado sobre el pueblo...... Después, en su falda se oyó un vivísimo tiroteo que fué aumentando progresivamente.

...Principiaban á batirse allá, al otro lado del valle, en tanto que acá terminaban, clausurándose el combate con la triste "retreta," el toque de la retirada y de la noche, la sonata de la derrota, el "requiescat" del entusiasmo bélico, toque lúgubre que resuena en las almas de los valientes como un sollozo....... ¡*Media vuelta*, la tristísima *retreta!*





XXIII.

INAUDITA SORPRESA.

Miguel siguió al grupo de valientes que encabezaba el capitán Eduardo Molina, recogiendo los dispersos que, anonadados por la fatiga, descansaban al pie de los árboles, respirando ruidosamente, con los rostros congestionados.

Iban en dos filas, atónitos y mudos, mirándose tristemente como compañeros de infortunio encontrados por casualidad después de ser barridos por la misma ola de catástrofe, míseros náufragos que habiendo perdido todo se consuelan con la esperanza de vivir todavía más.

¡Tantos esfuerzos, tanta perseverancia en formar y educar un buen batallón ¿para qué?...... Una orden mal dada ó mal entendida, y media hora de valor inútil, desparramando mucha sangre y quemando mucha pólvora, y no quedaba sino un girón informe y sangriento del bien organizado batallón!

¡Ah! ¿conque esa era la guerra? Necia, ciega, formidable, vergonzosa, erizada de mezquindades, de detalles atroces, incon-

cebiblemente trágica!......Y ¿quién tenía la culpa de aquella catástrofe? ¿Para quién las responsabilidades tremendas de la derrota?......¡Un puñado de bárbaros y estúpidos hijos de las rocas de Chihuahua, desbaratando una hermosa brigada del Ejército!......

Así pensaba Miguel mientras marchaba maquinalmente, siguiendo las pedregosas veredas que faldean los cerros del Oriente de Tomochic.

Regresaban al Cuartel General, que se había situado en lo alto del camino real de Guerrero, en un gran claro,en una especie de alta meseta donde se podía acampar cómodamente.

Allí estaba la pieza, ya silenciosa, y se había establecido la Ambulancia.

El General Rangel, rodeado de *nacionales*, con su anteojo en la diestra, miraba consternado, sin decir una palabra, los grupos de soldados que iban llegando poco á poco y que se echaban en el suelo al lado de sus compañeros, mudos, tristísimos.

Un bravo oficial del 12. ©, un héroe, con veinte hombres había llegado también, no habiendo podido retroceder con los suyos, por haber sido cortado por el enemigo. Casi había tenido que atravesar el pueblo y se encontraba vivo como por milagro.... ¡De veinticinco soldados de su sección sólo le quedaban siete! Los demás habían quedado tendidos. Era el teniente Cota. [1].

Habían llegado ya los oficiales heridos. Algunos "auxiliares" empezaban á llevar

(1) Años después aquel valiente fué fusilado en Sonora, por un delito militar.

soldados que,chorreando sangre y quejándose lastimosamente, habían logrado acercarse.

El Mayor médico cirujano que llevaba el Cuerpo Expedicionario iba y venía; daba órdenes; gritaba en medio de los ayes de los heridos y de la sombría tristeza de aquel exiguo puerto, tras el naufragio.

Miguel, sin esperar orden alguna, aniquilado, se echó en el suelo apoyando su cabeza sudorosa contra el tronco de un árbol, y hubiera dormido si no experimentase la sensación horrenda de una sed infernal.

Ya no pensó en otra cosa sino en beber un trago, aunque fuese del agua más inmunda que se le presentara. Sufría en plena embriaguez de llamas, con la lengua reseca y el rostro purpúreo.

Sentía fiebre intensísima, y una cólera sorda le invadía y hacía crispar involuntariamente sus puños. Así permaneció durante una hora de angustia infinita, sin ver, sin pensar, hasta que se durmió. Le despertaron bruscamente cuando apenas acababa de cerrar los párpados.

—¡Eh, Mercado, levántese; vamos á pasar lista á la compañía!......¡Arriba!......

Despertó sobresaltado, volviendo rudamente á la triste realidad de su situación. Miró en torno de sí y vió casi frente de él lo que quedaba de su compañía. ¡Menos de la mitad!

Vió soldados en dos filas, casi sin alineamiento, desgarrados los uniformes azules, con rostros macilentos, ojos hundidos y miradas vagas que tendían al suelo......

Y entonces, á pesar de su debilidad, tuvo plena conciencia de lo enorme del desastre!......Y sin embargo, todos habían cumplido con su deber...

Apoyado en su carabina, que no había abandonado ni un instante, presenció la lista que pasaba el sargento primero, anotando á los que faltaban, y que aparecían los más numerosos. Pero todavía no podía saberse si eran muertos, heridos, dispersos ó desertores. Aun no se levantaba, ni se podía levantar, el campo, ocupado por el enemigo.

Después supo Miguel que se habían mandado varias camillas escoltadas convenientemente, para recoger heridos; pero sólo se habían traído los más cercanos al Cuartel General, pues al intentar aproximarse al campo del combate, habían sido recibidos con nutridos tiroteos á los cuales contestaron los federales, por dignidad, pero retirándose prudentemente.

Entre aquellos heridos sólo recogieron dos del enemigo. Tenía uno el vientre atravesado, y, sea que su gravedad no lo permitiese, ó que no quisiera, se negó, obstinado, á pronunciar una sola palabra. El otro expiró en el camino.

Al fin se les permitió penetrar en el campo á las mujeres de la tropa, que estaban angustiadísimas, cargadas con ánforas de agua, *gordas* de harina, y carne asada.

Levantóse un gran murmullo de gritos de alegría y de dolor, sollozos, y palabrotas y disputas ¡todo por un trago de agua!

¡Agua, agua!...Miguel vió el agua *y* se precipitó sobre una vieja desarrapada que se defendía de un grupo de soldados que le pedían una poca, suplicantes unos, amenazadores otros.

¡Oh, felicidad! llevaba una ánfora llena y apartándolos con todo brío, aulló desaforadamente:

—¡Abranse! ¡Abranse! ¡Qué canastos sucede! ¡Un peso por el ánfora! Mira, aquí

está;—y le enseñó á la vieja cuatro billetes de á peseta.

—¡Ay, mi subteniente......es para mi viejo que viene muy malo!......Déjemela, mi jefe, yo le traeré después...

No hizo caso y se la arrebató, feroz, arrojándole los papeles al suelo.

Soltó entonces la carabina, apoyando la culata en el suelo, con el cañón contra sus piernas; y térmulo, y agarrando el ánfora con las dos manos, echó la cabeza hacia atrás y bebió ansiosamente. Y la habría vaciado si una mano vigorosa no la hubiese asido por el asiento, impidiéndole beber.

—¡Hombre, Mercado, déjame una poca, te va á hacer daño!

Era Castorena. Miguel, satisfecha su sed, extático, feliz, le dió el resto del agua, que su camarada sorbió de un enorme trago. Y como la vieja había desaparecido y *llamaban á formar*, arrojó á lo lejos el ánfora, que rebotó ruidosamente entre las piedras.

La fuerza que quedaba del 9.° debía dar un puesto avanzado, de observación sobre el camino real que bajaba á Tomochic, además de una *gran guardia* y un número de parejas suficientes para rodear el campamento, protegiéndolo en la noche contra toda sorpresa.

A los oficiales *francos* se les nombraron rondines de una hora, en la noche, á partir de las seis de la tarde.

Se dió también una escolta para la pieza y otra para el parque.

Mientras tanto los *nacionales* destrozaban una res y se repartía harina. Ya era necesario, pues hacía veinticuatro horas que no se daban provisiones.

Miguel, que debía cubrir al mando de un teniente la *avanzada* sobre el camino, mandó asar un gran trozo de carne que se pudo conseguir. Y fué, mientras, á visitar á los oficiales heridos, instalados bajo una gran tienda improvisada en el centro del campamento. Allí, recostados sobre unos sarapes, vió muchos soldados que se quejaban tristemente.

Saludó con respeto y muy conmovido al Teniente Coronel Villedas, cuya herida en el cráneo habría de costarle la vida; [1] tenía, además, las manos ensangrentadas por la terrible caída que aquel golpe le ocasionó, haciéndole rodar sobre las piedras.

Charló un rato con el teniente Yepez y con el subteniente Delgadillo, surgiendo la conversación sobre los capitanes muertos uno al lado del otro, en circunstancias excepcionales.

Luego, fatigados, cesaron de hablar los heridos,entrando en vaga somnolencia, en un silencio cargado de fatiga y de terror.

Les contempló un momento, y ya se marchaba, cuando se fijó en que el General, á algunos pasos de allí, interrogaba colérico á unos soldados de "Seguridad Pública" que acababan de llegar al campo. en esos instantes.

Al punto se enteró de lo que pasaba. Un oficial de aquel cuerpo, agregado á la segunda columna, había mandado dar *media vuelta* á su fuerza, separándose, no sólo del teatro del combate, sino abandonando decididamente el monte, consumando deserción al frente del enemigo y durante el combate. ¡Falta de disciplina, de

[1]. Más tarde murió este veterano á consecuencia de su herida.

educación militar en una tropa alistada de prisa!—pensó el joven subteniente.

Miguel se separò de la tienda del General para ir á recoger su carne, la cual devoró con ansia, casi cruda y sin sal. La sangre le escurría por entre los labios ávidos, sosteniendo el trozo rojizo á dos manos, mascando con chasquidos violentos, como un salvaje. Hubiera sido capaz de morder si se la intentaran quitar.

Y volvió, después, á atormentarle vivamente la sed, pero tuvo que soportarla, y fué á ver la fuerza que debía cubrir el punto. En seguida, con el teniente á la cabeza del pelotón de avanzada, desfilaron por el camino real, hasta llegar á un sitio donde éste descendía bruscamente.

A un lado, sobre un gran montón de piedras, había una cruz de madera. Fueron allí apostados tres centinelas al frente, cubriendo la anchura del camino.

Obscurecía tras una tarde tristísima, sin crepúsculo, y principiaba una noche fría y profundamente negra.

Allá, en lo alto del monte, en la meseta del campamento,se veían brillar las fogatas del Cuartel General, como rojas estrellas, mientras al frente alzaban gigantescos sus masas, como nubes inmóviles, los cerros erizados de rocas y de pinos.

Subieron á la escarpadura sobre la que se amontonaban las piedras que servían de pedestal á la cruz,y desde allí,en la penumbra de la tarde agonizante, contemplaron la vasta hondonada del valle de Tomochic......

¡Ni una luz, ni un rumor, ni un ladrido en el poblacho que se adivinaba en el fondo; nada que pudiera indicar la vida en aquel hueco, en aquel nido de águila colosal, en plena Sierra Madre!

El teniente, melancólico y taciturno, cansado de la terrible jornada, se sentó al pie de un árbol y al poco rato principió á dormitar, no obstante los esfuerzos que hacía por abrir los párpados que se obstinaban en cerrarse.

Miguel á su lado, apoyó la cabeza contra el tronco del enorme pino, abandonó la carabina entre sus piernas adoloridas; aflojó un poco la canana que le ceñía sobre el capote la cintura, y con los brazos cruzados y los ojos muy abiertos en la sombra, meditó.

¡Ah! conque ya se encontraba frente al enemigo después de sangriento combate y tras no imaginada derrota. ¡Conque allí, perdido en el fondo de la Sierra, á muchos centenares de leguas de su hogar querido, había encontrado como siempre, tras todos sus ensueños y ambiciones, el desengaño de la amarga realidad! ¡Desvanecidos todos los altos ideales de su vida, ni siquiera quedaba en pie la poesía solemne de la guerra! ¡La guerra como la comprendía, como la había leído: grande, noble, heroica, épica!

¡No....no! Aquello que había pasado no era ni una sombra, ni una parodia, no ya de los combates clásicos de la antigüedad, ni de las batallas legendarias de Europa, pero ni siquiera de las luchas recientes en las revoluciones qne ensangrentaran la patria! ¡Oh, y sin embargo, reconocía toda la barbarie trágica de la catástrofe! El horror de la matanza había sido tan atroz como la derrota......

Atroz, como la derrota!......

La derrota!......El alma horrible, de vergüenza y fango, de esta palabra no asomó, empero, en el infierno de su meditación,

á la margen del mar de tinieblas de aquel Tomochic de pesadilla

La derrota!......No, no sentía vergüenza, ni por él, ni por los suyos, ni por su amado 9.° Batallón, ni por el Ejército Nacional, con aquella derrota, que era un desastre del que otros fueron culpables.

La joven oficialidad—flor del Colegio Militar—se había portado bizarramente, tan gallardamente que había dejado prendidos rojos pétalos de sangre suya entre los pedregales de la cuesta que baja á Tomochic...

Los oficiales, bisoños y heroicos, habían cumplido firmes en la espesura, en la nube roja y blanca del combate, de un combate al que no estaban preparados y al que se les empujaba sin marcarles rumbo, sin señalar objetivo, sin desplegar bandera alguna......

Y en cuanto á la tropa, era todavía menos culpable, era aún más triste víctima...!

El número de sus muertos y heridos aparecía relativamente enorme. Y pensó en ellos, los pobres, abandonados inicuamente en el monte silencioso, retorciéndose, gritando, blasfemando en las tinieblas, contemplando, locos de sed, con sus ojos de moribundo, cintilar las estrellas en la fría desnudez del cielo. Se estremeció de miedo y trató de apartar de su mente la fatídica visión de aquellos infelices; pero no pudo; su cerebro calenturiento y excitado por la debilidad y la fatiga, le delineó en plena vigilia escenas sangrientas, con todo el pavor horrendo de la pesadilla.

Encendido el cráneo, anudada la garganta, adolorido el vientre, tuvo miedo, un miedo morboso de histérico sediento...... ¡Miedo de la sombra, de la noche, de los vagos rumores que llegaban del campa-

mento, de sus pensamientos, de su conciencia, de su mismo ser!... ¡miedo de todo!

Era un principio de demencia en su organismo débil, un pavor invencible, algo como el *delirium tremens*.

Fué una hora de angustia mortal y de horrible congoja. Al fin la fatiga le anonadó: durmió, no obstante el peligro. Le despertó un rumor de voces á su lado. Era el teniente y el cabo de cuarto que hablaban vivamente.

—Pero......¿estás seguro? porque, creo que el miedo que tienes es más que otra cosa.

—No, mi teniente, ponga usted cuidado... ¿no oye usted?

El teniente calló, tendiendo el oído para distinguir los lejanos rumores, y, sin duda oyó algo porque, con voz alterada, dijo á Miguel:

—Mire. Mercado, váyase con el cabo, allí junto á aquel centinela, á ver si distingue bultos......ya sabe; mucho cuidado, nada de *quién vive*, sino que hacerle fuego al momento.

El oficial siguió al cabo, tropezando con las piedras, sin ver delante de sí más que las vagas sombras de los árboles y de las rocas. Cerca del centinela, trató de explorar con la vista el monte, y contuvo el aliento para escuchar mejor. Con íntimo espanto creyó oír rumores confusos como de pasos y voces.

Cerca de diez minutos permaneció allí, inmóvil, con los ojos fijos en las tinieblas, temblando involuntariamente á medida que aquel vago ruido aumentaba y se precisaba.

Y no le cupo duda, se acercaba gente, es decir, el enemigo....

Fué á *dar parte*, y su jefe inmediatamente despertó á los soldados que dormían, les mandó cargar las armas, formándoles en una fila á través del camino; él se colocó en el flanco derecho y Miguel en el izquierdo, dando orden á los tres centinelas avanzados, de que en el momento en que viesen al enemigo, se reuniesen á ellos.

Todos de pie, trémulos, esperando con angustia en medio de la obscuridad el ataque nocturno de aquel adversario audaz que revestía en esos instantes, á sus ojos, formas titánicas, permanecieron mirando hacia atrás como para reconocer el camino de la retirada.

De pronto se precisó de tal manera el ruido de los que se acercaban, que se reconocieron perfectamente, toses, risas y palabras sueltas

......¡Aquello era inaudito! ¡Ni siquiera el honor les hacían de guardar silencio al aproximárseles! ¡Tan seguros estaban de su triunfo que se acercaban riendo y charlando como si fueran á un paseo!

—Apunten, apunten con cuidado! ¡Allí vienen, allí vienen!—exclamó á la sordina el teniente.

Todos apuntaron sin ver nada, nerviosísimos é inquietos...... Algunas sombras aparecieron en la parte baja del camino...... El teniente gritó:

—¡Fuego!—Y el pelotón hizo fuego, oyéndose terriblemente en el inmenso silencio de la noche el dilatado y repercutido trueno de una descarga cerrada.

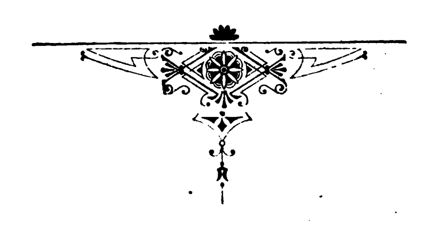
Inmediatamente levantóse una gritería espantosa en los que venían, cuya masa retrocedió.

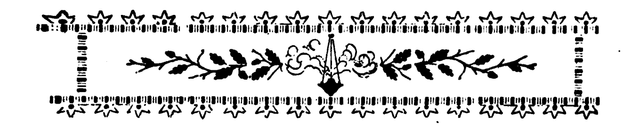
—¡No tiren....no tiren! ¡Somos de Guaymas! ¡Del Coronel Torres!—gritaron......

—Avance el Coronel Torres ó volvemos á hacer fuego!—clamó el teniente.

—Señor, viene á retaguardia de la columna—dijo una voz.

En aquel momento se oyó el toque consolador de *atencion, parte y rancho*, la contraseña de aquella columna. Y ya se dejó avanzar á los recién llegados.





XXIV.

LIRISMO: LA VIRGEN Y EL HEROE.

El Coronel Torres, después del fracaso de su ataque sobre el pueblo, diezmadas sus fuerzas, había comprendido que ya no tenía objeto su posición del otro lado del valle, y determinó incorporarse con las tropas del General Rangel, poniéndose á sus órdenes.

Sin pérdida de tiempo, esa noche acometió la temeraria empresa, rodeando por los cerros, á riesgo de ser sentido y atacado en su peligrosa marcha por el enemigo, que lo hubiera aniquilado en los *cordones* de la Sierra.

Pero, ó los correos que en la tarde mandó al General no llegaron, ó éste descuidó mandar advertir la llegada de aquella fuerza, el caso fué que se recibió á tiros por la avanzada que cubría el camino, á la maltrecha columna de Sonora.

Allá en el núcleo del campamento el pánico fué horrible; todos se echaron sobre sus armas, levantándose precipitadamente en el mayor desorden y gritando por todas partes, en medio de la confusión.

—¡Orden......! ¡Orden! ¡A formarse! ¡Apaguen las fogatas!

Fueron apagadas instantáneamente. Los heridos se incorporaron, con los rostros lívidos. Un oficial del 11.°, aquel de los bigotazos de corsario que decía que el ataque sería cuestión de dos horas, se levantó temblando ligeramente, pero dispuesto á todo, amartillando su pistola.

—¡Nos dieron el *albazo*, compañero, prepare su arma! ¡Ca......nallas de tomoches!—decía.

Castorena, que era el que estaba cerca de él, tomó vivamente una botella de Bacanora á medio vaciar, y se echó un trago. Iba luego á preparar su arma, pero un capitán llegó diciendo:

—A sus puestos, á sus puestos; es la columna del Coronel Torres.

Afortunadamente no había producido ningún efecto la descarga, y avanzó hasta el campamento la tropa de Sonora.

Eran poco más de 200 hombres, pues los piquetes del 24.° y del 11.° habían sido también completamente destruidos en el combate contra Tomochic.

Volvióse á restablecer la calma. Miguel, ya tranquilo, tornó á su meditación, sentado al pie del árbol, y como el teniente habiendo agotado todos los medios posibles para no dormirse, determinó que vigilase media noche, y la otra media lo haría aquél, mientras dormía su jefe, se puso á pasear, continuando en su conciencia el sombrío monólogo.

Tornaba á pensar en el combate.—¿Por qué no me habrán matado?—se decía, recordando la muerte heroica del joven capitán Servín—he ahí, quién sabe dónde, el cadáver de un hombre que pudo haber sido útil, un noble hijo del Colegio Militar,

que habría llegado á ser un digno jefe de la nueva generación militar mexicana...... En cambio, vivo yo que para nada sirvo, pobre ser vacilante, cerebro con más incertidumbres que pensamientos, corazón extraordinariamente sensible, inútil, capaz de sufrir y de resistir, pero inútilmente, envejecido ya por el dolor y por el vicio, alma sin voluntad, alma honrada y altiva, generosa y triste, pero sola y fluctuante...¿A qué vivir así?......¡Solo, solo!...

Y una racha de lágrimas iba á ascender á sus ojos enardecidos y secos, cuando, de súbito,la imagen de Julia sonrió tristemente en su desolación meditativa......¡Julia!... Y hasta entonces pensó en la gentil tomochiteca melancólica, en la desventurada serrana, tan inteligente y dulce.

Y resonó en el misterio de la noche inmensa, en la noche de Tomochic y en la noche de su pensamiento, el timbre de cristal de la voz de Julia defendiéndose débilmente—¡Ah! cómo es Ud. malo, cómo es Ud. malo!......

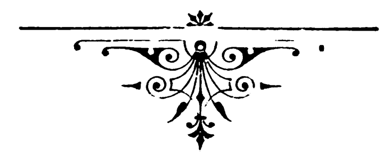
¿Malo él?......¡pobre criatura!

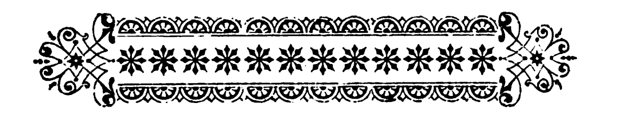
...Aquella noche fué hacia el cuerpo, fresco aún, casi virginal, de la tomochiteca, cediendo á un instinto; pero Miguel no se sentía "malo"...... Después de las nupcias amaba aún más á su linda y triste desposada, á la vencida con aquella frase que repetía,candorosamente, ¡Dios lo quiere!......

Y borbotó en la mente de Miguel un repentino raudal lírico...... ¡Qué fecundidad la de su existencia embellecida por el amor extraño, fiero y altivo, dulce y piadoso, raro y místico, de aquella azucena de los montes de Tomochic,—la hija del San José de la Sierra, víctima de un viejo ogro,—de aquella agreste azucena, cortada, entre

una nube de pólvora, sobre un charco de sangre, al fulgor del incendio............Oh! qué ennoblecimiento altísimo el de su obscura vida de vulgar subteniente con aquel amor de Julia, tan extraño, tan altivo y dulce, tan místico, que se entregaba en el umbral de la Sierra sagrada, la víspera de la catástrofe, murmurando con la voz quejumbrosa de la mártir:—Toma y goza. ¡Dios lo quiere!......

Pasó una sonrisa de deliquio íntimo por el demacrado rostro del oficial...... Su fantasía amontonaba los sucesos pretéritos y los futuros, eslabonando un poema de amor y sangre, en el que resplandecían, victoriosas, las nupcias de la Virgen de Tomochic con el héroe Miguel.





XXV.

En acecho.

El día 21 en la mañana debían ser transportados los heridos á Guerrero, con una pequeña escolta del 5. ° Regimiento y con víveres para dos días.

Miguel se despidió de sus amigos, muy conmovido.

Vió que el capitán Molina estrechaba silenciosamente la mano del Teniente Coronel Villedas, á quien había entregado su reloj de oro y un paquete de billetes de Banco que debía remitir á su esposa en caso de que lo mataran.

Después, hablaron algunos momentos, lamentando la suerte del batallón, lanzado al combate con tan poco tino, diezmado luego por la dispersión y la muerte, en el desquiciamiento de imprevista derrota.

El capitán Molina había hecho en ese Cuerpo su humilde carrera, después de salir del Colegio Militar, y como era soldado por vocación, le dolía en el alma el inaudito desastre.

—Señor, á mí lo que más me preocupa es la desesperación del coronel, cuando sepa......porque tiene que saberlo al fin y al cabo......

—No,—le contestó Villedas—yo le pondré nada más en el telegrama: *encuentro el 20 con el enemigo*, *tantos muertos*, *tantos heridos*, y nada más.

Una onda de ternura ascendió hasta lo íntimo del alma del subteniente al pensar en el amor de la oficialidad del 9.° Batallón á su viejo coronel.

Era éste un jefe inflexiblemente recortado en recio molde de antigua austeridad, de hidalga honradez, un coronel á la fiera usanza caballeresca de la milicia española, de espada elegante y limpia.

Mas, bajo su erecto entrecejo, bajo su adusto rostro, bajo su agria voz de mando, ¡qué dulce y cálido afecto para los jóvenes oficiales con quienes soñara formar marcial y gentil florón! ¡qué cariño para los "muchachos" de su tropa!

Militar de la cepa "conservadora," "mocho" de los de buena fé, de los de alma ingenuamente abierta á la tradición caballeresco-mística de "Religión y Fueros," el Coronel Miguel Vela, Jefe del 9.° Batallón [1] era más bien un bélico patriarca, no por implacable y duro, menos amoroso......

Escogió la oficialidad de su Cuerpo entre la juventud del Colegio Militar que anhelara salir desde luego á filas del Ejército, y sobre el alma juvenil supo verter algo de la vieja hidalguía marcial y galante de la suya.

(1.) Ha muerto hace tiempo este noble tipo de militar mexicano; de suerte que puedo elogiarle sin rubor.

Y así era como en la guarnición de la Plaza de México, los militares del 9.° mostraron á la sociedad el tipo raro entonces del oficial de infantería tan limpio de conducta como de uniforme.

¿Qué sentiría el viejo militar al saber la suerte que había corrido su batallón?

Y al pensar en ello, frente al mísero amontonamiento de heridos, frente al capitán Molina, frente al triste "Napoleoncito del 9.°," henchía el vibrante espíritu de Miguel una onda de ternura, que anudó su garganta y humedeció sus ojos melancólicos......

El general, modificando su plan de ataque, había decidido vivaquear con sus fuerzas sobre el cerro de La Medrano, que se alzaba casi á pico, á la derecha del pueblo. Desde su cima podría hostilizarse con un buen tiroteo al enemigo, impunemente. Además, para la pequeña pieza de artillería presentaba ese punto las mejores condiciones.

Lo grave era que aquel cerro, no formando parte de los que completaban la circunferencia del valle, se alzaba aislado. Era, pues, preciso bajar y atravesar la llanura para subir á él, y si los tomoches se apercibían de aquello, podían muy fácilmente impedir su ejecución.

Se mandó formar á las diferentes fracciones con sus respectivos oficiales, refundiendo las dos compañías del 9.° en una sola, por lo mermadas que estaban.

Los *pimas* y *navojoas* constituyeron la vanguardia; después seguían el 9.° y 11.°, los restos insignificantes del 12.° y el 24.°

El Cuerpo de "Seguridad Pública" de Chihuahua, que sólo eran estorbo para todo, cerraba la retaguardia con algu-

nos jinetes del 5.° Regimiento y los auxiliares de Chihuahua.

El flamante cañón, como siempre, iba en el centro de una escolta del 9.° Las municiones de boca y guerra con otra escolta del mismo cuerpo, cerraban la columna, la cual se puso en marcha tomando por los cerros de la derecha, hasta que el mismo de la Medrano ocultó á la vista el pueblo. Entonces se descendió á la planicie, destacando al frente y flancos, tiradores que protegiesen la marcha.

Afortunadamente el enemigo, encerrado en las casas, no pudo, ó no quiso, oponerse, y se subió por la espalda al cerro, en cuya cima se acampó muy fácilmente, quedando la fuerza á cubierto de todo ataque, y completamente invisible para los *tomoches*.

Era aquello como una fortaleza inexpugnable desde donde se observaba á Tomochic á menos de 600 metros de distancia.

Pecho á tierra, tras los árboles y las rocas, se tendieron soldados que se relevaban durante el día, para que, apuntando con la mayor calma, hicieran fuego sobre los tomochitecos que se atreviesen á salir de las casas ó sobre los que se vieran en la torre de la iglesia.

Aquel sistema debía, en efecto, dar mejores resultados que un ataque decisivo. Así fué que todo el día se escuchó, sin interrupción, un tiroteo lento, pero molestísimo para los serranos sitiados en sus propias casas, resueltos á convertirlas en tumbas.

Allá, de la torre, se dignaba contestar de vez en cuando la guerrilla estable-

cida por Cruz, comprendiéndose que trataba de economizar todo lo posible las municiones.

Del Cerro de la Cueva, que se alzaba al frente y sobre la izquierda de la posición, al otro lado del valle, á poco más de 900 metros, partían también algunos proyectiles que, describiendo enorme parábola, descendían silbando sobre el campamento.

El cañón, establecido en lo más alto, tras un parapeto natural que protegía muy bien á los sirvientes, saludó cortesmente al enemigo, enviándole algunas granadas que estallaron en el fondo de las casas, levantando apenas leves nubecillas.

Vagaban por el llano y la falda del cerro algunas reses azoradas, pertenecientes á los tomoches. Los "auxiliares" dieron caza á algunas para la distribución de grandes raciones de carne, á la tropa Harina y carne cruda, sin sal, eran los víveres que se repartían.

Los oficiales mandaban hacer *tortillas* á las mujeres de los soldados, que nunca como entonces fueron tan útiles, pues ellas les llevaban leña y agua.

El agua continuaba siendo preciosa y rara. Con toda audacia, con plena abnegación, las pobres soldaderas bajaban por entre las escarpaduras del flanco derecho del cerro, girando en torno de los más altos picachos, sangrando sus pies á través de la gastada suela de sus recios huaraches, agarrándose á los matorrales para no caer, siempre parlanchinas, mezclando entre sus crudas obscenidades de "*lèperas*" irreductibles devotas invocaciones á los santos......

Y á riesgo de ser cazadas por los tomoches de las últimas casas del pueblo ó por la guerrilla de la torre, avanzaban hacia el

llano hasta la margen del río, donde llenaban por docenas las ánforas de la tropa.

Mientras unas hacían provisión de agua, otras se arrodillaban, de cara á Tomochic, levantando los brazos en cruz, como en actitud de orar......

Creían que, viéndolas en tan sacro instante, los tomochitecos no se atreverían á hacerles fuego.

Y en efecto, jamás sus maravillosos tiradores dispararon sobre aquellas hembras que proveían de agua fresca y limpia á "los hijos de Lucifer." ¡Los caballerescos hijos de la Sierra no mataban mujeres!

Los ojos de águila de los tomoches debían contemplarlas bien, destacándose en la margen del río, pero las respetaban noblemente.......

En seguida, ascendían, jadeando, deteniéndose á trechos para tomar aliento, trepando por la fragosidad de aquel monstruo cíclopeo,en cuyo lomo ondulado palpitaba el amenazador enjambre del vivac acechando al león de Tomochic.....

¡Qué algazara á la llegada del agua, qué frescura, qué delicia!......Y llovían *las jolas* y los sucios billetes sobre las manos sudorosas y chorreantes de las "viejas"......—¡L'agua,l'agua!-clamaban los soldados por entre los cuadros de pabellones de fusiles, animándose el campamento con un regocijo cristalino y fresco, cual si una ráfaga húmeda cruzase por la tristeza de su fatiga y de su sed.......

Los soldados bebían, bebían largamente, escurríales el agua por entre el polvo de sus desgarrados chaquetines azules; y, satisfecha la sed, iban á echarse, felices, en espera de las blancas tortillas de hari-

na y de los sanguinolentos trozos de carne sancochada y humeante.

Y luego de haber comido, con la nutrición y el descanso, unidos en núcleo en torno de las tiendas del Cuartel General, á cielo abierto, dominantes sobre el silencio y la inmovilidad de Tomochic, renacía la fé, en la derrotada muchedumbre, tornaba la confianza, volvían á sentirse fuertes, capaces de combatir, listos para la muerte, siempre que se les condujera con talento y entereza......

Al caer la tarde, los oficiales del 9.° se reunieron para comer juntos, presidiendo los capitanes que quedaban, Tagle y Molina, éste, como siempre, tratando de animar la conversación y dándole á los demás esperanzas de éxito y de feliz desquite.

Le escuchaban los subalternos atentamente, devorando su carne asada y las blancas tortillas, hasta que, ahitos, la conversación recaía sobre los sucesos del día anterior.

Decían que el General estaba indignado por el comportamiento del 9.°, del que no esperaba que retrocediese de la manera que lo había hecho. Castorena aseguró que en la noche había oído por casualidad, algo de una conversación de aquél con el Coronel Torres, á quien, refiriéndole el suceso, decíale el General:

—*Pero, coronel, figúrese usted que no corrìan como borregos, sino como borregas!* ¡Los oficiales del Colegio Militar, muchachitos inexpertos......la tropa bisoña!......¡Mé......!

El capitán Molina, al oír este relato, frunció el entrecejo y temblando ligeramente por la cólera:

—Es preciso demostrar que valemos algo, muchachos,—dijo,—ya veremos......¡ah! pero si alguno tuvo la culpa de la derrota no fuimos nosotros...... aquí las responsabilidades son— más, comprendiendo que obraba mal con aquello que la Ordenanza llama "murmuración," guardó silencio.

—Pero aquí lo que nos *amuela* es el número tan grande de desertores que hemos tenido. Eso es muy grave,—afirmó un teniente, poniéndose muy serio.

Miguel, entonces, tomó parte en la conversación,exaltándose generosamente.

—Aquí pasa una cosa,—dijo,—no son desertores los que así juzga el General, sino dispersos. Hay mucha diferencia. Además, desertores ó dispersos, no hay tantos en realidad. Son más los muertos,porque ¿qué sabemos de todos los que han muerto? En la lista de ellos nada más se han apuntado los que hemos visto ó los que han visto algunos que han dado parte......pero, ¿no habiéndose levantado el campo, puede saberse á punto fijo cuántos fueron los muertos, cuántos los heridos, cuántos los dispersos y cuántos los desertores? ¡Ah! y estoy seguro que en el parte se asentarán con aplomo cosas como esas, muy falsas, sí, muy falsas......

En aquel momento el corneta de órdenes del General tocó *llamada de honor* para que se reuniesen los oficiales.

Era con objeto de nombrar los *rondines* que debían en la noche recorrer el campamento para vigilar los centinelas y las *parejas* avanzadas.

En la "Orden del día,"que se leyó después de la "Lista de Retreta,"á las seis de la tarde, se previno fuese hecho el servicio nocturno con la mayor exactitud, según los detalles explicados.

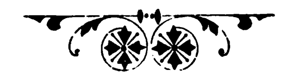
De nueve á diez de la noche hizo Miguel el *rondín* que le correspondía, visitando "pareja" por "pareja," las líneas de centinelas y "vigilantes" que rodeaban el campamento, teniendo á cada paso que tropezar con las piedras y las escabrosidades del cerro.

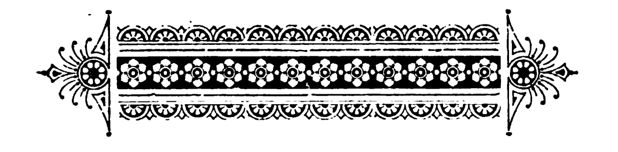
En el campamento de los *pimas* supo, oyendo por casualidad algunas palabras de una conversación, que en la mañana había sido fusilado un viejo tomoche que traían prisionero de Pinos Altos.

—*Ajajay!* mi jefe, que si juera verdá lo que dicen esos *tomoches*, estábamos condenados ó nos caía un rayo......¡el que fusilamos era el mentado "San José"!......Eso sí, murió como hombre......

El oficial no oyó más. Un pensamiento de asombro y piedad le atravesó el alma... ¡Habían fusilado al padre de Julia, al pobre anciano enloquecido por la gran locura de Tomochic!......¡Pobre Julia!

Y en la inmensa paz de la noche negra y fría, tiritando bajo su capote, cerca del grupo de fieros sonorenses que comentaban la muerte heroica de un viejo obcecado, de un triste iluso que se creía providencial, de pie entre las rocas, Miguel palpitó de amor y de dolor, ¡pensando en Julia......





XXVI.

Después del saqueo, el incendio.

El día 22 pasó sin que aconteciera ningún incidente notable. Los tiradores emprendieron su fuego lento desde la madrugada, impidiendo que en el pueblo alguien saliese.

El cañón de cuando en cuando y como por vía de distracción del General y del doctor de la brigada, que era muy afecto al tiro al blanco, lanzaba granadas que iban á incrustarse en los duros adobes de las casas, abriendo enormes boquetes entre grandes nubes de polvo. Después tornaba á caer el mismo silencio en el valle solitario.

Cuando hacían algunos buenos tiros no podían menos de echarse una copa de cognac, con gran desesperación de Castorena que no encontraba con todas sus *jolas* y billetes, ni un solo trago de *sotol.*

Se comprendía que los orgullosos tomoches estaban muy quebrantados y que también habían sufrido grandes pérdidas, pues se

mantenían á una defensiva absoluta, esperando únicamente ser atacados en sus mismas casas para venderse muy caro. Horas y horas pasaban en un mutismo que iba agravándose, más y más denso y hosco.

A veces manifestaban crisis de cólera, pues repentinamente descargaban una lluvia de balas contra lo alto del cerro de la Medrano, sobre todo después de cada tiro de cañón, con la esperanza, sin duda, de poder suprimir algunos de los sirvientes.

Aquella cumbre ofrecía á las fuerzas federales considerables ventajas, pues era una gran meseta, muy amplia y defendida por naturales rebordes que formaban utilísimos parapetos. Tras la meseta se curvaba el dorso del cerro abrigando al campamento.

Desde el más alto crestón se dominaba todo el valle y se veía extenderse frente á su base, el disperso caserío de Tomochic, en cuyo extremo Sur levantaba la iglesia su recia y vieja torre que á veces se coronaba de súbitos relámpagos, enviando su granizo de plomo al campamento federal.

En éste, en primer término, en lo más alto, dominando al villorrio, se hallaba *abocado* el cañoncito, custodiado por una guardia de veinte hombres. En seguida se extendían los campamentos del 12.°, 24.° y 11.° Batallón.

El del 9.° apiñábase en el centro de la meseta, cerca de la única parte accesible del cerro, es decir en el único punto peligroso, pues desde la salida de Guerrero se daba á las compañías de aquel batallón el más pesado y peligroso servicio, el cual era cumplido, á despecho de la tropa y oficiales de otros cuerpos, con rara exactitud y disciplina.

Tras del campamento del 9.°, veíase el pintoresco—y más confortable—de los *pimas* y *tarahumaras*,donde alegraba el ánimo su altiva libertad, y luego el de los *nacionales* de Chihuahua. Terminaba la serie de campamentos el de "Seguridad Pública del Estado," informe pelotón de hombres mal armados. [1].

El piquete del 5° Regimiento había emprendido la marcha hacia Guerrero,conduciendo á los oficiales y soldados heridos que darían tácito pero elocuente "parte" al General Márquez respecto á los combates del 20 de Octubre.

El día 23, comprendiendo el General Rangel que los *tomoches* se habían reconcentrado en la iglesia y el núcleo de casas que rodeaban al *Cuartelito*—así llamaban los soldados á la casa de Cruz Chávez—y habían abandonado las situadas en los extremos, ordenó que cautelosamente bajaran algunas partidas del 12.°, 11.° y 24.° batallones, para prenderles fuego é ir acorralando al enemigo poco á poco hasta vencerlo por hambre y lumbre.

Así lo efectuaron, sin encontrar resistencia alguna. Entraron á las abandonadas casuchas, robando cuanto encontraron, arrojando, luego, petróleo, del cual fueron provistos en anchos botes, y poniéndoles fuego en seguida. Después del saqueo, el incendio.

Y entonces, allá. en el extremo del valle, aquellas chozas aisladas, principiaron á arder, alzándose negras columnas de humo, manchando con sucios borrones salpicados de chispas la limpidez del cielo azul.

---

(1). El actual Gobierno del Estado de Chihuahua continúa la obra de educación militar en tal Cuerpo.

Los soldados regresaban al vivac cargados con cerdos, gallinas, ropa, instrumentos de música, monturas de las arrebatadas al 5 ° Regimiento el día 2 de Septiembre, armas viejas, cuadros de santos, pieles, cananas y hasta ollas de zinc y platos de peltre.

Todo el día duró aquella rapiña; y fué en la noche un espectáculo tristísimo, ver sobre el mar de sombras del valle las hogueras rojizas de las casas incendiadas, lanzando en las tinieblas sus penachos sangrientos.

En la tarde, los tiradores apostados en la cima habían visto con gran sorpresa, desprenderse de la casa de Cruz un hombre que á todo correr se dirigía al cerro.

Al principio hicieron fuego sobre él, sin lograr herirle; pero habiéndose ocultado tras unos arbustos, reapareció llevando en la mano una vara en cuyo extremo ondeaba un pañuelo blanco. Suspendióse el fuego, creyendo que era un enviado del enemigo que, evidentemente, se rendía; pero al llegar á la falda, fué de la torre de donde tuvo que ser blanco de los tiros; después, desapareciendo entre las rocas, dejó perplejos á todos los que le contemplaban.

Al fin llegó al campamento, sudando, muy fatigado. Iba descalzo y sin sombrero, vestido con una camisa sucia y desgarrada y unos viejos pantalones que llevaba arremangados. Era un hombre anciano y flaco, pero parecía muy animoso y decidido.

Había acompañado al General Rangel el 2 de Septiembre y había sido hecho prisionero. El día 19 de Octubre, Cruz le propuso tomar las armas, y lo hizo con la

esperanza de fugarse, lo que había verificado jugando su vida.

El General le interrogó largamente. Y las noticias tranquilizadoras que traía cundieron por entre oficiales y soldados, creciendo en detalles nimios y fabulosos de los que sólo se extraía el que Cruz Chávez estaba desmoralizado y sus víveres escaseaban.

Brisa fresca animó los ánimos, y la hermosa esperanza del triunfo sonrió á los soldados que creyeron que al día siguiente "*comerían pollo*" en el pueblo de Tomochic, cuyas casas extremas miraban arder silenciosamente.

Los oficiales paseaban por el campamento, en corrillos de tres ó cuatro, fumando muy contentos y comentando y repitiendo lo que el fugitivo contaba.

Castorena, que había obtenido del doctor Arellano un trago de *tequila* á cambio de una improvisación poética, explicaba á Miguel, en la noche la situación en que el enemigo se encontraba.

Referíale que los Medrano habían muerto, los Calderón también, Manuel Chávez estaba herido de gravedad, así como cuatro ò cinco de los cabecillas que se curaban en casa de Chávez. ¡No había abajo un tomoche sano!......

Sólo en el cerro de la Cueva estaba intacta la fuerza de Pedro Chaparro, más amenazadora que nunca.

Aquel punto cobraba gran importancia, pues por su flanco izquierdo tenía inmediatamente el pueblo, dominando, sobre todo, la iglesia que se hallaba próxima. Además, era la puerta de la única línea de retirada que quedaba á los tomochitecos; así es que Cruz, comprendiéndolo, tenía ocupado muy sólidamente el cerro de la Cueva.

Había cerca de 2o hombres ocupando la iglesia,donde estaban refugiadas todas las familias, y otros 2o en el *Cuartelito* ó casa de Cruz, donde estaban las familias de sus hermanos, la de los Medrano y la de Bernardo.

Los víveres escaseaban. Y los sitiados no podían salir á recoger maíz, frijol, papa, ni grano alguno de sus abundantes siembras, por no arriesgarse á ser cazados miserablemente.

Vagaban dispersos los ganados, recorriendo el valle, entre cerdos y gallinas.

Los perros, inquietos y azorados, aullaban en el día y ladraban ferozmente en la noche......

Los disparos del cañón poco ó nada importaban á los tomochitecos, pues su pequeño calibre hacía que sólo abriesen grandes boquetes en las paredes de las casas vacías, matando, al estallar la granada, una que otra gallina, en tanto que las demás,asustadísimas, cacareaban corriendo por todos lados, entre negras nubes de polvo y pólvora.

Cruz Chávez ordenaba en las noches que saliesen algunas mujeres á recoger sus muertos, enterrándolos con infinitas ceremonias dentro de las mismas casas. Tomochic iba convirtiéndose en un inmenso cementerio.

Y no obstante, mantenía viva la esperanza de la victoria, haciendo creer á los suyos que estaba cercano el día de la venganza, pues "los muertos,—decía—como Nuestro Señor Jesucristo, resucitarán al tercer día y vendrán de nuevo á recoger sus carabinas"......

Visitaba todas las noches á los prisioneros, llevándoles agua y maíz tostado, y

después de hacerles rezar con las cabezas bajas, les dejaba en la paz del Señor.

Era tan implacable como clemente, y les perdonaba la vida.—"Porque—aseguraba—es gran crimen y pecado herir á inermes, aunque seán hijos del Demonio, así como es acción meritoria matarlos como perros á la hora del combate"!

Animaba también con viril palabra á las mujeres, que lloraban consternadas, sin comprender nada de aquel cataclismo, odiando al extraño enemigo que sitiaba su santa tierra.

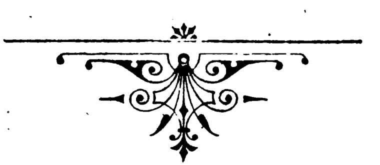
A los niños les hablaba él de valor, de hombradía y de santo horror á los hijos de Lucifer, los impíos *pelones*......

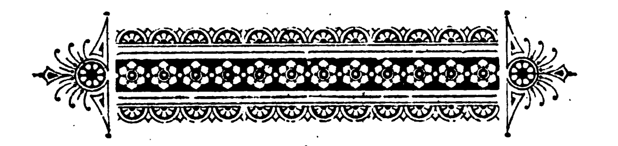
Y mientras estas cosas refería Castorena, sentados ambos oficiales ante una fogata en que un cabo les asaba sus raciones de carne, Mercado, absorto, contemplando las lejanas humaredas rojizas que sangraban en las tinieblas, pensaba en Julia......

El sucinto relato del prófugo de aquel infierno encendía en la fecunda imaginación de Miguel escenas de un relieve de vida atroz y dolorosa, circundando el lindo perfil de aquella triste adolescente.

La veía orar de rodillas, en el templo, bajo una bóveda destartalada y negra, ante un crucifijo horrible, entre nubes de pólvora y trágicas chispas—el humo de las descargas de sus hermanos los tomoches, el humo de los incendios, empujado por las ráfagas de la Sierra que llevaban también los ecos de las algaradas del saqueo... O la contemplaba, apuntando con su carabina tras una tronera de la torre, apuntando hacia donde él pensaba en ella, relampagueantes y hostiles sus ojos negros, sus lindos ojos, vibrante la locura de su

orgullo, fiera, como cuando aquel día le había dicho: —"¡yo soy de Tomochic!"—como cuando pronunciara el nombre bárbaro y heroico......





XXVII.

La toma del Cerro de la Cueva.

Al romper la alborada del día 24, el cañón, apuntando á la iglesia, hizo su "saludo de Ordenanza" á Tomochic en el momento en que formaban extraña sinfonía las cornetas de las diferentes fracciones, tocando la "*Diana.*"

Ay! aquella "Diana"—el sonoro toque de la victoria—vibrando frente al mísero poblacho de Tomochic, frente á aquel inmenso y humeante cementerio, aquella "Diana" multiplicada rabiosamente por todas las cornetas y clarines de las derrotadas secciones, sonaba con una ironía horrorosa, con una desolación de sarcasmo tristísimo que se propagaba de lo alto del cerro hacia las lontananzas lívidas del valle, en aquel amanecer de agonía......

—¡Lástima de toque de Diana!......¡lástima de Diana!—dijo un oficial tras del General Rangel, resumiendo en ese lamento elocuente la vergüenza del caso.

Volvió el rostro el General; mas no encontró sino negros capuchones, siluetas espectrales......Dominó su cólera. Calló

Poco después volviéronse á desprender partidas de todos los cuerpos, excepto del 9.°, bajando á las cercanías del pueblo, ocupando las casas, saqueándolas antes de prenderles fuego, volviendo luego con el botín, orgullosas y algarabientas.

Miguel, que ese día daba en lo más alto del cerro la guardia de la pieza, contempló tras del parapeto el espectáculo del incendio. Aquello era horrible.

El enemigo debía contemplar también la obra de destrucción; pero continuaba mudo, esperando que fuesen á acometerle á sus puestos.

Solamente del cerro de la Cueva, en cuya cima flotaba una bandera roja, partían algunas balas, que por lo alto de su cabeza Miguel oía silbar fatídicamente.

En la noche supo que el General había decidido que se tomara el cerro de la Cueva, y se había nombrado al ayudante del 24.°, Fuentevilla, para acometer la empresa; pero al fin no fué á él, sino al capitán Francisco Manzano, del 11.°, á quien se encargó de tan arriesgada operación. Partió con 70 hombres, desprendiéndose sigilosamente del campamento para ir á sorprender el punto designado.

Pero, sea que no comprendiese la orden ó que no pudiese obedecerla, no marchó por el camino prescrito,sino queintentó dar un gran rodeo para llegar por la espalda del enemigo, por lo que, colérico el General, mandó volver al capitán y á los suyos, tocándoles con su corneta de órdenes *atención*, *media vuelta y diana*, toque que rompió lúgubremente el silencio de la noche, despertando á la tropa.

Los oficiales del *rondín* tuvieron que advertir á las parejas que bordeaban el campamento que no hicieran fuego á la fuerza del 11. ° que volvía sin haber logrado sorprender al enemigo.

El capitán Molina, nombrado de *vigilancia*, observó la llegada de ésta, y cuando se instaló en el campamento se dirigió á un subteniente del 11. °, diciéndole:

—Pero, hombre, compañero, ¿qué les pasó que les hicieron volver?

—No, mi capitán, el General pide imposibles, ni con mil hombres se toma ese cerro; figúrese usted.... si nos han sentido nos despedazan......¡imposible!

—¿Dónde está el General, compañero?—preguntó el capitán.

—Le acabamos de dejar allá arriba con el doctor, todavía no se acuesta. Ya son más de las doce.

Era, en efecto, ya muy entrada la noche, pero el General dormía poco, y además se hallaba excitadísimo y mal humorado.

Estaba conversando en su tienda con el teniente Márquez, de su Estado Mayor, y el doctor,que disertaba sobre lo conveniente de un ataque decisivo sobre el pueblo.

El capitán entró en la tienda y pocos momentos después, salió precipitadamente.

—No hay novedad, mi capitán, le dijo con acento respetuoso un oficial que *rondaba* por el campamento, en plenas tinieblas.

– Gracias, compañero, téngame mucho cuidado con esas parejas,—le contestó,perdiéndose entre los soldados que dormían.

Al siguiente día, después de la *diana*, formó con sus armas la compañía del 9. ° compuesta solamente de 78 hombres, pues 3o formaban la escolta del parque.

El capitán pasó una "revista" minuciosa de armas y municiones, completando las que faltaban y asegurándose si estaban listas aquéllas. Después de *dividir* en tres pelotones, mandó *por el flanco derecho doblando*, *hileras á la derecha*, y bajó sin decir una palabra más, por la pendiente pedregosa y dura del cerro.

Era una mañana espléndida. El sol aun no aparecía en el horizonte brumoso; pero ya las crestas de los cerros más altos se coronaban de fuego, en tanto que una brisa fresca y ligera barría lentamente en el fondo del valle los girones de neblina que flotaban sobre el río......

Los soldados, sin capote, desgarrados y sucios, bajaban en silencio, tiritando de frío, las armas *suspendidas* del hombro con las correas del porta-fusil.

Al descender, saltando por el pedregal, Miguel, gozoso de estirar las piernas después de cuatro días de inacción, confiado, ignoraba dónde iba; sólo se imaginaba que debía ser á mejor parte á donde les conducían.

Cuando llegaron al llano y avanzaron algún trecho, después de hacer alto, el capitán mandó:

—*¡Compañìa, columna de compañìa!*— —*¡Marchen!*

Y cuando estuvieron las tres secciones una tras de otra, á las distancias prevenidas por el Reglamento de Maniobras, ordenó con voz firme:

—*¡Al orden de combate!*—*¡Marchen!*

La primera sección avanzó á su frente, dispersándose los hombres en un abanico de tiradores; las otras permanecieron á retaguardia, siguiendo el movimiento de la primera. Después, el capitán mandó:

—*¡Pecho á tierra!*—Y todos se tendieron en el suelo.

Frente á ellos, á lo lejos, de lo alto del cerro de la Cueva, sonó un disparo, y una bala pasó silbando sobre las cabezas.

Hasta entonces comprendieron de lo que se trataba.

El capitán, en pie, con la cabeza alta, apoyada la mano izquierda sobre el cañón de su carabina, señaló con el dedo índice de la derecha, la silueta gigantesca del cerro de la Cueva, y dijo:

—Vamos á tomar ese cerro, todos nos van á ver y verán cómo combate el Noveno......Subiremos como podamos; nadie dé media vuelta,porque al que lo haga lo mato! Ya lo oyen, señores, autorizo á cualquiera á matar al que dé media vuelta,—aunque sea yo!—*¡Armen, armas*!

Se oyó el ruido seco del acero de las bayonetas al ajustarse á los cañones de los fusiles, y hubo después un profundo silencio.

Otras balas silbaron. El capitán *se caló* la *carrillera* del kepis, y gritó:

—*¡Primera sección—¡Firme!—De frente, al paso veloz!—¡Marchen!*

Y siguiendo á la primera sección, los hombres se precipitaron á todo correr, con las armas *embrazadas*, fija la vista en la cima del cerro, que se coronó al momento con el humo de una terrible descarga cerrada. Las otras secciones en el mismo orden, "al paso veloz" siguieron á la primera, y fué un admirable espectáculo el verles á la carga, alineados como en una parada,recibiendo un horrible granizo de plomo, batidos á dos fuegos, pues bien pronto estuvieron á la vista de la torre de Tomochic que quedaba al frente, sobre la derecha, y que entonces no economizó sus

municiones. Los asaltantes, sin cejar en la carrera, en pleno llano, avanzaban, jadeando, por un terreno *barbechado* que les fatigaba atrozmente. Mas, ninguno se rezagaba: un impulso acorde y simultáneo, una sola alma de bravura súbita les arrebataba, por el milagro de la actitud y de las palabras del capitán.

Un soldado del ala izquierda cayó de espaldas, con el pecho atravesado, mientras otro, herido en una pierna, seguía, no obstante, á grandes saltos, aullando.

Miguel ya no veía nada delante de sí, extraña nube blanca le cegaba y en los oídos sentía horribles truenos de los que claramente distinguía aquel silbar de las balas que en mortíferas ráfagas pasaban á su lado. Pero ya no le producían aquel frío singular y aquel dolor de vientre; ahora le fustigaban, le embriagaban de cólera y odio, de orgullo, de ferocidad, escuchando los vigorosos gritos del capitán:

—¡Adelante, muchachos! ¡Viva el 9.° Batallón!

Mas, el furioso correr se prolongaba,—un correr á saltos, por entre surcos ásperos, entre resecos terrones y erectos troncos de cañas amarillas—ante sí el cerro de la Cueva se agigantaba, tachonándose su cima obscura de nubecillas blancas; las piernas le flaqueaban y sentía en el pecho espantosa opresión......sintió asfixiarse y morirse......¡un momento de descanso! pero no... oyó la voz del capitán que gritaba:

—¡Adelante, adelante!—¡el que se atrasa se muere!-y continuó sin darse cuenta, como llevado por sobrenatural poder. Oyó un grito de agonía á su lado y un soldado en el suelo le obstruyó el paso; saltó sobre él, sin verle, y continuó la vertiginosa carrera.

Bien pronto la torre desapareció tras las primeras lomas de que arranca el cerro, y al fin, entrando bajo el *ángulo muerto* de la línea de tiro, oyó que gritaron:

—*¡Pecho á tierra!*......

¡Oh! ¡ya era hora!....¡qué oasis!......¡qué fruición aquel descanso!...Iba ya á sumergirse en una agonía negra;iba ya á sentirse reventar. Se echó al suelo. Hubo un momento en que no oyó, ni vió, ni sintió, ni pensó nada......

Después, arrojó á un lado su carabina y respiró con toda la fuerza de sus pulmones. Pero el capitán, pasados algunos instantes, mandó:

—*¡Levantarse!*... "*¡Carguen!*"......"*¡Armas!*"—Y luego agregó:—¡Arriba!—¡Viva el 9.° Batallón! ¡Arriba!-Los soldados metieron mano á las "bolsas de combate," y sacando un cartucho "cargaron," convulsivamente, sus fusiles, prontos á disparar, ansiosos otra vez por ascender, por precipitarse.

El combate entonces tomó una nueva faz, pues á través de los arbustos y las rocas que erizaban la pendiente que subía al monte, nutrida granizada batió á los primeros que avanzaron, paralizando un momento la línea de tiradores.

Evidentemente que había que subir con mucha precaución, pues el enemigo, que había descendido de la cima para batirles en la falda, tenía inmensas ventajas sobre ellos; así es que el avance, á partir de aquel instante, fué más lento, teniendo los tiradores que ir ocupando árbol tras árbol y roca tras roca. Para ello fué preciso que los oficiales y el valiente capitán desarrollasen toda su energía para con la tropa, cuyo primer impulso estaba muy debilitado. Los soldados empezaban á vacilar,

atemorizados ante el enemigo invisible que los diezmaba.

—¡Entren......entren! ¡Suban! ¡arriba...... á ellos!—gritaban los oficiales enronquecidos en tanto que el capitán Molina, apelaba á todos los medios imaginables para infundir ánimo y proseguir el ataque.

—¡Viva el Noveno Batallón!......¡Nos está mirando el once! ¡Arriba, muchachos!

Mandó tocar "*Ataque*." Y mientras entre el ruido sordo de las detonaciones, vibraban claras y sonoras las notas de la corneta, él, ebrio de entusiasmo, al ver que se animaba la gente, proseguía gritando:

—¡Otro empuje y llegamos hasta ellos, á la bayoneta! ¡Adelante, muchachos!

Y se lanzó, adelantándose magníficamente, con la carabina en alto, arrastrando tras él á todos los que le veían, electrizados con aquel arranque de supremo heroísmo. Ya no hubo vacilantes, ni fatigados. Resurgía la bravura del primer arranque..

Al fin, principiaron á ver en lo alto los perfiles de los terribles *tomoches* haciendo fuego tras los árboles, batiéndose en retirada hacia la cima del monte. ¡Al fin veían retroceder á los invencibles hijos de Tomochic!

Mas, volvieron á oír entonces sus gritos de guerra, extraños y feroces:

—¡Viva el Gran poder de Dios! ¡Viva María Santísima!—¡Muera Lucifer!—aullaban entre los árboles, distingiéndose apenas sus blusas y cananas, entre el humo de la pólvora que envolvía en nubes blancas las altas copas de los pinos y las ásperas peñas del cerro.

—¡Entren!...... —¡Entren! ...... ¡arriba!—repetían los oficiales, la garganta seca, el rostro encendido, los ojos fulgurantes.

Algunos soldados caían rodando, ensangrentando las piedras, el kepis por un lado y el fusil por otro, sin que los compañeros cuidaran de ellos, sin que lo notasen siquiera.

El orden de alineamiento habíase perdido; las secciones de retaguardia se habían fundido con la primera, y se caminaba hacia arriba en una sola línea ondulante, según los accidentes del terreno.

Miguel, que marchaba en el ala izquierda, había recobrado el aliento, y hacía fuego con su carabina, tratando de cazar á lo lejos un hombre cuyo gran sarape rojo le presentaba un buen blanco

Le llamaba, sobre todo, la atención, una vocecilla chillona, como de un niño, que gritaba en la espesura:

—¡Viva María Santísima! ¡Mueran los hijos de Lucifer!

Y los del 9.° continuaron trepando, más y más animosos, pues aminoraba el fuego del enemigo cuyos primeros cadáveres fueron encontrándose.

Los bravos defensores morían acribillados á balazos, apenas eran descubiertos tras el terreno escabroso y abrupto. Sus descargas menguaban.

El fuego llegó á cesar casi por completo, y sólo allá, en el ala izquierda, oía Miguel algunos disparos á su frente, y más cercana la tierna vocecilla aquella que gritaba ya más débil:

—¡El Gran Poder de Dios nos valga! ¡Viva María Santísima!

Un soldado, entonces, exclamó, señalando un grupo de peñascos:

—¡Allí......allí está...—y dirigiéndose á sus camaradas,—apúntenle todos!—y apuntó; pero antes de hacer fuego, cayó el fusil de sus manos despedazadas por una bala

que le desgarró también el chaquetín. Lanzó un aullido. Algunos, cerca de él, dispararon, pero otro hombre cayó muerto, y se elevó tras el grupo de rocas la voz chillona y victoriosa del indomable adversario, cuya carabina asomaba su cañón entre las grietas de lejanas rocas.

—¡Viva el Poder de Dios! ¡Mueran los *pelones!*

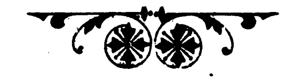
—¡Fuego sobre él! ¡A la bayoneta! ¡Suban por allí!—gritó Castorena.

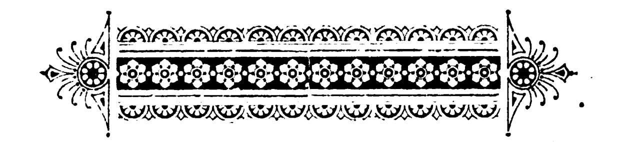
Miguel llegó jadeante, con su arma preparada, á donde cuatro ó cinco soldados habíanse detenido contemplando un cadáver.

Boca arriba, con el cráneo y pecho ensangrentados, los ojos abiertos, los puños crispados y un sombrero con cruz roja, y un sarape al lado, yacía un cuerpo enclenque, el cuerpo de un niño de trece años.

Había un gesto plácido, de éxtasis, en su moreno rostro imberbe; parecía reír, y enseñaba sus dos filas de blanquísimos dientes, por los que asomaba rojiza espuma......Empuñaba en la diestra un rosario y en la izquierda la carabina negra, cuya culata escurría sangre......

El combate había terminado, se hallaban ya en la cima del cerro.





XXVIII.

La muerte de un héroe.

La torre de pueblo quedaba á la derecha y desde allí partían algunas balas; los soldados se habían echado en el suelo anonadados por la fatiga; otros registraban los cadáveres, quitándoles las armas.

Escuchóse, entonces, débil por la distancia, del campamento de la Medrano, el toque del corneta de órdenes del General: "*Alto el fuego*"

El capitán Molina mandó á su vez tocar *diana* á un soldado - el mismo que recogió la corneta al "corneta de órdenes," quien había sido herido y quedó abandonado en la falda del cerro.

Las bélicas notas de la diana, resonando alegremente entre el fragor seco de las últimas detonaciones, hicieron lanzar gritos de entusiasmo á los soldados, extenuados y anhelantes,que respiraban con dificultad un aire azufrado y espeso.

—¡Esta "Diana" sí vale!—clamó un oficial.

Sobre lo alto de un gran pino ondeaba una bandera roja. La misma que se veía desde el campamento de la Medrano, al que parecía desafiar. Era preciso quitarla.

Varios soldados, agazapándose, corrieron hacia aquel punto; pero se oyó una detonación al nivel del suelo y el cañón de una carabina asomó de la tierra, entre el humo.

—¡Otro! ¡A él! ¡Mátenlo!—gritó un cabo.

Un sargento hizo fuego violentamente sobre la cabeza que asomaba tras la carabina, oyéndose un grito de dolor. Algunos se precipitaron, *calando* la bayoneta; pero como partían del hoyanco nuevos gritos desgarradores, el capitán Molina se adelantó diciendo:

—¡Eh! ¡Cuidado......está herido......déjenle ya!

Y en aquel momento tornó á surgir de la tierra la enorme cabeza melenuda, asomó una carabina, sonó un tiro, y, alzando los brazos, de espaldas, cayó el capitán.... muerto.

Entonces los que aquello vieron, quedaron inmóviles, atónitos......Y, de súbito, todos á una, se arrojaron sobre el hoyo, y allí, como quien cava tierra, á bayonetazos, despedazaron un cadáver......

Miguel había presenciado aquello en el momento en que trataba de acercarse al capitán, para comunicarle que un soldado del 11.º Batallón llegaba con una orden del General Rangel.

Estupefacto, vió caer al héroe, lo vió levantar los brazos y desplomarse de espaldas sin proferir un solo grito. Tieso por el horror y el asombro, contempló la venganza de la tropa, despedazando el cuerpo del matador del capitán......

Y en tanto, la noticia se propagaba entre los grupos dispersos.

—¡El capitán Molina ha muerto! ¡Ya mataron al capitán!—se decían los soldados con dolorosa sorpresa.

Al fin el joven oficial se acercó al cadáver, inclinóse, arrodillándose en tierra, y él,que hacía mucho tiempo que no rezaba, que no creía, oró mentalmente, con fé de mujer y llanto de niño......

El pequeño cuerpo del capitán, envuelto en un capote azul, ceñida á la cintura una canana, yacía á lo largo, el rostro moreno contraído por un gesto horrible, sus ojos negros y pequeños terriblemente abiertos, lanzando una última mirada al cielo; los brazos extendidos en cruz; del cuello le salía un chorro de sangre que formaba sobre la piedra impermeable un gran charco rojo. Su mano izquierda empuñaba la carabina.

Aun no se desvanecía del todo el humo de la pòlvora y aun se oían algunas detonaciones á lo lejos. Escuchábase indistinto y remoto el toque del corneta de órdenes del General.

Castorena había llegado al grupo que los soldados formaron alrededor del cadáver, y con el sarape de un sargento lo cubrió piadosamente.

El capitán Tagle, el único de los cuatro capitanes del 9.o que sobrevivía, ordenó que se reuniera la fuerza restante.

Su corneta de órdenes tocó *reuniòn* y los oficiales y sargentos principiaron á reunir la gente. De los tomoches no quedaban sino los cadáveres.

Había un gran desorden; los soldados en completa dispersión en el cerro, entre los pinos, descansaban en actitudes de

honda fatiga. Algunos heridos se lamentaban, abandonados......

—¡A formarse, á formarse!—gritaban los sargentos levantando á la tropa casi á culatazos.

Los infelices vencedores se levantaban penosamente, con pausada lentitud, unos; otros, cojeando y apoyándose en sus fusiles.

Mercado y Castorena quedaron como guardia de honor del capitán Molina, mas fué preciso dejarlo al fin, custodiado por un cabo herido; y uno al lado de otro, ambos oficiales empezaron á subir hacia el lugar en que la fuerza se estaba reuniendo.

De pronto Castorena sacudió fuertemente el brazo de Miguel, gritándole:

—¡Míralo, míralo!—y señaló, á unos dos pasos, un hediondo montón negruzco de miembros, harapos y cabellos, entre sangre, estiércol humano y entrañas despedazadas.

Erizáronsele los cabellos á Miguel. Sintió frío y tuvo náuseas... Iba á volver el rostro, pero su amigo con el puño crispado, le volvió á sacudir, diciéndole:

—¡Pero, míralo, hombre, míralo, él le mató......le mató cuando lo iban á salvar......¡canalla.......¡míralo!

Al fijarse de nuevo, Miguel, abriendo la boca, idiota, con el pensamiento súbitamente cristalizado, soltó la carabina, que rebotó contra las piedras.

¡Había reconocido entre aquellos miembros sanguinolentos, entre aquellos harapos de carne y de tela, la barba fiera y la nariz horrible de Don Bernardo, del viejo bribón!......

—Mi subteniente, que le habla á usted el capitán—dijo un soldado al oficial, pues ya Castorena, creyéndolo loco lo

había dejado á solas con su estupor ante aquel montón de fango.

Miguel tornó á la realidad;su cerebro volvió á funcionar, y, sin embargo,recogió su arma, anduvo maquinalmente con rumbo al punto de reunión, pensando y repitiendo como único pensamiento:—¡Bernardo! ¡el ogro de la casa del río!...El dueño, el violador de Julia, ¡allí muerto hecho pedazos! ...

¡Y había sido el matador del capitán Molina!......

Ante la tropa formada en dos filas, en la cima del cerro, los oficiales y un sargento primero pasaban lista.

Otro sargento, á un flanco, contaba fusiles, carabinas, cartucheras y cananas halladas en el campamento enemigo.

Otros acarreaban heridos.

¡Más allá, sobre una roca, extendida como un manchón sangriento, yacía la bandera roja que ondeaba sobre el pino, aquella bandera roja defendida por Bernardo desde su foso, que había costado la vida del capitán!......

De pronto resonó una lejana algarada, feroces gritos de:

—¡Viva el General Rangel! ¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Mueran los tomoches! ¡Mueran los bandidos!

...Era un estruendoso pelotón de "Auxiliares,"de aquellos algarabientos rancheros de los llanos,que se reclutaran en Guerrero, exploradores de vanguardia,de aquellos que sabían retroceder á tiempo para descubrir el frente de la tropa de línea que había entrado á ciegas en el cerro de Lino el día 20; eran los famosos "Nacionales" que avanzaban de "*refresco*" sobre el cerro tomado duramente por la compañía del 9.° Batallón, sobre el punto barrido ya de enemigos.

Y los valientes"soldados de línea" vieron cómo aquella horda desenfrenada, enriquecida ya por el saqueo de las casas extremas de Tomochic, subió en són de triunfo, creyéndose,—acaso de buena fé—la única vencedora de la alta posición, llave del pueblo.

—¡Viva el Gobierno de Chihuahua!...... ¡Mueran los tomoches!—gritó el más veloz, arrancando, frenético de júbilo, aquella bandera roja que era el guión del 9. ○ caído en la cuesta del Cordón de Lino.— ¡Mueran los tomoches!—repitió, tremolándolo.

—¡Ya, ya, amigo, no grite tanto, ya murieron esos pobres tomoches, y nos tocó matarlos á nosotros!—le gritó Castorena, furioso de que aquella "chinaca" se adjudicara tan bonitamente la gloria de la jornada.

Poco después un ayudante del General comunicó al capitán superviviente algunas órdenes. Mercado recibió la de situarse tras un reborde de la cima del cerro, desde donde éste hallábase cortado casi á tajo..

A la cabeza de diez hombres subió el oficial hasta el empinado crestón, tras de cuyas grietas situó á su gente en tiradores, como tras las almenas del máximo torreón de una ciudadela.

Desde aquella cumbre se dominaba el valle, teniéndose debajo el núcleo mísero del disperso y desierto poblacho,—atravesado por la curva del río, del río á trechos negro, á veces reverberando al sol,—perdido entre las superpuestas planicies de sus sementeras, de sus campos primitivamente *barbechados*, escalando en gradas desiguales y bruscas los lomeríos distantes de donde arrancaban los montes que cerca-

ban aquella inmensa hondonada, aquel circo enorme, aquel extinto cráter en que anidaran, una noche, empollando su orgullo y su fanatismo loco, los salvajes aguiluchos de la Sierra bravía......

Y al otro extremo, haciendo juego con el cerro de la Cueva, dejando entre ambos el vasto caserío, levantábase, cual gigantesco dromedario echado sobre sus patas traseras, el cerro de la Medrano entre cuyas gibas se abrigaba el vivac en acecho.

Miguel contempló, casi á sus pies, en el fondo, la torre negruzca, leprosa y desportillada al lado del recio caserón que fuera, en un tiempo, convento y granero.

A veces, como para demostrar que no había muerto el último tomochiteco, partían de allí ráfagas de plomo, ya hacia la loma de la Medrano, ya hacia la cumbre de la Cueva.

El subteniente se recostó, aniquilado por la fatiga... Y tan extenuado y abatido debía estar que inspiró lástima á un "Nacional" quien le obsequió con unas "gordas" de harina y un pedazo de queso.

—Andele, jefe, queso de Tomochic, hecho con leche de leona. Es muy duro, pero con "*sotol*" se ablanda. Tenga le había dicho.

Y luego que Miguel hubo devorado y bebido, bebido el "*sotol*" cual si fuese agua, sin respirar, con una avidez trémula, sintióse en plena resurrección.

—Gracias, amigo, gracias. ¡No sabe qué bien me ha caído esto!

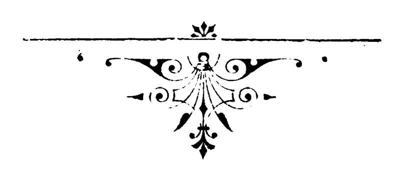
Y nunca como entonces fué sincero en sus palabras, él tan efusivo y tan ingenuo, que cuando hablaba emocionado sabía poner en sus frases la espontanecidad noble de su triste alma sensibilísima, eter-

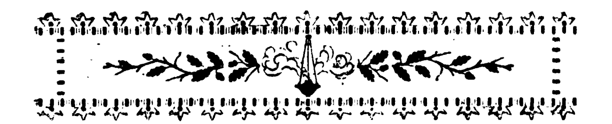
namente infantil, á pesar del vicio, á pesar del dolor en que siempre flotaba.

Vuelto á la vida, consolado el estómago, pudo pensar y tener fuerzas para sufrir

El último episodio de la toma del cerro llenaba su espíritu, obscureciendo los primeros. De tantas cosas terribles y de tantos cadáveres como había visto aquella mañana, de tantos heroísmos realizados, sólo persistía en su imaginación una cosa, un heroísmo, un cadáver, el cadáver del capitán Molina cayendo de espaldas frente al encubierto enemigo que iba á ser salvado por él!

¡Ah! conque ese miserable devorador de carne de doncellas, aquel infame que había llevado á su cubil á la pobrecita Julia, era el asesino del capitán Molina!......





XXIX.

El sol de Tomochic.

Un grito horrible le arrancó de sus pensamientos. Al punto se dió cuenta de una terrible escena:

Un cabo y un soldado, sentados junto á un pino, cerca del parapeto natural tras el que estaban colocados, habían encendido leña para asar unos trozos de carne, por lo que desde allí se levantó espesa columna de humo. En el momento en que el cabo, en pie, cortaba unas ramas secas del pino y el soldado se iba á incorporar para traer la carne, una bala salida de la torre atravesó el pecho del primero y se incrustó en el cráneo del segundo. Entonces resonó un doble grito, y ambos rodaron, cadáveres, sobre los pedruscos que erizaban el crestón.

A la una de la tarde, la compañía que había tomado la posición, la abandonó, llevando á retaguardia una "fagina" que condujo sobre improvisadas camillas todos los heridos. No siguieron el mismo camino que habían tomado en el ataque, sino

que para evitar los fuegos de la torre, dieron un gran rodeo, serpenteando por las faldas de los cerros que forman la gran circunferencia del valle de Tomochic.

Llegaron fatigadísimos á la cima de la Medrano, á las tres de la tarde, sin haber tomado durante el día ningún alimento.

Recibieron los oficiales ruidosísimas felicitaciones de sus camaradas de los otros cuerpos por el triunfo tan gallardamente obtenido.

Miguel supo que el General en la cumbre del campamento, al presenciar el primer esfuerzo de la carga, cuando la línea de tiradores avanzaba en pleno llano al paso veloz, batida por dos fuegos convergentes, llevando su heroico capitán al flanco derecho, supo, que entusiasmado había arrojado su gorra diciendo á los que le acompañaban:

—¡Bravo!.........¡bien por el Noveno! ¡Se vindica! ¡borra lo del día veinte!

Y cuando llegó la improvisada camilla que conducía el cadáver del héroe de la jornada, el mismo General ordenó que se levantase el sarape que le cubría, y cuando vió el cuerpo ya rígido del capitán, con el rostro amoratado y los ojos obstinadamente abiertos, con su enorme herida en el cuello, que le había atravesado la bala, rompiéndole la columna vertebral;--ah! entonces el veterano que había contemplado en su larga vida militar tantas cosas horribles y trágicas y tantos infortunados heroísmos, se conmovió hondamente y con nervioso ademán ordenó que lo cubriesen.

—¡Tápenlo, tápenlo!...... ¡Llévenselo y nómbresele una guardia de honor!—exclamó.

Un sargento 2.° solicitó espontáneamente ser nombrado en ella. Y al pie del

cadáver tendido dentro del hueco de la roca en una escarpadura del flanco izquierdo del cerro, un centinela veló.

Y algunas desarrapadas soldaderas, aproximándose al sitio, rezaron en piadoso grupo, por el alma del héroe.

Tomado el cerro de la Cueva, la situación del enemigo era desesperada. No quedaban ocupadas más que la iglesia y la casa de Cruz, y como en esos dos reductos se hallaban las mujeres, la mayor parte, indudablemente, huérfanas ó viudas, era de comprenderse que su ánimo estuviese quebrantadísimo, aunque menos que su cuerpo.

Por otra parte, el saqueo é incendio de las casas continuaba, respetándose nada más las cercanas al núcleo central.

Veíanse, durante el día, levantarse del fondo del valle, largas nubes negras, formando, lentamente, espirales que se desvanecían en vagos manchones de un gris sucio en el cielo azul. El cañón enviaba cada hora una granada, rompiendo con su estruendo el silencio solemne de aquel Tomochic que abrigaba más cadáveres que vivos.

La guardia de tiradores, en lo más alto del cerro, intentaba cazar á los tomochitecos que se atreviesen á salir de la iglesia ó de la casa de Cruz Chávez.

A las cinco de la tarde, el corneta de órdenes del Cuartel General tocaba *llamada de honor*; el Mayor Bligh, jefe del Estado Mayor, leía la Orden, y nombraba á los oficiales el servicio de *rondines* para la noche, relevándose las guardias como se acostumbra en campaña, á las seis de la tarde.

En la noche el incendio de las casas del pueblo era más visible,—las llamas teñían mejor el cielo obscuro que el cielo azul, con

fulgores sangrientos que á veces se avivaban, á veces se extinguían, para surgir de nuevo, más vivos y rojos, apareciendo en el fondo de tinta negra del horizonte como manchas de sangre luminosa......

Y abajo, los monótonos ladridos de los perros, y sus aullidos dolorosísimos, y una que otra voz lejana y lastimera, eran los únicos rumores que se alzaban de aquella soledad y de aquellos incendios......

Al amanecer del día 26, los restos del 9.° acompañaron el cadáver de su capitán á su entierro, el cual debía verificarse en el cementerio del pueblo, exiguo cementerio que después del combate de la víspera, se hallaba fuera del alcance de los tiros enemigos.

Estaba cercado con tapias bajas de piedras amontonadas, era cuadrado y tenía solamente sepulturas humildes, las más sin inscripción alguna, pues á los notables del pueblo se les enterraba en el atrio de la iglesia.

A la puerta hizo alto el cortejo, entrando solamente la camilla con el cadáver, los oficiales, un sargento 2.° y seis soldados.

El resto de la compañía, que más parecía por lo mermada una simple "sección," quedó afuera, "en línea desplegada" y con los fusiles "terciados."

Ante un silencio espontáneo, piadosísimo, se dejó el cuerpo en tierra, la que hubo de ser cavada con unas barretas que allí mismo se encontraron. A la escasa profundidad de media vara, se dió por concluida la fosa.

Después, á una indicación del capitán Tagle, el sargento cargó su fusil disparando al aire, sucesivamente por tres veces, y luego, el cadáver, con el capote cual sudario y con el sarape como ataúd, se colocó en el

fondo; se arrojó tierra sobre él, y sobre ella algunas piedras......

Y nada más.

Terminada de aquel modo la ceremonia fúnebre, *por el flanco izquierdo doblando*, hizo rumbo á su campamento la compañía.

Habían terminado los funerales del héroe del cerro de la Cueva!

Los oficiales iban al flanco de la columna, silenciosos y tiritando de frío. El sol aun no aparecía.

Triste como nunca iba Miguel. Marchaba saltando entre las piedras y los surcos de los terrenos *barbechados*, semejantes á aquellos sobre los que se precipitara la compañía al asalto

—¡Pobre capitán Molina!—pensaba—él tan digno, tan entusiasta, tan lírico, tan ingenuo; él que soñaba con las grandes campañas; él que discutía, extático, las batallas napoleónicas, él que nos explicaba "el sol de Austerlitz," él que meditara candorosamente en la militarización patriótica de México, morir así, obscuramente, sin gloria, en el fondo de la Sierra, consumando un heroísmo ignorado!...

¡Derramar con denuedo la sangre por la patria......sucumbir por los ideales......inmolarse por la libertad y por el honor...... eso inmortaliza, eso trueca la muerte material en imperecedera vida! Pero ser valiente, ser bueno, ser sublime en campaña tan triste para la patria, en guerra contra obcecados fanáticos! El era joven, acababa de desposarse. En ciudad Concepción Guerrero recibió la noticia del nacimiento de un hijo......iba á recibir el ascenso á Mayor y......morir en aquella penumbra y en aquella triste guerra contra mexicanos heroicos, buenos y leales, y él caer

bajo el golpe ciego de un bandido moribundo!

¡Ah! lo había visto descender á la fosa, tan poco profunda, en un mísero cementerio abandonado al pie de la Sierra!...... Cuando destruyeran por completo al lúgubre Tomochic, las fieras del desierto irían á saciar su apetito en los restos del héroe!......Ni sus huesos quedarían, ni se sabría ya más del sitio en que descansaran, acaso ni un día, ni una noche completa!...

¡Pobre capitán!......¡Pobre valiente!......

Y en esta vulgar frase resumían todos su dolor y su piedad......

Eran las siete, y tras el cerro de Lino, al Oriente, emergió el sol su disco rojo y enorme con una explosión de finísima luz dorada que incendió la cima de los cerros, aclaró el lila del cielo, barrió girones de neblina é hizo centellear el acero de los cañones de los fusiles.

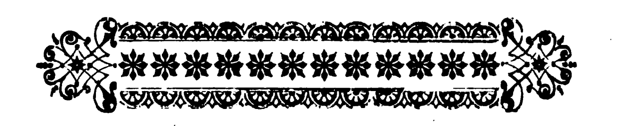
Los oficiales volvieron los rostros, colocando sobre los ojos una mano á manera de pantalla, para contemplar el astro agigantado, en tanto que tras de ellos, su luz les hacía proyectar larguísimas sombras.

—¡El sol de Tomochic!......¡pobre capitán!—clamó Miguel dirigiéndose á sus camaradas. No le entendieron, y continuó en silencio su épica oración fúnebre.

Algunos soldados se pusieron á cantar animados con la alegría de la luz y la esperanza del calor......el sol ascendía, el sol de Tomochic......

¡Pobre capitán!





XXX.

SOTOL Y PETROLEO.

En tanto que abajo, en el confín del valle, el 9 ° enterraba á su capitán, arriba, en la sinuosa cumbre donde se tendía el vivac, resonaba la explosión de júbilo de un fausto acontecimiento.

Había llegado de Ciudad Guerrero un abundante convoy de víveres, toda una recua de fuertes machos cargados con sacos de harina y botes de petróleo, escoltado por un piquete del 5. ° de Caballería.

El jefe de la escolta era portador de sendos pliegos que enviaba el General Márquez—quien continuaba en Guerrero, á la expectativa de los acontecimientos—al General Rangel.

Aprovechando el envío de este convoy no habían faltado quienes fletaran algunas mulas cargadas con barriles de *sotol*, cigarros, pan, queso, chorizos, sal, azúcar y café.

Desde la salida de Guerrero hasta entonces no se había dejado de pagar su sueldo íntegro á la tropa, y como no había en

qué gastarlo, todos se encontraban provistos de dinero.

No fué extraño, pues, que el campamento, en toda su extensión, presentara un inusitado aspecto de alegría, un desbordamiento palpitante, en forma de un gran rumor que se alzaba vívido en el ambiente fresco y claro de la mañana.

Cuando la compañía que llegaba de hacer las honras fúnebres á su capitán, estuvo en su "cantón" en el campamento, un oficial mandó formar pabellones de armas y después por lista, se repartió harina, raciones de carne y se administró el *haber* á la tropa en sucios billetes de los bancos de Chihuahua.

Nombrada una pequeña guardia, al resto de la fuerza se le mandó *romper filas*, y soldados y oficiales se dispersaron con gran algazara.

Bien se conocía que ya el *sotol* había empezado á circular, pues los rostros, antes fatigados y serios, estaban radiantes, los gritos se multiplicaban. Soldados de todos los batallones, *soldaderas*, paisanos, auxiliares de Sonora y de Chihuahua, con sus pantalones azules, grises ó blancos y en los sombreros flotando la característica cinta roja, iban y venían en todas direcciones, gesticulando animadísimos.

Cerca de la tienda de campaña del General—única del campamento,—en el espacio comprendido entre tres pinos achaparrados, alzábase la instalación para la venta de los efectos llegados en la mañana.

Se había improvisado un largo mostrador con viejos tablones y troncos de árboles, tras del cual los aventureros,—pobres diablos que acompañaban á la fuerza, como cortejo servil del General,—no daban

abasto á despachar á la compacta muchedumbre de soldados que se agrupaban, prorrumpiendo en vociferaciones frenéticas ante las delicias de los barriles de *sotol*.

Codeándose, empujándose, disputando con palabras crudas, lograban los más fuertes y los más listos abrirse paso, llevando botellas, jarros, ánforas y *damajuanas*,—ávidos de alcohol, después de la abstinencia de una semana.

Los barriles de *sotol* se vaciaban como si se les desfondara de un golpe; las pilas de cigarros disminuían; los "*cartuchos*" de "*café torrificado*," volaban; desgranában se las cadenas de chorizos, en tanto que una multitud de manos sucias dejaba caer una verdadera lluvia de dinero en mugrientos papeles azules y verdes, en infernal barahunda.

Por supuesto que todo se vendía carísimo—un real las cajas de cigarros, un real cada chorizo y siete reales el cuartillo de *sotol*—y, sin embargo, parecía que todo se regalaba: tal furia había por ser despachados antes que se agotara todo! ¡Los soldados se sentían ricos; nunca como entonces habían sido poseedores de "*tanto dinero junto!*"......habían sufrido mucho y se encontraban de pronto con la perspectiva de olvidar, de gozar, ¡viva el *sotol!*......

—¡Hé—hé!—¡ábranse......ábranse, con un carámbano! gritaba Castorena, repartiendo patadas brutalmente y á diestro y siniestro, entre la tropa, para abrirse paso.—Venga usted, mi teniente, ándele, Mercado.

Castorena, Miguel y el teniente Torrea, llegaron hasta los tablones del mostrador, después que el grupo de soldados se abrió respetuosamente.

El poetastro llevaba un enorme botellón. Habían resuelto los tres oficiales al-

morzar juntos una gallina comprada á una *vieja*. carne con patatas frijoles con chile, gordas de harina y café con *sotol!*

—¡Un verdadero banquete!—decía Castorena.

—Mira, observó Miguel, *eso* es lo más *sugestivo*, como diría un filósofo moderno —y señaló los barriles de *sotol*.

Y en tanto que llenaban de aguardiente la garrafa, vieron la pintoresca irrupción de unos *pimas* que subían del valle. Volvían de saquear casas tomochitecas y de incendiarlas. Iban cargados con imágenes y esculturas de santos, *pantaloneras*, enaguas, acordeones, sillas de montar, pieles y trastos de cocina. Habían subido también algunos asnos y caballos que empezaban á trotar, azorados, por entre la soldadesca que los aclamaba.

—¡Los prisioneros de Tomochic!—exclamó un guasón—los únicos que se han dejado coger vivos......

Castorena compró en cuatro reales un magnífico acordeón. Y los tres camaradas, pertrechados con su botellón de *sotol* y su instrumento músico, se alejaron con rumbo al paraje en que un cabo les hervía en una gran olla negra, la gallina.

Eran las diez de la mañana y bajo un sol claro y tibio ya, se extendía el vivac en plena efervescencia, jubilosísimo y sonoro.

Era una algazara más intensa y más brusca que la que animaba los campamentos en Guerrero. Circulaban libremente las *jolas* y los billetes, las barajas, los dados, los objetos tomochitecos, el alcohol, los víveres casi frescos y las mujeres.

Las "viejas" soldaderas, menos numerosas, habían adquirido mayor prestigio, y, más raras, más ricas, más solicitadas por sus fritangas ó por sus personas, impera-

ban en medio de tumultuosos corrillos, como soberanas. Muchas, coquetas, atrozmente coquetas, se mostraban con trajes limpios, con extrañas enaguas de buena tela, ostentando sobre el hombro, no el harapiento rebozo, sino algún chal de lana á cuadros negros y rojos, algún chal escapado de los incendios de allá abajo......

Era un vibrar, un alborozo de feria en algún pueblo "del Interior"......un bullir de tipos diversos, diferentes catadūras, distintos uniformes, soldados de Infantería, de Caballería y hasta de Artillería—los sirvientes del cañón—de "Seguridad Pública," indios "tarahumaras" y "pimas" auxiliares de Chihuahua, y "paisanos" ataviados á lo charro, á lo *chinaco*, de los llegados esa misma mañana, procedentes de Guerrero, al olor de la chamuscha,—sin peligro—y de la gloriola de estar en Tomochic......

Los que no comían aún, bebían ó jugaban;—los soldados, vergonzantemente, en grupos recatados, echando los dados; los demás, á pleno viento, corriendo albures á la sombra benigna de alguna roca, ó entre algún propicio matorral.

De trecho en trecho levantábanse columnillas de humo azul, el humo plácido de las fogatas aderezadas para el almuerzo,—no la humareda negruzca y densa de los incendios de abajo,—......y el vibrante campamento aparecía velado delicadamente por una neblina azul, á cuyo través percibíase el hervidero de la soldadesca y de la indiada serrana entre el centellar de las bayonetas de los alineados "pabellones" de fusiles, resplandeciendo al sol cual ramilletes de gigantescas exóticas azucenas de acero......

Y gritos roncos, chillidos femeniles, carcajadas, bravatas, voces de mando, "chiflidos," burletas, canciones, y rasgueos de guitarras, y lamentos de acordeón integraban la potente algarabía......

¿Quién se acordaba de lo sufrido?......Había qué comer y qué beber, sentíanse todos frescos, descansados, fuertes y tranquilos.... Tomochic ardía lentamente allá abajo............

Grupos de soldados glotones rodeaban los "*puestos*" de las *viejas*, quienes freían en grandes cazuelas carne de puerco, la que chirriaba en un mar de manteca, saturando el aire de un olor apetitoso que hacía escupir á los que esperaban el almuerzo, no sin calmar su impaciencia con luengos tragos de *sotol*.

Era un magnífico espectáculo. En aquel momento todos se sentían héroes, todos comían, bebían, cantaban ó charlaban, contentos y dispuestos á todo.

Ah! pero nadie se acordaba, en aquel abandono de orgía, de los ausentes, de los compañeros abandonados sobre los cerros, de los cadáveres que en trágicas posturas, negros y horribles, yacerían en las soledades de la Sierra, si es que no habían sido devorados por las fieras.

No, nadie quería acordarse en aquel instante de furiosa alegría y de intensa excitación, de las obscuras víctimas del deber....

Hasta el mismo Miguel se sintió alegre después del copioso almuerzo que hicieron los tres oficiales á la sombra de un arbusto, ya sentados sobre sus capotes, á la turca, ya recostados y tendidos como en un "día de campo."

"Roló" activamente el *sotol;* y charlaron de cosas alegres, y tomaron á broma las tristes, gustando de la "plática" de

la soldadera que les llevó, como exquisita ofrenda, una cazuela con "frijoles refritos."

De pronto preguntóle Torrea:

—Oye, Mazzantini, ¿pues qué no era "*tu viejo*" el cabo Trujano?......

—Pos sí, mi teniente, Dios lo haiga perdonado y lo tenga en su santa Gloria...!—Y "la Mazzantini" se persignó rápidamente.

—¿Y ahora......?

—Pos ahora, por respeto á mi difunto, me pasé al 11. ° ....para no defeicionar con uno del mesmo 9. ° ¿no le parece, mi jefe?...Ahora mi "viejo" es el sargento Guadalupe Riva, del 11 ° ...... ¡No ve que hizo lo mesmo mi comadrita Pánfila, que la tenía Gregorio Moncada,¿se acuerda de él, mi subteniente Mercado?......

—¡Ya lo creo!......Gregorio Moncada, corneta de mi compañía,que murió en la Cueva gritando vivas al General Díaz....soldado muy antiguo y muy valiente......

—Tres misas le va á mandar decir en la Villa mi comadrita Pánfila ....¿qué vamos á hacer?......Sea por el amor de Dios... Yéndonos con los del 11. °, no ofendemos al 9. ° ¿no le parece?

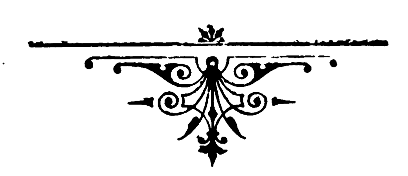
Pasó un viento sombrío por la frente de Miguel...¡Conque aquellas mujeres compañeras del soldado, conque aquellas abnegadas y solícitas amigas, al día siguiente de la muerte de "su Juan," se unían con otro, tranquilas, devotas, encomendando á Dios el alma del difunto, al propio tiempo que servían al nuevo "señor," ingenuamente desvergonzadas!

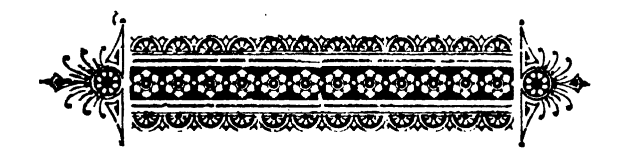
—¡Vaya un hatajo de "pípilas"!— clamó crudamente Castorena.

—¡*Ujule!* mi subteniente......*pos* dígame ¿qué hacemos solitas?......*Semos* de la tropa, vamos *onde* vaya, mientras no nos

toca la de alevantarnos tiradas, muertas en un camino, no como cristianas, sino como perras..... ¡Algame Dios! ¡Ansina lo quiere su Divina Majestad!......

Adolorido por íntima ternura, por honda lástima, Miguel no tuvo ya desprecio por aquellas miserables hembras de la tropa, triste carne de cuartel......





XXXI.

LOS PERROS DE TOMOCHIC.

El crepúsculo, uno de esos crepúsculos fríos y rápidos de la Sierra, se extinguió, anegando el inmenso valle en una sombra glacial y melancólica....Se perfilaron las crestas del anfiteatro de montañas, recortando la tenue y áurea lividez del cielo, hasta que arriba sólo quedó el azul obscuro salpicado de trémulas gotas de luz, y abajo un mar de tinta negra......

A veces, súbitas ráfagas del Noroeste venidas de las lejanas profundidades de los bosques, resinosas y acres, pasaban prolongando una queja infinita... infinitamente desolada......

Y esas ráfagas frías, al atravesar el valle, anchuroso y hondo, llevaban rumores vagos y tristísimos, los hálitos de la selva, los estremecimientos de los viejos árboles crujiendo ante el invierno y la noche, como el doliente suspiro de la Sierra abrupta, colosal y salvaje......

Sentíase más y más intenso el frío de aquellos soplos mientras la sombra era más densa; y cuando por fin no quedó una sola claridad, se levantó poderosamente la sinfonía de los ruidos nocturnos en el valle.

Allá en un extremo de aquel abismo, el cerro de "Medrano" se alzaba como un enorme dromedario echado, mientras lamía su flanco derecho el río, teniendo á su frente el valle de Tomochic...... Y aun más allá, erguido, cortado á pico, agresivo y hosco, el cerro de la Cueva parecía contemplarle, como un tigre sentado sobre su grupa......

Sobre la cumbre, dominando el profundo valle, un parapeto protegía el principal puesto de observaciones.....El largo hocico de acero del cañón Hotchkiss avanzaba siniestramente en el vacío, saliendo por entre las rocas y los arbustos, acechando en las tinieblas, rumbo á la muerte......

Noche plena. Los alegres rumores del vivac se habían extinguido y se cumplía con la orden estricta de hacer guardar un silencio absoluto. El servicio de vigilancia estaba ya nombrado.........y sobre aquel gigantesco zig-zag del monte, sobre aquel lomo del cerro, momentos antes tan animado por la soldadesca y la franca algazara al aire libre, no hubo sino vagos rumores de voces quedas que avivaba ó extinguía el viento, lejanas risas, toses...... tal cual voz enérgica,—voz de mando, artificiosamente colérica—los ruidos secos de los fusiles golpeando en las piedras......alguna canción tristísima—viejos temas mexicanos con inflexiones casi salvajes,—y silbidos que se cruzaban de un extremo á otro, entre acentos femeniles,chillones, que solían ser cortados bruscamente......y nada, nada más......pero todo ello en varia y

tenue escala, esfumado: porque la orden de silencio era terminante......

De vez en cuando el soberano viento de las selvas lejanas, saturado de fuertes perfumes, pasaba con el susurro melancólico de las altas frondas............llevando todos los hálitos de la Sierra, el coro solemne y épico que cantaba el himno de los cíclopes americanos, bajo los eternos pinos sombríos......

Del fondo del valle ascendían, distintos y lóbregos, otros rumores......

Oh......aqnel extenso y profundo valle de Tomochic era espantoso en la noche, contemplado desde la más culminante plataforma del cerro MEDRANO!

Inmóvil, de pie tras el parapeto naturaque protegía las posiciones, contempló un instante Miguel, absorto, aquel mar de tinta negra............mar de olas de sombra, de donde emergían con fantásticas oscilaciones puntos rojos ó manchas de escarlata......como goterones de sangre luminosa sobre un inmenso terciopelo obscuro; como islas de fuego......

Islas,puntos,gotas, manchas de lumbre y sangre que en toda quella negrura surgían ó se eclipsaban, palideciendo á veces, borrábanse luego con extraños y trágicos desvanecimientos.

Lúgubres quejas......vagos relinchos, aullidos que parecían hacer tiritar las sombras, brotaban de aquel antro inmenso, profundo y negro, constelado por trágicas chispas de fuego y sangre.

Tomochic ardía lentamente en las tinieblas......Sus últimas pobres chozas, incendiadas y desiertas, se consumían en las sombras, allá abajo......diseminadas en la vasta extensión, una en un extremo, otra

más lejos en el confín opuesto, otras en el centro, cerca de la iglesia.

Y había en aquel núcleo una mancha más amplia y brusca, aquella que era más trágica, porque sus aluviones de chispas subían más alto.

El pobre caserío ardía tristemente ya. ¡Eran sus últimos instantes de agonía!

Miguel meditaba:

¡Oh! flamígera extinción de los aduares de la fanática tribu de montañeses, soberbios en su ignorancia tremenda y salvaje, hijos bravíos de las sierras, aguiluchos encaramados en sus nidos formidables, obstinados en el capricho bárbaro de su orgullo supremo; que desafiaran la muerte con un épico desdén y una colosal sonrisa trágica que llegaría á ser sublime y estupenda cuando se hiciese fúnebre. ¡Oh! Tomochic!... ¡Oh bárbaro y épico Tomochic! ¡Oh! fenecido pueblo de halcones serranos, de jóvenes águilas solitarias, encastilladas en los baluartes altísimos de las fragosas montañas......¡Tu inaudita pujanza, tu delirante y pueril ensueño de absurda libertad salvaje en el imperio inmenso de las selvas y de los montes, tu increíble cisma, tu soberbio "Papa Máximo," tu "Cruz de Tomochic," tu sangre y la sangre generosa, hermana, que harás derramar hasta que muera el último de los tuyos, te hacen grande y extraño con una tristísima y lamentable grandeza!

....

—¿Conque estuvo bueno el día? ¿No?—preguntó Mercado al sargento que acababa de regresar á su puesto, después de haber hecho una *ronda* á los centinelas y *parejas*

—¡Ahora sí estuvo bueno, mi jefe!—respondió el viejo soldado,—un oaxaqueño de

buena cepa para carne de víctima; alma templada en largos y duros sacrificios, cara redonda bronceobscura, frente estrecha y terca, pómulos salientes, raros y erizos pelos blancos en la barba; cuello nervioso y cuerpo chaparro, fornido y ágil. Estaba frente á él, bonachón y atento....—¡Pobre sargento, acaso ya no volvería á su querida tierra del Sur!—

Y, mientras abajo el mar de sombras extendía aún sus islas de sangre luminosa, y surgían los coros lamentables de las bestias del valle, que aullaban desesperadas, él se puso á contarle los episodios del día, porque estuvo de *fagina* incinerando los cadáveres, las víctimas en los últimos combates.

Ya le había referido, como pudo, el pobre diablo, más de una escena conmovedora ó épica, cuando de pronto saltó con esta tirada que Miguel jamás olvidaría:

—¡Ah! señor!......¡Y los perros!......¡Los perros de Tomochic!......nunca había yo visto cosa igual!......¡qué horror!......¡qué valientes!......¡qué buenos......sí...qué chulos...qué lindos!......le confieso á usted, lloré...Ahorita ladran...¿No los oye?...Ladran, pero quejandose, es que están llorando cerca de sus amos difuntos!......¡Lloran, cuidando los cuerpos, sin separarse de ellos para nada!...... Estos perros son mejores que nosotros *los cristianos!*...... ¡Velan á los que quisieron!...... ¿Oye usted, mi subteniente? No ladran de cólera......fíjese bien, están llorando!...... Bueno......pues sí......le decía, señor, que me llamaron la atención, porque cuando iba á amontonar los muertos, los animalitos se nos echaban encima, enseñándonos los dientes y los colmillos... tuvimos que matar á muchos, *dàndoles* con la culata de los fusiles......y hasta á

unos grandes les *dimos* de bayonetazos...y viera usted que cuando quedaban vivos.......... ¡álgame la Virgen Santa! otra vez se volvían á echarse cerca de su amo difunto ò lo iban siguiendo hasta el montón donde los habíamos de quemar!... lamían con sus lenguas secas de pura sed, la sangre de sus queridos muertos!...¡Ay, pobrecitos animales! ya ve usted, mi jefe, cómo queremos nosotros á los perros...... la tropa, "*la juanada*," no está á gusto sin sus perritos......¡porque teníamos que matarlos también pensando que nos estorbaban y nos mordían. ¡Los matamos y los tiramos en el montón,revueltos con los de Tomochic y con los mismos de nosotros, todos juntos, echándoles harta leña y *rastrojo* para que ardieran mejor!......Otros perros corrían ladrando muy triste por la llanada, quejándose con gritos larguísimos que me hacían parar los pelos como quien tiene mucho frío; y me dolía el estómago...... ¡Pobres perritos!......... Era que buscaban á sus amos............Subían por los cerros, bajaban, volvían al río, se echaban en el agua, salían sacudiéndose y volvían á correr, á correr por entre los *jacales* y los *rastrojos* y los escombros, saltando los "caláveres"de los nuestros,ó sobre los de Tomochic, sin hacerse caso, corre y corre, ladra y ladra, porque no encontraban á los suyos...... y así seguían volviéndose locos, dando vueltas y vueltas!......¿Y sabe usted qué otras cosas había allá por las casitas de junto al río?.... ¿no ve allá, donde está esa humareda colorada, donde se queman esos trojes ó quién sabe qué? *pos* por allá mismo *me tocò de fagina* llevando mi *mera secciòn*...... ¡¡Huuy! ¡por allá habían *juido* los puercos. ! pero qué puercos—álgame Dios!—amon-

toné......¡hasta gusto daba verlos......*ansina* de gordos......pero tenían hambre......y los *indinos* marranos querían comerse á los *mesmos* difuntos......á los muertos de los de Tomochic...*¡croque, croque* olían la sangre!......y con eso, como fieras se iban sobre los *caláveres* llenos de lodo!......y ví entonces la pelea!......

Calló un instante el sargento, anonadado sin duda por el espantoso recuerdo. Luego, continuó:

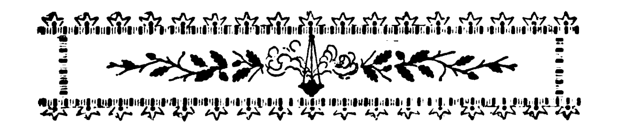
—Al ver venir los perros á los puercos, se les echaron encima......y aquello era una batalla sobre los mismos muertos; los marranos gruñían de hambre, los perros ladraban con furia, ¡siempre fieles!......Y todos, marranos y perros, se hacían bola, entre gruñidos espantosos y los alaridos de los perros, medio muertos de hambre, velando y defendiendo á sus amos todavía! Aquello me volvió á enderezar los pelos y á darme frío, y hasta quise llorar......¡Pobrecitos......¡óigalos, óigalos usted, mi subteniente!......Ahorita se han de estar peleando los marranos que se quieren comer á los difuntos, y los perros que velan á sus amos, defendiéndolos!......¿No oye usted?

Calló la ruda voz del sargento desvanecida en un sollozo de piedad y de espanto...

Miguel se estremeció, y tendiendo el oído hacia el negro fondo del valle......escuchó...

De las tinieblas surgían desgarradores aullidos, tristísimos ecos que repercutían, lentos y apagados, las montañas de la Sierra......

Y á veces el viento del Noroeste avivaba los trágicos rumores de aquella lid animal!......Disputa por un cadáver humano, entre perros y cerdos, allá en la siniestra soledad tenebrosa de Tomochic......



XXXII.

Incendio de la Iglesia.

Al día siguiente, aun rebosaba plena algazara la cumbre del cerro, cuando, de repente, cundió una noticia que hizo levantarse al instante á todos los soldados y oficiales francos.

¡El 11.° iba á apoderarse de la iglesia!

En efecto, el General Rangel había hecho tomar el cerro de la Cueva, como base indispensable para llegar fácilmente á la iglesia de Tomochic, por hallarse completamente al pie de aquella eminencia, donde un piquete de nacionales de Sonora hacía fuego incesantemente sobre la torre.

El General, en vista de la situación insostenible del enemigo, ordenó que esa mañana una compañía del 11.° Batallón la tomase, para lo cual debían ocupar primero las casas que la iglesia tenían á su frente, con el objeto de organizar allí *faginas* (1) provistas de combustible, botes de pe-

(1) Fracciones de tropa destinadas á diversos trabajos, de zapa ó de acarreo.

tróleo, rastrojo, ramas secas y paja, y en un momento dado, protegidas por los fuegos de la Cueva, la Medrano, y de las mismas casas, debían al paso veloz llegar hasta el atrio, y ante el portón del templo arrojar todo aquello......

Como en la construcción de la iglesia abundaba la madera, obligados los sitiados, por el incendio, á salir, serían fusilados inmediatamente, apenas asomaran.

Se dió el mando de la fuerza, compuesta de 40 hombres, al capitán 1.º Francisco Manzano, quien tomaría sus posiciones en las casas indicadas, esperando que el cañón rompiese su fuego para intentar a brir brecha.

Después de dar un gran rodeo, pasando á través de las milpas y tras las asperezas del terreno, la tropa del 11.º extendida en tiradores, tuvo que atravesar el río.

Y como la bravura y la precisión con que la compañía del 9.º realizó la toma del cerro de la Cueva, había infundido en la tropa y oficiales de otras fracciones un generoso estímulo, las del 11.º se portaron, á su vez, bizarramente.

En tiradores, uno á uno, con el fusil en alto, á la espalda el haz de leña ó el bote de petróleo, arremangado el calzón á medio muslo, los soldados del 11.º entraron al río..... Y apenas pudieron ser blanco de las carabinas tomochitecas de la torre, empezaron á caer cadáveres y heridos....

Mas no retrocedieron. Sus oficiales, calada la carrillera del kepis, la pistola preparada para matar al primero que intentase retroceder, gritaban enérgicamente:

—¡Viva el 11.º Batallón, viva el General Díaz!......¡No se cuelguen!......

Unos cuantos instantes duró la crítica situación, pasando á la margen opuesta.

Las mismas bruscas asperezas del terreno les ocultaron, pudiendo continuarse el avance con toda impunidad.

A paso veloz, y siempre en tiradores, prosiguieron hasta llegar á las cercas de las espaldas de un grupo de casuchas próximas á la iglesia. casuchas abandonadas hacía tiempo, pero intactas todavía del saqueo y del incendio.

Ocupadas las casas, listos los "nacionales" en el alto crestón del cerro de la Cueva para batir la torre, á las once de la mañana el corneta de órdenes del General tocó "fuego." Tronó el cañón Simultáneas descargas cubrieron de humo los frentes de las casuchas y la cima de la Cueva, de donde empezó á descender una lluvia de haces de rastrojo encendido, de humeantes rollos de zacate, de sacos de paja, en densas nubarrones salpicados de chispas.

De vez en cuando, cual granadas de mano, eran lanzados desde el cerro de la Cueva al recinto de la iglesia, los botes de petróleo......

Al propio tiempo todas las cornetas que tuvo á mano el General, y que se encontraban en otras casas en torno del templo, tocaron ataque, como si por todas partes fuesen á arrancar columnas de asalto contra aquella pobre y destartalada iglesia acosada, triste reducto de un montón de fieros moribundos......

Retorcidos hilos de humo elevéronse del interior de los tapiales que cercaban el caserón frontero al templo. Algunos botes de petróleo habían caído reventando en un patio..el viento, hostil á los últimos tomoches, arrastraba hacia la torre ardientes mechones de yerbajos secos, remolinos de chispas, turbionadas de astillas, harapos de humo candente y rojizo......

—¡Viva el Gran Poder de Dios! ¡Viva Santa Teresa de Cabora!..... ¡Viva Santa María de Tomochic!—gritaron tras sus claraboyas los sitiados, en el momento en que en un solo alud la sección del 11.° se precipitó hacia el atrio, dejando un rastro de sangre.

Fué un minuto. Ante el portón de la iglesia los soldados ebrios de entusiasmo y *sotol*, arrojaron su cargamento de combustible y petróleo. Cual pólvora ardió al instante......Una inmensa llamarada se alzó, de súbito...... Los asaltantes retrocedieron á ocultarse tras de los sepulcros del atrio, ocultando también sus largos retorcidos hachones untados de negra brea......

—¡Viva nuestro Papa Cruz!...... ¡Viva Nuestro Señor!....¡Mueran los hijos del Infierno!—aullaban las voces, arriba.

—¡Viva el Gobierno! ¡Viva la Nación unida!—gritaban los oficiales del 11.°, enardecidos, locos de entusiasmo, anhelantes por abatir la puerta del templo y entrar con la pistola amartillada hasta el interior del reducto....

Y, no obstante, los tomochitecos economizaban sus municiones......Notábase un lento desgranamiento intermitente en su tiroteo. Mas, se conocía que apuntaban bien, que, cual solían, no desperdiciaban un cartucho......

Y mayores llamaradas envolvieron la puerta. Y á la iglesia toda bien pronto ocultó negra y espesa nube de humo, entre cuyos remolinos, cual relámpagos amarillentos, brillaban los fogonazos de las carabinas tomoches. Allá en lo alto de la torre, entre el estrépito de las descargas, las voces estentóreas rugían:

—¡Viva el Poder de Dios! ¡Viva María Purísima! ¡Viva la Santa de Cabora!

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el 11.° Batallón!-respondían abajo los asaltantes replegados á las paredes para no ser tocados por las balas de arriba.

Hubo un terrible momento...... Abrióse, de pronto, la puerta que ya empezaba á arder, y, carabina en mano, casi desnudos, ennegrecidos, algunos hombres aparecieron, saltando increíblemente ágiles por la hoguera en plena furia roja, y, descargando sus armas, sin apuntar, contra los soldados estupefactos, se lanzaron en vertiginoso escape fuera del atrio, perdiéndose por entre las milpas......

Iban á salir otros espectros, pero desprendiéndose con hórrido crujir de sus viejos goznes, cayó oblicuamente una hoja del portón que obstruyó la entrada como un muro flamígero......Nadie podría entrar ya, ni salir......

A la expectativa del horrible drama permanecieron desde aquel momento los sitiadores. Ya todo era cuestión de tiempo.

Entonces las fuerzas que permanecían en el campamento de la Medrano, lo abandonaron, bajando al valle, y subiendo al pueblo, ocupando las casas adyacentes á la de Cruz Chávez, en cuya azotea estaba plantada una hermosa bandera tricolor.

La compañía del 9.°, el Cuartel General y el cañón, se instalaron en la casa de los Medrano, junto al camino real y al pie del cerro.

Había existido una tienda en aquella vetusta casa y era la más amplia de las de aquel rumbo. Incendiada el día anterior, el fuego había respetado algunos cuartos y una parte de un portal interno. En la espalda, en la pared que veía al centro del pueblo, se abrieron claraboyas pa-

ra observar el *Cuartelito* (casa de Cruz) y la iglesia, cuyo incendio era cada vez más espantoso.

Desde aquellas claraboyas Miguel observó el espectáculo. Las llamas debían haber invadido el interior del templo, pues el humo se escapaba de las ventanas y arcadas de la torre, y lo terrible de aquello era que la mayor parte de las mujeres de Tomochic estaban refugiadas allí......

Y, entonces presenció una cosa siniestra y trágica...¡en lo alto de la torre, fuera de la barandilla, una anciana asomó su cuerpo, y con violento impulso se arrojó al abismo!......

Era ya demasiado. El General ordenó á su corneta tocar *alto el fuego*, conmovido, acaso, ante la espantosa escena, juzgando ya inútil aquel lujo de horror...... Pero fué muy tarde, porque el incendio había tomado tal incremento, que grandes torbellinos levantaron su penacho rojo por encima de la cúspide......Pronto vino el desmoronamiento... oyóse un retemblar tremendo, un trueno sordo y prolongado......la techumbre se desplomó......Otros crujidos sucesivos escucháronse, y luego, gran parte del cuerpo de la torre vino abajo, entre inauditas erupciones de diluvios de chispas y de altísimas llamas intermitentes....

Todo había terminado, y sólo la casa de Cruz, con sus tres líneas de aspilleras y su altivo pabellón tricolor, flameando en lo alto, desafiaba á las fuerzas siniestramente vencedoras......

Según opinión del General, la toma del *Cuartelito* era dificilísima y exigía las mayores precauciones.

Evidentemente que con la tropa restante habría podido tomarse, pero hubiera

costado mucha sangre, y el General tenía orden de economizarla. Prefirió tener paciencia y perder algunos días más, á perder más gente.

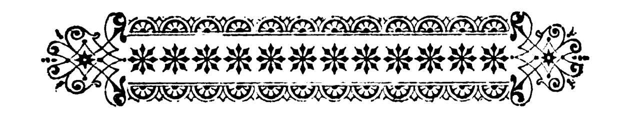
Aquella casa estaba construida con adobes, pero durísimos, y tanto que el cañón á 100 metros no abría brecha en ellas; la puerta estaba cerrada á piedra y lodo, y como ya ni una sombra de esperanza de salvación debía quedar á los sitiados, sabrían como nunca defenderse, vendiendo muy caras sus vidas.

Además, era tal la situación de aquel reducto, al cual convergían todas las veredas del pueblo, en cuyo centro se encontraba, que dominaba todas las vías y campos que á él le conducían.

Gente de los "nacionales" de Sonora y de Chihuahua, de "Seguridad Pública" y del 12.° Batallón, dieron pequeños puestos avanzados, ocupando las casas que rodeaban el *Cuartelito*, formándole un cerco apretadísimo.

Entre tanto, el templo en ruinas y las demás casas, continuaban lanzando al cielo azul inmensas espirales de humo, surgiendo de sus escombros hálitos de lumbre. Y en la noche tiñeron el horizonte negro con sangrientos reflejos, más bellos, más intensos, más numerosos que los de las noches anteriores, iluminando con mayor pompa trágica aquel valle erizado de bárbaras tumbas......





XXXIII.

Los "prisioneros de guerra."

Fué un tristísimo amanecer el del siguiente día. Casi no hubo crepúsculo. La niebla se confundió con el humo, y el valle apareció aún más desolado y silencioso, el caserío de Tomochic muerto y en escombros......

Sólo la casa de los Medrano, ocupada por el Estado Mayor y restos del 9.° y 11.° Batallones, estaba animada. Había algunas otras casuchas que alojaban piquetes del 12.° y "nacionales" de Sonora, pero se guardaba un silencio terrible.

En el Cuartel General, tras la pared que cercaba el fondo del patio, tres ó cuatro tiradores que se relevaban cada hora, permanecían á la expectativa, en tanto que en un rincón y tras enorme boquete, estiraba su cuello, silencioso é inmóvil, el cañoncito Hostkiss, á caballo sobre su montante de cuatro patas.

A las nueve de la mañana, en el momento en que se repartía á la tropa la ración de carne y harina, se presentó un hombre

flaco y sucio que había llegado corriendo desde la casa de Cruz.

Era uno de los prisioneros que éste tenía encerrados en un galerón dentro del mismo patio del "Cuartelito." Todos los que en él se encontraban habían logrado abrir la puerta; pero nadie se había atrevido á ser el primero en salir, temiendo, con razón, que les hiciesen fuego de cualquier parte.

El Coronel Torres, segundo en jefe, le interrogó á solas, ordenando luego que se le diese de comer poco á poco y con muchas precauciones, pues hacía muchos días que no comía sino maíz crudo.

Poco después, con gran sorpresa vieron los tiradores que cercaban el puesto enemigo, aparecer una mujer en la puerta de la casa de Cruz.........Avanzó lentamente, saltó por entre las maderas de la ya destruida empalizada, y sin rumbo fijo, empezó á vagar entre los sembrados, con ademán atónito de loca....Harapienta, sucia, desmelenada, agitando los brazos, persignándose, era una visión espectral aquella tomochiteca......

Al fin se dirigió á la casa de los Medrano, tímidamente. El General ordenó que se la respetase y aun que le ayudaran á acercarse.

Cuando un *pima* llegó conduciéndola del brazo, todos quedaron horrorizados ante su cuerpo enclenque y encorvado, y ante su fantástica cabeza circuida de cenicientos alborotadísimos mechones que le formaban algo como un resplandor fatídico......

Era una decrépita anciana de ojos vidriosos é inyectados de sangre, vestida con un hilacho de enagua azul, y calzada con viejas *teguas*. No podía hablar.......

—¡Vaya un "parlamentario" que nos manda la plaza!—dijo Castorena al columbrar la actitud estúpida de la desdichada mirando de hito en hito al General......

—¡Se rinden, por fin, esos brutos!—¡Se rinden!—clamaron algunas voces, creyendo que Cruz Chávez la enviaba "á conferenciar."

Sin embargo, no era así, y bien pronto se supo que medio loca por la muerte de sus nietos, había decidido ir á buscar sus cadáveres y llevar alimentos á los heridos, muchos también hijos y nietos suyos.

Contó, tartamudeando, después de comer un plato de sopa que el General la ofreció, que Cruz no la dejaba salir; pero como era la más anciana del pueblo y la que más gente había dado á la causa de Nuestro Señor, el Jefe tomoche, impotente para detenerla, la había dejado salir, encomendándola á la Virgen Santa.

—¿Qué hacen todos allí amontonados?—cuentan que preguntó el Coronel Torres.

—Reza y reza—contestó la vieja.

—¿Y Cruz, qué hace?

—¡Reza y reza!......

Trataron entonces el General Rangel y el Coronel Torres de que la infeliz anciana llevase una intimación al enemigo, haciéndole comprender lo terrible é irremediable de su situación, aconsejándoles que se rindieran, siquiera por compasión á las mujeres ancianos y niños, que morían de hambre ó contaminados por la peste que en la casa de Cruz se iniciaba por la putrefacción de los cadáveres que arrojaban ellos mismos en la noche al patio, y que permanecían insepultos, dando durante el día, un espantoso espectáculo de muerte á las familias

hacinadas como un montón de carne agonizante en los rincones, entre aquellas paredes sostenidas por una obstinación fanática inverosímil, por una terquedad tremenda.

Comprensible era el horror, la inmensa y desoladora desesperación que habría en aquella casa que debía estar convertida en un sarcasmo de hospital, sin médicos, medicinas, ni alimentos...... ¡hospital, reducto, capilla y tumba!

Tras vagas vacilaciones de la atónita anciana que temía la cólera del caudillo, quien le había prevenido que jamás tratase nada semejante con los "impíos hijos de Lucifer," llevó un pliego firmado por el General Rangel, en el cual, con las mayores razones posibles, se pedía la rendición incondicional de los de Cruz; advirtiendo que si se obstinaban en su resistencia tomaría á sangre y á fuego su último puesto, por lo que se le permitiría que saliesen las mujeres y los niños, á los que se tendrían las mayores consideraciones.

A la media hora volvió la anciana con la contestación del caudillo tomoche, en que se negaba enérgicamente á rendirse, negándose también á enviar las familias, por dudar del cumplimiento de la promesa.

Era, en verdad, hacer muy poco honor á los sitiadores, mas como se tornó á insistir, sobre todo respecto al envío de las mujeres y niños, que era impío que sufriesen aquel infierno, decidióse Cruz á hacer salir á las familias de los que ya habían muerto......

Un grupo informe, un montón de enaguas sucias y de harapos desgarrados encubriendo carnes flacas, entre un murmullo sordo de gemidos, toses y sollozos de niños, entró lentamente por la chaparra

puerta de la casa, ante la estupefacción de todos los soldados y oficiales que se pusieron en pie para ver aquello tan horrible....

Una honda consternación inmovilizó á cuantos lo presenciaron. La soldadesca y los duros indios de Sonora no tuvieron sino una sola alma de admiración y de piedad para aquel montón de náufragos, para aquel doliente manojo de humano infortunio, que entraba chorreando sangre, la última sangre de aquel moribundo Tomochic......

Algunos oficiales palidecieron; las mismas soldaderas callaron. Y Miguel no recordaba haber leído en drama alguno, ni en ninguna terrible novela, nada más patético y doloroso.

Todos miraron con respeto, abriendo valla silenciosamente.

Iba á la cabeza un anciano jorobado, de largos cabellos blancos, apoyándose sobre los hombros de una muchachita muy flaca, de rostro lívido, y que llevaba vendada una mano herida por alguna bala enemiga. A través del vendaje sucio aparecía una gran mancha negra. Había una anciana que marchaba quejándose lastimosamente, con el rostro todo ensangrentado por una herida que tenía en la cabeza.

Una mujer alta, de grandes ojos negros, muy erguida, llevaba en sus brazos un niño de meses que lloraba. Algunas jóvenes que se adivinaba que fueron bellas, marchaban envueltas en mantillas de color opaco, ó cobertores á cuadros rojos y negros. Un niño de seis años cojeaba escurriéndole sangre de las rodillas; en sus ojos había dos lágrimas contenidas por una voluntad poderosa.

Después......era una masa confusa de cuerpos raquíticos y rostros huraños, de ojos negros, de miradas febriles y relampagueantes, sobre la lividez de flacas y rugosas mejillas.

Y cerrando esta procesión de desgraciadas que abandonaban los seres queridos que ya no les vivían, este rebaño de viudas y huérfanas,este montón de humano dolor, marchaba lentamente la anciana emisaria, la vieja tartamuda que había dado tanta gente á Cruz, al Papa Máximo......

¡Y considerar que aquel centenar de náufragos y de parias no eran todos los que había; que allá en la casa de Cruz habían quedado algunas mujeres obstinadas, las que aun tenían vivos á sus hijos y esposos!

Instantáneamente Miguel pensó en Julia ¿iría con aquellas infelices? ¿viviría aún?......

Intentó observar los rostros de las mujeres, experimentando profunda amargura y oprimiéndosele el corazón con el vago temor de descubrir entre ellas al ser de su amor, á su melancólica desposada......

Pero la mayor parte de las mujeres llevaban las cabezas cubiertas con abrigos ó girones de chales, y bien pronto desaparecieron por el fondo de un viejo portalón.

En él había una gran pieza vacía que serva antes de troje á los Medrano. En ella ípenetraron, tragadas......

Y Miguel vió una lágrima en los ojos del General, quien no pudo articular una palabra, indicándole sólo con el gesto al doctor Arellano, que se hallaba á su lado, que entrase para atender á los heridos.

Les llevaron harina, carne y patatas, y se abrió apresuradamente el botiquín para proceder á las primeras curaciones.

Los soldados agrupados, desde lejos con-

templaban, taciturnos, el interior de la troje, de la que salía un fatídico rumor de lamentos, gemidos, quejas infantiles y toses de ancianos.

En la puerta se apostó un centinela con la consigna de no dejar pasar á nadie ni aun á los oficiales..... ¡Eran "prisioneros de guerra!"

Ya muy poco faltaba que hacer para aniquilar á los tenaces enemigos que quedaban en su último reducto, decididos á acabar de morir allí, altaneros, invictos, desafiando á los federales que no se atrevían á emprender el final asalto.

La única señal de vida que daban era aquella bandera que flotaba al viento, con sus tres colores que salpicaban con un tono alegre el sombrío panorama...¡Qué ironía la de aquel insólito pabellón tricolor, la de aquella bandera mexicana clavada bárbaramente heroica en las ruinas de una tumba!

Ya no hacían fuego desde sus aspilleras, ya no gritaban! y era profundamente triste aquella calma silenciosa que se extendía por la soledad del valle...

Los ganados, abandonados á sí mismos, habían huido por las montañas de la Sierra, y solamente los perros y cerdos, azorados, vagaban......Los cerdos entraban y salían por entre los escombros de las casas, poniendo en fuga á las gallinas y devorando hambrientos los cadáveres....Los perros aullaban, desgarrando dolorosamente el gran silencio de los campos......

El General comprendía que en la noche deberían los sitiados hacer salidas para recoger el maíz, las patatas y el frijol que producían aquellos terrenos, y á proveerse de agua del río, y trató de impedirlo.

Mandó que toda la fuerza se dividiese en

guerrillas, que deberían extenderse durante la noche al rededor de la casa de Cruz Chávez, ocupando las que estaban cerca, con el objeto de vigilar é impedir cualquier salida.

Cada fracción de aquéllas, al mando de un oficial, llevaba un corneta para que contestase la "contraseña" cuando del Cuartel General *corrieran* la palabra. Para impedir cualquiera confusión con los "nacionales" de Sonora ó Chihuahua que no debían tener lugar fijo, sino marchar vivamente por donde se ordenara, debían contestar con determinada palabra — el "santo y seña"—para ser reconocidos cuando éstos se acercaran á los puestos sitiadores.

A las seis de la tarde, puesto ya el sol, en la semiobscuridad de la noche entrante, partieron á los puntos designados de antemano las fracciones combinadas, marchando en orden disperso, agazapándose tras los relieves del terreno, tomando innúmeras precauciones para no ser vistas del enemigo que seguía silencioso en su exigua fortaleza, cuya masa delineábase confusamente en la penumbra, bajo un zenit frío en que derretía su blanco hielo de luz un gajo de luna......

A las ocho de la noche, rompiendo el vasto silencio con penetrantes notas, resonó en el centro del valle el toque de *atención, parte y diana.* Y no bien se había extinguido la última vibración, cuando allá en el extremo del cerro de la Medrano, vibró otro toque igual, al par que también el puesto del cerro de la Cueva lo repetía.

"*¡Atención, parte y diana!*"... Lamentáronse, simultáneos, los mismos toques en todos los puestos del valle, produciendo

extraña y fantástica letanía que los ecos de la Sierra repitieron y multiplicaron, hasta perderse en los vastos y negros confines, en un vago y melancólico *decrescendo*, expirando tristísimamente en el hondo misterio, en la soledad, en el silencio, en las tinieblas, bajo la melancolía de la luna......

Hacía un frío intenso, y Miguel, taciturno, en pie, envuelto en su capote, apostado tras de una cerca de adobes de un casuchón semiderruido, contemplaba á su frente, como á unos veinte metros, las negras paredes de la casa de Cruz. Y el trozo de luna iluminando el horizonte con lívida claridad, envolvía el paisaje en un velo de cruel pesadilla......

Miguel sentía renacer en su alma la tristeza inconmensurable que constituía el fondo de su ser......Pensó en su madre desgraciada, en su pasado sin una sola alegría, sin una fé, sin un amor: en su porvenir destruido; en la fatalidad que hacía de su corazón un corazón desgraciado......

Pero, ante el horror y la tristeza de Tomochic palidecían sus propias amarguras......

¿Era posible que aquellos obcecados que velaban esperando la muerte, y tras ella la vida eterna en el paraíso, fuesen más felices que él, que vivía sin esperanza, abaitdo?......¡Ah! ¿y Julia? aquella mujercita tan viva, tan linda, la de ojos obscuros; tan elocuentes, tan melancólicos......¡Qué pasión tan extraña!......

Evocó otra vez el idilio nupcial. Resurgieron sus mismos pensamientos:

...en unas cuantas palabras había adivinado una historia dolorosa soportada con dulce resignación, con la sonrisa beatífica del mártir que entrevé el cielo.

Y con estremecimiento de indignación re

cordaba la incalificable abyección suya, de poseerla en un momento de embriaguez, cediendo á los impulsos de bestia que, como una invasión de demencia, le arrebataban en las horas de orgía!...Mas luego atenuaba su falta hasta absolverse......

Ella había consentido, como cosa inevitable, como resignada al predominio del hombre, y experimentando, ante la juventud de Miguel, las primeras voluptuosidades del amor, en el despertamiento de su adolescencia.......

De pronto, tornó á desgarrar el silencio de la noche, el toque de *atención*, *parte y diana*, cuyas notas metálicas resonaban en un coro gigantesco y fantástico de cornetas marciales......*Atención*, *parte y diana* iba repitiendo cada corneta hasta llegar al del último puesto, allá en la iglesia humeante.......

Después eran los ecos de las montañas los que repetían la última parte del toque, aquella diana sarcástica que iría á llevar sus acentos al fiero puñado de sublimes fanáticos que repetían en un rincón de México, en el siglo XIX, las inmortales actitudes heroicas cantadas por la poesía épica.

El joven oficial se estremeció nerviosamente cuando el recio mozo que llevaba como corneta de órdenes se incorporó y, con el rostro hacia el Cuartel General, dió al viento la contestación del toque, de aquel toque que significaba el alerta de los puestos.

Después, Miguel tornó á su meditación, paseando á la claridad de la luna en creciente, próxima ya á ocultarse tras el lomo enorme de una montaña,

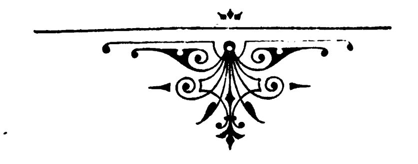
¡Julia!......¿estaba en verdad enamorado de ella ó era el sentimiento que experimentaba una reacción de su naturaleza, una

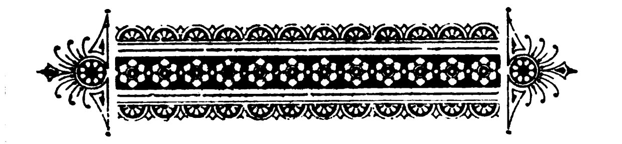
neurosis que ocasionaba en él el prestigio del infortunio y de un trágico destino, unido su nombre y su vida á la vida y al nombre de Tomochic?.....

¡Quién sabe! quién sabe! Y no podía confirmar otra cosa que el hecho de que pensaba en ella.... Y se desesperaba de no haber podido interrogar y mirar detenidamente á las mujeres llegadas esa mañana, á las pobres prisioneras......

Cuando las infelices desfilaron ante él, no la había visto, pero comprendía que bien pudo haber pasado sin conocerla.

Y Miguel en aquellas cavilaciones, ya sentado, ya paseándose, pasó la mitad de la noche, oyendo cada cinco minutos aquel toque de *atención, parte y diana*, repetido tristemente en el silencio, con intervalos regulares, como los golpes de ingente y formidable péndulo, resonando en la soledad del valle, sin luna ya, y en la soledad de su alma, negra también.





XXXIV

¡Rezando y Matando!

A las doce ocurrió un incidente. Ya hacía una hora que se había ocultado la luna, mas en las tinieblas pudiéronse distinguir algunas sombras que se aproximaron al río.

Al momento los tiradores que por aquel lado cerraban el cerco, hicieron fuego. Múltiples detonaciones repercutieron en el gran silencio, prolongadas por los ecos de las montañas. Fué un desgrananiento de truenos en las tinieblas.

Al punto los auxiliares de Sonora acudieron velozmente. Se creía en una salida del enemigo; pero las sombras desaparecieron y en el sitio en que se les había visto se encontraron dos tinajas llenas de agua.

A la luz de una linterna reconocieron entre los breñales huellas de sangre......

—¡Dios quiera que hayan podido beber un traguito de agua esos pobrecitos!— murmuró una voz compasiva......

Al amanecer del día 28 volvieron las fracciones de vigilancia á la casa de Medrano, desde cuya espalda permanecía un puesto de tiradores en observación del

Cuartelito, cuya bandera tricolor seguía ondeando con el viento frío y ligero que soplaba del Noroeste.

Esa mañana llegó otro convoy de pro visiones de Guerrero, con una escolta del 5. ° Regimiento, la que traía también pormenorizadas instrucciones del General Márquez.

Naturalmente, llegaron nuevos barriles de *sotol* y volvió á haber algazara y radiante ofervescencia en la tropa y oficiales.

Allí, dentro de las cuatro paredes del patio de la casa que había sido de los hermanos Medrano, volvieron á oírse las canciones de los soldados, canciones que acompañadas con las notas solemnes de los tomochitecos acordeones resultaban más quejumbrosas, impregnadas de sonoridades místicas, como las de un órgano, que sugerían olores de incienso, visiones de fúnebres cirios......contrastando su melancolía con los rostros alegres y glotones y con aquel borrascoso alboroto, alzándose bajo un cielo de azul inmaculado, en plena frescura—ya que el invierno apenas se iniciaba y únicamente se hacía sentir en las noches y en las mañanas.

Volvieron las fogatas de las fritangas á levantar sus retorcidos penachos de humo.. Y no sólo carne de cerdo guisaban las desarrapadas *viejas*, sino gallos, gallinas y *guajalotes* cogidos en los corrales de las desiertas y humeantes casas.

También habían hecho *barbacoa*, chile frito, patatas guisadas y tortillas de maíz. La vida se refinaba. ¡Muy pocas veces habían comido tan bien!

Tan sólo allá, en un rincón del patio, á la puerta de la vieja troje, en la que un centinela se paseaba aburrido con el fusil al hombro, hubiérase escuchado incesantemen-

te un triste y monótono rumor de rezos, toses, gemidos, quejas, y llorar de niños. Era el departamento de las mujeres *prisioneras*.

A las diez de la mañana, dispuestos en guerrillas y serpenteando entre los sembrados, unos treinta *pimas* pudieron llegar por retaguardia al galerón que ocupaban en la casa de Cruz los soldados prisioneros. Allí los indios de Sonora horadaron las paredes, logrando salvarles.

Dos prisioneros habían muerto de sed y los demás—entre ellos un subteniente del 12.° Batallón, hecho prisionero el día 20—lograron volver salvos al Cuartel General, escoltados por aquellos valientes hijos de Sonora, de aquellos recios indios, dignos rivales de los criollos serranos chihuahuenses.

Dióseles de comer con muchas precauciones, á causa de su gran debilidad, pues llevaban semanas de estar sostenidos sólo con maíz tostado ó crudo que los tomoches les habían dejado.

En cuanto á éstos, encerrados taciturnamente en la casa de Cruz Chávez, seguían mudos y como enterrados en vida, en una vida que era una obstinada y fiera agonía.

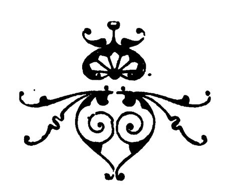
¡Compasión y admiración profunda inspiraba á todos aquel puñado de locos héroes, sufriendo con la atroz y lenta muerte del hambre y la sed, antes que entregarse, clavados en la tierra que creían sagrada, rezando y matando!......

Y los jóvenes oficiales se imaginaban el horror del cuadro, veían en la estancia infecta y obscura aquel montón de hombres que expiraban lentamente, con el rosario en una mano, y en la otra la carabina cargada con los últimos cartuchos bendecidos

primero por la "Santa de Cabora" y después por el mismo caudillo que en la tierra los guió al combate y que en el cielo les conduciría, cual lo había prometido, "á la diestra de Dios Padre"......!

Y Cruz continuaba, creyente y fuerte, al lado de los cadáveres en putrefacción de las últimas víctimas!

....





XXXV.

"Chabolé" el de Sonora.

Bajo un pequeño portal de madera, en la casa de Medrano, ante la puerta de su cuarto, el General, con gorra de fieltro, chaquetón de dril y envuelto el cuello en una mascada gris, se paseaba inquieto y pensativo, golpeando el suelo nerviosamente con una varita.

A veces charlaba con el doctor Arellano y el teniente Méndez, cuyo cañón Hostkiss, tras la pared obturada de la casa, estaba asestado contra la de Cruz Chávez.

Era preciso apoderarse de ella, por hambre, ó mejor dicho, esperar á que murieran extenuados sus defensores para dar por terminada tan sangrienta expedición.

Había afirmado el General, en conversación con algunos oficiales, que en su larga vida de campaña jamás había visto cosa semejante, y que sólo los soldados de un regimiento de zuavos que se hizo temible por su bravura temeraria durante la Invasión Francesa, y los indios *juchitecos* del Estado de Oaxaca, eran comparables con aquellos hombres de los que ya no quedaban vivos ni veinte.

Un sentimiento de compasión para las familias que aun permanecían con ellos, hizo que tratara de convencer por última vez á aquellos obcecados de que se rindieran, de que su obstinación era estúpida y cruel, era blasfema......

¡Ah! debía ser inútil, pues bien compren derían que no se les perdonaría la vida, y tenían que pagarla muy cara quienes se acercaran por ella!......

—¡Que le hablen á *Chabolé!*—gritó el General.

Chabolé era un viejo jefe de los indios de la Sierra de Sonora, temerario cazador de hombres y fieras, hombre que con un poco de *pinole*, una botella de *bacanora*, una carabina y cartuchos, trotaba frescamente veinte leguas diarias en plena sierra.

Conocía muy bien á Cruz Chávez, con quien había conducido mulas hasta la frontera de los Estados Unidos, en tranquilas expediciones de contrabando.

—*Chabolé* ¿serías capaz de ir á hablarle á Cruz?—le preguntó el General Rangel.

—¡Válgame Dios! ¡cómo no, mi jefe!

Dióle instrucciones, y *Chabolé* tomó una botella de *sotol*, arrimó su carabina á la pared, encargándola al primer soldado que vió, y se encaminó plácidamente al cuartel enemigo, ante la estupefacción unánime de todo el campamento.

Con gran sorpresa, desde el *Cuartelito* tomoche le dejaron acercar hasta que llegó junto á la empalizada, semidestruida, la salvó de un salto de acróbata y desapareció.

Después de veinte minutos de ansiedad para quienes lo vieron desaparecer, regresó muy tranquilo.

Y silbando un aire de su tierra, se acercó al General, movió la cabeza y le dijo socarronamente:

—¡Que no se rinden hasta que Dios les quite el alma!

....

He aquí lo que después se supo de su entrevista:

Cuando se halló cerca de las paredes de la casa de Cruz, gritaron por dentro:

—En el nombre del Poder de Dios, ¿qué quieres?

Chabolé, sin detenerse, gritó:—¡Oye, Cruz! ¡Cruz!......¿No me oyes?......¡Soy *Chabolé*!.. ¡Vengo á darte un abrazo y un trago, y á decirte que te rindas!

—¡Acércate y entra!—contestaron.

Chabolé se aproximó, esperando algún tiempo, hasta que abrieron un postigo de la puerta. Entró.

No vió nada, porque estaba obscura la estancia.

—Dame el abrazo y el trago!—oyó que dijo la voz de Cruz, con firme entereza.

Se dieron un abrazo en las tinieblas, notando el valiente emisario que se habían cubierto las aspilleras por dentro. En aquel limbo hediondo faltaba luz y aire. ¡Y debía haber montones de heridos y cadáveres! Oyó algunas quejas de mujer y un murmullo de rezos......

Chabolè sintió que Cruz tomaba la botella y bebía....

Y el héroe le dijo, empujándole suavemente hacia la puerta, cerca de la que se encontraban aquellos antiguos camaradas:

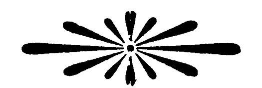
—Bueno, ahora vete y diles que no nos rendimos. ¡Hasta que Nuestro Señor se

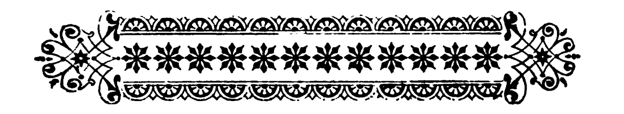
lleve nuestras almas no podrán los pelones de Lucifer tener nuestros cuerpos!

Aquella tarde un suceso imprevisto conmovió al campamento. Entre los prisioneros salvados en la mañana de la casa de Cruz, había uno que pertenecía al "Cuerpo de Seguridad Pública" y que había caído el día 2 de Septiembre en poder de los tomoches. Después fué de los que tomaron las armas contra las fuerzas del Gobierno... ¡Se había pasado al enemigo! ... ¡Era un traidor! El desdichado llegó á batirse desesperadamente en la casa de Cruz.

El día anterior había logrado, con pretexto de ir á llamar á algunos compañeros, llegar á la galera que servía de prisión y allí esperó con los demás, á quienes suplicó no le delatasen. Pero aquéllos, indignados, dieron parte, y después de breve Consejo de guerra extraordinario, fué sentenciado á la pena de muerte.

A las cuatro y media de la tarde, ante las fuerzas en cuadro, y después del toque de "bando" fué fusilado aquel pobre hombre que por cobardía había sido traidor...... Nadie le compadeció......¡ni las soldaderas rezaron por su alma, ni Cruz de Tomochic le ofreció un sitio en el Cielo...!





XXXVI.

El último incendio

Volviéronse á tomar para esa noche las mismas disposiciones de la anterior, y á Miguel le tocó ocupar una de las alas de la iglesia, en la parte correspondiente á las ruinas del antiguo convento.

Aquella tarde un viento húmedo y frío soplaba del Norte, acumulando inmensos nubarrones sobre el cielo que se obscurecía anticipadamente.

Era una tarde de una tristeza infinita. Bien pronto lluvia lenta y menuda descendió sobre el valle gris y frío, desierto y melancólico...... Por entre las rotas techumbres de la iglesia surgían enormes humaredas que iban á confundirse con las nubes, en una paz lúgubre, en una desolación inmensa, en un silencio de muerte......

En el trayecto de la casa de Medrano á la iglesia, Miguel había encontrado cadáveres abandonados sobre el campo, en completa putrefacción y tan despedazados por los cerdos, y tan hechos fango los trajes y las carnes, que era imposible reconocer á

primera vista á qué bando pertenecían. Por el ambiente húmedo dilatábase un hedor nauseabundo.

En el atrio, bajo la lluvia que arreciaba, hizo alto la sección que debía establecerse tras los muros del convento, los cuales veían al *Cuartelito*, para vigilarlo por aquel lado.

El teniente á cuyas órdenes iba Mercado dividió la fuerza, indicando á Miguel que se fuera al mando de algunos hombres hacia los últimos departamentos de la izquierda, los que debían estar en ruinas hacía mucho tiempo pues no obstante estar destechados, no presentaban escombros recientes como los adyacentes á la iglesia, que aun ardían, bajo la lluvia.

La intensidad de la fetidez de putrefacciones le indicó un montón de cadáveres me dio carbonizados que obstruían el paso en una puerta que había que atravesar. Fué preciso removerlos y echar sobre ellos un trozo de viga, á manera de puente, y por allí pasó la tropa, enfilando un viejo claustro hasta llegar al sitio designado.

Aquellas eran las ruinas del antiguo convento edificado por los jesuitas durante el período colonial en la época en que mejor se explotaban los minerales de aquella parte de la Sierra.

¡Qué tristes y sombrías aparecían aquellas ruinas á los ojos del nervioso oficial, bajo la lobreguez de un hosco cielo gris plomo, en un ambiente de osario, espeso y frío, en la neblina parda de la tarde lluvio sa y expirante!...Y Miguel al propio tiempo que anhelaba morir sentía un horror, un terror sin límites ante aquel lujo de aniquilamiento en aquella horrible tarde, entre montones de cadáveres putrefactos,

entre los escombros, cerca de las humaredas últimas, bajo la lluvia glacial......

Violentas ráfagas heladas cortaban como cuchillos los rostros cárdenos de los soldados, de la pobre tropa consternada, enmudecida......

Iban envueltos en sus capotes azules, caladas las capuchas, avanzando como en una fatídica procesión de monjes, al lado del trágico desastre del incendio de la iglesia, que continuaba ardiendo lentamente...

Allí hubo que relevar un pequeño destacamento del 11.° establecido desde la mañana, cuyos hombres habían trabajado todo el día en amontonar los cadáveres, arrojándoles vigas y viejos tablones, para calcinarlos,—fúnebre labor que resultaba espantosamente imperfecta.....

Habían abierto también claraboyas en las paredes que aun estaban en pie, tras las que se apostó la tropa.

Al poco tiempo obscureció por completo......

Miguel, abrumado de fatiga, aniquilado, con asco en el vientre, hiel en la boca y duelo en el alma, entumido por el frío, chorreando agua, se sentó sobre una piedra, contemplando con extraño pavor el edificio obscuro.

Las tinieblas eran densísimas, y sólo allá á lo lejos, entre solitarias concavidades, se advertían fulgores rojizos y constelaciones de chispas. De vez en cuando se oían ruidos distantes: algún trozo de techumbre que se hundía, cualquier pared que se desmoronaba, el crujimiento súbito de una viga al quebrarse....

A las ocho sonaron las notas de las cornetas en el silencio de aquella noche obscurísima y lluviosa: *atenciòn*, *parte y diana*,

repetidas veinte veces en los invisibles contornos del valle... ..

El oficial acurrucado en un rincón, al lado del corneta encargado de contestar la contraseña, dormitó á ratos, despertando á cada momento con grandes sobresaltos nerviosos, creyendo que le sorprendían en aquella falta ó que el enemigo se le echaba encima.

Llovía, llovía......

Y llovió hasta las dos de la madrugada, hora en que el frío se hizo insoportable. al grado de que algunos pobres diablos de soldados se quejaban dolorosamente. como si tuviesen ya los pies invadidos por la gangrena....

Por fin, al amanecer, el viento, soplando con gran fuerza, barrió con las nubes. La lluvia cesó por completo.

Entonces pudo la tropa encender grandes fogatas para secarse, calentándose un poco y asando en ellas los trozos de carne de que iba provista.

Poco después llegó un ayudante del General, diciendo que esa mañana, á las diez, se tomaría el *Cuartelito*, debiendo la fuerza que ocupaba la iglesia permanecer á la expectativa, sin abandonar el puesto, limitándose su papel á evitar toda fuga del enemigo por el espacio que abarcara el alcance de sus fuegos.

Miguel se preparó á presenciar el asalto tras las claraboyas practicadas en la vetusta pared del convento. Iba acostumbrándose ya á todos los prodigios del horror; iba teniendo la íntima conciencia de que se veteranizaba.. Ya contemplaba el espectáculo de los incendios y de los cadáveres como se mira un panorama conocido, que no por imponente deja de ser familiar, como una admirable montaña, una cata-

rata ó el monótono tumulto de las eternas olas......

En la casa de Cruz seguía el silencio mortal de los días anteriores.... Y el joven oficial viò acercarse á ella grupos de soldados, cargados con botes de petróleo, rastrojo y ramas secas, como para la toma de la iglesia......El cañón desde la casa Medrano, hizo tres disparos y luego fué el asalto.

Los soldados, á los gritos de—¡Viva el once Batallón!—y al toque de ataque se precipitaron cargados de combustible, listos sus encendidos hachones, hacia las paredes de la casa cuyas aspilleras se cubrieron de humo de pólvora. Oyéronse algunos disparos.

Los asaltantes, tras la empalizada que cercaba el *Cuartelito* y tras montones de piedras, hicieron alto y se correspondió al tiroteo, apuntando á las aspilleras, para quebrantar la resistencia. Después se precipitaron á la carga, lanzando nuevamente los gritos que tanto animaban á los soldados:

—¡Viva el Onceno Batallón! ¡Viva México!

Y allá, tras las paredes acribilladas á balazos, contestaron como siempre aquellos clamores que causaban pavor y presagiaban la muerte:

—¡Viva el gran Poder de Dios! ¡Viva María Santísima! ¡Vengan los del Once!

Tres soldados se abalanzaron sobre una de las esquinas, y allí, rápidamente, mientras un fuego nutridísimo de los suyos desportillaba los adobes, ellos, subiendo unos sobre otros, agarrándose de las piedras salientes é hincando las rodillas en los huecos, treparon á la azotea que sólo tenía una altura de cinco metros. Cuando el pri-

mero puso el pie en ella, alzándose con las manos ensangrentadas, todos prorrumpieron en aplausos, bravos y vivas. El caserón había enmudecido, ya no volvieron á escucharse surgiendo de su interior, sino escasos gritos y disparos......

Aquello produjo cierta inquietud y cierta vacilación en los asaltantes; mas luego el primero que subió dió la mano á otros, y éstos á otros....

Y se les pasaron unas barretas de acero, y principiaron á horadar el techo; después subieron los oficiales. Un cabo corrió á quitar la bandera cuya asta se alzaba al borde de una pared. Los soldados de abajo arrojaron á los de arriba hachones, rastrojo, leña seca y petróleo...... Se la encendió, y ardiendo, por un gran boquete abierto lanzaron al interior aquellos infernales haces, aquellos chorros de lumbre......

Los sitiados enmudecidos ya, apenas contestaban; hacían fuego de vez en cuando, de abajo hacia arriba, por la chimenea, desde cuyo remate, en sentido inverso, vaciaban á ciegas los asaltantes sus fusiles que producían un horroroso crepitamiento sordo.....

Después... de las horadaciones del techo salieron lentamente columnas de humo negroy fétido. Las detonaciones cesaron... Los soldados que estaban en la azotea, sintiéndola crujir, saltaron á tierra.

En esta vez las descargas tomoches habían fallado. ¡Ni un solo cadáver, ni un solo herido había costado incendiar la inexpugnable fortaleza tomada por fuego y hambre!......Entonces todos comprendieron que los defensores agonizaban.

Partió, á la sazòn, del Cuartel General el toque de "diana," que repitieron en diversos

tonos todas las cornetas, en señal del fin de la campaña. Y sus notas bélicas tan alegres, resonaron lúgubremente en medio de aquel campo de tristeza, de cenizas y de ruinas, en aquel pútrido valle de tumbas humeantes y de cadáveres insepultos.

La campaña estaba terminada; el último reducto ardía presa de inmensas y silbantes llamas que el recio viento de aquella mañana avivaba, en tanto que, rápidas, epilépticas, vibraban en el ambiente frío, las dianas, contrastando su atronador regocijo marcial con la desolación de aquel panorama horrible.

Secciones de soldados con camillas improvisadas llegaron á la casa cuyo incendio atizábase. A barretazos se echó abajo la puerta. Y algunos *pimas* penetraron al interior de aquel horno, reapareciendo después, negros de humo y de cenizas, cargando los heridos *tomoches* como fardos de carne humana semipalpitante aún, fardos sangrientos y medio calcinados que surgían silenciosos, de un ambiente de infierno......

Desde lejos, en actitudes taciturnas, contemplando los trágicos progresos del incendio del último baluarte de Tomochic, había soldados del 11.°, 24.° y Auxiliares de Chihuahua. Algunos instalaban en las camillas á los infelices que sacaban de entre el humo y las llamas.

Un oficial llegó á caballo, á comunicar al capitán del 11.° que dirigió el golpe contra el *Cuartelito*, de orden del General Rangel, que á toda costa salvara á los que aun quedasen vivos dentro, especialmente á las mujeres.

Fué un gran trabajo de abnegación, un heroísmo en la pobre tropa apiadada ante el patético estrago, pues la mayor parte de

los tomoches morían al recibir el aire frío del valle; otros, expirantes, contemplaban con mirada vidriosa á sus vencedores, y los más fuertes levantaban los brazos, con los puños crispados, incorporándose con gesto de amenaza, retorciéndose con violencias de odio, concentrando su última energía para gritarles:

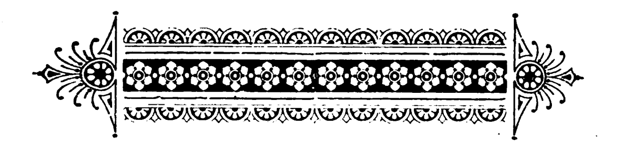
—¡Viva el Poder de Dios, "mueran los pelones!"

Los cadáveres eran aventados en montón por las *faginas* que les arrojaban vigas ardiendo, para calcinarlos. Los heridos fueron llevados sobre las camillas á una casa próxima cuyo portal no había sido tocado por el fuego.

Ningún tomochiteco pudo ir por su pie, pues si había cuatro ó cinco que no estaban heridos, hallábanse tan débiles por el hambre y la sed, que se desvanecían cayendo en tierra.

El General,—que se negó á presenciar tan espantoso espectáculo,—envió al Jefe de la Ambulancia á darse cuenta oficialmente, técnicamente, de la inutilidad de todo auxilio médico, porque ni lo habría, ni era necesario ya, puesto que para tomar el castillo del "Papa de Tomochic" se había esperado la agonía de sus últimos defensores......





XXXVII.

¡VIVA LA MUERTE!

Bajo un portalito semidestechado por el incendio que lo había respetado en parte, perpendiculares á las paredes ennegrecidas, tendidos boca arriba como en el *descanso* de un anfiteatro, ó cual si estuviesen expuestos en una *Morgue* terrible, estaban en fila los últimos siete tomochitecos, retorciéndose, de rostros espectrales, contemplando con opacas miradas agónicas las lejanías del valle querido y sacro que se extendía lúgubremente.

Y, revuelta entre los harapos negruzcos y hediondos que la semicubrían, sanguinolento el rostro, presa del último hipo, extendidos en cruz los brazos nudosos y flacos, había una mujer, ¡una mujer que se había batido también, una mujer!

Tenía las manos quemadas por la pólvora. Y una canana vacía le cruzaba el seno desnudo.........Bajo la canana advertíase un rosario ensangrentado......

El gran caudillo, el pontífice héroe, estaba á su flanco, inmóvil el alto cuerpo, con

una pierna hecha un atroz colgajo, un brazo atado con una venda azul con manchas de sangre, descubierta la cabeza de crespa y alborotadísima luenga melena. Y su gran barba negra rodeándole el rostro flaco de soberbia nariz de águila le hacía aparecer aún más imponente, despertando en el ánimo más pobre una inmensa admiración, una piedad profunda......

Así, sublime, en su actitud trágica de gladiador heroico, al lado de su esposa y de su hermano exánime de hambre; así le vió Miguel, cuando pasó con su tropa, frente de la triste casa.

El oficial apartó el rostro para no mirar aquel espectáculo inaudito, aquel enfilamiento de agonizantes, colección de vivos mucho más siniestra que una de muertos. Y él que se creía familiarizado ya con todos los prodigios del horror, volvió el rostro, ¡para no ver aquello!

—Ay!......lástima de hombres, mi subteniente, lástima de hombres!—díjole un sargento enternecido.

—Es verdad...... ¡lástima!—contestó.

Allá en el campamento que se había ensanchado apenas principió el incendio del *Cuartelito*, había un resurgimiento de algazara, un desbordarse de entusiasmo, gritos y carcajadas

¡El fin de Tomochic! ¡ya no habría peligros ni fatigas, ya no se batirían más; todo había concluido!......y ya podrían en lo de adelante contar con orgullo:—¡estuve en Tomochic!

El *sotol* circulaba,y tropa, oficiales, paisanos y soldados, enardecidos por el triunfo, bebían y brindaban por sus Cuerpos y sus jefes, por los Nacionales de Sonora, por el General Rangel y por el Gobierno....

y también por los muertos y los heridos... y por las mismas almas de los tomoches...

Miguel, sombrío, contemplaba con rostro de idiota, el lejano horizonte, el cerco de montañas, el cielo ya de una limpidez purísima, manchado á trechos por el humo del incendio, la casa en plena ignición, los escombros de las casuchas casi demolidas; el río pasando impasible y reverberante á lo lejos; y en torno del oficial, el estruendoso tumulto alegre de la oficialidad, la indiada y la soldadesca festejando la victoria.

De repente sonó una detonación próxima, luego otra, y otras más ..... Después cayó un silencio extraño. La barahunda cesó. Era un silencio de muerte.

Miguel se incorporó, volviendo á la realidad, como al despertar de un sueño prolongado y denso.

—¿Qué sucede?—preguntó á un oficial que silbaba á la sordina, muy tranquilo, un aire de zarzuela alegre.

—Nada, hombre, no te asustes; ya se acabó todo. los acaban de fusilar......¡Una obra de misericordia......los han rematado!

—¿A quiénes?......

—A quiénes ha de ser, pen...co, á los últimos *tomoches*.

Era verdad. Así, tendidos y moribundos, sangrando, humeando todavía sus carnes y sus harapos, les acababan de fusilar!

—¡Bendito sea Dios!—murmuró una soldadera arrodillada, santiguándose......

¡Con el último *temochiteco* había terminado la campaña de Tomochic!..............

....

En la tarde se nombraron faginas para efectuar la incineración de los cadáveres tendidos en el valle y en las faldas de los cerros.

Se les amontonaban unos sobre otros, se les arrojaban grandes leños y se prendía fuego. Y nada más repugnante y triste que el espectáculo aquel. Una densa fetidez irradiaba de aquellos montones, invadiendo toda la cuenca de Tomochic......

Agotada la leña, los fatídicos hacinamientos continuaban ardiendo lentamente, con la propia grasa de la carne humana, dispersando los miembros, transformando los calcinados cuerpos, ennegreciendo cráneos pelados, de espantosos ojos, arrancando de las bocas de los rostros que escurrían, flamulillas violáceas!......Olor de trapo quemado, de carnaza chamuscada, de nauseabunda podredumbre y de humano estiércol......

Asqueado y abatido, y clavado en el alma el pensamiento de Julia, Miguel intentó, esa tarde, interrogar á alguna de las mujeres prisioneras que salían á llevar agua á las enfermas; pero en el momento de ir á hacerlo, se mandó formar la fuerza del 9.° para instalarla en otro sitio, allá en el límite del valle, en una casa situada al pie del monte y fuera del núcleo de escombros.

El 11.°, 12.° y 24.° con el Estado Mayor, también cambiaron de instalación, acampando en unos amplios corrales, al lado del cerro de la Medrano. Cerca de éstos quedaron los Nacionales de Sonora, los dragones de "Seguridad Pública" y los del piquete del 5.° Regimiento.

A cargo de éste se dejó una gran cantidad de caballos, mulas, asnos, reses y carneros, animales todos recogidos en los campos abandonados.

Las soldaderas entraron, ya sin temor, desenfrenadamente á saco en aquellas cuantas casas destruidas á sangre y á fuego,

apoderándose de cuanto encontraban, exponiéndose á que algún techo se desplomara sobre ellas..... ¡Nunca como entonces estuvieron tan contentas, suelto su instinto de rapiña, libres sus uñas, abiertas sus bocas!

El subteniente Mercado quedó cerca del General para llevar órdenes en la noche, al nuevo alojamiento del 9.°, y como éste distaba cerca de media legua del Cuartel general, se le prestó un caballo con una montura de tropa.

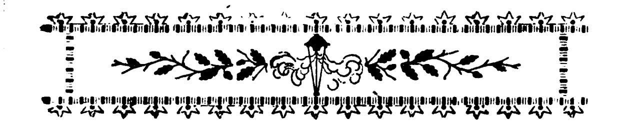
Para transmitir una orden tuvo que atravesar por entre las ruinas y el incendio aun no extinguido, y pasó á galope, contemplando con lúgubre voluptuosidad la dantesca escena, evitando las fatídicas hogueras en que ardían los cadáveres amontonados, sintiendo, á veces, en lo íntimo, una alegría feroz ante la desolación del fuego y de la muerte.

Antes de montar, habíase bebido en dos tragos un cuartillo de *sotol*......y al sentirse sobre un caballo fresco y nervioso, arrancando á galope, creyóse transformar en relámpago cruzando á través de una catástrofe......

Pluguiéronle las ráfagas frías que pasaron cantando á sus oídos, y arrancándose el kepis, cual si le hubiese contagiado la extinta locura de Tomochic, ebrio y dichoso, al hundir los acicates en los flancos del corcel gritó con alarido salvaje en la soledad y en el silencio:

—¡Hurra!......¡Sotol y petróleo!......¡Viva la muerte!......





XXXVIII.

La Santa de Cabora.

—¡As de copas á la puerta, viejo!—dijo gravemente el capitán de *nacionales.*

—*¡Cáiganse muertos con mis jolas!*—aulló Castorena, zapateando un escandaloso *jarabe* en tanto que Mercado le tendía por entre el apretado corrillo de oficiales un fajo de pequeños billetes

—¡Condenada suerte la de este vate inmundo!—clamó furioso el teniente Torrea.

—¡Si no se larga ese payaso no seguimos!—apoyó el capitán.

—¡Fuera el poetastro!......¡Echenlo!

—¡Fuera!.........¡fuera!—gritaron en coro varios oficiales, impacientes porque el subteniente histrión impedía, él solo con su barahunda, la gravedad del juego.

Numerosos oficiales de todos los Cuerpos habíanse reunido para "echar alburitos." Y en el centro de una amplia y polvorienta caballeriza convertida en "pabellón de señores oficiales," habíase tendido un gris sarape de tropa transformado en tapete, sobre el cual el digno capitán, sen

tado á la turça, entre trago y trago de *sotol, ponía el monte para que se divirtieran los muchachos.*

En torno del tapete los "puntos," sentados algunos sobre toscas zaleas ó sobre sus propios capotes y otros de pie, apostaban. Miguel hallábase entre ellos, buscando una nueva sensación en el afán de las apuestas.

Castorena, un tanto borracho, correteaba, bebía, cantaba y bailaba, valiéndose de su camarada para jugar también, con una suerte loca que exasperaba al viejo capitán cuyo charro sombrero galoneado de oro, era una tinta pintoresca y exótica entre los polvorientos paños de sol de los kepis de los oficiales.

—¡Me falta un *loco!* ¡Me falta un *loco!* —aulló de súbito el poetastro, cesando de redoblar los saltos de su jarabe, y recontando sus billetes —¿No te lo cogiste tú, viejo filósofo?...¡Me falta un loco, señores!......

—¿Qué más loco que tú?......

—¡Fuera con ese 'rejijo de la tristeza"!..

—Rey y sota......Pongan claro su dinero, señores... Favor de echarse á retaguardia...... el dinero habla......

—¡La sota, la sotita linda!—y Castorena entusiasmado improvisó:

El *sotol* se me alborota
En medio de estos jarabes,
Señores pongo á la sota
El tesoro de Cruz Chávez.

Silencio repentino. Nadie rió. El profanado nombre del triste héroe de Tomochic cayó en aquella algarabía, produciendo no las carcajadas ó las bravatas de los jóvenes oficiales como cuando brindara el mismo chabacano versero por la destrucción del pueblo, sino un respeto

espontáneo y hondo ante la memoria de aquel infortunado paladín......

Miguel, colérico, levantóse, sintiendo hacia Castorena otra vez la antigua repugnancia. Lo volvía á ver raquítico, vulgar, indigno payaso cuyo rostro no era ya sino una eterna máscara grotesca......

¡Apenas podía comprender cómo ese granuja había podido ser transformado en un instante de muerte, en un héroe!

—¡Es una cobardía burlarse así de un valiente muerto!—le escupió al rostro......

—Hermano, tienes razón, pero tú sabes que estoy preocupadísimo con tantas *faginas* como están mandando para buscar los tesoros de Tomochic, como si esto fuera una Tenochtitlán.

Miguel iba á alejarse, disgustado en su veneración al heroísmo de la extinta raza tomochiteca, cuando Castorena, que empezaba á querer á aquel pobre diablo de oficial tristón y pensativo, le retuvo, diciéndole:

—¿Quieres un trago de coñac, legítimo coñac del que trajeron para el General?

—¡Eh?......¿coñac?—Y Miguel cedió al punto, vencido por su vicio.

Fuéronse á un rincón donde Castorena tenía oculto un frasco, del que bebieron alternativamente.

—Hombre!......De veras: ¡es coñac!

—¡Ya lo creo!...Mejor no lo hemos tomado ni en México......Mira, Mercado, en serio te lo digo, he conseguido este delicioso veneno con un tesoro de Tomochic que me encontré esta mañana que fuí de fagina á la Iglesia.

—¿Un tesoro de Tomochic?......

—Sí......¡la Santa de Cabora!......No viva....eso hubiera sido mejor, sino en imagen......Un *pima* que fué á Guerrero y vino

de escolta del convoy, me ofreció el coñac para cambiarlo por la Santa de su tierra......Los dos hicimos buen negocio.

Miguel, completamente presa sumisa del hombre á quien tanto despreciara un momento antes, había quedado pensativo al escuchar el nombre de la prestigiada mujer cuyo solo recuerdo sostuviera la hosca obstinación de una fuerte raza digna de vivir y de ser tronco de mexicanos pueblos robustos.

La Santa de Cabora!......

¿Era una alucinada?...... —se preguntó. —¿Fué también, una ilusa aquella criatura toda nervios, vibrante y dulce, dulce y tenaz, que llevaba en sus ojos una llama turbadora, ya estimulante y fiera como una ración de aguardiente y pólvora, ya benigna y plácida y adormecedora como un humo de opio?......

¡La Santa de Cabora!....

¿Habían inducido aquellos sus ojos elocuentes y fúlgidos—cuya radiación circundaba su rostro con un nimbo que encendía entusiasmos milagrosos en los pobres peregrinos que iban á ella desde lejanas serranías—habían sugestionado á los pueblos montañeses de Sonora, de Sinaloa y de Chihuahua para que centellasen aquellas rebeliones y aquellas turbulencias que sólo podían ser aplacadas ahogándolas en llamas y sangre?......

¿No era acaso un instrumento finísimo, un cristal, manejado en la sombra por ocultas manos, para que á través de sus facetas y de sus aristas los hombres incultos y fuertes, los serranos ignaros y heroicos, perpetuasen en los baluartes inexpugnables de sus montes una guerra horrenda de mexicanos contra mexicanos, en el santo nombre de Dios?......

¡La Santa de Cabora!......

¿Fué aquella Teresita Urrea, hija humilde del Norte de Sinaloa (1), crecida y nutrida en Sonora, en el umbral de un teatro de sombríos estragos, escuchando el grito de guerra y odio del yaqui rebelde, la que fulminado había el alma ingenua y terrible de Tomochic con el delirio de un misticismo ferozmente armado de carabinas Winchester, con una locura acorazada con el lema de "*en el nombre del Gran Poder de Dios?*" ....

...¿Qué papel había desempeñado aquella pobre muchacha histérica cuya epilepsia pacífica sugería tales embriagueces bélicas en los aislados hombres fieras de las montañas, qué juego inconsciente desarrolló en el misterio primitivo de la épica rebelión de Tomochic?......

¡Teresita Urrea, la Santa de Cabora!......

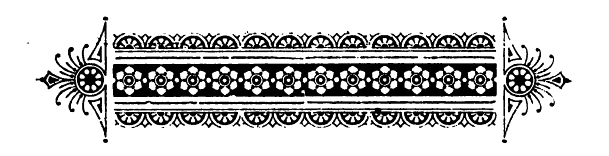
¿Qué menguados espíritus habían hecho de la dulce niña enferma un volcán en erupción de rayos, un manantial de sangre, hiel, lágrimas y veneno, una incubadora de águilas y cuervos, una bandera de odio y matanza, un fatídico estandarte rojo signado con cruz negra?......

Oh! ¿quiénes eran aquellos indignos mexicanos, que peores que los antiguos bandidos de tantos "pronunciamientos" provocaban la guerra civil, sin el valor siquiera de combatir en ella, sin tener en su crimen el atenuante de la bravura de saber morir?......

Tal pensaba Miguel, ante el cómico asombro de Castorena que lo juzgaba loco......

---

(1) La famosa "Santa de Cabora," llamada también popularmente "Teresita," Teresa Urrea, nació en Ocoroni, Estado de Sinaloa, el 15 de Octubre de 1873 y murió en Cliffton, Arizona, el 12 de Febrero de 1906.



XXXVIII.

Luego, ¡Julia había muerto!

El subteniente Mercado que se encontraba de "imaginaria" (1), listo para entrar de "guardia en prevención" á las seis de la tarde, salió al patio donde debía "pasar revista" á los hombres nombrados para aquel servicio.

—¡Esos de imaginaria á formar!—gritó con áspera voz, que fué repetida por un sargento, segundo comandante de la guardia.

Después de pasada la reglamentaria revista, Miguel salió al portón......

Era un espléndido día aquel 30 de Octubre. Había helado fuertemente en la madrugada, pero el sol apareció tras las montañas en un cielo de azul purísimo.

No obstante, continuaba sobre el campo el sombrío espectáculo del desastre, y los mismos contornos tristes de las casas arruinadas y de la iglesia en escombros, ardiendo silenciosamente, abandonada, vomitando negras humaredas, tornaron á angustiar al oficial, predisponiéndole más que nunca á la tristeza.

---

(1) Servicio militar de 24 horas de duración que precede al de "guardia en prevención."

Esa mañana misma, después de almorzar unos trozos de carne de res con patatas cocidas y un poco de café caliente, comprado carísimo á las viejas soldaderas, había ido, al mando de 20 hombres, á hacer algunas excavaciones en la iglesia donde creíase encontrar el tesoro de Cruz.

Sólo cadáveres horriblemente aplastados bajo las piedras, campanillas viejas, papeles chamuscados, retratos de la Santa de Cabora, y trozos de metal se encontraron.

Allá en el *Cuartelito*, otra fagina removía también los escombros, sacando cadáveres de hombres, mujeres y niños, carabinas, fusiles, bayonetas, pistolas y un prodigioso número de cartuchos quemados Se encontró también un kepis de teniente coronel. Sin duda el del teniente coronel Ramírez, prisionero de Tomochic y á quien Cruz Chávez puso orgullosamente en libertad, en un arranque magnífico.

Se pudo reconocer sobre las paredes de las destechadas casas las huellas del plomo de los proyectiles de las tropas y los múltiples boquetes abiertos por el cañoncito, pudiéndose comprender perfectamente la inutilidad de sus descargas sobre aquellos durísimos adobes.

Dado el total de granadas y botes de metralla lanzados, sólo un pequeñísimo número habían producido cierto efecto material sobre el pueblo. Efecto moral, ninguno, ó tal vez negativo...Cuentan que Cruz Chávez le llamaba "el Anteojo del Diablo" y Pedro Chaparro lo designaba con una frase pintoresca y cruda.

¡Ah! lo más terrible, lo que causaba dolorosísima impresión en el ánimo, eran los destrozos y estragos del incendio que sólo

dos casas habían respetado, "de orden superior."

La lenta combustión de los cadáveres continuaba en todos sus detalles siniestros. El viento llevaba las cenizas y avivaba las llamas de las fúnebres hogueras, en torno de las que vagaban, gruñendo sordamente, cerdos voraces que se cebaban en la humana carnaza aun intacta por el fuego.

Tanta repugnancia causaba aquel espectáculo, que las *viejas* soldaderas ya no guisaban con manteca de cerdo, ni comían su carne, porque era nutrida con carne humana.

Y recordando el subteniente el relato del sargento oaxaqueño, tornaba á presenciar los combates de cerdos y perros en torno de los cadáveres tomoches.

Vió á los pobres perros, flacos, mohinos y azorados, vagando de casa en casa, aullando dolorosamente, y huyendo despavoridos en cuanto veían acercárseles los soldados, que les arrojaban carne, la cual desdeñaban, no obstante el hambre que los devoraba.

La casa que ocupaba la fuerza del 9. ° Batallón, era la de un tal Reyes Domínguez, fuera del núcleo del caserío.

Se la había respetado porque aquél fué uno de los pocos hijos de Tomochic que no siguieron la causa de Cruz Chávez, de quien era cuñado, pues estaba casado con una hermana suya.

Reyes hacía mucho tiempo que se encontraba cerca de ciudad Guerrero con su familia y un viejo francés que había sido maestro de escuela en Tomochic y que había huido también de aquel valle de frenética locura.

En cuanto Domínguez supo el desastre, muy favorable para él, se trasladó en día y medio á su casa donde, por supuesto, se encontró sin su ganado y sin los granos que tenía almacenados. El General le prometió amplias compensaciones, ya que por otra parte los informes de aquel excepcional tomoche habían sido muy útiles.

En el patio de su casa la tropa descansaba, tranquila ya, sin algazara estruendosa, ni duelo, cual si estuviese en un cuartel de México, charlando y comentando los últimos acontecimientos, al lado de sus mujeres. Muchos gozaban de su luna de miel habiendo tomado como compañeras á las viudas de los camaradas del 11. ° Batallón...¡Ni peores ni mejores que las del 9. °!

A las cinco de la tarde volvió el campamento á conmoverse con el espectáculo de la procesión de las mujeres y niños que fueron trasladados á la casa de Reyes Domínguez.

Al saber que el tristísimo rebaño iba á ser encerrado en la casa que ocupaba el 9. °, Miguel palpitó de alegría......¡Iba á saber de su Julia, iba á verla, tal vez iba á besarla, acaso con el impulso más puro, con el afán más casto, con el alma, no con los labios, como á una infeliz hermana!......

Y se apostó en el umbral mismo del vetusto portón para ser rozado por el desfile de las "prisioneras."

Contuvo su emoción y miró. Las pobres arrastrábanse con igual tristeza, pero más erguidas y más limpias. ¡Al fin habían comido, se habían lavado y vestido!.. Las mujeres heridas habían sido curadas. El General Rangel se había mostrado mag-

nánimo, el veterano enternecido que no tuvo rubor en llorar ante el infortunio de aquellas víctimas inocentes de la locura de los suyos, el General, implacable con los hombres de Tomochic,—como era su deber militar—mostrábase generoso y solícito con las pobres huérfanas y viudas supervivientes,—cual era su deber humano.

Miguel se lo agradeció en lo íntimo de su alma altiva, en nombre de su hermana Julia, y dentro de sí su pensamiento correspondió á aquel: "¡Bien por el 9.° Batallón!" con un patético—"¡Bien por el General Rangel!"

......Y á medida que iban pasando las silenciosas cautivas un frío de dolor le bañaba el cuerpo... ..¡No, Julia no pasaba!...

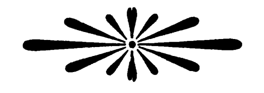
Se dió exacta cuenta de todos los rostros, de todos los gestos.—Ya marchaban con las cabezas descubiertas.—¡No, no reconocía á Julia Luego: había muerto!

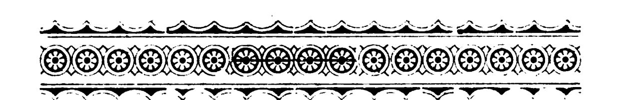
......Cerraba la marcha una improvisada camilla conducida por dos *pimas*......

—¿Quién va ahí?—preguntó.

—Una vieja que se está muriendo—le contestaron.

Luego: ¡Julia había muerto!





XXXIX.

¡Chapultepec, Chapultepec!

A las seis de la tarde Miguel relevó el servicio de "guardia en prevención" en la casa de Reyes Domínguez, cuartel del 9.° y asilo y prisión de las familias supervivientes de Tomochic.

Una hora antes había llegado de ciudad Concepción Guerrero, con un convoy militar la correspondencia destinada á los oficiales, ya que concluida la campaña restablecíase la vida normal.

Un ayudante entregó al subteniente de guardia una carta......¿Quién podría escribirle á él que no tenía amigos, ni deudos, ni novia?...

Ya había obscurecido totalmente. Tuvo que aproximarse á la luz de un exiguo farol encaramado en lo alto de recio pedrusco en el umbral del zaguán... .....

Leyó el sobre......

—¡Mamá!......¡pobre mamá!—dijo casi en voz alta, enternecido de pronto, desarmado en su hosco pesimismo, como echándose á sí propio un duro reproche...¡Aun había quien pensaba en él...quien no le abandonaba, quien no le dejaba solo!......

Y, quitándose el kepis, para poder acercar más su rostro á la sórdida luz amarillenta del farol, rompió la cubierta y leyó:

"Octubre 19 de 1892.

"Hijo querido:

"¡Ojalá que el cambio de guarnición te alegre un poco y te cures de tus enfermedades! Dicen que Chihuahua tiene un temperamento muy sano...¿Te has aliviado?...¿Estás mejor? ..

"Pensaba no escribirte para no amargar más tu vida, pero es preciso que te comunique que soy muy desgraciada y que no me pertenezco; que Leandro, mi esposo, arrepentido, ha vuelto y me lleva lejos de México, al extranjero ¡quién sabe á dónde! Sé bueno y perdona á tu madre que te quiere con toda su alma......Ya te escribiré.

"Piensa en Dios, único consuelo de los que sufren...ora y ten fé.

"Tu madre

ANGELA."

—¡También ella!......Me deja, se va con un hombre que no es mi padre, con un mal hombre!

Y el infeliz Miguel, presa de horrible vértigo, experimentó un ansia infinita, se le oprimió el pecho, faltóle aire, nubláronsele los ojos y sollozó.

Sollozó en un rincón del portal, tras del centinela del "salvaguardia," anonadado por aquel golpe terrible. ¡Ya no había nada en el mundo! Todo era falso en la vida......la realidad era horrible......su misma madre le abandonaba voluntariamente......¡dejándole solo....!

¡Solo..... ¡Qué siniestra palabra! Ella resumía todo el infortunio de su vida desventurada, encerraba la amargura, el desencanto, el tedio infinito á que se vería perpetuamente condenado!

Y aquella alma débil y excitable, aquel joven nerviosísimo, aquel trozo de vibrante cuerda, arrebatado y conducido por extraña ráfaga casual entre breñales y rocas, hasta el cráter de un volcán, hasta el vértice del horror trágico, sacudido por el deber, por el odio, por el vicio, por la guerra, por el amor y por el dolor; aquella alma débil de poeta y de filósofo triste, sintió una sumersión tan honda en el fango de la vida, experimentó tal amargura, tal náusea de las cosas humanas, que pronunció por primera vez una antigua frase sombría: ¡Más me valiera no haber nacido!—y luego agregó en lúgubre monólogo:.....—Nada es cierto.....Ni la poesía de la guerra, ni la poesía del heroísmo, ni la poesía dela maternidad!......Solo!......Solo! ......¡Maldito, maldito sea yo!......

En plena furia de desesperación tuvo la rara lucidez de comprender que era presa deun demonio deepilepsia y locura...Requirió su carabina, que había dejado apoyada contra la roca en que se asentaba el farol, y se puso mecánicamente el kepis; palpó, luego, los cartuchos de su canana.........y después, sin pensamiento, y mirando el entrar y salir de alegres oficiales, permaneció inmóvil, perdiendo toda noción de tiempo, toda conciencia.

– Con permiso de Ud., mi subteniente, se relevan los centinelas—díjole el "cabo de cuarto."

Despertó. Tornó á sentir atroz fatiga y amarga hiel, pero, resignándose, por hábito, á las asperezas que vienen de arriba,

"de orden superior," el educado en la férrea disciplina del Colegio Militar contestó enérgicamente:

—Bueno. Y que ese centinela de las prisioneras no deje acercarse ni á los oficiales......eh!......

Y dejando el "cuerpo de guardia," salió al campo, donde ante la puerta, en torno de una plácida fogata, charlaba un corrillo de oficiales con el único hombre tomochiteco vivo, con el famoso Reyes Domínguez, cuñado de Cruz Chávez.

Contaba detalles atroces de la locura que había contagiado á su tierra y á los suyos, de aquella locura que parecía haberse apoderado hasta de los perros, hasta de las piedras de Tomochic......

Y en el revuelto raudal de la charla, Miguel oía decir lo ya sabido, que era horrible; y adivinaba lo que todos callaban, que era peor......

Un núcleo de hombres demasiado fuertes y demasiado ignorantes, aunque inteligentes; falta de silabarios y sobra de "imágenes;" mucho orgullo en almas místicas, extrañamente místicas, que se desbordaron, y rompiendo hasta el cisma, entregáronse al delirio; la Santa de Cabora y los que le soplaban como á una funesta pitonisa; las demasías de las autoridades mínimas, los desmanes de la soldadesca, causas grandes por dentro y pequeñas chispas por fuera......

Y Miguel reconocía que la Suprema Autoridad Nacional había cumplido con su deber sofocando de golpe, á sangre y fuego, aquella rebelión.

El grito de guerra de Tomochic, orgulloso y místico, sostenido por una audacia inaudita y por unas magníficas carabinas Winchester, diabólicamente manejadas en

el fondo de la gran Sierra, tenía que ser ahogado, como lo fué: ¡sin misericordia!

......Por un momento el subteniente intentó imaginarse lo que hubiera sido en Chihuahua, en Sonora, en la República entera, el contagio de la locura de Tomochic por toda la Sierra Madre, á Norte y Sur... ¡cuánta sangre inútil, entonces, qué catástrofe nacional aprovechada por las ambiciones, por las sordideces, por los bandidos hipócritas, por los bandidos que habían trocado el sombrero "chilapeño" de los "pronunciamientos" en los caminos sospechosos, por el "clac" de los banquetes á los próceres......

Todo cuanto contemplara Miguel había sido inexorablemente necesario.

Y si los tomoches habían sido heroicos, y si mostráronse dignos de mejor destino, no lo fueron menos los hombres de la tropa, ni los oficiales héroes......

Los errores tácticos de detalle, las pequeñas miserias de la antigua vida militar mexicana, los tristes vicios y las tristes rutinas, eran síntomas de un mal que radicaba muy dentro, en lo íntimo del Ejército, manifestaciones de una dolencia inveterada, que ya cedería......

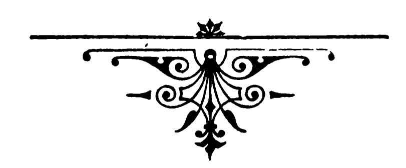
Ya, ya se iría para siempre el oficial "á la chinaca" de la peor especie, de voz aguardentosa, pronto á la bravata y á la rapiña, orgulloso de sus vicios y de su ignorancia, fiándolo todo más á la cobardía de los otros que á su propio valor, cuando alguno tenía; ya, ya se iría para siempre el *oficialero* que se burlaba de la Táctica y de las Matemáticas, y de los uniformes limpios de los alumnos del Colegio de Chapultepec......

¡Chapultepec!......Vibró en el alma deso-

lada del meditabundo oficial el nombre azteca como un canto épico, como un alegre toque de diana que le despertara á la lucha, al deber, á la vida......

¡Chapultepec!.....Evocó en un relámpago la leyenda méxica, el triunfante Netzahualcoyotl, las pompas de Moctezuma...... ¡Chapultepec, Chapultepec, el heroísmo de los niños expirando épicamente en 1847, iluminando las tinieblas de México con una aurora de sangre!

Y ante la visión del Colegio Militar de Chapultepec, apoyándose en el alcázar presidencial del Dominador, Miguel una vez más tuvo fé en la vida, en la redención, en la victoria...en el porvenir de su patria......





XL.

¡Tenia que ser!

El oficial de guardia, apartándose del corrillo que rodeaba al tomochiteco Reyes, vuelto de nuevo á la realidad, apoyado en su carabina, contempló las lejanías del valle á la luz de la luna, que parecía llover tenues y transparentes cenizas glaciales sobre los campos yermos.

Miró, no ya los sangrientos manchones luminosos entre las negras humaredas de los incendios, sino un pululamiento de fijas lucecillas lívidas, cual si fuesen las dispersas fogatas de un vivac de espectros......

Eran aquellas livideces luminosas las hogueras en que ardían los montones de cadáveres, en el silencio, en la paz lúgubre, á la luz de la luna, en la desolación tristísima del Valle de Tomochic.

En ese momento, Reyes, con voz monótona, contaba la vida laboriosa de aquellos que supieron darse heroica muerte.

—Sí, jefes,—decía Domínguez—eran muy honrados, muy hombres, muy leales. La palabra del más pobrecito de ellos, del último "mozo," era palabra de rey......

Miguel sonrió al escuchar este elogio pueril, sabiendo lo que ha valido siempre la palabra de los reyes.

—Eran muy trabajadores. No querían á los borrachos, ni á los flojos......Al bandido de Bernardo Carranza lo echaron de aquí, y sólo por su condenado talento y por saber de todo lo utilizó Cruz......

Tornó á sonreír Miguel, pensando que no era este el primer noble caudillo mexicano que creyendo defender una santa causa utilizaba á los traidores y á los bandidos, pagándoles regiamente....

—¡Ah! y cómo eran limpios ¡ah! cómo eran limpios, señor, los pobrecitos!......Nadie andaba descalzo, nadie iba, ni en tiempo de calor, sólo con calzoncillos. Eso sí, no se pelaban ni razuraban—¡era pecado! ......Y los tenían ustedes con tamañas melenas y muy barbudos, y como casi todos estaban llenos de vello, parecían osos vestidos de cristianos......Y ahora con su vocerrón, su altanería, su mirar siempre á los ojos, sin bajar nunca los suyos; y, agrégueles una fuerza terrible, una agilidad de demonio, un tino para poner la bala donde ponían la intención y unas cananas repletas de cartuchos y unas carabinas Winchester de repetición, de á doce y dieciocho que hacían....

—Ya, ya. Ya de eso sabemos nosotros; mejor que usted, amigo — interrumpióle Castorena con tal ironía trágica que heló á los circunstantes. Pasó por sus almas la visión horrible de los últimos combates, la visión de los camaradas muertos por aquellas carabinas Winchester, ante las cuales parecían viejos trabucos ridículos los fusiles Remington de la tropa.

—¿Y qué tales mujeres, eh?—preguntó el teniente Soberanes, un intrépido oficial galante.

—Ay!......*¡Como para la gente decente!...* Ojazos negros, medio tristes; pelo largo y fino, pechos duros......Muy obedientes, muy calladas, muy trabajadorcitas, muy buenas, muy lindas......

En pleno corazón Miguel recibió el golpe. No pudo contenerse,—él, que era incapaz de fingir ni de callar cuando algo intenso sentía—y exclamó:

—¡Es cierto, palabra de honor!......¡Muy lindas y muy buenas!......Sí......¡muy lindas!

Vibró tal sinceridad y tal emoción en las frases del subteniente, que muchos rostros sorprendidos y curiosos le miraron.

—¡Hipocritón!......"¡Mosquita muerta!" ......¿Dónde tienes á tu paloma tomoche? —Y Castorena descargó sobre el hombro de Miguel una hercúlea manotada cordial.

—¿Y qué hará el Gobierno con las pobres huérfanas y viudas?—preguntó á Reyes.

—Van á ser entregadas á las principales familias de Chihuahua, para que puedan aprovecharse para bien del Estado, como semilleros de valientes útiles......

—¡Eran dignas mujeres de tales hombres!......No, no se me olvidará nunca en mi vida cómo supieron morir los últimos tomoches—dijo un teniente del 5.° Regimiento.

......Ya saben ustedes...yo estuve allí, yo ví aquello......oh! ¡qué cosa! ¡qué horror!.... Figúrense que luego que los pasaron del portal aquel donde los habían tendido, al llano de por allá—y señaló con elocuente

gesto un punto distante—los dejamos tendidos boca arriba, para fusilarlos así......

—¡Qué barbaridad!......

—Cómo qué barbaridad?—interrumpió el oficial de guardia......Si los habían de fusilar al fin y al cabo ¿para qué esperar á que se curaran? ó á encapillarlos aparatosamente prolongando su agonía?...... Así, así estuvo mejor...... ¡Sí, señores, fué un acto de humanidad nuestra haberlos rematado así!

—Tiene razón el compañero,—agregó el teniente narrador,—sólo les dimos espacio para que hicieran sus últimos encargos,—ya habían tenido tiempo de sobra para rezar y Cruz esperaba entrar derechito al cielo. Nos rogó que lo colocáramos en medio de su hermano y de su mujer......

—Cuestión de etiqueta pontifical ¡qué diablo!—anotó Castorena.

—....Así lo hicimos. Un tomoche, que apenas podía hablar, "*se volteó*," retorciéndose, al lugar en que la fagina había puesto al "Papa," diciendo:

—Cruz, Cruz......polvitos......

—Déle á Nicolás,—dijo Cruz á un soldado del 12. °—Este le llevó un escapulario que contenía unos polvos de la Santa de Cabora, polvos con los cuales se podía resucitar.

Cerca de los moribundos estaba yo con un alférez de mi Regimiento, con mi pelotón de soldados con las armas cargadas.

—¡Hínquense!—le dijeron al que estaba en un extremo, mientras un soldado acercándose alzó su carabina, muy tembloroso.

—¡No puedo!......—Iba á incorporarse; pero el soldado, á boca de jarro, le disparó, haciéndole pedazos el cráneo, chamus-

cándole los cabellos. El cuerpo rebotó cayendo boca abajo.

En ese momento otro soldado hizo fuego sobre Cruz, el que sí se pudo arrodillar. Cayó de espaldas con el pecho atravesado, quedando con la boca abierta y los ojos mirando al cielo.

Al último que fusilaron le dieron dos balazos, porque al soldado le temblaba tanto la mano, que á un paso, apuntándole al pecho, le hirió en el estómago; el *tomoche*, recostado, dió un salto y gritó:

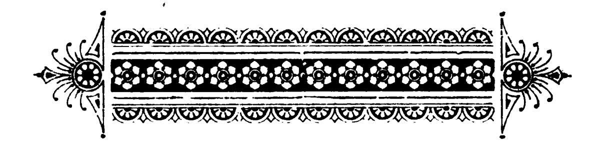
—¡Viva el Poder de Dios!—Miramos cómo el soldado volvió á cargar su carabina, le apuntó de nuevo, y le disparó á quemarropa, chamuscándole la barba y metiéndole la bala en un ojo, salpicándose de sesos......

¡Así había muerto el último *tomoche* de los ciento trece que resistieron, durante nueve días de triste heroísmo, á mil doscientos hombres y á un moderno cañón!

—¡Era preciso acabar con ellos!....No podía ser de otro modo, no podía ser!

Y todos los oficiales del corrillo, generosos cual jóvenes, disciplinados como hijos del Colegio Militar, al estremecerse de piedad y de admiración por aquel prodigio épico, aprobaron con un ademán unánime la frase del oficial de guardia, quien apoyado en su carabina, ausente ya su pensamiento, contemplaba la silenciosa tristeza de la luna sobre aquel Campo Santo....





XLI.

¡Solo!.......

Cuando el último oficial de los que afuera charlaban hubo entrado al fin al improvisado Cuartel, el subteniente de guardia ordenó al "cabo de cuarto" que atrancase el portón. Fué después á sentarse en un apolillado taburete, ante un hermoso fuego cuyas chisporroteantes llamas encendían relámpagos rojizos en los cañones de los fusiles arrimados contra el sarnoso muro.

Los soldados de "descanso" en el Cuerpo de Guardia roncaban en el suelo, hechos ovillo bajo sus sarapes, en torno de la voluptuosa fogata.

Y Miguel, calada la capucha, extendidas piernas y brazos hacia las llamas, adolorido y resignado bajo sus pensamientos y bajo sus desgracias, fué adormeciéndose, adormeciéndose......

Apenas si del lejano galerón ocupado por las desgraciadas familias cautivas surgía, como siempre, el vago rumor de los

sollozos de los niños y las voces débiles de los viejos que rezaban por las almas de los muertos.........

En tanto, allá, en el patio, al aire libre, dormía la tropa con sus mujeres, al lado de sus maletas y al pie de los pabellones de armas correctamente alineados. Y en los rincones una que otra fogata moribunda alzaba melancólicamente sus últimas llamas del montón de carbones y cenizas, avivadas por las frías ráfagas que soplaban del Norte.

Y cada cinco minutos los centinelas "corrían la palabra,"—ya francamente, puesto que ya no existía el enemigo,—rompiendo sus gritos bruscos el hondo silencio: -¡Uno, alertaa!—¡Dos, aalerta!—¡Tres, aaaleeertaaa!......

De pronto la voz del centinela "apostado" en el fondo del patio, clamó:

—¡Cabo de cuarto!

—¿Qué ocurre?...—contestó éste á grito abierto, incorporándose. Y, refunfuñando, se dirigió al sitio, para volver momentos después, diciendo á Miguel:

—Mi subteniente, una de las prisioneras, que está muy mala, quiere agua porque se les acabó; dicen que se está muriendo.

—A ver, vaya usted á conseguirla con alguna *vieja* y llévela inmediatamente. Sargento, le encargo mucho cuidado, voy á ver qué sucede.

El oficial atravesó el patio, tropezando con los soldados tendidos en el suelo, hasta llegar al aposento de las infelices "prisioneras."

Detúvose en el umbral:

Una linterna de vidrios opacos y sucios, al nivel del suelo, alumbraba con escaso y amarillo fulgor una estancia anchurosa y

chaparra cuyas paredes se adivinaban en la penumbra lejana

Y difundía la mísera luz un ambiente espectral donde columbrábanse infinidad de figuras yacentes que proyectaban sombras colosales y fantásticas allá en el fondo negro de la estancia impregnada de un denso hedor de humana podredumbre.....

Revueltos lienzos indicaban á algunas mujeres dormidas. Había otras sentadas en angustiosa inmovilidad, en actitud de "ánimas" sufriendo resignadas los martirios del Purgatorio. Purgatorio y Limbo.

La voz de un niño que se quejaba dolorosamente, con tenaz y agudísimo quejido, surgía de un rincón, en tanto que un roncar estertoroso se alzaba del centro de la galera donde el anciano jorobado, de rodillas ante un vetusto arcòn, con los brazos cruzados sobre la tapa y la frente sobre ellos, se había quedado dormido, probablemente á mitad de su rezo.

Más allá, una mujer, en pie, hablaba, dirigiéndose á otra que tendida en el suelo parecía agitarse como una gran larva.

Miguel creyó reconocer aquella voz. Se aproximó un poco y avanzando de puntillas. Y muy quedo, dijo, sin llegar aún ante el grupo:

—Ya van á traer el agua, ¿quién se está muriendo?

—Sí......Sí......agua, tantita agua, señor, señor!—contestó una voz débil y dulce, con tono suplicante y quejumbroso.

El joven, conmovido, se detuvo, abriendo los ojos en la penumbra. Experimentó tal sacudimiento nervioso que los cabellos se le erizaron, conteniéndosele la respiración......y este pensamiento llenó solo su cerebro: ¡Julia!

Julia!—Erizáronsele de nuevo los cabellos, apretósele el corazón, le faltó aire......—¡Julia!......

Sintió pavura, dolor, desesperación ¡Encontraba á su Julia: viva, pero moribunda!......

Al fin pudo acercarse al grupo. La mujer de pie era Mariana, la mujer tendida era Julia......

—¿Eres tú?—murmuró, muy quedo, inclinándose y tratando de ver el rostro de la desventurada, que se quejaba débilmente y que de súbito se incorporó, apartando con un movimiento nervioso el viejo cobertor que la envolvía......

Entonces vió una huesosa faz lívida que le miró tenazmente con sus ojos de lumbre sombría, hundidos, bajo las cejas, en anchas y hondas cuencas.

Había dejado descubiertos sus senos pobres que asomaban entre las desgarraduras de una camisa ensangrentada.

—No, ésta no es Julia, ésta no es Julia!— Pero ella tornò á decir:

—Señor, me muero, tengo sed......¡agua!

—Sí......¡Julia!—y no pudo Miguel poner en sus labios otra palabra que el nombre de su extraña amada......

En aquel momento entró el cabo con un jarro de agua, que él le arrebató bruscamente. Y, arrodillándose en el suelo, al lado de la enferma, con el acento meloso con que se habla á un niño enfermito que se resiste á tomar un brebaje amargo, le dijo:

—Muy poquita, Julia....mucha te hace daño......—Y luego que la pobre volvió á recostarse penosamente, boca arriba, con los ojos abiertos, jadeante y escupiendo una saliva negra, Miguel preguntó á Ma-

riana, que continuaba de pie, soñolienta y mustia:

—¿Pero qué le ha pasado? ¿Qué tiene? ¿Está herida?...

—Sí, le dieron un balazo en el pecho,—contestó la vieja.

—Cállese, Mariana, no se lo diga, no, no quiero,—y un violento acceso de tos le cortó la palabra. Después, grave postración la privó, haciéndole bajar los párpados. Respiraba fatigosamente, extendiendo los brazos sobre la manta ó ante su rostro, como para apartar funestas visiones.

—Sí, señor,—agregó al fin la anciana, con voz lenta y cascada que sonaba lúgubremente en el silencio de la fría galera,—sí, señor. Cruz le dió su carabina para que le ayudara, y el otro día que la había puesto detrás de un agujero para tirar para allá,—y señaló con un movimiento de cabeza un punto vago de la habitación,—entró una bala, y ya ve, Dios se la va á llevar.

—¡No quiero morir......¡soy muy mala, señor! me voy al infierno......no quiero...... ¡no quiero!......perdón! — gimió la moribunda......

Principiaba el delirio.

—Julia...Julia...por Dios......acuéstate!... ¿no me conoces?......¿Te acuerdas, te acuerdas, alma mía?—Y la voz del oficial se empapó en lágrimas......

Ella se había incorporado, y, casi desnuda, tratò de ponerse en pie, como para huir de él; pero Miguel la retuvo dulcemente, tocando su carne, que ardía al calor de intensa fiebre. Y entonces Julia, mirándole

con ojos extraviados,rió con risa nerviosa de histérica enamorada.

—Sí......contigo, sí......pero no más que contigo, con usté, mi vida......oh! pero que se vaya......Don Bernardo......¡Que se vaya á Tomochic! ¿oyen?......cuánto balazo......¿cuál es mi carabina?..... ¡que mueran!......¡Préstame tu canana, Pedro!...... ¡viva el Poder de Dios......¡Mueran los *pelones!*

Miguel, arrodillado á su flanco, trató de cubrirle el pecho, pero ella volvió á arrojar el extremo del cobertor, y después de un instante de calma, continuó balbuceando frases incoherentes, extendiendo los brazos, riendo y sollozando á un tiempo mismo......

Había pasado el oficial su brazo tras la espalda de la agonizante, y así la sostenía, silencioso, escuchando, consternado, aquel monólogo siniestro.

De pronto, calló Julia y contemplándole fijamente, sonrió de nuevo en éxtasis lánguido; acercó su cabeza á la suya, extendiendo á los suyos sus labios en demanda de un ósculo; pero Miguel no la besó en la boca sino en la frente, con castísimo beso.

—¡Contigo!......¡siempre contigo!......—clamó ella.

Permaneció aletargada un momento; pero abriendo los ojos, con una voz ronca, y un timbre nuevo y horrible, impregnada de súbita cólera, gritó:

—¡Viva el Poder de Dios!......

Una ráfaga fría de pavor bañó el cráneo del oficial que aflojó el brazo que sostenía á Julia desvanecida,quien cayó hacia atrás golpeando, con ruido seco, su cabeza contra la piedra que la servía de almohada.

Violenta convulsión; y abrió la boca; y abrió, aún más, los ojos. Expiró.

....
....
....
....

Cuando Miguel con voz terrible, con su voz de combate, ordenó al cabo de cuarto que abriese el portón del Cuerpo de Guardia, aquel obedeció al momento, pero con la firme convicción de que el subteniente estaba borracho.

Salió al campo. Eran las cuatro; plena noche. La luna había desaparecido ya, y las constelaciones cintilaban, espléndidas; la masa enorme de los montes próximos se esfumaba con negro relieve en la gran penumbra de donde surgían, esparcidas,—manchas luminosas y amarillentas—las fúnebres hogueras......Los cadáveres ardían silenciosos, y fríos soplos de la Sierra barrían sus cenizas difundiendo en el ambiente hálitos de podredumbre......... Los perros callaban. Hondísimo silencio.

—Ah! Señor, ah! Dios mío.. ...¡solo!... ¡solo!....¿á dónde voy? ¿á dónde iré?...... —sollozó cuando las ráfagas glaciales de la madrugada batieron su frente descubierta, el kepis á media cabeza......

Y luego, sentándose en una piedra, cruzando los brazos sobre el cañón de la carabina descansada contra la dura tierra de Tomochic, y sobre los brazos apoyando la frente, pudo llorar con franco llanto por fin, después de tantos años violentos y amargos, de borrasca y de melancolía, llorar como nunca había llorado: con lágrimas continuas, consoladoras y dulces...

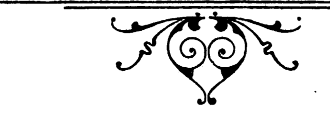
Y cuando levantó la cabeza y se irguió, otra vez resignado y fuerte, sus ojos hú-

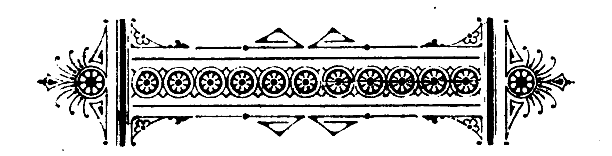
medos, sus tristes ojos, contemplaron, abajo, las tinieblas maculadas por los fulgores fatídicos de los cadáveres ardiendo en la soledad profunda del valle.........y arriba, hacia el Oriente, sobre las crestas de los montes, el alba......

Y, entonces, gritó:

—¡Corneta de guardia,—toca la *diana!*

FIN



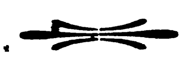


INDICE.



DEL MISMO AUTOR

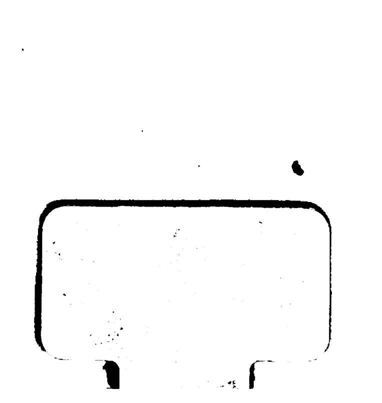
El Ultimo Duelo.
Naufragio.
Los Corsarios de la Prensa.
—Inédita.
Mariposas Occidentales.
[De Guadalajara á Mazatlán]—Inédita.
Guerra de Independencia.
Invasión Norteamericana
Guerra de Tres Años.
—Inédita.
La Intervención Francesa en México.
—Inédita.
Leyendas Históricas Mexicanas.
Cuentos para niños mexicanos.
—110 pequeños folletos.

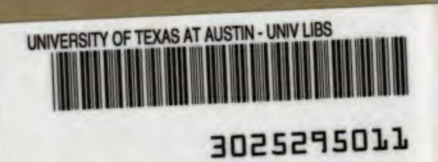


La casa editora de "EL CORREO DE LA TARDE" irá publicando en volúmenes económicos las novelas.

Queda en prensa

EL ULTIMO DUELO.




UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025295011
0 5917 3025295011